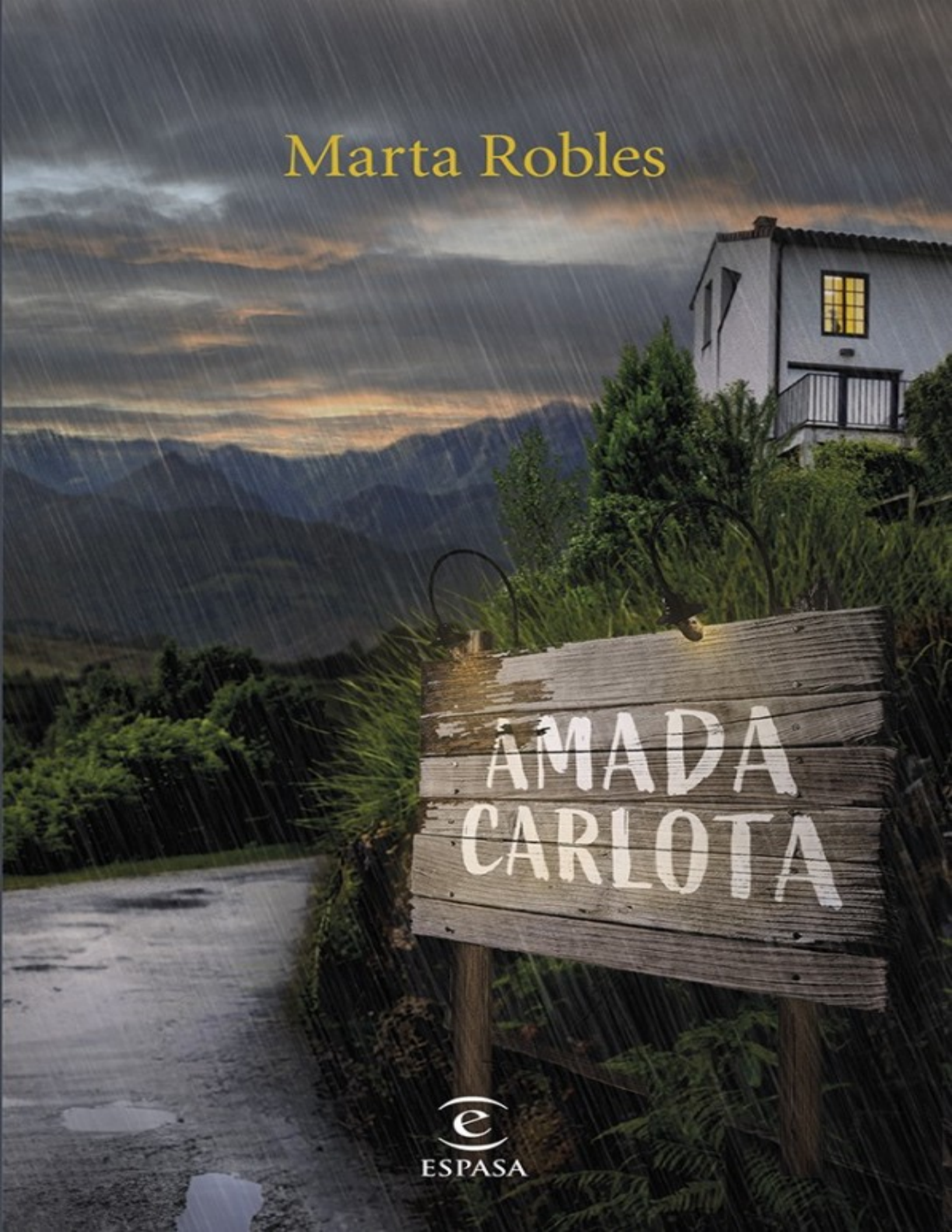
Marta Robles




ESPASA

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Cita
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27

Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Epílogo
Agradecimientos
Créditos

MARTA ROBLES

# AMADA CARLOTA



*A Sonia,* in memoriam*, porque su esencia vive en Carlota*.
*Y al hombre que me dice «te quiero», cada mañana y cada noche,*
*porque su amor y confianza me vuelven poderosa*.

«¡Es mía! ¡Eres mía! Sí, Carlota, mía para siempre».

GOETHE, *Werther*

«El matrimonio es como una jaula; uno ve a los pájaros desesperados por entrar, y a los que están dentro igualmente desesperados por salir».

MICHEL DE MONTAIGNE, *de la soledad*

# 1

*Pasado, 5 de agosto de 1985*

«Y fue en la hora de verte que te perdí sin verte.
¿De qué color tus ojos, tu cabello, tu sombra?».

CONCHA MÉNDEZ

La clínica se encuentra a las afueras del pueblo que acaban de atravesar. Mari Carmen se ha despertado justo al rebasarlo, tras el estrepitoso salto del automóvil sobre un inoportuno montículo de arena del camino, que la ha obligado a incorporarse. Al erguirse un poco más y curiosear por la ventana, para tratar de averiguar su paradero, el dolor de una nueva contracción en los riñones la empuja a ovillarse de nuevo en el asiento posterior, mientras el vehículo penetra en el garaje del que debe de ser el centro sanitario al que se dirigen, aunque no exhiba ningún cartel identificativo.

El conductor la ayuda a descender del vehículo y la acompaña en el ascensor al primer piso, donde recorren un corto pasillo, completamente desierto, hasta llegar a la última de las habitaciones de la planta; una vez allí, abre la puerta, la invita a pasar con un gesto y, en cuanto entra, cierra desde fuera y desaparece. Mari Carmen revisa con sus ojos azules y asustados las desnudas paredes también celestes del minúsculo habitáculo donde acaban de

abandonarla con su enorme tripa de embarazada y unos desgarradores dolores que amenazan con partirla en dos. Al poco, una monja irrumpe enérgica en el cuarto, sin llamar, le informa de que su nombre es sor Azucena, le entrega una bata y le ordena que se desvista y se la ponga.

—¿La ropa interior también? —pregunta ella, con timidez.

La religiosa la mira con desdén antes de responder.

—Obviamente.

Apenas hay nada en la estancia. Solo una cama con ruedas, una mesilla articulada y multiusos, un sillón de orejas de escay y, en la pared contraria, un crucifijo de grandes dimensiones. Mari Carmen se cambia, obediente, y al sentarse sobre el colchón nota un nuevo latigazo en los riñones, tan agudo e insoportable esta vez, que presiente que el bebé está a punto de llegar, aunque a sus dieciséis años recién cumplidos carezca de la más mínima experiencia. Acierta. Al cabo de un par de minutos, rompe aguas y no consigue ahogar el chillido que le arranca el intenso dolor de las contracciones, que ahora se reproducen cada vez a mayor velocidad. Sor Azucena vuelve a abrir la puerta y asoma su cabeza enmarcada por la toca de monja, colocándose un dedo en los labios.

—Shhh —sisea, frunciendo el ceño y mostrando su enojo—. No hagas tanto ruido, Mari Carmen, que no es para tanto, y hay otras mujeres que están descansando...

—Pero es que me duele muuuucho —se queja ella, retorciéndose.

—Haberlo pensado cuando estabas fabricando al bebé. Si es que no os enseñan que cuando no se obra bien hay consecuencias. Parece mentira que con un padre como el tuyo... Anda, túmbate, que bajamos ya al paritorio.

La chica se desmaya sobre el colchón, llorando tan silenciosamente como puede y conteniendo a duras penas los aullidos que le aliviaría proferir. Casi al tiempo, entra un celador, le quita el freno a la cama, la empuja con destreza hasta sacarla fuera del cuarto y dobla el pasillo para alcanzar el ascensor que desciende

hasta el quirófano, donde la aguardan un médico y una comadrona. Ella no aguanta más y deja escapar un grito lacerante, esperando que le ayude a mitigar el insufrible dolor.

—No te quejes tanto, bonita —la reprende ahora la matrona—, que por esto mismo han pasado millones de mujeres, no eres la primera... Lo que tienes que hacer es empujar, que cuanto más colabores, antes acabará todo.

La joven empuja con todas sus fuerzas, una y otra vez, siguiendo las indicaciones de la mujer. El médico ni le dirige la palabra, atento en exclusiva a que el bebé asome la cabeza, para darle un buen tajo al periné y facilitarle la salida. Poco después, el pequeño está ya en el mundo. La matrona lo aparta de su progenitora, le da un azote con el que rompe a llorar, le limpia los restos de meconio y sangre y lo viste, mientras el galeno termina de suturar el enorme corte de la episiotomía, sin ningún cuidado. Cuando concluye, la recién parida, casi sin fuerzas, se atreve a preguntar:

—¿Puedo ver al niño?

—Es una niña —responde la comadrona, acercándosela y colocándola sobre su pecho—. Y puedes, sí, pero no te acostumbres a ella.

En cuanto la depositan en los brazos de su madre y siente el calor de su piel, la bebé se calma y esboza una mueca que parece una sonrisa. Su pelo es oscuro y su boquita perfecta como la de una muñeca. De pronto, por sorpresa, abre los ojos como si supiera que será la única oportunidad que tendrá de ver a su madre y la observa con una fijeza conmovedora. Son tan azules como los suyos. La emoción le humedece la mirada y las lágrimas resbalan silenciosas por sus mejillas. Es su hija... Siente el calor de su piel en su pecho y un dolor mucho más atroz que el que acaba de conocer en el parto, cuando, apenas unos minutos más tarde, la matrona le retira a la niña de encima y el celador empuja su cama de regreso a la habitación. Cuando llega al cuarto, el cansancio la vence y se queda dormida. Horas más tarde se despierta y nota cómo le tiran los

puntos de la vagina y la tristeza de la soledad. No hay una cuna a su lado. Tampoco nadie acompañándola. Está sola. Aunque era lo que esperaba. Lo que se merece. Eso le han dicho. La monja abre la puerta, le destapa la entrepierna sin preguntarle y le enseña cómo tendrá que hacerse las curas de los puntos en su casa.

—Porque te vas ahora mismo, ¿lo sabes? —le explica mientras maniobra con brusquedad, con un algodón untado en Blastoestimulina, después de haber vertido un buen chorro de agua oxigenada sobre la herida—. Tu padre ha mandado un conductor a recogerte.

—¿Y la niña? —pregunta ella—. ¿Volveré a verla?

—¿Qué niña? —La monja clava sus pupilas en las suyas—. Tú NO has parido ninguna niña... A ver si te queda claro. Hale, vístete y recoge tus cosas. Te dejo aquí una bolsita con lo básico para las curas y ¡listo!

—Necesito beber... —se atreve a decir—, y tengo mucho dolor...

—Ahora te traigo un poco de agua y un Nolotil. Pero no te retrases. Tu padre ha sido preciso: quiere que pases aquí el menor tiempo posible. Cuanto antes te vayas y te olvides de todo esto, mucho mejor para todos.

Una hora y media más tarde, el mismo coche que poco antes condujo a la joven a esa pequeña clínica clandestina, donde acaba de alumbrar a su preciosa hija, avanza a toda velocidad para dejarla atrás. Sentada en el asiento trasero del automóvil, otea por la ventana, para intentar grabar en su memoria algún detalle de la ubicación del establecimiento, pero ya ha anochecido y apenas se distingue nada. Solo sabe que se encuentra en Asturias, a no demasiada distancia de la casa de Llanes, a la que ahora regresa. Se queda dormida de nuevo y sueña con los ojos azules, idénticos a los suyos, de esa pequeña a la que nunca olvidará.

# 2

*Presente, 2018*

«A veces miento por no hacer daño, o por contar una verdad, porque hay muchas verdades que solo se pueden contar mintiendo».

GLORIA FUERTES

Todos los destinos parecen más lejanos cuando se tiene prisa por llegar. Y Roures la tiene. La llamada de Carlota le ha hecho pisar a fondo el acelerador. Ella siempre incrementa su entusiasmo. O al menos atenúa su desgana. Está deseando encontrarse con la jueza, zambullirse en las profundidades de su magnética mirada y rescatar la verdad. ¿O no? ¿Quiere saber la verdad? ¿Quiere contar la verdad? Lleva años, siglos tal vez, pensando que la verdad está sobrevalorada. Casi desde que dejó de ser «feliz e indocumentado». O lo que es lo mismo, desde que le abandonó la juventud. ¿Quién necesita saber y decir la verdad y nada más que la verdad pasados los sesenta, cuando se reinventa la vida transcurrida, a través de recuerdos distorsionados?

Mira el cuentakilómetros. Conduce a la máxima velocidad que le permite su viejo coche. Ya ha aceptado que los ruidos de sus tripas de metal son tan normales como los de su propio vientre. Ambos funcionan con ellos. Y cuando dejen de hacerlo, tampoco será por su

causa. No le preocupa la muerte, pero sí vivir muerto. Como tantos hombres y mujeres que caminan y respiran como si estuvieran vivos, pero son zombis. Por eso sabe que perdonará a Carlota, le cuente lo que le cuente. Por eso y porque él guarda ya su propio secreto, en una relación donde no hay nada pactado y donde el engaño no existe, porque nadie se comprometió a respetar más que lo compartido. Eso se dice a sí mismo, pero sabe que aquel «no nos mintamos» de sus comienzos era un acuerdo tácito que no respetó ella. Tampoco él.

Está claro que no se sale indemne de contemplar a tu chica comiéndose a otra en un vídeo, pero... ¿no ha estado también él con otra mujer? «Los dos con mujeres», piensa; y siente que, aunque no quiera reconocerlo, le hubiera dolido más verla con un hombre. La letra es la misma, pero la música es diferente... La que suena en su coche le recuerda que la respuesta está en el viento. Palabra de Bob Dylan. Pero más bien cree que las de Carlota están guardadas en su particular caja de Pandora. Y no sabe por qué, sin embargo intuye que ella misma está a punto de abrirla. Que es lo que desea en realidad. Incluso lo que necesita. Carlota no es de las que buscan justificar sus faltas. Ni siquiera acepta que sean faltas si no existen reglas previas. Y tiene razón. No se puede reclamar lo que no estaba pactado. ¿No decir la verdad es mentir? Tampoco se puede pedir a un amante aquello que no te puede dar. Ni siquiera a un amigo.

Amistad. Qué bonita palabra. Tras el engaño de su amigo Llorens, en ese Castellón que ahora abandona y al que no cree que vuelva en mucho tiempo, recupera su desazón respecto a los amigos que no lo son, que nunca lo fueron o que dejaron de serlo porque la propia vida los cambió. Suena el teléfono. No tiene ganas de hablar con nadie que no sea Carlota. Solo desea llegar y encontrarse con ella. Pero es su ayudante quien le llama. Y no están los tiempos ni su cuenta corriente como para desatender el trabajo.

—Manos. ¿Qué pasa?

—Que nos ha llegado un nuevo caso, aparte de los seguimientos de cuernos, jefe. Mi primo dice...

Roures arruga el ceño. Y le corta.

—Para, Manos. ¿Tu primo? ¿No quedamos en que se centraba en la carrera de periodismo y nos abandonaba? No es mal chico, pero siempre habla de más...

—Ni que hablar fuera pecado...

—«El que guarda su boca y su lengua, guarda su alma de angustias».

—¿Ya empezamos, jefe? ¿Qué es eso? ¿Una frasecita de una galleta de la suerte?

Roures no puede evitar una sonrisa antes de contestar.

—Es un proverbio.

—Ya. Pues muy bien, jefe, no sabes lo mal que se me daban los proverbios de los chinos en el colegio...

—De la Biblia, animal...

—¿De la Biblia? —Parece que el Manos acaba de enterarse de que la Biblia incluye proverbios—. En fin, da igual... Lo importante es que, te guste más o menos, mi primo Gabriel siempre trae cosas. Y esta de la que te voy a hablar seguro que te parece interesante.

—¿Tiene música? —pregunta Roures con desconfianza, casi queriendo dejar claro a su colaborador que la música es de las pocas cosas que le interesan.

—Más bien letra —responde él con rapidez y un ingenio que sorprende al detective—. Y seguro que la entiendes tú mejor que yo. ¿Sabes lo que es el mesmerismo o algo así?

—¿El mesmerismo? —inquiere Roures con extrañeza—. ¿Te refieres al magnetismo animal? ¿A las supuestas prácticas sanadoras que defendía Mesmer, el mecenas de Mozart?

—Al Mesmer ese no lo he visto en toda la mañana, jefe. A mí lo que me han dicho es que hay un tipo en la facultad de Periodismo que, invocando a un escritor inglés, que siempre escribía de lo mal que lo pasaban los niños pobres, abusa de sus alumnas...

—¿Dickens? —pregunta de manera retórica Roures, mientras se esfuerza por recordar algo más sobre el mesmerismo. Si la memoria no le falla, los mesmeristas defendían la existencia de un fluido

magnético invisible en el universo que influía en los seres vivos y podía ser manipulado a través del uso de imanes para sanar, principalmente, sus afecciones nerviosas. Una suerte de curanderismo sofisticado creado por Mesmer en el siglo xviii, que en el xix contó con ilustres seguidores entre los que se incluían médicos de prestigio y algunos intelectuales...

—No sé qué es lo que pinta el tal Dickens aquí exactamente, jefe —dice el Manos, interrumpiendo los pensamientos de Roures—, pero sí que el del mesmerismo de la facultad, que es un profesor de literatura, se pone las botas a costa de los nervios de las chicas en los exámenes... Aunque no sé qué tiene que ver el mesmerismo ese con el sobeteo, pero...

—Bueno —responde Roures—, este asunto del mesmerismo y el magnetismo animal siempre generó mucha controversia. Y más aún el hecho de que asumiera como tratamiento terapéutico un masaje pélvico, que consistía en la estimulación manual de los genitales de la paciente hasta que esta llegara al orgasmo. Parece ser que Dickens, que ridiculizaba a los espiritistas y perseguidores de fantasmas, se hizo mesmerista convencido. Y claro, las prácticas con su mujer o incluso con su cuñada no debieron conllevar reclamaciones, pero a De la Rue, el marido banquero de la seductora Augusta, que puso a su esposa bajo los cuidados del escritor con el fin de descubrir la causa de sus enfermedades nerviosas, parece que no le hicieron gracia.

—Menudo sinvergüenza el Dickens de los cojones... Pues ahora hay un tío que se está poniendo morado a manosear coños universitarios a costa del mesmerismo ese y en nombre del escritor. O eso es lo que nos ha pedido que investiguemos un cliente, que tiene una hija estudiando periodismo que lo pasa muy mal con el asunto de los nervios, y a un profesor de literatura queriéndoselos quitar a base de tocarle todo lo que puede...

—Es increíble que en pleno siglo xxi todavía queden abusadores encubiertos, dispuestos a buscar cualquier fórmula que les facilite rendir la voluntad de una mujer. Aunque habrá que esperar para

conocer la verdad en este caso, lo cierto es que a Mesmer le acusaron en su día de abusar de sus pacientes durante el trance y, según muchos, el interés de Dickens en el mesmerismo tuvo mucho que ver con sus morbosas fantasías sexuales.

—Bah, jefe, esos tíos guarros tiran de lo que sea. De burundanga, del mesmerismo ese, o de lo que haga falta. Pero manda huevos, ¿eh? Porque en los tiempos del #MeToo les puede salir bastante más cara la cosa que al tal Dickens.

—Ojalá. Pero... en relaciones tan jerarquizadas, no sé yo. A las víctimas les cuesta mucho más creer que su profesor, su entrenador o su médico sea un cabrón aprovechado. Se descubre uno de mil casos... En fin, veremos. De momento, dale la enhorabuena a Gabriel. Me repugnan todos los abusadores, pero mucho más los que aprovechan su superioridad moral para actuar con impunidad.

—¿Ves, jefe, como te quejabas sin motivo de mi primo? A veces el que hablas de más eres tú, aplícate el proverbio ese.

Roures cuelga. El Manos tiene razón. No sabe qué bicho le ha picado con Gabriel. Habla, sí. Demasiado, es cierto. Pero es un buen chico y les trae trabajo. Ya está bien de dejarse crecer las manías absurdas. Deben de ser los coletazos del último caso, que le ha dejado revuelto el estómago. Las nuevas cicatrices en su viejo corazón, que tardan más en cerrarse que antes, ahora que tiene menos paciencia y cierto malhumor permanente. El alma envejece a la par que el cuerpo. O tal vez a mayor velocidad. ¿Cuánto le queda de vida útil? ¿De ser un hombre capaz y sin dependencias de ningún tipo?

De pronto piensa en su madre. Tiene ganas de verla. Nostalgia de su mirada, aunque sea vacía y la tema, por si fuera a ser preludio de la suya despojada de recuerdos. El Alzheimer no es exactamente hereditario, pero los antecedentes familiares y la existencia de ciertos rasgos genéticos aumentan el riesgo de desarrollarlo. Prefiere ignorarlos. Vivir con la incógnita de si le tocará la bola del sorteo o no. Y perdonar a su madre por haber enfermado tan pronto, igual que perdonó a su padre por morir antes de tiempo. La visitará

después de la imprescindible conversación con Carlota. Cuando todo esté en orden en su cabeza y en su corazón...

Es necesario recomponerlo todo. ¿Acaso no hay evidencias que concluyen que la salud del cerebro y la del corazón están vinculadas? Pues razón de más para recomponer lo suyo con Carlota. Ninguno de los dos volverá a pronunciar esa frase que fue su único compromiso: «No nos mintamos nunca». Ahora se mentirán sin remordimientos. O se dejarán de contar la verdad, que es una forma más elegante de mentir. ¿Es posible que lo hayan hecho siempre, desde aquel primer día en el ático mallorquín de Carlota, en Cala Bona, cuando él buscaba a aquella joven desaparecida en Mallorca y la jueza lo sedujo sin esfuerzo?

De pronto siente un extraño vértigo. ¿Y si cuando se encuentren no nota ya ese algo indefinible que existía entre ellos desde aquel día? Han transcurrido dos años desde entonces. Poco tiempo en su biografía. Una eternidad en una pareja. Y él sabe bien que los sentimientos pueden marchitarse en un instante y sin motivo. Igual que florecieron sin que nadie sea capaz de explicar porqué. Las emociones no son enfermedades como se las consideraba en los siglos pasados. La melancolía no está causada por la bilis negra como pretendían en el xvi, ni necesariamente tiene que estar asociada a ese miedo que llevó a Carlos VI de Francia a coser varas de hierro en su ropa para no romperse de forma accidental; tampoco la nostalgia es esa dolencia que en el xviii se achacaba a los marineros que estaban lejos de su casa, anhelando regresar y que en casos severos podía costarles la vida... Las emociones no son más que las reacciones de los seres humanos ante lo que ven, sienten o sueñan. La manera de afrontar los hechos o defenderse de ellos. Afecciones del alma que a veces se reflejan en el cuerpo. Quien sufrió por amor sabe que duele de manera física... «Se acabó —se dice Roures—. Basta de exprimirte la materia gris tratando de explicar lo inexplicable. Admite tu fragilidad. Y acepta que lo que pase, pasará».

Está llegando a Madrid, el sol se pone y el cielo, arrebolado, transita del rosa al amarillo, como en aquella película de Summers. Un auténtico festival crepuscular que fascinaría al mismísimo Velázquez. Se ve el Pirulí, la torre de comunicaciones más alta de España, presidiéndolo todo. O la que lo era cuando la construyeron, allá por sus primeros tiempos de tele y de corresponsalías y guerras. Siempre disfruta de la sensación de volver a casa cuando llega a la capital. Madrid es su casa y su refugio. La ciudad en la que se siente a salvo, pese a su apellido catalán. Y más aún esa Malasaña a la que regresó tras su separación y que forma parte de su ADN. En la que le ha pasado todo y nada, en ese mucho tiempo que, al correr, parece poco o mucho, dependiendo de la compañía. Aprovecha un semáforo y busca en su teléfono una canción sobre Madrid de un grupo vasco y curioso, de pop rock, que se llama McEnroe. Madrid tiene muchos temas dedicados. Pero ese lleva la calle de la Palma en el título y los besos que desordenan el mundo en la letra.

# 3

*Pasado Madrid, 17 de julio de 1969*

«Son los amantes, su isla flota a la deriva hacia muertes de césped, hacia puertos que se abren entre sábanas».

JULIO CORTÁZAR

La clínica de Nuestra Señora de Loreto es una de las de más fuste de Madrid. La elegida por Juan Carlos y Sofía para el nacimiento de las dos infantas y el futuro príncipe de Asturias. El último, un año antes de la llegada al mundo de la tercera hija del matrimonio García-Aranda y Aguado, atendido por el prestigioso equipo del doctor Mendizábal, en el que trabaja el propio cabeza de familia. La pequeña pesa tres kilos ochocientos gramos al nacer, así que es una niña regordeta, grande y sobre todo larguísima —de casi cincuenta y siete centímetros—, que podría hacer las delicias de cualquier pareja. Sin embargo, su madre apenas la mira. Sus dos hijos anteriores cuentan cinco y seis años. Y ya suponen suficiente yugo para ella. Magdalena Aguado Moreno no ha logrado querer a Enrique García-Aranda. Ha sido incapaz de sentir nada por el reconocido ginecólogo que le asignaron sus padres como marido, tras apartarle del camino al humilde compañero de colegio con quien compartió un amor infantil durante los años más difíciles de la posguerra.

No culpa a su padre, pescador por tradición familiar, atrapado en la tortura cotidiana de alimentar a su familia con el miserable jornal de un trabajo duro e incierto, en una España que hacía malabares para poder comer. Tampoco a su madre, sin voz, como todas las mujeres de su tiempo, y más en los hogares regidos por la pobreza.

¿Quién podría juzgar que el hombre de la casa, al percatarse de que el adinerado y poderoso médico, afecto al régimen de Franco, escrutaba con ardiente deseo a su hija adolescente no dudara en plantársela en la mirilla del rifle, para sacar provecho? El milagro fue que él quisiera casarse con la niña que limpiaba su villa gijonesa de veraneo, siendo de tan diferente clase social. Eso no solo suponía un beneficio inmediato para los padres, a los que el hombre ofreció una generosa compensación económica, sino un futuro para la chica. Ni se plantearon una negativa. El médico era un joven apuesto y un reconocido profesional, ¿de qué iba a quejarse Magdalena, aunque no fuera el varón más alegre del planeta? No hubo protesta por su parte, pero el gesto adusto del pretendiente, sumado a los doce años que le llevaba a la novia, no propiciaron que la adolescente le mirase con los ojos del amor, sino solo con los de la resignación.

Desafiando las leyes sociales, siempre más proclives a matrimonios entre iguales, se casaron cuando ella contaba tan solo dieciséis años y era una preciosidad de criatura, de melena castaña y ojos pardos, y él un hombre imponente, de veintiocho, de rictus hosco y ojos azules helados e inquietantes.

Pasados siete años de matrimonio, cumplidos los veintitrés Magdalena tiene tres hijos y una vida hueca, sin más diversiones que la televisión en blanco y negro de la época y la música, para la que demuestra especial sensibilidad.

A su tercera hija la bautizan María del Carmen Adriana Carlota Mercedes. María del Carmen, porque es el nombre que elige el padre; Adriana, porque es el de la abuela paterna, que quiere estar en todas partes; Carlota, porque es el santo del día, y Mercedes, porque le desean todas las gracias. Demasiados nombres, para que

acabe siendo Mari Carmen. Sin más. Como quiere su padre. Y por supuesto, sin que la madre decida nada. Ni de sus cuatro nombres, ni de su educación. Para eso están su marido y su suegra, que pilotan el barco de su vida sin preguntarle. En cuanto a sus propios padres, continúan viviendo en Gijón y apenas tienen ya contacto con su hija ni con su nueva familia, que en absoluto desea relacionarse con gente de una extracción social tan modesta. El exiguo salario del padre de Magdalena tampoco favorece que puedan viajar a la capital; así que la relación se va reduciendo a las llamadas telefónicas, cada vez más espaciadas, hasta que se extingue por completo.

Magdalena quiere a sus padres, pero aprende a olvidarlos, convertida ya en una mujer de la burguesía más acomodada de Madrid, con dos chicas de servicio, una niñera y una profesora de inglés y otra de guitarra, aunque ella solo escoja a la última, al ser ahora la música, que siempre le gustó, su único aliciente. Es una vida llena de lujos que anhelaría esa infinidad de personas de su tiempo, que sobrevive a las penurias de los años siguientes a la posguerra con denodado esfuerzo; pero Magdalena se siente tan sola, tan vacía, tan ajena a todo aquello, que nada compensa su insatisfacción en esa existencia suya tan cómoda como sin interés.

—Tres niños preciosos ya. Y tan joven. ¿Qué se siente al haber conseguido con tanta rapidez todo aquello a lo que una mujer puede aspirar? —suelen preguntarle con cierto retintín las amigas del matrimonio, que no la consideran igual a ellas, por su procedencia social.

Ella hubiera querido vivir al borde del mar y trabajar con sus manos y limpiar, sí, pero también hornear bizcochos, cantar con sus amigas en las fiestas del pueblo y ser libre para pasear por la playa con alguien que no le impusiera estrictas normas sociales ni le exigiera compostura las veinticuatro horas del día. Se asfixia en ese mundo de convenciones y apariencias, donde las mujeres no trabajan y son las sombras de sus maridos, que les dan de comer y de vivir. El mensaje le resulta aterrador. La nada en el horizonte. No

hay más tras ese escaparate impuesto, del que, a sus veintitrés años, sabe que es imposible escapar. Magdalena se siente fuera de ese mundo, del que nunca formará parte, aunque comparta las mismas indumentarias, los mismos almuerzos, idénticas conversaciones y hasta una imprescindible devoción al dictador, por mucho que en su caso sea ficticia y a ella el Generalísimo al que antes temía, ahora no le importe nada.

Imposible mitigar su desapego y su aburrimiento. Ni siquiera lo consigue con el obligatorio cuidado de sus hijos, compartido con las muchachas y la niñera. No les ha amamantado porque su suegra considera que no fabrica «leche de calidad»; tampoco le permiten decidir nada sobre su educación o vestimenta, que determina la madre de su marido, que no se fía ni del gusto ni de las aptitudes de su nuera pueblerina. Ella sabe lo que les conviene a sus nietos y también que su nuera nunca dejará de ser una humilde chica de provincias, y no le llevará la contraria ni rechistará. Y Magdalena, a quien no le queda más remedio que aceptar cuanto le imponen, se va distanciando de esos niños, aunque sean sus propios hijos. Los quiere, claro; pero, por más que las circunstancias lo impulsen, o quizás porque los requerimientos de su marido y de su suegra obran en sentido contrario, no logra desarrollar su instinto maternal. No le divierte ser madre. Y mucho menos, su matrimonio. Solo lo hace la música. Descubrió a los Beatles en su primera actuación en España, al poco de nacer su segundo hijo, cuando Ángela Luz, prima de su marido y quizás su única amiga de verdad, le propuso ir a ver a su hermano, Tony Luz, y a su grupo, Los Pekenikes, que actuaban de teloneros del grupo británico. Desde entonces, lo único que se atreve a pedirle a su esposo, dueño y señor de sus destinos, es música: clases de guitarra, de canto, un tocadiscos, vinilos e incluso asistir a las primeras salas de conciertos en directo de la capital.

El doctor García-Aranda carece de sensibilidad para los asuntos creativos y más aún para los musicales; y tampoco está muy seguro de si tanta pasión por ellos es adecuada para una mujer decente... Pero no desea cerrarle todas las puertas a la suya, tan joven y

obediente como poco entusiasta para cualquier otra cosa que no sea esa afición, incluida la propia familia. Sin tal recompensa, podría negarse a compartir las tardes con sus tres hermanas, mucho mayores que ella, e incluso que él, que es el menor de la familia y el único varón... O hasta rebelarse y no acudir regularmente a las casas de sus compañeros de promoción y sus mujeres, ni a la de Nicolás Franco Bahamonde, uno de los grandes amigos del médico, pese a la diferencia de edad. A García-Aranda le interesa mucho fomentar la amistad con Nicolás Franco padre e hijo. Los dos gozan de gran influencia social. El primero por ser el hermano mayor del Generalísimo y el segundo, por ser su sobrino, y por su amistad con el príncipe Juan Carlos. Aunque, a decir verdad, y por sorprendente que resulte, de todas las personas que ha presentado a Magdalena, con quienes mejores migas hace es precisamente con los Franco. Y más con ellos que con sus mujeres. En concreto, se lleva estupendamente con Nicolás Franco padre, con quien sostiene largas conversaciones, para extrañeza de todos. ¿Qué pueden tener en común una joven humilde venida a más, de familia probablemente republicana, con el hermano del Caudillo y hombre definitivo en la trayectoria del jefe del Estado, a sus más de setenta años? Desde luego, no puede ser la música que tanto ama ella...; y eso que él suele animarla a actuar en las reuniones compartidas.

—¿Por qué no nos cantas algo, Magdalena? ¡Da gusto escucharte! —la anima.

Ella enrojece hasta la raíz del cabello y agarra la guitarra y canta «Yesterday» ante la embelesada mirada de todos, pero, sobre todo, de la del que fuera general.

—¡Y en inglés! —se admira Nicolás—. Ni más ni menos. Se nota que eres una mujer aplicada. Ya puedes estar orgulloso, Enrique.

Y Enrique asiente, como lo hubiera hecho ante cualquier comentario del poderoso hermanísimo, con quien, como con toda la familia Franco, sabe que hay que estar a bien, en esos años de incipiente apertura de un régimen dictatorial, que pretende disimular

que lo es a ojos del mundo, con pequeñas licencias como las de la música.

Para Magdalena, es una suerte que la música comience a cobrar un repentino protagonismo en la España de esos días, pero así es: parece que el país entero intenta olvidar sus penas lanzándose a bailar. Sobre todo los chicos, y más si son de familia bien, se permiten acudir cada vez más a los numerosos guateques. Y si alguien aprovecha ese entusiasmo por las fiestas caseras, es un tal Nuño de la Rosa, que, viendo su éxito entre los jóvenes, decide hacer una pública y cobrando la entrada. El experimento no dura mucho, porque rápidamente aparece la policía para poner orden, pero es el preludio de todas las salas de música en vivo, que enseguida irá abriendo el empresario en distintos lugares de la capital. La Tuna, Club Studio, Imperator, Paraninfo, Ale's... La sociedad quiere modernizarse a través de la música y lo hace con las actuaciones en directo de todo tipo de grupos, a las que acuden, enfervorecidos, los jóvenes y también algunas jóvenes, aunque no esté demasiado bien visto en el caso de ellas.

Nuño de la Rosa carece de competencia en Madrid, hasta que se inaugura Whisky Jazz.

El Whisky, como le llaman los asiduos, nace en el número 10 de la calle del Marqués de Villamagna, a principios de los sesenta. En realidad, previo a este local hay otro, llamado Whisky Jean en la calle Claudio Coello, que monta Jean Pierre Bourbon, pero poco después lo traslada a Marqués de Villamagna. Tampoco esa será su ubicación definitiva, porque más tarde acabará instalándose en el espacio que previamente ocupaba el Bourbon Street, también suyo, y llamado así en honor a su apellido, en la calle Diego de León, número 7.

Enrique, para satisfacer las únicas demandas de Magdalena, la lleva al local de Marqués de Villamagna, al principio, entre el segundo y el tercer embarazo, y luego, al poco de su último parto —«Mi mujer se recupera de sus alumbramientos, con la misma rapidez que Juana la Loca», suele bromear el médico—, al de Diego

de León. Y ella se vuelve asidua para siempre a aquel garito. Lo seguirá siendo incluso después de que su mundo se quiebre en mil pedazos y cambie por completo. Enrique es consciente de que su esposa no le adora, pero los matrimonios tampoco son para la pasión y el desenfreno. Con cubrir el expediente, basta. Y ellos lo hacen a la manera usual. Ella se ocupa de los niños lo imprescindible, ayudada por el servicio y controlada por su madre, y él, que cuando la conoció hubiese dado cualquier cosa por su amor, por pura vanidad, ahora se conforma con su obediencia, y se divierte de cuando en cuando con una jovencísima enfermera del hospital —que, a su vez, daría la vida porque él la amara—, y, con frecuencia, con alguna otra señorita de pago, como tantos maridos perfectos de su tiempo.

La distancia entre ellos cada vez es mayor, pero eso no parece afectar a Magdalena, que se muestra más alegre ahora, cuando ya apenas comparten nada, que cuando el médico la condujo al altar o en los años posteriores. Lo que no barrunta el doctor es que ese cambio de actitud de su mujer no se debe a la música, como ella pretende hacerle creer. O no solo. Su ilusión es otra. Sin duda, la más inesperada de todas: una relación amorosa con Nicolás Franco.

—Ángela, necesito que me cubras. Esta tarde tengo que volver a verlo y...

—¿Estás loca? Si se entera tu marido, todo esto te puede costar muy caro. ¡Y a mí también!

—Él no dejaría que nos pasara nada —le asegura Magdalena con rotunda convicción—. Y ya sabes que es muy poderoso siendo el hermano de...

—¡No lo digas en voz alta! —corta Ángela—. Yo no sé nada, ¿te enteras, Magdalena? No me metas en esto. Ni sé ni quiero saber. Si llegara a salir a la luz... Por Dios, no quiero ni pensarlo.

Pese al temor, Ángela la quiere tanto que se presta a ser su coartada, para que, al menos dos tardes por semana, Magdalena abandone su casa y se encuentre con su amante. A ella no le importan los riesgos, ni la diferencia de edad, ni el protagonismo de

él en la historia reciente. Solo sabe que ama a aquel hombre inteligente, que la hace reír, sin que haya otras razones que puedan apuntalar ese amor que nadie comprendería, salvo ellos.

Durante todo un año, ninguno de los dos falta a sus citas furtivas. Y al final, el destino les pasa factura.

—¿A qué viene esa cara de disgusto, pequeña? —pregunta él al llegar al coqueto apartamento que ha alquilado para Magdalena, en una discreta calle de la capital, donde ella le espera.

Magdalena mira medrosa a través de los gruesos visillos colocados en las ventanas que dan a la calle. Jamás los descorren por temor a ser descubiertos, y como son bastante opacos, aunque dejan pasar algo de luz, no le permiten atisbar más que sombras. Tampoco desea ver más. Solo perderse fuera de la estancia en donde la noticia que está punto de ofrecer caerá como la bomba más potente de la aún tan cercana Guerra Civil.

—Estoy embarazada —suelta a bocajarro, volviéndose y clavando sus vivaces ojos pardos en los oscuros, pequeños y redondos de su amante.

El hombre aguanta la mirada desafiante de la mujer y de pronto advierte, con la misma certeza con la que sabe que el sol sale cada mañana y se oculta por la noche, que no hay nada más importante que ella. ¿Cuántos años le quedan por vivir? No es la primera vez que disfruta de un amor ilícito. Ha dilapidado buena parte de su fortuna en fiestas, junto a hermosas mujeres distintas a la suya; de hecho, anduvo persiguiendo por los tablaos a Cecilia, la joven nieta de Isaac Albéniz, que durante un corto espacio de tiempo fue su obsesión. También se dejó encandilar por aquella extravagante modelo británica, Nina Dyer, por la que bebieron los vientos el barón Thyssen y el príncipe Aga Khan, hasta el punto de casarse ambos con ella. Nicolás, que la conoció antes, quedó fascinado por el esplendor de esa mujer que gustaba de bañarse desnuda en el mar y acompañarse de panteras salvajes como mascotas. Y como él no

era de seguir al pie de la letra las consignas de orden moral que se defendían en su patria, a casi nadie le resultó extraño que un buen día retrataran su amistad extramatrimonial en la Costa Azul. Antes de que los fotografiaran juntos, en su entorno más cercano ya se comentaba que Nicolás pretendía llevarse a España a una dama, mitad inglesa, mitad india, de singular belleza, para convertirla, no en su esposa, claro, sino en la primera *vedette* del país.

Cuando aparecieron las instantáneas en la revista italiana *L'Europeo*, donde se veía a Nicolás en bañador, deslumbrado por una explosiva Nina, ataviada con un escueto bikini, el ministro de Asuntos Exteriores, Martín-Artajo, no dudó en mostrarle el escandaloso reportaje al Generalísimo. En el pie de foto se ironizaba con que «Para Franco n.º 2, la vida comienza a los 50. El hermano del defensor de la cristiandad no parece ser el defensor de la castidad». El Generalísimo observó sin inmutarse las imágenes de su hermano y la modelo, que reprodujeron también otros medios, y se limitó a decir con su voz atiplada: «Qué gordo está Nicolás». ¿Para qué iba a preocuparse, cuando sabía que la historia terminaría poco después, en cuanto su hermano entendiera que no podía competir con lo que le ofrecían otros hombres de mayor fortuna, empezando por el barón Thyssen, quien antes de proponerle matrimonio a la bella Nina ya le había regalado un abrigo de chinchilla, dos deportivos, joyas por valor de cuatrocientos millones de francos y hasta una isla en Jamaica? Tampoco Nicolás se hubiera comprometido demasiado, en ningún caso, porque, para él, ella era una más de la colección de hermosas mujeres a las que había tenido el privilegio de conocer. La mayor parte de sus escarceos nunca llegaron a la prensa. Y como ese de la Costa Azul, publicado en el extranjero, hizo el ruido justo en España, su archipoderoso hermano despachó el asunto con una bronca comedida, y no hubo más consecuencias.

A partir de ahí, eso sí, Nicolás continuó zascandileando fuera de su matrimonio, pero con cierta cautela, para evitar posibles nuevos documentos gráficos. Aceptaba las reglas del juego, que le exigían

estar casado con una mujer decorosa y aparentar decencia propia..., pero sin dejar de disfrutar de la vida, que pasaba tan deprisa. Lo que no se esperaba era que el verdadero amor le llegaría rayando los ochenta años y que sería una mujer cincuenta años más joven, quien le enseñaría a amar. Nunca antes se había enamorado de ese modo. Ni de su esposa, ni de sus conquistas paralelas. Por eso ahora es consciente de que no podría escapar ni de ese sentimiento, ni de su responsabilidad, aunque quisiera, máxime cuando la mujer en la que se concreta ese amor no solo le ama a él, sino que espera un hijo suyo. Ha de hacer algo. Rápidamente. Antes de que el bebé crezca en el vientre de su madre y, con él, los odios y los resquemores de su entorno. Piensa a toda velocidad y enseguida opta por una solución.

—No te preocupes, pequeña —la tranquiliza, reiterando el apelativo cariñoso con el que siempre se dirige a ella—. Que nadie se entere. Que nadie sepa nada. Pero tú prepárate para abandonarlo todo. En un mes nos vamos a Argentina.

Ella abre los ojos con tanto asombro, que parecen salírsele de las cuencas. Ni las palabras ni el gesto de Nicolás albergan dudas. Lo que le está diciendo es lo que tendrá que hacer. Su biografía es la de un hombre que siempre consigue lo que quiere. Y le queda muy poco tiempo ya para gozar. Sus últimos años serán los mejores. Magdalena es el amor de su vida. Un amor de vejez, pero ¿quién se atrevería a determinar que los amores tardíos son peores que otros, o que merecen menos pasión que los anteriores? El ingeniero lo arregla todo en menos de una semana. Compra los billetes (solo de ida) para Magdalena y para él, en distintos vuelos. Hay cuatro a la semana a Buenos Aires desde Madrid, pero solo los del jueves y el domingo hacen una única escala en Las Palmas de Gran Canaria. Los otros hacen escala triple en Río de Janeiro, São Paulo y en Asunción o en Montevideo, y el trayecto resulta interminable. Lo prudente es que viajen en aviones distintos. En primera, claro. Ella, el jueves y él, el domingo. Prefiere que vaya ella antes, para que, cuando se levante la polvareda de su desaparición, él pueda frenar al marido

médico en su intento de perseguirla. Él mismo la acompañará al aeropuerto y la dejará en manos de una persona de confianza, para que le ayude con los trámites de facturación y el control de pasaportes.

—Pero... ¡me asusta viajar sola! Nunca he salido de España y los aviones me dan miedo.

—No te preocupes, pequeña, viajarás en un avión moderno y seguro. Un DC-8, ni más ni menos, donde te tratarán como una reina. Me ocuparé de que la tripulación sea consciente de que eres la pasajera más importante del vuelo. Te divertirás...

—¿Cuánto dura el viaje?

—No es tan largo como crees... ¿Qué más dan unas cuantas horas a cambio de una vida nueva? No son tantas, ya verás. Y se pasan volando, y nunca mejor dicho... Puedes leer, pensar y hasta componer una canción.

—No estoy para canciones y menos para pensar —se queja ella —. Mi marido, mis hijos...

—Estarán bien —corta Nicolás—. Tu marido es un profesional y un buen hombre. Se hará cargo de todo. Y en poco tiempo se volverá a casar y tus hijos tendrán otra madre.

—¿Otra madre? ¿Mis hijos tendrán otra madre? —pregunta Magdalena compungida.

—Y tú, otro hijo y otra vida. Nuestro hijo y nuestra vida.

Magdalena anhela irse con Nicolás. Alejarse de todo y más que nada apartarse de su marido; pero sus hijos... A ellos los quiere más de lo que imaginaba, pese a que apenas le permitan ser madre. A Enrique, en cambio..., desde que comenzó su relación con Nicolás, aunque se muestre más jovial en su convivencia diaria, lo detesta. Si antes le resultaba indiferente, ahora lo aborrece todo de él, hasta el sonido de su voz. Sus amigos siempre resaltan sus valores: su generosidad, su pericia en el trabajo..., pero para ella es un hombre odioso, con el que le resulta un suplicio compartir cualquier espacio, y en especial el de la cama. Por suerte, a fuerza de negativas, ha conseguido que ya casi ni la reclame, pero... marcharse y empezar

otra vida en un universo distinto, con el hombre al que ama es un sueño al que no quiere renunciar. Ella ya sabe lo que es irse para no volver; y si un día la obligaron a hacerlo, ahora será ella quien decida su propio destino. Todo lo que adivina en el horizonte parece mejor que lo que tiene. Incluso llevar en el vientre al hijo de un hombre tan mayor, que morirá sin poder acompañarlo en su crecimiento. Al menos, él será la prueba de su amor. Quien lo certifique cuando Nicolás ya no esté. Y a él, al que ya siente crecer lentamente en su interior, lo amará mucho más que a cualquiera de sus hijos ya nacidos, porque será un hijo del amor y porque ella podrá ser, de verdad, su madre. Sonríe a su amante. Y asiente.

—Iré contigo a donde me lleves. Pero tal vez preferiría algún otro sitio de los que conoces. Quizás Lisboa, que está más cerca. ¿No podemos ir allí? Fuiste embajador, tendrás amigos, conocidos...

—Demasiados amigos y conocidos, pequeña. Si queremos ser felices, tenemos que esfumarnos por un tiempo. Y para eso se necesita más distancia. En Argentina también tengo amigos, descuida. Más de los que nadie sabe. Y algunas inversiones, además de un precioso campo.

—Pero, pero... ¿Argentina es segura? —insiste ella por última vez.

—Lo es. Y lo será mucho más cuando Estados Unidos tome el control, como ha hecho con tantos países latinoamericanos. No te preocupes por la política. Lo importante es que ahora desaparezcamos de aquí. Mi hermano ha hecho la vista gorda con algunos de mis deslices, pero no consentiría nuestra relación al descubierto. Hemos de irnos y bien lejos. Primero a Argentina. Ya veremos si luego a Estados Unidos o a dónde.

Durante ese mes, el hermano del Generalísimo realiza varias transferencias millonarias a Argentina. Nicolás Franco posee una cuenta corriente bien surtida. Está en varios consejos de administración, después de distintos episodios que demostraron que

era intocable. Entre otros, el que hizo que Ramón de Rato, el fundador del Banco de Siero se diera cuenta de que, aun estando bien relacionado con el régimen, era imposible obligar a un miembro de la familia Franco a pagar sus deudas. Pocos años antes, en 1967, ejecutó un crédito de cuatro millones ochocientas mil pesetas a Nicolás Franco, cuyos bienes fueron embargados, pero..., en poco tiempo el Banco de Siero fue el embargado a su vez y Ramón de Rato detenido por evasión fiscal. ¿Quién era Ramón de Rato para procesar al hermano del Caudillo por el impago de una letra? Al final no tuvo más remedio que retirar la denuncia al hermano del Generalísimo, que no pensaba darse por aludido por la «ridícula» cantidad de cuatro millones ochocientas mil pesetas.

Nicolás sabe bien que su hermano, pese a alguna desavenencia de años atrás y no pocas suspicacias, perdonaría todas sus faltas económicas, pero no las «morales». Si llegase a intuir que planea una fuga con su amante, que además es una mujer casada, las cosas podrían ponérsele feas. Y no se va a arriesgar. Así que despliega todo su manto de contactos de mayor confianza, para que le ayuden a blindar su huida con Magdalena.

El mes pasa deprisa, y el día de su viaje, Magdalena llega al aeropuerto, acompañada por Nicolás, en un coche con los cristales tintados de las ventanas. Viaja solo con un pequeño maletín donde guarda lo imprescindible. «El resto lo compraremos allí, descuida», le ha prometido su amante. Se viste discretamente, con un conjunto de falda y chaqueta de punto gris, unos zapatos negros de medio tacón, medias negras tupidas, un pañuelo a la cabeza, anudado en el cuello, en tonos beiges y negros, y un sencillo collar de perlas como único adorno. Todo bajo una gabardina beige, clásica y atemporal, tan discreta y anodina como el resto de su indumentaria. Además, lleva un bolsito cuadrado, también negro, con todos sus

documentos, que agarra con fuerza, como si temiera que se lo fueran a robar. Está tan nerviosa como contenta. Se ha despedido de sus hijos con un «Estaréis bien, vuestro padre es un buen hombre», que ninguno de los tres, con sus siete, seis y poco más de un año han entendido ni respondido. No le cuesta decirles adiós. Es como si los críos fueran hijos de su marido y no de ella. Su verdadero hijo, el que se gesta con amor, es el que porta en el vientre. Se lo acaricia apenas un segundo. El embarazo es tan incipiente que aún no se le nota. Respira hondamente y baja del coche con cierta inquietud, pero sintiéndose protegida por Nicolás, que la besa en la frente antes de que abandone el vehículo. «Habrá una azafata esperándote —le asegura—. Solo con que le digas tu nombre y le enseñes el pasaje se ocupará de todo». Y, en efecto, apostada en la misma puerta del aeropuerto le aguarda una señorita impecablemente uniformada.

—¿Es usted Magdalena Aguado? —le pregunta en cuanto accede al edificio. Ella asiente—. Venga conmigo, la estábamos esperando.

El aeropuerto de Barajas no es muy grande y no hay muchos pasajeros. Y Magdalena, como cuantos esconden secretos, se siente perseguida por las miradas de todos. Por eso camina oculta tras sus gafas de sol y con la cabeza baja, mientras sigue a la azafata que la dirige de un lado a otro para realizar las gestiones pertinentes. En menos tiempo del que piensa, se encuentra sentada en la aeronave, en su confortable plaza de primera, alejada de un saloncito de cuatro, que ocupan ya dos parejas dispuestas a pasarlo bien durante el vuelo, brindando con champán.

—¿Desea usted también una copa de champán, un zumo o un vaso de agua? —le pregunta el sobrecargo en cuanto se instala. Ella niega con la cabeza—. Cualquier cosa que necesite o le apetezca, no tiene más que decirlo. Procuraremos que el viaje sea de su agrado. Le aseguro que el menú es verdaderamente extraordinario. En este vuelo serviremos caviar, langosta, *roastbeef*... Y, por supuesto, cuantas bebidas desee.

Magdalena dibuja un amago de sonrisa en su rostro y murmura un apenas audible «gracias». Luego abre su bolso y saca un cigarrillo. El sobrecargo inmediatamente le ofrece fuego de un mechero que saca, a su vez, del bolsillo de su pantalón y ella enciende el pitillo.

—Gracias —dice ahora con algo más de potencia en la voz—, es usted muy amable.

—Despegaremos en un rato, póngase cómoda, que el vuelo es largo.

Ella abandona por un instante el cigarrillo en el cenicero y se desanuda el pañuelo. No se atreve a despojarse de las gafas. No es que ella sea una persona conocida, pero... ¿y si se tropieza con algún amigo de su marido? No es probable, pero ¿y si ocurre? Imaginarlo le provoca un repentino calor. Quiere despegar cuanto antes. Llegar cuanto antes. Olvidar su antigua vida cuanto antes. Y empezar la nueva junto a Nicolás y a su hijo cuanto antes. Necesita beber algo. Le sentará bien. Llama al sobrecargo.

—Perdone, ¿aún estoy a tiempo de tomar esa copa de champán?

El hombre sonríe.

—Todas las que quiera. Se la traigo en un momento.

Al poco, reaparece con la copa y unas almendritas, que dispone sobre un mantelito de lino blanco, como si estuviera en un restaurante de lujo, y luego se retira. Ella bebe mientras tararea en su cabeza la canción de Nancy Sinatra, «This Boots Are Made for Walking»... Y piensa en eso que se dice en la letra, en que lleva las botas puestas para caminar. Aunque sea en sentido figurado. Más animada, se ajusta el cinturón de seguridad y cierra los ojos para que la oscuridad la proteja de todo. Por eso no ve a los dos hombres que acaban de subir al avión, ataviados con gabardinas y sombreros que, al poco, se detienen junto a su asiento.

—¿Magdalena Aguado? —pregunta uno de ellos con tono neutro.

Ella abre los ojos y los mira con sorpresa a través de los cristales oscuros de sus gafas.

—Soy yo, sí —dice, tragando saliva.

—Acompáñenos —ordena uno de los hombres, mientras el otro se mantiene impávido.

—¿Cómo dice? —pregunta ella asustada.

—Ya ha oído a mi compañero. No se haga la tonta ni arme alboroto. Nos conviene a todos que nadie se entere de lo que ocurre, señora. Coja todo lo que lleve y vámonos.

Magdalena se siente mal. Pero tampoco ella desea que nadie se percate de lo que está sucediendo, así que obedece al hombre. Apaga el cigarrillo, se desabrocha el cinturón, recoge sus cosas y camina tras ellos. El sobrecargo, sin entender muy bien lo que ocurre, se acerca a preguntar, pero uno de los hombres le da el alto mostrándole una placa policial, que le hace volver a su sitio y comportarse como si no hubiera visto nada.

Una vez fuera del avión, uno de los policías agarra del brazo a Magdalena con fuerza y la conduce, casi en volandas, hasta el exterior del aeropuerto, donde la monta en un coche oscuro, al que también sube su compañero.

—¿Adónde me llevan? —se atreve a preguntar ella. Y añade—: Les aseguro que hay una persona muy importante que...

—¿No me digas, guapa? —le espeta uno de los hombres—. Precisamente vamos a arreglar eso que te ha hecho esa persona tan «importante».

# 4

*Presente, 2018*

«Los secretos más grandes se ocultan siempre en los lugares más inverosímiles».

ROALD DHAL

Roures llega a casa cansado. Los viajes de ahora no son como los de antaño. En el siglo XXI son infinitamente más cortos y soportables. Sobre todo, porque se realizan en vehículos más rápidos y mejores, aunque, como en el caso del suyo, estén ya casi amortizados y no ofrezcan todas las prestaciones; pero él ya no es el de antes y concentrar la atención en la carretera le cuesta mucho más que en el pasado. En cuanto cruza la puerta del viejo edificio de Malasaña donde reside, la portera le recibe con el entusiasmo de una madre que lleva tiempo sin ver al hijo pródigo.

—Don Antonio —le dice—. Dichosos los ojos. No para usted. Y a su edad, ya no se puede trabajar tantas horas...

—No me llame don Antonio, Teresa, se lo he dicho mil veces. Con Tony, basta y sobra.

—Quite, quite..., ¡le voy a llamar yo con ese nombre tan ridículo! —contesta ella riéndose. Luego repara en lo que ha respondido, se tapa la sonrisa con la mano, con vergüenza, y

después se la retira y añade—: Uy, perdone, no quería molestarle... Es que a mí los diminutivos me horripilan. Además, ya le digo que no corresponden a este barrio. Ni que fuera usted del PP, oiga, donde le acortan los nombres a todo el mundo o se los cambian del todo. Mire la Cuca Gamarra esa. ¿Cómo se llamará de verdad? O tienen nombres que no son nombres o se los ponen de marquesa, como la tal Cayetana...

—Bueno, más bien de duquesa, me parece —precisa Roures—. En cualquier caso, la veo puestísima en los nombres de los populares. Pero ya le digo que no solo ellos los acortan y los cambian. ¿Cómo se llama el alcalde de Cádiz? ¿No es Kichi? Pues es de Podemos, ¿no?

—Ya bueno, pero eso es otra cosa. Kichi ya se ve que es un nombre de compadreo... Lo de Cuca o Cuqui es distinto. Huele a pasta y a pijerío. Como lo de Pocholo. A gente que se llama entre sí, gorda, gordi o gordita, pero que se muere si engorda medio kilo... Vamos... ¡que yo le pienso seguir llamando don Antonio, que le tengo mucho respeto!

—Lo que me ha quedado claro es que usted no es votante del PP.

—Hombre, don Antonio, que soy portera...

—Ya —acepta el detective riendo—, ¿alguna novedad? ¿Algo que me tenga que contar?

—Que le he hecho una compra. Pequeña, pero... vale para una urgencia. Dos botellitas de vino de calidad, un trozo generoso de queso manchego, pan, jamón del bueno y seis huevos de gallinas criadas en libertad... Y *whisky* de marca, que para eso es usted detective.

—No tiene usted precio —la piropea Roures con una gran sonrisa y haciendo amago de subir las escaleras, para no quedarse toda la tarde de cháchara.

—Una cosa más, don Antonio. Su ayudante y el otro chaval han estado por aquí, en su oficina, varias veces, con varias chicas jóvenes... Ya sabe que yo no digo ni mu, pero... Es que eran varias e

igual la cosa no iba de trabajo. Solo para que lo sepa, que hay que tener controlado al personal.

—Gracias, Teresa —responde el detective con la tranquilidad de quien confía en los suyos sin fisuras e incluso con la actitud de a quien le da lo mismo lo que hagan los otros siempre que no le salpique...—. Estaré atento —concluye guiñándole un ojo.

Sube la escalera con esfuerzo, pero sin dificultad. Su mochila apenas pesa. La costumbre de llevar lo justo desde los tiempos de las guerras. Al abrir la puerta de su pequeño piso abarrotado de discos y libros le sorprende la excesiva penumbra. La portera debe de haber bajado las persianas para evitar la indiscreción de la luz. Deja la mochila en su cuarto y ya en la sala mira con pasión sus vinilos. Tiene ganas de marcha, de música potente, de la que atrapa y no deja pensar en otra cosa. Elige el único disco que sacaron los Heartbreakers, *L.A.M.F* (*Like a Mother Fucker*), que eran las siglas que colocaban los grafiteros neoyorkinos tras los nombres de sus pandillas. No es el vinilo original, porque tuvo una mala producción y ocasionó más de una discusión entre los miembros de la banda y una larga lista de remixes, sino el *L.A.M.F. Revisited*. Pero ese es el LP que contiene la canción que quiere escuchar: «Do You Love Me?».

En cuanto empieza a sonar, camina hacia la cocina y encuentra en ella los víveres de los que le ha hablado la portera. Más que suficientes para esa primera reunión con Carlota. Mira el reloj. En su esfera, como de costumbre, encuentra a su viejo amigo, Corto Maltés. Le parece que se le ha cambiado el gesto. Que tiene escrito en el rostro la misma ansiedad que él. Carlota llegará en menos de una hora. Se siente un chaval antes del primer examen de universidad. No tiene ni idea de qué se van a decir. Sea lo que sea, la ocasión merece, para empezar, una buena ducha.

Se desviste y camina hasta el cuarto de baño tarareando la canción. Nada como darse ánimos para la batalla. «¿De verdad la pregunta es "me amas"?», piensa Roures bajo el agua de Madrid que cae a chorros por la alcachofa. No puede evitar un aluvión de

imágenes de la relación sexual de Carlota y la mujer del abogado en su cabeza. ¿No dicen que la memoria es selectiva? ¿A qué viene recordar ese vídeo de chantaje que le hizo ver sin pestañear la amante de Carlota? Cruzados, se le vienen los recuerdos de su excelso polvo con Amalia/Natalia, precisamente allí mismo, en su casa. Es como si pretendiera justificar de antemano que aceptará cualquier cosa que le diga Carlota sobre esa «infidelidad», que realidad no existe porque nunca hubo compromiso de fidelidad... Sale de la ducha y justo suena el timbre. Apenas tiene tiempo para atarse una toalla a la cintura antes de recorrer el breve pasillo y abrir la puerta.

Tras ella aparece Carlota. Más bella que nunca. O no. Su percepción no es real. Es solo la suya y guarda relación con lo que ve y con el cóctel de emociones que baila en su estómago, al ritmo de las canciones del único disco de los Heartbreakers.

—Hola detective —dice ella, entrando en la vivienda mientras esboza una de sus irresistibles sonrisas—. ¿No me esperabas tan pronto o precisamente porque me esperabas te has... «vestido» así?

—Hola, señoría —responde él con las gotas de agua resbalándole por el torso—. Me temo que no soy precisamente Brad Pitt en *Troya*. El fuerte de mis encantos no está en mi tórax. Hubiera preferido recibirte con mis vergüenzas cubiertas...

La jueza no responde. Solo se descuelga el bolso del brazo y sin una palabra se abraza al detective. Su ligera camisa de seda blanca se moja con las gotas que aún permanecen en el pecho de él, que percibe el intenso calor de su cuerpo, activando el del suyo sin remisión. Sin separarse un milímetro, Carlota le besa en el cuello, y mordisquea brevemente el lóbulo de su oreja.

—No perdamos tiempo, Tony. No más del que hemos perdido ya... Hablemos después y ahora...

Carlota va vestida de blanco. Con una camisa, una falda tubo y unas sandalias planas. Como tantas otras veces. No le hace falta nada más. Está deslumbrante. Su piel bronceada, la melena oscura y sedosa a media espalda y esos ojos como un océano infinito,

repletos de diversas tonalidades de azul, en los que parece que pueden nadar peces de colores... Carlota es imbatible, pero en el blanco de su vestido, los recuerdos de aquel otro día no tan lejano en compañía de Amalia/Natalia, con un conjunto del mismo color, se confunden en la memoria del detective. La jueza le besa, y en ese beso, intenso y prolongado, el deseo de Roures borra todo lo demás. Ella se muestra igual de excitada. Se empujan, arrancándose la ropa hasta el cuarto de él; el mismo donde yació con Amalia/Natalia; el mismo donde tantas otras veces ellos han hecho el amor... Nunca con la urgencia de este día, repleto de abruptas inseguridades por parte de ambos. Roures ni siquiera se concentra en la piel bronceada de Carlota ni en el tenue aroma a almizcle blanco que siempre emerge de cualquier parte de su cuerpo, como si lo hubiera rociado completo con esa fragancia. La devora entera, se detiene en su sexo que ahora sabe cuánto echaba de menos, hasta que la siente revolverse en un primer orgasmo y luego la monta, casi con un punto de brutalidad, mientras ella le reclama, le requiere, le urge que siga, que no pare, que continúe... Otro orgasmo, esta vez compartido, los separa, exhaustos, con los torsos agitados.

—Estás en forma, detective —susurra ella entre jadeos, desmayada sobre el lecho—. ¿Has practicado mucho en mi ausencia?

Él calla un instante, dobla su brazo bajo su cabeza y se acaricia el cuello con la mano. Debe de tener una contractura. Pero hasta el ligero dolor de ese momento le resulta placentero. Se levanta. Quiere fumar y está seguro de que ella también.

—Voy a por unos cigarrillos, creo que los tengo en esa chaqueta que dejé en el salón al llegar —dice sonriendo.

—Cigarrillos y música, espero. Para que me sienta en casa —demanda la jueza.

Roures camina desnudo por el pasillo, hasta que alcanza la chaqueta, de donde saca la cajetilla y el mechero y coge varios cigarrillos. Enciende uno y se gira hacia la estantería, donde elige un vinilo mítico, ese de la Velvet Underground & Nico con el plátano de

Warhol en la portada. Pone la cara A, pero no directamente «Sunday Morning», sino otro tema más *ad hoc* para la mujer que tiene esperándole en su cama, «Femme Fatale»; quizás el más tierno de un disco lleno de reclamos y descripciones de uso y abuso de drogas, sadismo, masoquismo, prostitución... Vuelve al cuarto acompañado por la voz grave e incomparable de Nico y le tiende un cigarrillo a la jueza después de encenderlo.

—¿Quién es? ¡Qué maravilla de voz!

—Mi otra chica preferida... Nico —responde Roures—, cantando «Femme Fatale».

—¿La Velvet? —pregunta la jueza sin esperar respuesta—. ¡Claro! Me falla mucho la memoria musical, pero tenía que haberlo intuido. Esa voz grave... En realidad, es inconfundible. ¿«Femme Fatale»? —Echa la cabeza para atrás y ríe. Luego se quedan en silencio ambos fumando y escuchando los siguientes temas del disco: «Venus in Furs», «Run Run Run», «All Tomorrow's Parties»... Y solo cuando la música se detiene, se miran a los ojos.

—No evitemos la conversación, Carlota —pide entonces Roures, buceando en las profundidades de sus ojos oceánicos—. La necesitamos los dos.

—Tienes razón, Tony. Pero ¿me das otro cigarrillo antes? —Lo enciende, inhala el humo hasta casi el estómago y lo expulsa con la fuerza de quien sabe que ha de liberarse de un veneno. Respira hondo y comienza a hablar—: Hay una parte de mi vida que no te he contado. O, no del todo. Algunas breves pinceladas reinventadas, sí, pero... No me culpes. Según van pasando los años —y yo tengo más de los que aparento—, uno tiende a reescribir su propia historia de cara a los otros. Para que el dolor de las cosas se atenúe. Tú lo sabes bien.

Carlota se levanta, da vueltas, camina de un lado a otro de la habitación, fumando con nerviosismo, mientras Roures la observa en silencio. Por fin arranca a hablar de nuevo.

—No te voy a decir que mi relación con Noah no haya sido divertida. Lo viste con tus propios ojos, en ese vídeo de chantaje

que ella compartió contigo, para que le pasaras un informe falso a su marido sobre su «intachable fidelidad». Yo... En fin, me gusta Noah. Como me han gustado tantas veces otras mujeres. A veces ellas me han hecho disfrutar más que vosotros, y no me preocupa el sexo de las personas, sino las propias personas. Tengo... esa suerte. Hay quien se tiene que conformar con un solo sexo y yo puedo disfrutar con los dos. Pero eso no tiene nada que ver con el sentimiento.

—No te pido que te justifiques, Carlota...

—Déjame seguir —corta ella—. No me estoy justificando. Pero la relación que tenemos tú y yo ha crecido lo suficiente como para que sepa que debe haberte dolido verme practicando sexo con otra persona. Lo que no se ve ni existe ni duele y tal vez no se tiene que explicar, pero si ocurre algo como lo que nos ha sucedido a nosotros...

Roures calla. Él guarda su propio secreto. El sexo puntual, de un solo día, con Amalia. Natalia en su nombre clandestino. ¿Qué sentiría Carlota si descubriera que otra mujer ocupó la misma cama que ahora ellos acaban de compartir? La única diferencia, tal vez, es que ella le dejó en Castellón para irse junto a Noah, haciéndole creer que iba a otro asunto y lo suyo con Nat Hill fue fortuito, sin necesidad de improvisar una mentira. ¿O no es distinto?

—Carlota —empieza Roures...

—Fue sexo. Nada más. No tiene nada que ver con el sentimiento, y yo jamás juré fidelidad, pero, además...

—En serio, Carlota —corta ahora él—, da igual. No nos pidamos lo que no nos podamos dar. Y tampoco hace falta que nos digamos toda la verdad. Pero no nos mintamos. O hagámoslo, pero no pactemos esa máxima entre nosotros para romperla después...

Carlota tarda en contestar. El silencio se vuelve denso. Se han mentido, como prometieron que no harían. Ella a él y él a ella, aunque ella no lo sepa. Nada hubiera ocurrido si ninguno de los dos se hubiera enterado. ¿O sí?

—Tienes razón, Tony, solo que... Yo no sabía que el marido de Noah era tu cliente. Tampoco que ella grabaría nuestro encuentro. Y mucho menos que te lo enseñaría para chantajearte y que no delataras sus infidelidades para protegerme a mí. Yo quería estar con ella, pero... sobre todo, lo necesitaba. Pero no por el sexo. No era una cuestión de sexo..., solo que sabía que el sexo me abriría las puertas de los secretos. Incluso de los que ella no supiera que lo son, al menos míos. Me urgía acercarme a su familia. Mucho. Más de lo que imaginas. En concreto, a la chica que..., a esa presunta hija suya que, en realidad, solo es unos años más joven que ella.

—¿Te refieres a la hija de Noah y de Miralles?

Carlota clava sus pupilas en las de Roures y tras un silencio más largo de lo razonable, responde a su pregunta:

—No es la hija de Noah y de Miralles.

—¿No es hija de ella? —pregunta el detective.

—Ni tampoco de él, Roures.

—¿Entonces?

Carlota hace una pausa prolongada y lo mira con fijeza durante unos minutos que se vuelven eternos. Es una mirada de la jueza que el detective no ha visto nunca. Está repleta de dolor, de tristeza... Sin dejar de observarlo, de escrutar sus ojos en los que se clavan los suyos, le contesta, por fin:

—Es mi hija.

Roures arruga la mirada hasta hacerla casi desaparecer mientras susurra un «¿Qué?»; tan repleto de sorpresa como apenas audible. Agarra otro cigarrillo y lo enciende. El humo le taladra una vez más sus viejos y dañados pulmones y le arranca una tos de geriátrico, imposible de detener. Carlota está acostumbrada, así que no se asusta en tanto él continúa tosiendo unos minutos. Por fin, cuando la tos se apacigua, Roures intenta hacer memoria. ¿Qué le contó Carlota? Que su padre era ingeniero, que su madre se había fugado con un profesor de tenis, que su hermano había muerto por asuntos de drogas, que ella, en su soledad y en su tristeza, se había tirado a todos sus amigos y se había quedado embarazada, que su

padre dio a su hijo en adopción... No recuerda los detalles con precisión. Hablaron poco del asunto y solo una vez, tras una noche compartida, mientras trabajaba en el caso de la desaparición de Lucía Peña. Jamás volvió a preguntarle nada. Sabía que los recuerdos de su pasado la removían y prefería esperar a escucharla cuando alguna vez sintiera la necesidad de contarle algo. Ahora no se atreve a articular palabra. Pero le gustaría formularle mil preguntas.

—Entonces —dice finalmente, casi sin saber qué pregunta elegir —, ¿era una niña?

Carlota asiente.

—Así es —la vi apenas unos minutos, sin embargo..., nunca olvidé su mirada azul idéntica a la mía. También a la de mi padre. Pensé que el tiempo curaría las heridas, que dejaría de buscar, que bastaba con inventarse la vida y ser fuerte, pero... En fin, la casualidad, una vez más, nos sorprende. No es solo que el nombre de Miralles apareciera en mi juzgado, en uno de los expedientes de niños robados que no prosperaron en Mallorca, como abogado de uno de los ginecólogos presuntamente implicados en el caso, y que luego nos volviéramos a encontrar en un almuerzo de la profesión..., es que... ¿cómo es posible que el tipo que se quedó con mi hija recurriera a ti para investigar la infidelidad de su mujer?

—... y que, además, su mujer haya sido puntualmente tu amante... —añade Roures, tratando de evitar en su voz el inevitable retintín.

Ella vuelve a asentir.

—Sí, sí, Tony, no insistas, eso está claro... Pero es que es ella la que más información me ha proporcionado sobre mi hija, sin saberlo. Insisto en que el sexo abre las puertas de los secretos. Lo sabemos los dos...

—¿Cómo puedes estar tan segura de que es «ella»? —pregunta el detective—. ¿Desde cuándo lo sospechas? ¿Cómo...?

Carlota hace un gesto con la mano para aplacar sus preguntas.

—No te puedo responder a todo de una tacada. Sí decirte que mi padre es médico, no ingeniero. Y mis hermanos eran dos, no uno. La primera se suicidó, se tiró por la ventana. Mi hermano, con el que montamos nuestro grupo de rock, murió de una sobredosis. Y también es cierto que yo entonces empecé a alternar con sus amigos y..., pasó lo que pasó.

—¿Nunca supiste quién era el padre de la niña?

—No.

—Ya... ¿Y aquella historia rocambolesca de tu madre fugándose con su profesor de tenis? ¿Era real?

—Mi madre nunca jugó al tenis. Jamás tuvo un profesor de otra cosa que no fuera inglés o guitarra. Pero sí se fugó. Eso sí. Aunque no llegó demasiado lejos. Pretendía reunirse con su amante en Argentina y no pasó del avión...

—¿La descubrieron?

—La policía franquista.

—¿Y qué interés tenía ella para la policía franquista?

Esta vez la jueza mira al detective con una sonrisa amarga antes de contestarle.

—Que su amante era el hermano de Franco... Y ella estaba embarazada. De él.

# 5

*Pasado, 1970*

«Dios no perdona los pecados que manda cometer».

JOSÉ SARAMAGO

Los hombres que escoltan a Magdalena se sientan junto a ella, uno a cada lado, en la parte trasera del vehículo con cristales tintados, que los aguarda fuera del aeropuerto. Nadie abre la boca. Además de ellos, a Magdalena le acompañan el silencio y la incertidumbre en ese coche, que conduce otro hombre que tampoco despega los labios. Ella no es tonta. Está claro que son de la secreta. Lo que no intuye es a dónde la llevan ni lo que pretenden. ¿Acaso quieren hacerla desaparecer? No, no puede ser. Nico no lo permitiría. Y Franco... No. No cree que le vayan a hacer ningún daño a ninguno de los dos. Ni a Nico ni a ella. El Generalísimo siempre ha sentido mucho respeto por su hermano mayor, infinitamente más brillante que él. Eso lo sabe todo el mundo. Y es su hermano, además. Y ella... Bueno, ella es la amante de Nicolás. ¿Es posible que Franco haya ordenado quitarla de en medio para que nadie se entere jamás de su amor?

Los nervios la atenazan de tal modo que siente una especie de vahído, uno de esos mareos previos al desmayo; enseguida se

recompone y procura contener el pánico. No le resulta fácil. Un cigarrillo le iría bien.

—¿Puedo fumar? —pregunta, intentando romper el silencio que le acongoja casi más que la mirada al frente y fija de sus dos acompañantes.

El hombre de su izquierda vuelve los ojos hacia ella y la mira con un desprecio que casi se puede tocar.

—No —responde, implacable—. Ni fumar ni hablar...

Ella vuelve a sumirse en ese silencio aterrador del primer tramo de ese viaje, desde el aeropuerto hasta la ciudad, que continúa ahora que acaban de llegar a Madrid. Allí, el coche callejea un buen rato, hasta entrar en un aparcamiento. Una vez en él, se detiene justo en la puerta de acceso al interior.

—Salga —le dice uno de los hombres—. Y no se le ocurra decir ni media palabra si se cruza con alguien.

Ella obedece. ¿Una clínica? ¿Qué es lo que pretenden? No se atreve a preguntar. Casi tampoco respirar. No hay nadie que pueda socorrerla en ese establecimiento donde no se escucha ni un ruido. Parece vacío. El hombre la agarra del brazo y la empuja hasta el ascensor situado a la derecha de la puerta de entrada y en él suben a la primera planta. Allí tampoco parece haber ningún ser vivo. El hombre abre la puerta de la habitación 107 y entra con ella. Sobre la cama hay un camisón de hospital de color verde.

—Te voy a dejar que te quites la ropa sola y te pongas ese trapo para ir al quirófano... Aunque podría quedarme, porque las putas estáis acostumbradas a desnudaros con público...

—Pero ¿qué está diciendo? ¿Para qué me voy a desnudar? ¿De qué quirófano habla? No estoy enferma, no...

El tipo la mira con una sonrisa cargada de un odio que Magdalena no comprende.

—Te van a arrancar el pecado que llevas en la tripa, guapa. Eso que tienes ahí nunca debió existir, ¿lo entiendes?

Magdalena lo entiende ahora. Claro que lo entiende. Se cubre la cara con las manos y comienza a llorar. Quiere gritar, pero sabe que

no serviría de nada.

—Es usted un monstruo —se atreve a murmurar entre lágrimas.

—¿Monstruo? —pregunta, alzando las cejas—. Vale, soy un monstruo. Pero tú una zorra. ¿Harás lo que te digo por las buenas o prefieres que te arranque la ropa yo?

Magdalena mira al vacío y nota que le duele el cuerpo, como si ya hubiera pasado lo que sabe que va a suceder. Recoge el camisón de hospital y entra despacio en el minúsculo cuarto de baño. Desde fuera le llega la desagradable voz de su secuestrador.

—Quítate sobre todo las bragas... Aunque eso seguro que sabes bien cómo hacerlo, ¿a que sí? Ja, ja, ja.

Mientras se desnuda, oye que se cierra la puerta. El hombre ha salido ya. Está sola, ¿tal vez podría escapar? El cuarto de baño no tiene ventana. ¿Y la de la habitación? Ni siquiera se ha fijado si tiene rejas. Sale vestida con su bata verde de paciente y la busca. Tiene rejas. No puede huir de su destino. Se derrumba sobre la cama y se tapa con la sábana. Siente frío. En el cuerpo y en el corazón. Poco tiempo después, aparece una monja pulcramente ataviada de blanco inmaculado y con cara de pocos amigos, acompañada de un celador vestido de verde, como su improvisado camisón. Ninguno le dedica ni una sola palabra, pero el celador quita el freno de su cama y la saca de la habitación. Tampoco ve a nadie en ese traslado desde su cuarto hasta un pequeño quirófano, al que llegan tras descender dos plantas en un ascensor.

Allí solo hay un hombre, médico, supone, con la mascarilla y los guantes puestos.

—Prepare la anestesia —le indica a la monja que los ha acompañado. Mientras la religiosa carga la jeringuilla, por primera vez se dirige a Magdalena—: Y usted, pase a la mesa de operaciones. No lleva bragas, ¿verdad? Si las lleva, quíteselas. Tiene que separar las piernas e intentar relajarse. No me lo ponga difícil...

—Pero, pero... yo no quiero abortar, doctor, no quiero, no quiero... ¿Lo entiende usted? No quiero.

—No me lo ponga difícil —repite el galeno—. No quiero hacerle daño.

—Ya me lo está haciendo...

—Eso dígaselo a quien le dejó en estado, no a mí.

Magdalena se tumba sobre la mesa metálica y fría como la muerte, tapada con una fina sábana blanca y abre las piernas mientras la hermana/enfermera le pasa la jeringuilla al doctor.

—Le voy a aplicar un anestésico en el cuello del útero. Aun así, puede que note algunas molestias. Aguante. Es lo que hay. El mal trago no se lo puedo ahorrar.

Magdalena vuelve la cabeza para un lado. Que haga lo que quiera, qué más da. Ella no puede evitarlo, como no ha podido evitar tantas cosas en su vida... Como si hubiese nacido para que otros hicieran con ella lo que les diese la gana. Cierra los ojos y solo se atreve a pedir un poco de clemencia anestésica.

—Doctor, ¿podría darme algo para que no me entere de nada? —pregunta con los ojos empapados, pese al esfuerzo de contención.

El médico la mira con sus ojos grises e inciertos, de los que parece emerger cierta compasión, y asiente.

—Hermana, póngale gas... —ordena.

—¿Va a hacerle caso a esta pecadora caprichosa? —se resiste la monja.

—¿Acaso le he pedido su opinión? —corta tajante el médico—. Póngale gas. Ahora mismo.

La mujer hace lo que se le ordena sin reprimir un gesto de desagrado, de condena y hasta de un odio feroz. En pocos minutos, Magdalena duerme plácidamente, como quien no quiere despertar nunca del sueño. De sus ojos, cerrados, brotan lágrimas silenciosas.

# 6

*Presente, 2018*

«El marxismo es una enfermedad y en nuestras manos está en gran parte su tratamiento».

SALVADOR BORREGO

Roures continúa impactado. El relato es tan rocambolesco que parece más propio de una novela que de la realidad. Pero sabe que Carlota no se inventaría nada, que está siendo sincera y que el dolor que se refleja en su rostro es consecuencia de la historia que acaba de compartir con él, muy a su pesar.

—¿Miralles es un robaniños? —pregunta, tras escucharla con atención.

Carlota asiente.

—Al menos, conocía el negocio. Y lo utilizó para beneficio propio... Era amigo de un ginecólogo del que habrás oído hablar y uno de los abogados de su equipo de defensa. Un tal Eduardo Vela que fue condenado por el caso de los bebés robados, no hace ni un mes, pero absuelto por prescripción del delito... Hace varios años se empezó a destapar una trama bien organizada, con el epicentro en la clínica San Ramón de Madrid, que se puso en marcha en tiempos de Franco para «salvar» a las chicas descarriadas y que supuso

pingües beneficios a sus integrantes. Vela la lideraba. Curiosamente, la mayor parte de sus cómplices eran monjitas que perpetraban sus fechorías en los hospitales donde les recriminaban a las pecadoras sus faltas gravísimas... Muchos de los que en su día fueron bebés vendidos jamás llegaron a enterarse de nada. Otros se dieron cuenta por casualidad; pero lo más inconcebible es que, tras distintas investigaciones impulsadas por algunos de ellos, se destapó un negocio que se extendió más allá de la propia dictadura, hasta los años noventa. El *modus operandi* solía ser siempre el mismo. Las monjas que trabajaban en las maternidades eran las encargadas de llevarse a los bebés en el mismo momento en el que los alumbraban. Les decían a las madres que habían nacido muertos..., pero no era cierto. Como las mujeres eran jóvenes, pobres y casi siempre solteras, aunque sospecharan, no se atrevían a rechistar. No se sabe con exactitud cuántos bebés fueron secuestrados, pero las estimaciones apuntan a cifras escandalosas..., decenas de miles de recién nacidos robados.

—Algo he leído de eso —interrumpe Roures—. No es exclusivo de España. Ya descubrimos cuando nos conocimos, durante la investigación del caso de Lucía Peña, que los niños habían sufrido a lo largo de toda la historia el egoísmo de quienes querían ser padres o madres a cualquier precio. Siempre han sido moneda de cambio entre los adultos en tiempo de paz y han salido perjudicados en todas las guerras. Lo que no sé es cómo se justificó en la España de Franco, tan católica, ese disparate del robo de niños.

—La Iglesia tuvo mucho que ver —explica Carlota—; o cuando menos las manzanas podridas de la Iglesia, que estaban en el ajo desde el principio. El germen de ese «disparate», como tú lo llamas, un delito aterrador, nació entre los años treinta y cuarenta, cuando el psiquiatra del régimen, Antonio Vallejo-Nájera, formado en la Alemania nazi, promovió esa idea loca de que los hijos de los opositores izquierdistas de Franco portaban un «gen rojo», que conducía a la perversión moral, sexual e ideológica, y que solo podía suprimirse separando a los niños de sus madres y dejándolos al

cuidado de familias conservadoras. Ahí empezaron los secuestros. Los hombres de Franco comenzaron llevándose a los niños huérfanos de los fusilados, cuyas mujeres daban a luz en la cárcel como presas políticas, a las casas de personas leales al régimen, que quedaban encargadas de ocuparse de su crianza... Y eso fue solo el principio. Amparado por el pensamiento de la existencia de un «gen rojo», el Gobierno de Franco le otorgó poderes perdidos a la Iglesia católica. El ideal franquista tenía su base en el militarismo, pero también en el nacionalcatolicismo, cuyo espíritu, según Vallejo-Nájera, estaba amenazado por la inferioridad mental que arrastraba el marxismo. Con esa premisa, se puso en manos de la Iglesia la dirección del sistema educativo, para que los niños fueran educados en la fe y los valores católicos y leyeran la Biblia. Además, se encargó a sus representantes que supervisaran algunos de los sectores del sistema sanitario estatal. Los hospitales se llenaron de monjitas, que ya no solo eran enfermeras, sino que también se ocupaban de la alta dirección de las clínicas y seleccionaban al personal e incluso daban el visto bueno a los presupuestos. Monjitas que cada vez fueron gozando de mayor poder, sobre todo en las secciones de caridad de los centros hospitalarios donde acogían a las jóvenes. Muchas de ellas actuaron como lo hicieron, amparadas por los resultados de las investigaciones de Vallejo-Nájera, director y responsable de los Servicios Psiquiátricos Militares franquistas durante la Guerra Civil, realizadas con la ayuda de mediciones antropomórficas y encuestas sobre religión y sexualidad. Según tales pruebas concluyentes, los «rojos» exhibían un «carácter degenerativo», con tendencia al alcoholismo, el libertinaje y la promiscuidad; y por si eso fuera poco, una inteligencia inferior a la media.

—¿Eso es real, Carlota?

—Te lo puedo asegurar. Lo he estudiado a conciencia...

—¿Y las madres de los bebés robados eran todas presas, rojas o esposas de rojos? —quiere saber Roures, aturdido por la magnitud de unos hechos que desconocía.

—Solo al principio; luego las monjitas animaban a los pobres y a las mujeres solteras a dar en adopción a sus bebés a parejas casadas o con medios económicos para que les pudieran proporcionar una vida mejor...

—Pero —interrumpe una vez más Roures— el régimen de Franco fue cambiando mucho con el paso de los años. En los sesenta, no te digo que hubiera un gran aperturismo, pero llegaron las industrias multinacionales, el turismo...; yo creo que, aunque siguieran vigentes las leyes respecto al adulterio, las mujeres no aceptaban ya los postulados de sumisión total de Pilar Primo de Rivera y su tenebrosa Sección Femenina; ¿cómo era aquello?, «cuando tu marido regrese del trabajo, ofrécete a quitarle los zapatos. Minimiza cualquier ruido y no te pongas crema o rulos hasta que esté dormido...». Algo así. Y que, si te requería para un polvo, pues a ello, que para eso su satisfacción era más importante que la tuya.... Todo eso fue acatado por las mujeres en los primeros años de la dictadura, sí; pero yo creo que, en los sesenta, aunque las leyes se mantuvieran intactas, la sociedad empezó a cambiar. Desde luego, por entonces ya se veían madres solteras, aunque todavía estuvieran señaladas por la sociedad. Y más, claro, si eran rojas...

—Todo esto fue mucho antes —explica Carlota—, en el inicio de la dictadura. El tarado de Vallejo-Nájera desarrolló una teoría, llamada «biopsiquismo del fanatismo marxista», con la que pretendía demostrar que el marxismo y la revolución, unidos a la mujer, debían ser tratados médicamente y no políticamente. Eso dedujo el psiquiatra a partir de un primer experimento con cincuenta reclusas de la cárcel de Málaga a las que consideró «débiles mentales y analfabetas». No es raro, teniendo en cuenta que uno de los postulados más famosos del tipo, que no he conseguido borrar de mi cabeza, era: «A la mujer se le atrofia la inteligencia como las alas a las mariposas de la isla de Kerguelen, ya que su misión en el mundo no es la de luchar en la vida, sino acunar la descendencia de quien tiene que luchar por ella». Si eso pensaba de las mujeres en

general, imagínate de las «rojas». Sus «conclusiones científicas» le sirvieron para abogar por una «Inquisición modernizada» que permitiera higienizar la raza... Te puedes hacer una idea de cómo estarían aquellas mujeres «con la inteligencia atrofiada», después de que las encarcelaran por delitos tan ambiguos como «rebelión» o «atentados contra la moral pública», y les arrebataran a sus hijos, que permanecían con ellas hasta que cumplían entre tres y seis años, para entregárselos a instituciones estatales y religiosas y empujarlos a emprender la carrera de seminaristas, o darlos en adopción... Posiblemente ninguna de ellas llegó a conocer el destino de sus hijos y se quedaron con los corazones rotos al intuir que tras esa separación, no los verían nunca más. Y estaban en lo cierto, porque si en algo se esmeraban los hombres de Vallejo-Nájera es en que se hiciera lo que fuera, cualquier cosa, con tal de limpiar de las cabecitas de los críos su relación con el pasado y con esa «raza de rojos», con tantas deficiencias... Esa atrocidad de robar bebés continuó después, hasta los años noventa; pero ya más como puro negocio que como una cuestión ideológica y demencial. Ya sabes que siempre hay un ser humano malvado capaz de buscar el beneficio en el horror, y lo peor es que casi siempre lo encuentra. Y ahí entra mi caso...

Roures menea la cabeza con incredulidad. Parece imposible que todo eso forme parte de la historia de España. Que un tipo abyecto como aquel Vallejo-Nájera, un coronel médico con el pecho cuajado de medallas, llegara a ser jefe del Gabinete de Investigaciones Psicológicas del ejército franquista y, pasados casi sesenta años de su muerte, siguiera recordándosele como un gran psiquiatra, y asociándose su apellido al de un científico prestigioso, cuando su mayor mérito, por chaladura o maldad, fue el de acusar a las mujeres republicanas de transmitir el «gen rojo», era un auténtico dislate. Estaba claro que quien alentó la práctica de apropiarse de los hijos ajenos fue él, pero la misma culpa tuvieron todos sus secuaces políticos, además de los médicos y las religiosas... El horror de la teoría eugenésica de Vallejo-Nájera y sus consecuencias era

parte de tantos otros espantos desconocidos perpetrados durante la dictadura; sin embargo, hay algo que al detective no le cuadra en el relato de Carlota: su familia no era ni roja, ni pobre.

—La historia es abominable, Carlota. Pero no entiendo lo tuyo. Tu familia no era ni roja ni pobre... No entras en el perfil.

—Parece que el perfil debió de ampliarse con los años; de todos modos, mi parto no tuvo lugar ni en la clínica San Ramón de Madrid, ni en la maternidad de Santa Elena, ni en ninguna de las que aparecían en los sumarios... Mi caso fue diferente, pero con un final idéntico: se llevaron a mi hija.

—Pero ¿fue tu padre quien la vendió, entonces? —ametralla Roures.

—Lo desconozco —empieza ella, tras hacer una nueva pausa que le dibuja el desprecio en la cara—. No sé si la vendió o la regaló. No sabría precisarte. Tampoco me dio nunca muchas explicaciones. Y él, desde luego, no necesitaba dinero. Mi familia no era pobre, pero yo sí era una chica descarriada, hija de una madre descarriada. Cuando me quedé embarazada, mi padre me obligó a ocultarme en nuestra casa de veraneo en Llanes. Perdí un año de colegio. Nadie podía enterarse de mi estado. Desconozco cómo preparó la adopción de mi hija; pero sé que, al ser médico y gozar de buenas relaciones en todas partes, no debió de costarle demasiado que me recibieran en una pequeña clínica cercana, el mismo día en el que empecé con las contracciones. No estaba muy lejos de nuestra casa, como te digo, pero yo iba con muchos dolores en el coche. Y con mucho miedo. Sería incapaz de ubicarla con exactitud...

—Pues me temo que tendrás que empezar a hacer memoria. Si sigue existiendo, es posible que solo allí encuentres algo de documentación.

—Me extrañaría. ¿Documentación? ¿Sobre mí? Mi padre no lo habría permitido. Después del nacimiento de mi hija, él siempre actuó como si jamás se hubiera producido. Lo borró de su memoria y trató de borrarlo de la mía. Y presumo que también de cualquier lugar...

—Entonces, ¿no has vuelto a hablar con él sobre eso?

—Ni sobre eso ni sobre nada en muchos años. Descubrí algo y...

Roures espera a que Carlota continúe, pero ella baja la mirada y se escabulle de la suya.

—¿Y?

—No viene al caso, detective...

# 7

*Presente 2018*

«No solo los vivos son asesinados en la guerra».

ISAAC ASIMOV

Roures da vueltas en la cama. Siente que hay demasiados agujeros negros en el pasado de Carlota. Su historia parece un queso gruyère. Se asombra una vez más de lo poco que se conoce a quien se tiene más cerca. A veces, al que se ama. El amor es capaz de rodearlo todo de una neblina inexpugnable, que el que ama tampoco pretende desvanecer. Si todo va bien, no tiene caso. Cuando las cosas dejan de funcionar, sirve de poco, aunque algunos masoquistas se empeñen en dedicar su vida entera a la empresa incierta de descubrir si su amor fue real o puro espejismo. Carlota le oculta cosas. Lo sabe. Está en su derecho. No contar no necesariamente es mentir. Solo lo es si le atañe al otro. Carlota se debe a sí misma dolerse en su pasado, en esa historia familiar tan desgraciada. Solo así podrá perdonarse. Si es que algún día lo logra.

Suena su teléfono. Es el Manos.

—Buenos días, jefe —le saluda su ayudante—, ¿se te han pegado las sábanas o es que te han recomendado dormir un poco más, por la edad?

—Eres un gilipollas, Manos —responde Roures—. Te advierto que lo de cumplir años es cosa de todos. O mejor dicho, de casi todos. No cumplir es peor opción.

—Es broma, jefe. Es que, joder, no me haces ni caso. Llevas un par de días en otro planeta. Entiendo que la jueza pueda volverlo todo del revés, pero...

—¿Y tú cómo sabes que he visto a la jueza? —corta Roures, molesto.

—Hombre... porque la vi entrar en tu portal. Si es que no hay quien no mire a esa mujer cuando camina... Dicho sea con todo el respeto...

—Vale, Manos, vale... Dejemos a Carlota en paz, de momento. Igual tenemos otro caso por ahí...

—¿Otro caso? Joder, jefe, ahora la jueza aparece en todos los casos.

—Basta —corta de nuevo Roures, más molesto si cabe, sabiendo que su ayudante es cómplice de una mala práctica. Le ayudó a ocultar a un cliente el resultado de una investigación. A decirle que su mujer no era infiel, solo para proteger a Carlota, después de verlas juntas en un vídeo sexual—. Ya te explicaré cuando tenga que explicarte. Ahora cuéntame tú, ¿qué demonios quieres?

—El pavo de la universidad, el profesor que enseña a Dickens y que habla del mesmerismo ese, convenciendo a las chicas de que, guiándolas, hablándoles y tocándolas, les puede librar de todas sus ansiedades...

—Siento curiosidad, ¿utiliza imanes y herraduras, como hacía al principio Mesmer para reconducir ese flujo vital que, según él, recorría los cuerpos de los seres vivos...? ¿O está ya en la segunda fase, esa mesiánica de hacerlo todo con la palabra y con las manos?

—Mi primo piensa que utiliza las manos y mucho...

—¿Le han denunciado?

—Ahí está la cosa, las chicas no se atreven. Ninguna. Ni siquiera la que se lo contó con lágrimas en los ojos. Les da miedo pensar

que, si no lo pueden demostrar, siendo él un profesor de la universidad, con prestigio y eso...

—Pero ¿quién nos ha encargado el caso a nosotros, Manos? —pregunta Roures—. No se puede vivir del aire. Hay muchos gastos... Y este temita requiere acción y paciencia y...

—Echa el freno, jefe, echa el freno, que hay pagador. El padre de una de las chicas sobeteadas. Es un bedel de la universidad. Su hija es una chica brillante y becada... Y muy nerviosa. Ella ha sido una de las primeras manoseadas o lo que sea por este tipo; pero, al parecer, hay más. Él quiere destaparlo, pero sabe que hay mucho corporativismo en la universidad y que si denuncia a un profesor podría quedarse sin trabajo. Y, además, claro, le preocupa el futuro de su hija.

Roures resopla. Está nervioso. El caso de Carlota le tiene aturullado. No es posible que piense en el dinero habiendo un tipo repugnante en una universidad que utiliza su cargo para beneficiarse a las chiquillas.

—Perdona, Manos —se disculpa el detective—. Tengo demasiadas cosas en la cabeza. Aunque no hubiera dinero, no dejaríamos que un cabrón como ese utilizara su poder para aprovecharse de las chicas y abusar de ellas. Es escandaloso que ni en los tiempos del #MeToo las mujeres se atrevan a denunciar a quienes tienen poder sobre ellas. Hemos dado muchos pasos..., pero nos queda un mundo entero por cambiar.

—¿Qué quieres que hagamos, jefe? Dame órdenes.

—Conciértame una cita con el padre de la chica. Hablaré con él. Y también con ella. Se me ocurre que podríamos tenderle una trampa al profesor. De momento, hazle un seguimiento e intenta conseguir alguna imagen suya con ella. Si hay más chicas, con todas. Averigua si mantienen conversaciones o chats o lo que sea. ¿Dónde se producen los abusos? ¿En la propia universidad?

—En el despacho de la facultad. Cierra la puerta y...

—¡Qué hijo de puta! En la universidad pública, que es de todos... Intentaremos conseguir imágenes o audios, sirvan o no.

Vamos a ver si podemos acorralarle.

Roures cuelga y se enciende el primer cigarrillo de la mañana. Ese que le arranca los pulmones a trozos. No sabe qué hora es. Consulta a su viejo amigo, Corto Maltés, que siempre monta guardia desde la esfera de su reloj. Las siete de la mañana. Qué cabrón, el Manos. El tío está despierto siempre. Claro, como acaba de tener un hijo... Y eso que ya es talludito para ser papá primerizo, aunque comparado con él, sea un chaval. Todo depende del color del cristal con que se mire, como decía Jesús Hermida, o mejor dicho Campoamor. ¿Cómo era aquella fábula de *Las dos linternas*?

> Y es que en el mundo traidor
> nada hay verdad ni mentira:
> todo es según el color
> del cristal con que se mira.

Ni siquiera esos versos son verdad del todo. Al menos, no tan originales como quiso exponerlos Campoamor, porque con el mismo sentido escribió una redondilla previa, Agustín Moreto en *El defensor de su agravio*, que incluye unos versos con idéntica idea.

> Que quien por un vidrio mira
> que hace algún color distinto,
> todo cuanto ve con él
> está del color del vidrio.

«Menos mal que no le he soltado los poemitas al Manos —piensa Roures, sin poder evitar una sonrisa—. Con lo mal que lleva los apuntes culturales...».

Se levanta y camina hacia la cocina. Necesita un café. Por primera vez en su vida tiene dos cafeteras. Una con la mariconada de las capsulitas esas de George Clooney, que le regaló su amigo el comisario Paco Prieto, y otra italiana, como Dios manda. Mira la italiana de reojo, pero, por pereza, acaba agarrando una cápsula del café más fuerte y largo y la mete en el receptáculo. Al poco sale el

glorioso líquido, con un olor delicioso. Lo prueba. El sabor es más que aceptable. Si se pone serio, hasta mejor que el de la cafetera normal. Detesta que le guste. El próximo lo hará en la cafetera italiana, como siempre. No quiere perder sus tradiciones ni su esencia. Tampoco dejar el tabaco. Aunque cada vez fume menos gente. Bien por ellos y por su salud. La suya, la mental, depende demasiado del humo como para intentar abandonar el vicio.

En cuanto el café le empieza a despertar, antes siquiera de darse una ducha, le vuelve la historia de Carlota a la cabeza. No sabe qué es lo que pretende la jueza. ¿Recuperar a su hija? ¿Que sepa que es su madre? ¿Conseguir meter entre rejas a alguno de los responsables? Eso último parece muy complicado, por prescripción del delito... ¿Qué quiere Carlota? Y sobre todo, ¿qué es lo que no le ha contado todavía?

Piensa en todas esas mujeres de los tiempos de Franco, en las protagonistas de la Transición, como la propia Carlota, prácticamente hija de la democracia, y en lo que aguantaron. Pero son los recuerdos de otra de sus vidas, de cuando era corresponsal, los que le asaltan por sorpresa. Historias de aquella «guerra sucia» argentina, que cubrió hace tan pocos años, que son tantos... O tantos años, que son tan pocos...

Cierra los ojos, y como si fuera un envío de noticias breves, de flashes fotográficos de otros tiempos, empiezan a sucederse en su mente millones de imágenes. El Proceso de Reorganización Nacional, parte del Plan Cóndor, que gobernó desde el setenta y seis hasta el ochenta y tres... Ese tiempo oscuro en el que el Estado reprimió al pueblo, lo torturó e hizo desaparecer a tantos seres humanos en aquellos centros clandestinos de detención y manipulación de la información. Las desapariciones, las torturas, los secuestros y los asesinatos borraron de la faz de la tierra a miles de personas. ¿Treinta mil víctimas? ¡Quién sabe! «La cifra es una consigna y un lugar en la memoria», lo decía aquella antropóloga de la violencia

cuyo nombre no recuerda. Tal vez fueron menos o quizás muchas más, si se cuenta a los bebés robados... Y a los padres y madres que perdieron a sus hijos sin que hubieran muerto. Toda la historia de Argentina es aterradora desde el año cincuenta y cinco; desde aquel junio en el que aviadores militares de la Armada bombardearon la plaza de Mayo causando más de trescientos muertos civiles, pocos meses antes del derrocamiento de Perón. Una fuerza armada atacando a su propia población... A partir de ahí, todo fue naufragio. Nada más ilustrativo que ese verso de Neruda, aunque aquella guerra no fuera la suya. Luego, en 1966, la autodenominada revolución argentina, apoyada por Estados Unidos en el marco de la Guerra Fría, a la que siguió la violencia política, las manifestaciones, los secuestros, los asesinatos... En el setenta y tres, el país arde en llamas, con un conflicto social indomable hasta las elecciones, donde triunfa María Estela Martínez de Perón, Isabelita, cuya elección no evita que quede activa la organización guerrillera ERP, mientras que los Montoneros declaran que suspenden sus operaciones militares... Ya entonces comienza a operar ese grupo parapolicial conocido como la Triple A, Alianza Anticomunista Argentina, y se multiplican los asesinatos de izquierdistas, de peronistas e incluso de personas alejadas de la política, que aparecen en extrañas listas, por error...

En el setenta y cuatro, el ataque del Ejército Revolucionario del Pueblo a la guarnición militar de la ciudad bonaerense de Azul conduce al entonces presidente constitucional, Juan Domingo Perón, a escorarse más a la derecha y a apoyarse en ella durante sus últimos meses de vida. La violencia va creciendo y ocupando lugares imprevistos, de un lado y del otro: el Ejército Revolucionario del Pueblo, las organizaciones parapoliciales de extrema derecha vinculadas a la Triple A o al Comando Libertadores de América... Al año de morir Franco, un tipo aún más oscuro y sin alma que el Caudillo, el comandante Jorge Rafael Videla, se coloca al frente de Argentina, gracias a un golpe de Estado, en compañía del también comandante Orlando Agosti y el almirante Emilio Massera. Perón ha muerto hace dos años y su esposa, Isabelita, no es del agrado de la

plana mayor militar, que la despacha sin contemplaciones. En cuanto Videla llega al poder, enarbolando la bandera de la «paz social», comienza una furibunda represión. Al principio parece que quiere cargarse las guerrillas comunistas, pero una vez al timón del barco, decide extender su persecución a los militantes izquierdistas y a cualquier opositor al régimen; personas de todos los estratos de la población y de todas las edades, incluidos varios grupos de adolescentes y niños. Se sabe que todos sufren lo indecible, aunque muchos de ellos no vivan para contarlo y desconozcan que les tocó ese castigo solo por haber sido mencionados en alguno de los procesos de tortura de otros. Ese ya es suficiente pecado. También poder ser objeto de robo o entrar en la categoría de peligrosos artistas o pensadores, o ser homosexuales, o judíos... El terrorismo de Estado durante el mandato de Videla, hasta ser reemplazado por Roberto Eduardo Viola (que aunque solo está en el poder nueve meses, también ordena crímenes de lesa humanidad), es de completo horror.

En los seiscientos diez centros clandestinos de detención que llegan a existir en el país bajo su égida, unos fijos y otros temporales, las atrocidades no son menores a las adjudicadas a los esbirros de Hitler, dentro y fuera de los campos de concentración. La precariedad, las torturas inhumanas de hombres, mujeres y niños, familias enteras a cuyos miembros se martiriza muchas veces delante de los suyos (se sabe de varios menores de doce años torturados frente a sus padres...), violaciones, hacinamiento, desnudez, homofobia... Nada falta en aquellas instalaciones de maldad, dotadas de artefactos malditos y, sobre todo, de hombres sin piedad, sádicos hasta límites insospechados, que utilizan cubos, pinzas, picanas eléctricas, drogas, rompen huesos, echan sal sobre las heridas o las abren para que se infecten, azuzan a perros, empalan, cosen bocas... Y asesinan sin compasión en los desgraciadamente famosos vuelos de la muerte, desde los que se arrojan vivos y desnudos al mar a miles de detenidos desaparecidos, a los que «trasladan» por orden del Gobierno cívico-militar y

recomendación de la Iglesia católica, según declaran más tarde algunos involucrados en los hechos.

Entre tanta miserabilidad humana no puede faltar, claro, la que atente contra los derechos de los recién nacidos y sus padres. Sobre todo, de sus madres, a las que les son arrebatados. Hay muchas embarazadas «subversivas». La dictadura establece un reglamento secretísimo. Ubica maternidades dentro de los centros clandestinos de detención donde tienen lugar los partos, tras los que se asesina a las madres que han llegado embarazadas o se han quedado en estado allí mismo después de una violación, y se preparan documentos falsos a los bebés, que generalmente son entregados a cómplices o encubridores de los asesinos de sus padres biológicos. Quienes reciben a los niños, a veces los inscriben como propios y otras los acogen mediante adopciones ilegales... Al acabar la dictadura del setenta y ocho aún se producen unas cuantas más. Se conocen más de cien tras ella. La costumbre, el negocio... Imposible saber cuántos niños fueron robados, como imposible saber cuántas mujeres fueron violadas en los centros, dieron a luz y luego fueron asesinadas. Las madres de la plaza de Mayo, que son bautizadas con el nombre del lugar donde empiezan a juntarse, claman por recuperar a los desaparecidos con vida, con la dictadura vigente; algunas acaban desaparecidas también. Pero las demás siguen adelante, aferrándose a su causa justa con sus pañuelos blancos a la cabeza... Son madres y son abuelas. O iban a serlo y sus nietos nunca llegaron a sus brazos tras las desapariciones de sus hijas. Nada les frena. Las abuelas de la plaza de Mayo se reúnen e impulsan una causa penal sobre el hecho de sustracción y supresión de la identidad de menores nacidos en el cautiverio de sus madres. Lo tildan de plan de aniquilación sistemático. Esa obsesión de los dictadores de arrebatarles la identidad e incluso los ideales que pudieran heredar. Los números son imposibles de determinar.

Roures cierra los ojos y recuerda algunos casos escalofriantes. La declaración de Adriana Calvo de Laborde en el juicio a las Juntas Militares del ochenta y cinco, sobre el delirante parto de una tal

Inés, apresada junto a ella, embarazadas las dos, arrastradas y golpeadas las dos, a la que subieron con los ojos vendados a la misma sala de torturas donde la tumbaron sobre la mesa y alumbró a un bebé, entre las risas de los guardias y los gritos del médico. Un bebé sano y perfecto que se quedó un día entero solo, en una pequeña celda al lado de la de las mujeres. Lo escuchaban llorar. Luego se lo dejaron a la madre hasta que lo quiso ver el coronel, que le aseguró que se lo entregaría a sus abuelos. Adriana Calvo de Laborde contó que jamás volvieron a ver a Inés y tampoco a su bebé... Tantos padres y abuelos desconsolados. Pero, sobre todo, tantas abuelas que pelearon por sus nietos a sabiendas de que sus hijos o hijas, sobre todo hijas, estaban muertas...

La vicepresidenta de las abuelas de la plaza de Mayo no desfalleció hasta encontrar a su nieto, al hijo de su hija, que nació en uno de aquellos centros de terror. Nunca más volvió a ver a su hija, que la llamó estando presa, para decirle que preparase la ropita del bebé al que conocería cuando saliera, tras su nacimiento... Seis meses después de la fecha del parto comenzó a perder las esperanzas; hasta que encontró la pista de su traslado, embarazada y con los ojos vendados siempre, a la salita donde dio a luz a su hijo Rodolfo, con el que seis días más tarde la vieron salir en los brazos. Esa información y saber que el pequeño estaba vivo y conocer su nombre le insuflaron una fuerza descomunal. Ella, como tantas abuelas, siguió reclamando al mundo entero, por los treinta mil desaparecidos y, con más ahínco aún, por su nieto. Poco a poco fueron encontrando a algunos... Tardaron, así que unos eran niños, pero había más jóvenes y adultos. Entre ellos, apareció Rodolfo.

Roures recuerda también la entrevista que le hizo, en los días más feos de la guerra sucia, a aquel periodista argentino, que fue detenido al poco. Jamás se volvió a saber nada de él. Debió de engrosar las listas de los que fueron «trasladados». Acababa de reencontrarse con su compañera. La habían arrestado dos meses antes. La apresaron estando embarazada de cuatro meses. Su torturador la violó por la boca, el ano y la vagina, nada más llegar al

centro clandestino, y luego la dejó en su cuarto, atada a la cama, desnuda, sin comer ni beber durante dos días. Su embarazo ya era evidente. No le quitaron el saco de la cabeza en todo ese tiempo. No vio la cara de su violador. Tampoco la de ninguno de sus secuaces. Cuando fue «blanqueada», llevada a un centro de detención convencional y finalmente devuelta a su casa, su novio no quería ni mirarle a los ojos. A su llegada, más de uno susurró a su paso: «¿Sobreviviente? Amante de algún milico, seguro». Él se volvió loco. Los malos sabían bien dónde darles a las mujeres y a los hombres al mismo tiempo. Y no solo con la picana eléctrica, también con la maldad de dejarlas marcadas con el sello de la violencia sexual. Las violaban para que no olvidaran su condición de mujeres sumisas y paridoras, después de quemarles pezones y vagina y decirles que ya no podrían tener hijos... Era cuestión de perverso machismo, de pérfido complejo de clase con algunas de ellas, inalcanzables fuera de aquellas celdas de tortura... Pero también era la manera de humillar a los varones de su entorno, a los que les dolían mucho más las violaciones de sus mujeres que cualquier otra tortura devastadora a la que pudieran someterlas.

Fue muy extraño que dejaran en libertad a la mujer de aquel periodista estando embarazada. Lo normal hubiera sido que le quitaran al bebé y se lo entregaran a alguno de los suyos... Quizás pensaron que así lo controlarían a él. En todo caso, al poco tiempo, ella lo perdió. Y a él se lo llevaron. Roures y su cámara grabaron el testimonio del periodista un día antes de su detención. Tras ella fueron muy conscientes de que podían haber acabado como su colega. En esa Argentina, los subversivos, los terroristas, no necesitaban bombas para ser señalados. Bastaba con un pensamiento libre. El de ellos se suponía que lo era. El del colega desaparecido, también. Ahora que recuerda lo que les contó, solo le sorprende, una vez más, ese efecto terrible en el cerebro masculino que hace que se aminore el amor cuando violan a la propia mujer, por su humillación e impotencia. Por la bajeza de los hombres. Él lo vivió en su propia piel cuando violaron a su compañera y amante de

tantos años atrás, Isabel, en la guerra de Sierra Leona. Al pesar de no poder apartar de ella el espanto de una violación grupal, tuvo que sumar la vergüenza de dejar de amarla, sin remedio... Gran arma de guerra la violación. Gran arma de guerra también el robo de bebés. Otra manera de herir para siempre. De matar en vida.

Vuelve a España, al caso de Carlota... A los bebés robados españoles. Carlota le oculta algo. Lo sabe. Pero, aun así, hará lo que sea por ayudarla. También lo sabe. Aunque no se lo ponga fácil, y eso sí que desconoce a qué se debe. Lo hará tal vez por amor, aunque no quieran llamarlo así. O por lealtad. ¿Acaso existe amor sin lealtad? ¿La infidelidad es deslealtad? ¿Y la mentira?

De toda la historia que le ha contado la jueza, le ha sorprendido especialmente la locura del tal Vallejo-Nájera. Menudo hijo de su madre. ¿Un gen rojo? El gen del distinto, del otro bando, o de la otra acera de la calle... El mundo está lleno de chiflados, pero en las dictaduras más. Demasiados tipos dispuestos a inventarse cualquier cosa para justificar lo imposible. Y luego, si es posible, sacar rédito. Siempre hay militares alrededor, preparados para secundar sus estrafalarias ideas. Ahora que piensa en milicos, le vuelven los argentinos a la memoria. Y una canción. No del tiempo de la guerra sucia argentina, pero sí evocando aquellos días, y nacida casi del propósito de hacer justicia con la música. ¿Cómo se llamaba el grupo? La memoria le falla. Sabe que guarda la canción que le baila en la cabeza en el móvil. El título es ¿«Llámame, chamamé»? Cree que sí, pero... ¿cómo se llamaba el grupo? ¡La Chicana! Lo busca en el teléfono. En cuanto empieza a sonar, canta con ellos:

> Tiembla el suelo en Japón, tiembla en California,
> tiemblan los asesinos frente al valor.
> La cúpula del futuro se vino abajo,
> lo pienso cinco minutos y tiemblo yo...

Roures deja que penetre en su cabeza la voz quejosa de Dolores Solá, acompañada por Acho Estol y Juan Valverde, a ritmo de un tango muy personal, y piensa en cómo le gustaría hacer temblar a los malos... Luego sigue cantando con los buenos:

> A las tres de la mañana cuatro fantasmas
> cumplen su cita de honor
> con el milico que los mató.
> Por eso que en el principio de su garganta
> se atora un grito de horror
> y no merece ni compasión.

«Milicos de mierda», dice en voz alta. «Tarados de mierda», dice en voz más alta todavía. «Malvados de mierda, que hasta son padres de familia —piensa ya para sí. Y continúa en su pensamiento —: Ahora toca el turno de desenmascarar al padre de Carlota y a todos los cabrones que colocaron una clínica en medio de la nada, para robarles los hijos a sus madres, aunque fuesen sus propias hijas».

# 8

*Pasado, 1970*

«Nos prometieron que los sueños se harían realidad, pero se les olvidó mencionar que las pesadillas también son sueños».

OSCAR WILDE

Magdalena regresa a su casa vacía y rota. Allí le espera la convivencia con su marido y sus hijos. No quiere verlos. No quiere estar en esa casa. No quiere vivir esa vida. Se acaricia el bajo vientre, donde hace tan poco palpitaba la vida de su hijo. El hijo de su amado Nicolás. ¿Volverá a verlo? Adivina que no. Esa etapa de su vida, feliz por fin, ha concluido. ¿Cómo se ha atrevido a pensar que le correspondería un tiempo dichoso? Se siente atrapada en la nada. Llama al timbre. Ni siquiera se había llevado las llaves. ¿Para qué? Si no iba a volver... Llama de nuevo, y enseguida abre Rosa, la chica que trabaja en su casa.

—¿Qué tal, señora? ¿Ha olvidado algo? Dijo que pasaría el fin de semana en casa de la señora Ángela y que no la esperara hasta el lunes... Y hoy es sábado por la mañana.

—Me equivoqué —contesta lacónica Magdalena.

—¿Y su pañuelo, señora? ¿No llevaba un pañuelo al salir?

Magdalena se palpa la cabeza. No lleva su pañuelo. Lo olvidaría en esa clínica terrorífica. O tal vez en el avión. Era un regalo de Nicolás... Pero Nicolás ya no existe. Ella ya no existe. Nada existe ya. Cierra los ojos un segundo y piensa en lo que debe hacer, mientras nota algo húmedo entre sus piernas. Corre al cuarto de baño y constata que está sangrando. Llora. Mucho. Y sin darse cuenta, su llanto se transforma en un quejido desgarrador, que traspasa la puerta del baño. Repasa su vida y se siente miserable. Vendida por sus padres, aunque no fuera a cambio de un solo pago. Con unos hijos que llegaron al mundo tras dejarse hacer en un sexo de resignación, que apenas se relacionan con ella, tutelados por su abuela, como también su casa y su existencia. Está muerta. Solo ha vivido con Nicolás durante un año. Un año de vida. Nada más que un año... Sigue llorando, chilla, se desespera sin importarle que la oigan. Qué más da. Qué importa ya todo...

Llaman a la puerta. Es la chica.

—Señora, ¿está bien? ¿Puedo ayudarla? No hay nadie más en casa, el señor salió con los niños a la finca de la abuela. Dejó dicho que no volverían hasta el domingo por la tarde.

—Déjame en paz, Rosa... —suplica casi en un puro grito Magdalena. Luego suspira y vuelve a hablar—: Perdona, Rosa... No... no necesito nada... Solo quiero estar sola.

La chica se aleja de la puerta y entonces ella recuerda que no ha avisado a su amiga Ángela, la única que conoce su realidad, que la comprende, que es su cómplice y su coartada. No quiere perturbar su paz. Tampoco que alguien acabe responsabilizándola de su comportamiento. Ángela, la prima de su marido y su amiga del alma, es también una viuda rica, que hace cuanto le place y no tiene que rendir cuentas a nadie; pero la sociedad no la mira con buenos ojos y no quiere que reciba más críticas por su culpa. Ni siquiera le dijo adónde iba para evitarle problemas. Solo que se marchaba; que diría que pasaba el fin de semana en su finca para contar con algo de tiempo antes de que estallara la bomba del escándalo y comenzaran a buscarla. Nicolás le prohibió que le desvelara sus

planes y su destino. Cuantos menos lo supieran, menos riesgos habría... Tiene gracia. Entre esos «menos», está claro que estaba su poderoso hermano. A saber cómo se enteró. «Debe de tener ojos y oídos en todas partes, aun estando tan viejo como está», piensa. No puede creer que solo tenga un año menos que Nicolás... Él es otra cosa. Un hombre. El otro ni lo parece.

Si le leyeran el pensamiento, la encerrarían. Por adúltera y por atreverse a cavilar lo que no debe del intocable... Pero nadie le leerá el pensamiento. Y tampoco cree que nadie vaya a encerrarla. Si hubieran querido, ya estaría en una celda. Tiene que llamar a Ángela. Avisarla... Antes se dará una ducha para quitarse toda esa sangre que le ha manchado la entrepierna y se colocará una compresa. Nadie le advirtió que sangraría. En realidad, nadie se dirigió a ella más que para insultarla. Excepto el médico, que apenas le habló. Ni siquiera volvió a verlo al despertar de la anestesia. Todo eso da igual, ahora que está muerta aunque no lo esté. Y no le importaría morirse de verdad. Se desviste, se ducha y se pone unas bragas de algodón, una compresa y una bata sencilla. No tiene ganas de vestirse otra vez... Siente un pinchazo fuerte en los ovarios que se le extiende a los riñones y se le escapa un gruñido. Se mira en el espejo. Está muy pálida. No se encuentra bien. Se acerca al teléfono y marca el número de Ángela.

—Dííígame —responde su amiga con esa particular manera suya de hacerlo, alargando mucho la i.

—Ángela, ¿eres tú?

—¿Magdalena? Caramba, qué bien se te oye. Cualquiera diría que estás en Madrid. No me han avisado de que me llegaría una conferencia desde cualquier lugar insospechado... Y además, ya me extrañaría que te dejaran hablar conmigo desde el extranjero teniendo en cuenta que aquí las operadoras lo escuchan todo... Estás en Madrid, ¿verdad? ¿Qué ha pasado?

A Magdalena apenas le llega la voz a la garganta. Tiene que hacer un esfuerzo para continuar.

—Estoy en Madrid, sí —responde finalmente—. En casa. Me sacaron del avión y me practicaron un aborto y ahora...

Ángela se asusta.

—Shhhh, no se te ocurra hablar por aquí, por Dios. ¿Estabas embarazada? No, no me respondas... ¿Estás sola? Me acerco a tu casa. Pero no hables con nadie, ¿me oyes? Con nadie.

Magdalena cuelga. Se retuerce de dolor. El teléfono suena. Lo deja sonar hasta que percibe que la insistencia es demasiada y contesta.

—¿Sí? —responde

—Cuidado con lo que cuentas, zorra —le amenaza una voz al otro lado de la línea—. Mucho cuidado con a quién nombras en tus conversaciones. ¿Te queda claro? A ti no te ha pasado nada. Estás en tu casa cumpliendo con tu deber. Si no quieres poner en peligro a esa amiga tuya, no le digas nada. Estaremos vigilándote. No lo olvides.

Cuelgan.

Magdalena tiembla y llora. ¿Qué más pueden hacer con ella? Está claro que no volverá a ver a Nicolás. Eso es suficiente castigo. Tampoco parirá a su hijo. ¿Hay algo más doloroso? Aun así, tiene miedo. No le gustaría caer en manos de nuevo de esos hombres impíos. Se tumba en la cama a esperar a su amiga. Sigue sangrando. Lo nota. No sabe si es peligroso o normal. Desconoce qué tiene que hacer.

Una media hora más tarde, Ángela se presenta en su casa. Magdalena oye el timbre y luego su voz cantarina dirigiéndose a la chica, mientras sigue en posición fetal sobre su cama.

—Y no se preocupe de avisar a la señora, Rosa. Acabo de hablar con ella... —le informa a la criada mientras se encamina al cuarto de su amiga y llama a la puerta. Cuando lo hace, Magdalena apenas puede contestar y pronuncia un «pasa» casi inaudible. Ángela entra y se la encuentra en unas condiciones deplorables.

—Magdalena, por Dios, ¿qué te ocurre?

Magdalena se gira hacia ella con los ojos entreabiertos y susurra.

—Un aborto. Me practicaron un aborto. Me sacaron del avión y me llevaron a una clínica... No me encuentro bien. Estoy sangrando mucho... No sé qué puedo hacer. Nadie me dijo si debía medicarme o...

—Entonces es cierto que estabas embarazada... —dice atemorizada.

Ángela mira a Magdalena con ojos de horror. Tiene que hacer algo. Decide llamar a un amigo suyo, médico como su primo, Enrique. Él no puede enterarse del aborto. Nadie debe hacerlo. Ni siquiera sabe si podrán ocultarlo. Si Magdalena sobrevivirá. Ha visto morir tras un parto a muchas mujeres. Y tras un aborto. Y no sabe en qué condiciones se encuentra. Se dirige al teléfono y marca con premura el número de su amigo.

—¿Miguel Ángel? Sí, perdona que te llame en sábado, querido. Verás, tengo una urgencia... pero, es más bien confidencial. ¿Podríamos ir a tu clínica?... Sí, sí... tiene que ser ahora mismo. Luego te explico... Gracias, Miguel Ángel. Eres un amor. —Cuelga y se vuelve hacia Magdalena—: No sé si alguien me habrá escuchado; odiaría poner en peligro también a Miguel Ángel, pero... tienes muy mala cara Magdalena. Anda, vamos, déjame que te ayude a vestirte, tenemos que irnos antes de que lleguen Enrique y los niños. Ellos creen que estás en mi casa y, en principio, no regresan hasta mañana por la tarde, pero es mejor que nos vayamos cuanto antes, por si anticipan su vuelta...

Magdalena se viste a duras penas, con lo primero que encuentra, ayudada por su amiga, que coge una gabardina ligera del armario para que le cubra lo más posible; luego pasa el brazo de Magdalena por encima de sus hombros y el suyo por la cintura de ella, y ambas salen a buscar el coche de Ángela para ir a la clínica.

—¿Y yo qué hago, señora? —pregunta Rosa compungida al verlas salir.

—Usted, callar, Rosa. ¿Me ha entendido bien? No le puede decir ni al señor ni a nadie que hemos pasado por aquí. A todos los efectos, continuamos en mi finca pasando el fin de semana, ¿de acuerdo? Le aseguro que le recompensaré.

—No me ofenda, señora —responde Rosa muy digna—. No necesito recompensas. Si puedo ayudar a la señora, lo haré con gusto.

No pronuncian ni una sola palabra durante el trayecto. Saben que todo son ojos y oídos. Ángela cree ver un coche oscuro detrás del suyo. Hace caso omiso. No puede hacer otra cosa más que llevar a su amiga al médico, tanto si les persiguen como si no. Está muy mal... Si se queda en casa... Un aborto mal ejecutado podría... No quiere ni pensarlo. No va a dejar que le pase nada a Magdalena.

Cuando llegan a la clínica, el médico las recibe. Ha abierto la clínica solo para ellas. Está sin enfermera, pero en cuanto ve a la paciente, la hace que se tumbe en su consulta.

—¿Qué ha ocurrido? —pregunta.

—Un aborto —responde escueta Ángela.

—¿Espontáneo?

Ángela niega con la cabeza.

—Contra su voluntad. Al menos, eso creo...

Magdalena no confirma nada. Tampoco lo desmiente. No puede hablar. Su rostro está perlado de sudor y se encuentra en una especie de semiinconsciencia. Tiene fiebre. Ya no siente dolores, pero los escalofríos le sacuden el cuerpo.

El médico la desnuda de cintura para abajo, la ayuda a colocarse con las piernas abiertas en el potro y la examina.

—Hay infección —informa—, pero deberíamos hacerle una ecografía en el hospital, por si hubiera perforación de útero. No lo creo, porque ha dejado de sangrar, pero...

Ángela vuelve a negar con la cabeza.

—Hagamos lo que hagamos, Miguel Ángel, tendrá que ser sin movernos de aquí...

—Pero, pero... yo no quiero ser responsable de... —No acaba la frase. Por la mirada de su amiga sabe que no hay otra posibilidad. Evita preguntar. Si es que va a ser copartícipe de algo, prefiere ignorar de qué. Le parece que la mujer que está tumbada en su consulta es la esposa de su colega Enrique García-Aranda... Y él es un hombre poderoso. Del régimen. Si ella está allí... No quiere hacer cábalas—. Vamos a ponerle antibiótico por vena. Tendrás que ayudarme, Ángela. Si todo va bien, en unas horas notaremos su mejoría; si no, será indispensable llevarla al hospital o podría morir.

Tras ponerle en el goteo antibiótico y un analgésico, el rictus de Magdalena se relaja. Tres o cuatro horas más tarde, el médico concluye que está estable y fuera de peligro. Aun así, los tres duermen en esa clínica. Nadie quiere correr riesgos. Y el médico, menos que nadie.

A la mañana siguiente, después de las dosis antibióticas correspondientes administradas por vena, Magdalena se encuentra mucho mejor.

—¿Crees que estás en condiciones de volver a casa? —le pregunta Ángela.

—No me queda otro remedio... —responde Magdalena.

—Y tú, Miguel Ángel, ¿qué opinas?

—Lo mismo que ella. Debería estar bien. Ahora tendrá que seguir con el antibiótico por vía oral y le daré unas gotas también, por si vuelve a sangrar. Si sangrara mucho podría ser indicio de rotura de útero y tendría que ir al hospital de urgencia, si no... podemos estar tranquilos. Vida sin sobresaltos, ni mucho movimiento, sin relaciones sexuales y con una medicación rigurosa, y en un par de semanas estará bien. También le daré unos analgésicos, por si continúa con dolores. Si la infección remite y no tiene nada más, no debería sentirse mal, como mucho débil, pero prefiero curarme en salud.

—¿Tiene usted alguna pastilla para el dolor de alma, doctor? —pregunta Magdalena con los ojos empañados en lágrimas.

El médico la mira, comprensivo. Se la ve tan frágil y deshecha. Sabe lo que sufren las madres cuando pierden un hijo. En este caso se lo han robado del vientre. La entiende. Abre un cajoncito de su gabinete y saca una caja de Valium, las pastillas milagrosas del momento. Casi las primeras benzodiacepinas de salón, que ya consume a manos llenas la sociedad.

—¿Valium? —pregunta Magdalena, y añade—: «Mother's Little Helper», tiene gracia...

—¿Perdón? —inquiere el médico—. ¿Eso qué significa?

—«La pequeña ayuda de las madres» —responde ella—. La canción que los Rolling Stones le dedicaron a esas pastillitas amarillas y mágicas. Me serán de gran ayuda, muchas gracias. De corazón.

Ángela la ayuda a vestirse y poco más tarde salen de la clínica, primero ellas dos y luego el médico.

—Gracias, Ángela, no sé qué hubiera hecho sin ti.

—¿Y Nicolás?

—Ahora estoy sola. Lo sé. Él jamás hubiera consentido todo lo que me ha pasado. Mi sueño ha terminado. Y solo me queda la realidad...

Ángela la mira con ternura, mientras por el retrovisor vuelve a ver un coche negro que parece escoltarlas.

—No pienses más, Magdalena. Lo que sucede, conviene. Era una locura que te fueras con un hombre tan mayor, por mucho que tu vida aquí no sea la que soñaste. Y más aún con ese hombre..., el hermano de Franco... ¡Qué insensatez!

Aparcan frente a su casa, Ángela ayuda a salir a Magdalena y la acompaña hasta el ascensor. Un hombre entra en el mismo momento en el portal y le entrega un sobre. «Para su amiga», le susurra. Ángela piensa entonces que probablemente Nicolás, atento a todo, ha hecho que estén pendientes de Magdalena, aunque él no pueda ya estar a su lado. Seguro que descubrieron su relación hace tiempo, pero la dejaron pasar. Una relación clandestina, todavía; pero pretender irse y tener un hijo que sería el sobrino del Caudillo,

ni más ni menos, en otro país... Sube con Magdalena hasta su piso y una vez allí desliza el sobre en el bolsillo de su gabardina.

—¿Estás bien? —Magdalena asiente con la cabeza—. Te he puesto los antibióticos, las gotas y los analgésicos en el bolso. Y llevas un sobre en el bolsillo... No sé de quién será, pero me lo imagino... ¿Podrás actuar con cierta normalidad con Enrique y los niños?

Magdalena vuelve a asentir y la abraza.

—Gracias, Ángela. Sin ti estaría completamente sola en este mundo.

Al entrar en su casa, su marido, que acaba de llegar con los chicos, le pregunta qué tal el fin de semana con Ángela. Ella responde que bien, pero que le duele la cabeza y que querría descansar, y se dirige a su cuarto, sin que su esposo ponga pegas. Al fin y al cabo, ellos hacen vidas separadas. Es un acuerdo tácito, que no comentan, pero que ambos aceptan.

En ese mismo momento, Ángela sale del portal del edificio. Un coche negro la arrolla. Muere en el acto. Su cuerpo inerte queda tendido sobre la calzada. Casi al mismo tiempo, el ginecólogo Miguel Ángel Martín, que acaba de atender a su amiga, corre la misma suerte, a dos calles, en la puerta de su casa.

# 9

*Presente, 2018*

«No se muevan, no hablen, no respiren. Estoy tratando de pensar».

SHERLOCK HOLMES

Roures despierta con un dolor de cabeza monstruoso. Ha dormido mal. Revolviéndose en la cama a cada rato, como si su conciencia fuera la de un criminal arrepentido. No es la conciencia lo que le impide conciliar el sueño, sino la rabia. Lleva días consultando diversas publicaciones donde se relatan robos de bebés en toda España, desde los primeros años de la dictadura hasta mediados de los noventa. Robos de bebés. Un delito tan universal como execrable. Por eso pretendemos no verlo. Negarlo entre nosotros. No queremos saber que existe en nuestra preciosa sociedad civilizada, cumplidora de las normas, que solo reclama en las urnas o en manifestaciones pacíficas, y presume de contener las maldades humanas. Lo que asumimos en la crueldad de las guerras y las dictaduras, cuando hombres y mujeres exhiben sus villanías sin desdoro y actúan sin compasión, ¿cómo aceptarlo en la segura y tranquila democracia? Por otro lado, aunque las pruebas sean incontestables, sin condenas, no hay casos ni culpables. Y, sin

embargo, así se sienten, no los que robaron bebés, sino aquellos a quienes se los robaron y los que descubren que fueron robados: culpables.

Parece imposible que se conozcan los nombres de tantas clínicas en las que desaparecieron bebés, que las cifras de robos ronden los treinta mil y según algunas fuentes, entre robos y adopciones ilegales asciendan a trescientos mil, desde 1940 a 1996. 1996..., antes de ayer. 1996..., después de varias elecciones, con poderes separados y con la ley y el orden garantizados para todos por igual. ¿Y apenas se barajan un par de nombres de implicados en esa trama? Pues eso parece, solo dos: el de la fallecida sor María Gómez Valbuena y el del doctor Eduardo Vela, condenado a once años y absuelto este mismo año por prescripción de sus delitos.

¿Cuál es el motivo de que entre 1976 y 1983, justo en el cambio de régimen y hasta un año después de la llegada al poder de un Gobierno socialista, hubiera una explosión de robos de recién nacidos? ¿Cómo pudieron continuar produciéndose después de la ley de adopción de 1987? Su alma de detective se cruza con la del periodista que un día fue y con la de justiciero que algunos días desea ser; pero sabe que no debe empecinarse en indagar lo que otros han desestimado tras esas prescripciones que todo lo borran y decide centrarse en lo que le toca de cerca, esa clínica fantasma cerca de Llanes, donde nació la hija de Carlota, en la que debieron cometerse muchos delitos opacos, que quizás ni figuren en las estadísticas. Esa ubicación es la única pista que le ha proporcionado la jueza. Por eso se ha tragado entero el Catálogo Nacional de Hospitales de España, el BOE nacional y el del Principado de Asturias, las publicaciones de la Fundación IDIS, la de Forbes, la del Ministerio de Sanidad y las de los centros hospitalarios de IMQ. Además, ha buceado en registros y documentos de todo tipo, incluida una guía telefónica del pasado y hasta el Igualatorio Médico de Asturias, esa especie de cooperativa aseguradora de médicos y asistencia sanitaria de los tiempos de Franco.

No se le ocurren más documentos que le puedan conducir al lugar donde Carlota parió a su hija y se la robaron. Él es un hombre de acción. Detesta el papeleo. Le abruma. Pero el Manos está con el nuevo caso de la universidad y con algunos seguimientos de cuernos y no le puede cargar con más trabajo. Le ha preguntado a su amigo Prieto si existe algún otro registro de maternidades con irregularidades que pueda consultar, pero el comisario está enzarzado en una macrorredada en ese Irún abarrotado de puticlubs y ni le ha contestado.

Por si tarda demasiado en despejarle las dudas, Roures continúa con sus pesquisas, que de momento le dirigen a una pequeña clínica en Langreo, a hora y poco de la casa de veraneo de Llanes de la que le habló Carlota. Le tocará viajar hasta allí, solo, como de costumbre, sin más radar que su intuición. La jueza es su clienta, y ese también es un trabajo remunerado; así que le toca encargarse de llevarlo a cabo y, por ser ella quien es, procurar acelerar los resultados. Por eso ha preferido no esperar a la información sobre el padre de Carlota que le había encargado al Manos y se ha ocupado él mismo de conseguirla. Para su sorpresa, el apellido del médico, curiosamente especialista en ginecología, es distinto al de su hija. En realidad, el segundo apellido de ella es el de él. Desconoce el motivo, aunque presume que existirá alguna causa de peso. Puede que la jueza decidiera castigarlo por separarla de su hija. O quizás no quería caminar por la vida con un apellido compuesto y nada más... A veces, las cosas son mucho más simples de lo que aparentan.

El dolor de cabeza arrecia y le impide pensar. Se ha tomado dos Actrones, nada más abrir los ojos, con el estómago vacío, pero aún no le han hecho efecto. Tiene que levantarse de la cama y darse una ducha caliente. Le ayudará. Necesita que le ayude. No se puede permitir un día de descanso en medio de la semana. A duras penas consigue ponerse en pie y caminar hasta el cuarto de baño. Bajo el agua, sintiéndose algo mejor, trata de ordenar sus planes. Visitará la clínica asturiana y también intentará que Carlota, cuando se sienta

capaz, le explique si hay relación entre el robo de su bebé y el aborto que sufrió su madre. No le ha preguntado. ¿Su padre vive y su madre no? No recuerda si se lo contó, junto con todas las mentiras que le coló en una madeja, entreveradas con algunas verdades, cuando empezaban a conocerse, pero cree que es así. O tal vez solo le dijo que se marchó y no la volvieron a ver... Hará memoria, pero servirá de poco, porque sabe perfectamente que su relato estuvo plagado de embustes. Le preguntará a Carlota cómo acabó el idilio de su madre con el hermano de Franco. Una joven humilde a la que sus padres forzaron a un matrimonio de conveniencia con un médico unos años mayor, deseosos de procurarle un futuro mejor, y que acabó enamorándose de un viejo casado... Si creyera, diría que los destinos del Señor son inescrutables.

Necesita conocer más la relación de esa madre y esa hija. Descubrir cuándo y cómo murió la primera, si es que murió... También saber si el padre guardaba algún vínculo específico con aquella clínica. No la habría mandado allí sin poder controlar cuanto fuera a acontecerle. Todo le resulta inquietante. Necesita hablar con Carlota. Sabe que habrá de actuar con sumo cuidado, porque la sensibilidad de la jueza respecto a su propia historia familiar, y más tras haber encontrado a su hija, si es que lo es, se ha extremado. No es para menos. Su historia es un drama de folletín. Demasiado enrevesado para parecer verdad.

Termina de ducharse, se viste, se prepara un café —esta vez en la cafetera italiana—, se lo bebe a toda prisa, se enciende un cigarrillo, tose hasta que los pulmones le dan tregua y luego sale de su casa. Ha concertado un encuentro con una periodista que publicó un libro muy interesante sobre los casos más flagrantes de bebés robados en España, y ya llega tarde. Ella le ha citado en el Comercial. Es una suerte. Un territorio conocido y cercano a su casa. Al llegar, ve a la mujer acodada en la barra del local, esperándole con un café. La reconoce gracias a la foto de la solapa del libro que escribió. Por suerte, es una foto de las que corresponden a la

realidad y no como la mayoría de las de las revistas de ahora o las que aparecen en las redes. La localizó a través de la editorial y enseguida aceptó reunirse con él. Al parecer, su familia vivió en sus carnes el robo de un bebé. Roures supone que puede ofrecerle detalles que le aporten luz.

—Miriam del Río, ¿verdad? —dice el detective, acercándose a la periodista y tendiéndole la mano.

—Esa soy yo —responde ella, estrechándosela—. Y usted es el detective Roures, supongo.

—En efecto. ¿Nos sentamos y hablamos con más calma?

—Se lo agradezco, pero no dispongo de mucho tiempo. ¿Quiere un café? —dice mientras le hace una seña al camarero.

—Solo y sin azúcar —le pide Roures al hombre cuando llega.

—Bien —empieza ella—. Iré directa al grano, porque, como le digo, he de marcharme pronto. Dígame en qué le puedo ayudar. Ya escribí todo lo que sé en mi libro sobre los bebés robados, incluida la experiencia de mi familia; y, por otra parte, los delitos han prescrito, y sor María Gómez Valbuena, la única religiosa imputada en el caso, está muerta y enterrada..., así que no sé qué anda buscando... El ginecólogo Eduardo Vela, fue juzgado, declarado responsable del robo de una bebé en 1969 (¡de una y se robaron miles!) y parece muy posible que salga absuelto por esa prescripción del delito... La esperanza de justicia es un delirio.

—Yo investigo un asunto privado, familiar...

—Como todos...

—Bueno, en este caso, parece que se sabe dónde está la bebé perdida, pero necesito descubrir cómo se produjo el robo y, a ser posible, quién fue el responsable del mismo. Y también cuáles fueron las circunstancias que favorecieron que se pudiera llevar a cabo esa «adopción» de una niña que se le arrebató a otra... La madre tenía dieciséis años.

—Ya veo. ¿De qué fecha estamos hablando?

—1985.

—Bueno, detective. No sé si sabe que desde el año 1939 hasta 1963 había un programa llamado «Al Servicio de España y del Niño Español», desde el que, con informes «científicos», se responsabilizaba a las madres de la mortalidad infantil. Naturalmente, se referían a las madres pobres, jóvenes, solteras, trabajadoras o con relaciones fuera del matrimonio, que eran las más vulnerables y a las que se les podían limitar sus derechos con facilidad. Ese programa se acompañó de leyes que sorprendentemente duraron hasta finales de los ochenta y contribuyeron a que la adopción fuera un negocio jurídico entre particulares hasta 1987. En ese negocio participaron hospitales, maternidades y centros de beneficencia, que casi siempre gestionaron organizaciones religiosas.

—Y eso sirvió de cobertura, imagino —apunta Roures—, para la sustracción ilegal de bebés...

—Exacto. La ley del ochenta y siete, cuya pretensión era la de acabar con ese sistema tan irregular, alegaba que hasta entonces había habido una casi absoluta falta de control en las actuaciones que precedían a la adopción, que propiciaban el tráfico de niños o daban casi por bueno a casi cualquier adoptante... Pasaron muchas cosas durante la dictadura; de hecho, fue en ella cuando se aprobó la «ley del parto anónimo», que permitía ocultar la identidad de las madres al dar a luz, en principio para proteger su intimidad, pero que al final derivó en muchas apropiaciones indebidas de bebés, porque las madres no podían reclamar a sus hijos. A los hijos, naturalmente, se les privaba para siempre del derecho de saber quiénes eran sus madres...

—¿Y cómo se registraba a esos niños?

—Con una inscripción completamente falsa donde la madre adoptiva constaba como madre biológica... Todo perfectamente atado. Y facilísimo. Si el caso que dice tuvo lugar en el ochenta y cinco, es anterior a la ley y puede haber desaparecido sin dejar rastro... Pero bueno, ahora está todo muy efervescente. Quieren presentar denuncias colectivas por casos ocurridos precisamente

entre el cincuenta y dos y el ochenta y siete, en distintas zonas de España. Y lo harán, aunque..., no quiero mentirle: yo creo que, salvo excepciones, conseguirán poco. No se va a considerar nunca que hubiera una trama organizada. Y la hubo, se lo aseguro. Con varias ramificaciones y muchas más personas implicadas que el ginecólogo Vela y sor María... Solo que dudo mucho que la Iglesia católica vaya a permitir jamás el acceso a sus archivos. Y el propio Estado, que tampoco facilitó en su día que se pudieran examinar los que guarda sobre adopciones anteriores a la ley del ochenta y siete, no creo que lo vaya a hacer ahora. Lo único bueno es que cuando hay sospechas, a veces, tras las búsquedas, se producen milagros, y hoy se cuenta con esa herramienta incontestable que es la prueba del ADN. Espero que eso sirva para que no se sigan perpetrando robos de niños en la actualidad. Tampoco estoy segura, si le digo la verdad. Los ladrones de bebés saben bien que su tráfico supone un negocio tan suculento que... Al menos, ahora lo tienen un poco más difícil. Algo es algo.

Roures revisa bien el rostro endurecido de la periodista. Es muy atractiva: morena, de ojos rasgados y labios finos. Una de esas mujeres que pretende que no se le note demasiado que es guapa, sin poder evitar que el misterio de su mirada despierte interés. Está contándole una historia que es parte de su vida, pero se la ofrece como una noticia ajena, sin ningún sentimiento. Está claro que no tiene mucha fe en resolver su caso. En que se resuelva casi ninguno de niños robados...

—La mata el escepticismo, ¿no?

—Verá —responde ella sin denotar ninguna emoción—, la denuncia que presentó mi madre fue archivada en la Fiscalía por falta de pruebas, antes de la muerte de sor María. Seguimos buscando, claro, pero..., la esperanza la conserva más bien ella. Dejó una muestra de ADN en un banco de perfiles genéticos, por si aparece alguna persona que busca a su familia biológica y piensa que puede ser ella... Pero hemos cruzado el ADN con mujeres y hombres cuyas fechas de nacimiento y circunstancias podrían

concordar con las del alumbramiento de mi hermano o hermana (ni siquiera sabemos si el bebé que nació era niño o niña), y los resultados siempre han sido negativos.

—Ya —acepta Roures—. Supongo que es normal que se haya confeccionado una coraza contra el desaliento. Pero... nunca se sabe. Lo digo por experiencia. Una pregunta, ¿sabría decirme si alguna de esas adopciones ilegales...?

—De esos robos de bebés —le interrumpe ella—, no nos andemos con eufemismos.

—Tiene razón —corrige Roures—. ¿Algunos de esos robos de bebés se produjeron en clínicas privadas, en alguna maternidad fuera de las grandes ciudades? En Asturias, por ejemplo...

Niega con la cabeza.

—Mentiría si le dijera que sí. No tengo ni la menor idea, la verdad, pero... hay un abogado, Tomás Torrejón, que se ocupó, y se sigue ocupando de muchas víctimas de robos de bebés. Ha facilitado muchos encuentros o reuniones familiares. Tiene más información que yo. Me temo que el ser parte de los hechos inhabilita un poco; creo que en este caso he sido mucho peor periodista que en otros. No sé si no veo o si no quiero ver, y siempre tengo la percepción de que todos me ocultan algo. Hasta mi propia madre... Tonterías, claro, pero... Le puedo pasar el número de Torrejón. También el de la productora ejecutiva de un documental muy sonado sobre el tema. *El misterio de los bebés robados*, o algo así. Ella se llamaba... Creo que... ¡Blanca Pérez! Como ve, el caso ha dado para libros, pelis, mucha tele... Y poca justicia.

Roures entiende bien lo que le dice. Y su sensación de impotencia. No quiere hurgar más en su herida, así que no insiste.

—Le agradezco mucho que me haya atendido. Y que me pase esos contactos. Seguro que me ayudarán mucho. Si puedo corresponder, no deje de comunicármelo... ¿Hay algo en lo que yo le pueda ayudar?

La periodista sonríe y muestra por primera vez un mínimo atisbo de coquetería.

—Puedes dejar de llamarme de usted, invitarme a comer un día y mantenerme informada si encuentras algo que consideres interesante... A una periodista siempre le viene bien un detective.

Roures sonríe también.

—Cuenta con ello.

Roures paga y salen del local.

—Detective —dice ella una vez fuera, entornando los ojos—. ¿Has dicho Asturias?

—Sí...

—Creo recordar que hay una clínica, no sé si cercana a Quintes o en el propio Quintes, que alguien me mencionó en alguna ocasión, mientras realizaba la investigación para mi libro... Es un pueblecito muy pequeño, con menos de mil habitantes. Lamento haber olvidado los detalles, pero al decirme Asturias, me ha venido a la memoria eso.

—No es poco.... Vale por lo menos una comida y una cena —responde Roures, sonriendo, antes de que separen sus caminos.

# 10

*Pasado, 1970*

«Muy pronto en mi vida fue demasiado tarde».

MARGUERITE DURAS

En su dormitorio, único refugio de esa casa que ese día le resulta aún más inhóspita, y que sabe que de nuevo será su cárcel, abre el bolso, saca su arsenal de medicamentos y los introduce en el cajoncito de su mesilla. Luego, con cierto temor, palpa el sobre que su amiga le ha deslizado en el bolsillo de la gabardina. Es de Nicolás. Lo presiente. Lo abre con cuidado y extrae una hoja con un texto mecanografiado. Ni siquiera manuscrito. Quizás es su manera de evitar dejar rastro, de no ponerla en peligro, pero le duele. También saber que todo ha terminado antes de leer la primera línea.

*Mi pequeña Magdalena, mi ilusión de estío, mi niña,*

*Quisiera encontrar palabras de consuelo para este fracaso del que jamás me recuperaré. Pensé que podría hacerme cargo de todo y despejar los obstáculos de nuestro camino, para que pudiéramos disfrutar de nuestro amor, el último amor de mi vida, más intenso y glorioso que cualquier otro; pero no ha sido así. Por primera vez me han dejado sin herramientas, a cambio de tu integridad física. Sé que has perdido a nuestro hijo y que tu dolor será insoportable en soledad, pero*

*prefiero sacrificarme apartándome de tu lado yo, que con tu ausencia pierdo las ganas de vivir, para que tú continúes respirando por él y por mí. Sé que ahora te sientes sola y desamparada, pero eres una mujer inteligente, bella y llena de cualidades... Y yo estaré velando por ti en la distancia. Eres muy joven. Estate atenta. Presta atención a cuanto ocurre a tu alrededor y vive, Magdalena. Tienes que vivir. Y ser feliz, aunque yo ya no esté a tu lado. Aunque sea imposible que nos veamos nunca más*.

*El mundo se está moviendo a gran velocidad. Y España, también. En pocos años las cosas habrán cambiado y tal vez en el nuevo país que se pergeña tú encuentres tu destino. Yo te amaré eternamente. Los años que viva y los que no. Desde la tierra o desde el cielo o el infierno, el lugar que me asigne Dios. Estar sin ti en cualquiera de ambos será más castigo que cualquier otro. Algún día nos reuniremos. Tú, yo y ese hijo que no llegó a nacer*.

*Te amo, mi niña, mi flor, mi guitarrista, mi cantante, mi todo.*

*N. P.S*.

*Rompe esta carta. Cualquier huella de nuestro amor puede significarte una condena. Ten cuidado. Sé prudente. No hables con nadie de lo nuestro, jamás. Y vive, Magdalena. Te quedan muchos años de vida, y yo ya, sin ti, estoy prácticamente muerto*.

Lee la carta una vez y otra y otra, con los ojos inundados de lágrimas. Su bebé ha muerto y no verá más a su amor. Todo para que ella pueda vivir. Pero ¿qué mierda de vida va a vivir? ¿Acaso es vida la que le espera en esa casa con un hombre al que no le une nada? Nada. Ni siquiera los tres hijos compartidos a los que ve como extraños. Niños que no atienden a nada que ella recomiende, que solo siguen las instrucciones de su padre y de su abuela... ¿Qué puede hacer? ¿Por dónde debe caminar?

Saca la guitarra y toca unos primeros acordes mientras piensa que tal vez si ella hubiera sido de otro modo habría encontrado la manera de querer a Enrique. Que quizás, si su vida hubiera contado con algún aliciente, Nicolás no habría ocupado, de repente, todo su espacio. Que si sus niños, Mariana, Enrique y Mari Carmen, fueran más suyos y menos de su suegra, no se sentiría tan sola... Ahora es demasiado tarde para enderezar su realidad. « It’s Too Late», se

dice a sí misma mientras mira al vacío, con los ojos aún húmedos, y toca y canta la canción de Carole King titulada así: «Es demasiado tarde».

Cuando termina, arrastrando las palabras entre sollozos, vuelve a leer la carta y la rompe cuidadosamente en pedacitos pequeños, para que no quede rastro de ella. No sabe qué sucederá a continuación. Ni en los próximos días, semanas, meses y años. Pero sí que ha de borrar cualquier huella de aquello que existió solo para Nicolás y para ella. Sabe que él la seguirá en la distancia. Y que ella también intentará hacerlo con él, buscándolo cada día en los periódicos...

Deja la guitarra en su sitio y se tumba sobre la cama. Mirando al techo. Continúa llorando. «Maldita sea —piensa—. ¿Es que no se me van a secar nunca las lágrimas?». Abre el cajoncito de la mesilla y recupera la caja de Valium, su *mother's little helper*. Saca una de sus pastillitas amarillas y con ella en la mano se dirige al cuarto de baño donde se la traga con un poco de agua del grifo. Luego vuelve a su cuarto y se tumba sobre la cama, con los zapatos y la gabardina puestos. No tiene fuerzas para nada. Ya no le duele el cuerpo, pero le duele el corazón o el alma o aquello intangible cuyo dolor es infinitamente más agudo que el de la carne. No quiere pensar en su futuro si es que acaso tiene futuro. Por suerte, en muy poco tiempo, el Valium comienza a hacerle efecto y siente como si un velo de olvido se desplegara sobre su cerebro. Al poco rato, está profundamente dormida. Sueña con ese avión donde un hombre vestido con un uniforme que no resulta amenazador, de auxiliar de vuelo, le ofrece una copa de champán. Al aceptarla y mirar su rostro, comprueba que es Nicolás, que se le acerca para besarla. Entonces aparecen otros hombres, estos sí con uniformes temibles, del Ejército de Tierra al que pertenece Franco, y se llevan a Nicolás. Luego aparece su marido, uniformado también.

—Siempre fuiste y serás mía, Magdalena. Nadie te apartará de mi lado. Eres mía, mía, mía...

La cara de su esposo se descompone y solo queda en el aire una sonrisa, como la del gato de Cheshire, que se amplía más y emite unas desagradables carcajadas. Magdalena sigue soñando. Ahora huye corriendo por un bosque donde encuentra una guitarra que empieza a tocar. Sus tres hijos se sientan a su lado, pero de pronto, la mayor, Mariana, se levanta y golpea su cabeza contra la pared. El cráneo se le abre en dos. Magdalena grita, mientras los otros dos niños siguen cantando... Ella los contempla horrorizada, más aún a Mari Carmen, que con esos ojos tan azules la mira como su padre.

—¿Qué te pasa, mamá? —pregunta en su sueño la pequeña—. ¿Qué te has tomado? ¿Qué tenías en la tripa? ¿Sabes que irás al infierno?

Se revuelve en la cama, gime, se estremece hasta que alguien la sacude con fuerza por los hombros.

—¡Magdalena! ¡Magdalena! ¿Qué te ocurre? ¡Responde!

Magdalena entreabre los ojos y ofrece una mirada perdida. Enfoca y reconoce la cara de su marido. Le duele la cabeza. Se siente mareada. Confusa. No sabe dónde está. Tampoco quién la zarandea...

—Dónde, dónde... —empieza. Y finalmente añade—: ¿Enrique? ¿Qué..., qué hora es?

—Son casi las once de la noche. Como me dijiste cuando llegaste que te dolía la cabeza pensé en dejarte dormir hasta mañana, pero... Estabas delirando. Tus gritos se oían tras la puerta. Me he asustado y he decidido despertarte.

—Y... y... ¿los niños?

—Ya están bañados y en sus cuartos... Desde hace un par de horas. Y tú..., en fin... No sé si es el momento, pero... tengo que darte una mala noticia y cuanto antes pases el mal trago, mejor —le informa Enrique titubeando.

—¿Una mala noticia? —pregunta ella, incorporándose alarmada.

—Me temo que sí, pero... Magdalena, ¿te has dormido con la gabardina y los zapatos puestos? ¿Estás bien?

—Estoy, estoy... ¡no sé cómo estoy, Enrique...! Me duele tanto la cabeza que creo que me va a explotar. Pero, dime, ¿cuál es esa mala noticia?

—Ángela... —Enrique hace una pausa y permanece en silencio, mirando al suelo, afligido.

—¿Qué... qué ocurre con Ángela? —se inquieta Magdalena—. Estuve en su casa el viernes y el sábado, como te dije que haría... Pero regresé esta mañana, temprano, porque al poco de levantarme comenzó a dolerme mucho la cabeza y...

—Magdalena, escucha —le ordena Enrique, mirándola con gravedad—. No sé cómo decirte esto, pero...

—Pero ¿qué? ¡Maldita sea! ¡Dime ya lo que pasa! —grita cubriéndose la cara con las manos...

—Ángela ha muerto —suelta Enrique a bocajarro—. La atropelló un coche esta mañana, casi en la puerta de nuestra casa... Me lo acaban de comunicar. La llevaron al hospital, pero no pudieron hacer nada por ella. Acaban de llamarme para decírmelo. El coche que la atropelló se dio a la fuga. Suponen que sería algún gamberro que iría bebido desde la noche anterior y no fue capaz de afrontar las consecuencias. Un día terrible, porque también entró ya muerto en el hospital, después de haber sido igualmente atropellado, uno de los jóvenes médicos de mi gabinete, el doctor Miguel Ángel Martín... Dos personas de nuestro entorno, bueno, del mío, porque tú al doctor Martín no le conocías de nada... Él vivía muy cerca de aquí y... La policía dice que incluso podría haber sido el mismo coche... Están investigando. Miguel Ángel vivía solo y... Un borracho, seguro. Le encontrarán, descuida.

Magdalena palidece. Ha seguido el discurso de su marido con los ojos muy abiertos y como si estuviera en otra galaxia. Se siente incapaz de reaccionar. No puede hablar. Tiene la boca seca. La pastilla. La sorpresa. El dolor. La angustia. Todo lo que ha sucedido en apenas unos días... Y el miedo. Sobre todo, el miedo, que se le desparrama por el cerebro y le agarrota las articulaciones como si fuera un veneno letal. Mira a su marido e intenta decirle algo. No

puede. Está muy mareada. Tal vez lo que acaba de escuchar forma parte del sueño. Más bien de la pesadilla. Tal vez nada de todo eso está ocurriendo. Tal vez...

Se desmaya.

# 11

*Presente, 2018*

«La tecnología permitirá *hackear* a los seres humanos».

YUVAL NOAH HARARI

A la jueza Aguado acaban de concederle el traslado de juzgado que solicitó hace tiempo. Ya ha abandonado su plaza en el de Manacor y en breve se instalará en el de Colmenar Viejo. Quiere estar en Madrid. Vivir en Madrid. Y aunque Colmenar Viejo no sea Madrid sino una localidad de la comunidad, está a una distancia tan prudencial de la capital, como para trabajar en la primera y tener su casa en un barrio de la segunda. Odia y ama Madrid a partes iguales. Allí murieron sus hermanos, pero también allí ha vivido momentos excepcionales. Algunos recientes y con Roures. En ese estado de ánimo tan indefinible que atraviesa, que le ha enseñado que la felicidad son las personas y no los lugares, el hecho de que Madrid sea donde vive su hija le indica que es donde también debe hacerlo ella. Además, en esa villa de luz inigualable y fiesta perpetua, donde la ciudad disfruta de todas las horas con una intensidad desconcertante, como si jamás descansara y tampoco lo hicieran sus habitantes, se encuentra Tony Roures. Y necesita a Tony. ¿Lo ama? Cree que, si no se miente, es la única vez que ha

amado a un hombre. Nunca confió lo suficiente en ninguno de los que pasaron por su vida como para dejarse arrastrar por los sentimientos, pero Tony... Es pura lealtad. Por eso detesta recordar que se enteró de su historia con la madre adoptiva de su hija de esa manera tan brutal, y que las contempló a ambas en plena faena sexual. ¿Cómo se hubiera sentido ella si hubiese sido la espectadora y él el protagonista, con otro hombre u otra mujer? Ni siquiera puede imaginar a Roures con otro hombre. Y prefiere no hacerlo con otra mujer. Le dolería, por mucho que defienda las relaciones abiertas. Más verlo que saberlo. Se pregunta por qué no fue capaz de compartir con él las investigaciones sobre su hija. Se habrían ahorrado muchos momentos ingratos, pero..., son demasiados los secretos que encierra ese episodio de su vida. Tal vez esa es la respuesta.

Suena su teléfono. Es Roures. Cuando lo piensa, aparece. Esa es la magia en la que cree.

—Hola, detective —contesta con tono jovial.

—Señoría..., ¿dónde la encuentro? —pregunta Roures, alegre.

—Estoy haciendo las maletas, Tony. Me han concedido el traslado a Madrid. Al juzgado de Colmenar Viejo.

—¿Vienes a vivir a Madrid? No lo sabía. ¿Otro secreto más?

—No seas así, Tony. No quería decirte nada hasta estar segura. Los traslados llegan unas veces antes y otras después...

—Y... ¿dónde vas a vivir?

Carlota ríe con esa risa suya que ocupa todos los espacios, y las líneas telefónicas se llenan de sus carcajadas.

—Ah, viejo lobo estepario... ¿Con que eso es lo que te preocupa? ¿Crees que voy a invadir tu mansión...? Ja, ja, ja... Descuida. Tengo un piso en Madrid. En Almagro. Es todo mi patrimonio, pero no está nada mal. Tiene el espacio justo para una sola persona, mucha luz y una terracita que me va a dar la vida. Y está a la distancia perfecta de tu casa. Ni demasiado cerca, ni demasiado lejos...

—Jamás hubiera presupuesto que pretendías instalarte en mi chabola, Carlota —asegura Roures—. Sé que no es un sitio para ti. Si contara con uno adecuado, te ofrecería una convivencia de un año de prueba, como se hace en las comunidades mexicanas rarámuris, antes de una unión oficial.

—¿Las comunidades mexicanas rarámuris? Tienes una mente prodigiosa, detective, pero... no estarás pidiéndome matrimonio, ¿verdad?

Roures ríe ahora también.

—No, señoría. Sé que ambos pertenecemos a esa especie de pájaros solo felices en libertad y que, si compartiéramos casa, fuera chabola o mansión, acabaríamos asesinándonos... Aun así, si tuviera que darte cobijo por alguna circunstancia, buscaría otra guarida. Tú mereces más glamur.

—¿Tú utilizando la palabra «glamur», Tony? ¿Acaso desconoces que significa «brillo falso»?

—Eso era en los tiempos del Hollywood dorado, cuando se escribía *glamour*; ahora en la RAE ya lo admiten a la española y con el significado de «encanto sensual que fascina»... Te va a la perfección.

—Basta ya de juegos florales, Tony —corta Carlota—. Lo dicho. Que me voy a Madrid... Estaré por allí en un par de días.

—Me alegra, Carlota. Por tenerte cerca y porque tenemos que hablar.

—Por Dios, detective, esa frase suena a culebrón de los ochenta...

Ríen los dos. La complicidad es notoria, aunque dejen de decirse muchas cosas y guarden secretos en sus respectivos desvanes. A Tony, ya metido a fondo en la investigación del caso de la hija de la jueza, le es imprescindible que ella le desvele algunos de los que oculta y le proporcione algunas claves.

—Creo que podría haber encontrado la clínica en la que nació tu hija, Carlota —suelta tras las risas, directo, como de costumbre.

Silencio.

—¿Estás ahí, Carlota?

Ella aún tarda unos segundos más en contestar.

—Sí... eh... eh... ¿estás seguro?

—No —responde él—. En un rato salgo de viaje y comprobaré si sigo teniendo buena intuición. Hablé con una periodista que escribió sobre los bebés robados, y al decirme el nombre de la ubicación de una de las clínicas más pequeñas y desconocidas de Asturias donde se sospecha que hubo robo de niños, se me ocurrió consultar su historial..., pero la clínica no aparece por ninguna parte, como si jamás hubiera existido. Al principio me decanté por una situada en Langreo, que también está cerca de Llanes, vuestro lugar de veraneo y donde te ocultaste durante el embarazo, pero..., al mencionarme la periodista la existencia de esta clínica cercana a Quintes, pensé que también tenía que investigarla. Cuando no encontré nada sobre ella en los documentos oficiales donde aparecen todos los datos de sanidad pública y privada, llamé a un abogado y a la productora de una película sobre el robo de bebes en España, cuyos nombres me facilitó la periodista, y ambos me confirmaron que en su día localizaron a varias mujeres que les hablaron de una clínica en esa zona, sin que supieran ubicarla con exactitud, porque no solo no existía ya, sino que documentalmente no lo había hecho jamás... Los dos coincidieron en que no tiraron más del hilo porque tampoco las personas con las que contactaron y que le pusieron sobre esa pista deseaban que lo hicieran. Preferían olvidar lo sucedido allí; como si por alguna circunstancia lo hubiesen aceptado... Como si hubieran ido a esconder su «pecado» de la mano de sus padres, maridos, amantes o qué sé yo, sabiendo cuáles serían las consecuencias. He buscado en esa zona y tampoco he encontrado referencias de ninguna clínica, pero tal vez ese lugar ni siquiera llegó a tener la licencia pertinente y simplemente funcionó en la oscuridad, de manera fraudulenta, y se sustentó gracias al poder de alguien... Lo que sí me aseguró el abogado es que allí no iban mujeres desamparadas, sino mujeres sin precariedad económica —seguramente sí la tendrían sentimental—, a las que sus

familias, como en el caso de la tuya, no querían que un mal paso les «arruinase la vida o dejara en evidencia su buen nombre». Tú sabes más que yo, pero, estando involucrada, seguro que te cuesta más descubrir algunas cosas... Te contaré a mi vuelta. No pensaba decirte nada hasta que tuviera la certeza, pero...

—Está bien, Tony —acepta ella con voz grave—. Te lo agradezco. De corazón. ¿Cómo se llama la localidad donde se encontraría la clínica?

—Quintes. O tal vez en los alrededores...

Silencio.

—¿Carlota?

La jueza aún espera un poco para hablar. Quintes. Tan cerca y tan lejos de Llanes. Hasta que se cruzó en su vida la que ahora piensa que es su hija, durante muchos años, decidió olvidarse de Asturias. La tierra de sus abuelos siempre fue para Carlota la más hermosa. Y, sin embargo, casi había borrado de su memoria las estampas de los veranos de su infancia en Llanes y la belleza de sus parajes, sus idílicas playas, los preciosos pueblos de la costa, las singulares aldeas, los valles, las montañas... Tanto los amaba como los aborreció después, cuando se convirtieron en su cárcel sin rejas durante el embarazo. Rebusca en su cabeza información sobre la zona de Quintes, pero... desconoce si es allí donde pudo alumbrar a su hija. No ha vuelto a Asturias desde entonces. Mantenerse alejada del escenario del crimen siempre fue una prioridad. Ni siquiera sabe si su padre conserva la casa...

—Está bien, detective. No sé si vas por buen camino, pero te he visto trabajar y no seré yo quien desconfíe. Mantenme informada. Necesito saberlo todo cuanto antes.

Cuelgan. La jueza apoya el teléfono contra su pecho y mira a un punto indefinido, en tanto se le acumulan en el pensamiento los recuerdos de aquel día, que siempre quiso olvidar, sin suerte. Tony, por su parte, piensa que tal vez no debería haberle anticipado nada a Carlota... Da igual. Ya está dicho. Va a por sus cosas y emprende viaje.

En el coche, su lugar de máxima reflexión, Roures se pregunta si la reacción de Carlota obedece solo a que le angustia lo que pueda descubrir. Ese silencio repentino. Ese pavor que el detective nota ¿a qué se debe? ¿Qué es lo que teme que encuentre? Sabe que fue su padre quien la condujo a aquella clínica, al parto y a entregar a la niña en adopción... Y ahora también sabe quién es su hija. ¿O quizás alberga alguna duda? Desconoce cómo ha podido averiguar que esa chica es la misma criatura que parió tantos años atrás; es lo primero que le preguntará cuando la vea de nuevo. También si pretende decirle la verdad a la joven... Imagina que no hará nada hasta que obtenga documentos que certifiquen sus sospechas. Aunque en el siglo XXI con una simple prueba de ADN sea suficiente, ¿con qué motivo se la plantearía a alguien que se ha criado en otra familia a la que quiere y que seguramente despreciará a una madre que la abandonó, cualquiera que sea el motivo por el que lo hizo?

Se alegra de haberse negado a ser padre. Le costó su matrimonio en su día, pero... fue la mejor decisión. Los padres o, mejor dicho, los buenos padres, que no todos lo son, intentan proteger a los hijos; y no siempre lo logran. Debe de ser muy complicado ser padre o madre, y más todavía ser un buen padre o una buena madre. No es lo mismo. Ni remotamente parecido. Los buenos progenitores prometen estar siempre ahí, pero luego... Recuerda la hermosa canción que David Bowie le dedicó a su hijo cuando nació. «Kooks». La busca en Spotify. Solo la melodía le pone de buen humor. La ternura de creer en un ser humano al que no se conoce y en el que se confía desde que nace, antes de que crezca y, tantas veces, se convierta en un desconocido, solo por ser producto del amor de un par de locos, una pareja de *kooks*, «colgados en un romance». La escucha como si fuera la primera vez. Y recuerda a Belinda, su exmujer. Y el amor que compartieron. Y cómo él prefirió perder ese amor y a ella, con tal de no aceptar la responsabilidad de ser padre... «No quiero traer hijos a este mundo de mierda», le repitió una y mil veces, con las heridas aún sangrantes tras tantas

guerras cubiertas y tantos niños drogados, torturados, violados, mutilados o muertos a los que no pudo ayudar...

Conduce, con la vista fija en el camino, mientras abandona la Comunidad de Madrid para entrar en la de Castilla-León y se pregunta qué espera encontrar en esa clínica, si es que tiene algo que ver con aquella en la que parió la jueza y donde le robaron a su hija. O donde su abuelo la regaló... Más penoso todavía. El siguiente paso de su investigación será indagar todo lo posible sobre el padre de Carlota. Es más, conviene que el Manos vaya recopilando información para su vuelta. Marca su número y enseguida obtiene respuesta.

—Jefe, me has leído el pensamiento. Estaba a punto de llamarte...

—Ahora me cuentas, Manos. Antes necesito que me consigas todo lo que puedas sobre el padre de la jueza Carlota Aguado...

—Eh... ¿de la jueza? —se sorprende el Manos—. ¿Y eso?

—Eso es exactamente una orden. Para adelantar en el caso que ella misma me ha encargado.

—Ya. ¿Sabemos algo de él?

—Pensé que era ingeniero, pero parece que es médico. No sé la especialidad. Supongo que ahora estará retirado, aunque ya se sabe que algunos profesionales de la medicina rentabilizan las horas en la tercera edad con las consultas privadas... Debe de andar por los setenta muy largos o tal vez los ochenta, así que... Pero, cualquiera sabe...

—¿Su nombre?

—Tampoco lo sé. Es decir, será el de su hija, ¿no? Anda, busca lo que puedas de ese señor y cuéntamelo todo. Puede que sea médico, o no. Me parece que algo así me dijo la jueza, pero..., estoy confundido. Vete a saber.

—Caramba, jefe, pensaba que Carlota y tú eráis casi novios...

—¿Y? ¿Acaso te crees que entre los novios no existen secretos? ¿De verdad piensas que lo sabes todo de tu mujer? ¿Lo sabe ella todo de ti?

—Ehhh, ehhh —vacila el Manos—. Bueno, jefe... Tal vez tengas razón. Pero ¿me contarás qué estás intentando descubrir de la jueza?

—Cuando sea el momento...

—Ok. No pregunto más. Lo que quiero es informarte. Caso del profesor universitario guarro...

—¿Tenemos algo nuevo?

—Verás, jefe. Yo creo que tienes que hablar con la chica... Ya te dije que no era la única víctima de ese cerdo y que es su padre el que quiere ponerle contra las cuerdas, pero... ella tiene miedo de más. No sé qué esconde, qué le impide contárselo todo a su padre y ya no digamos a mí... Claro que ya sabes que lo mío no es hablar con los implicados. A mí dame tecnología que investigar, seguimientos y hasta trampas de osos, pero eso de preguntar y entender bien lo que me responden...

—Descuida, Manos. A la vuelta hablaré con ella. Y con el padre. Con el profesor de las manos largas todavía no. Cuando tengamos algo sólido con lo que ir a hacerle una visita...

—Antes de que cuelgues, jefe...

—Dime, Manos.

—Estoy un poco extrañado con algo que ha encontrado Gabriel.

—Démosle una oportunidad a tu primo...

—Por eso, jefe. El chico, que rebusca cada día en la papelera del profesor, con la ayuda del bedel, encontró un papel arrugado con una URL y ha localizado en la *dark web* unos vídeos muy extraños de sus compañeras. Cinco, ni más ni menos... Medio desnudas y corriéndose...; todo grabado, en el mismo despacho del profesor... Con dos cojones...

Nadie ve, porque Roures está solo en el coche, la mueca de repugnancia del detective, que tarda unos segundos en contestar.

—Intenta acceder al ordenador de ese cerdo —responde al fin —. Pídele ayuda al padre bedel. Me da igual que sea ilegal y que no lo vayamos a poder utilizar oficialmente o incluso que nos puedan demandar... Quiero saber exactamente qué es lo que hace ese tipo.

Y necesitaré esas grabaciones de las que me hablas. Es más, creo que debería verlas Prieto. Nunca se sabe para qué puede utilizarlas. También le llamaré a mi vuelta... No me jodas que el tipo, encima de meterles mano a las niñas, las graba... Solo falta que le pase las grabaciones a alguien... O que abran el camino a otras cosas. Maldito hijo de la gran puta.

Cuelgan.

¿Jóvenes universitarias a las que un profesor convoca en su despacho para ayudarles a «controlar sus nervios» hablándoles de Dickens y del mesmerismo...? Está claro que si el tipo lo ha hecho con cinco lo habrá hecho con más. Lo importante es conocer bien su *modus operandi* para poder pillarlo in fraganti. Si él las graba con el teléfono y luego les enseña que las imágenes están en su poder, están perdidas... Aunque sea delito enviárselas a cualquiera, con que él se quite de en medio y diga que jamás grabó nada, listo. A menos que ellas denuncien, claro, pero... ¿cómo van a denunciar si las tiene atrapadas con esas imágenes? ¿Y cómo habrán llegado esas grabaciones a la *dark web*? No es lo mismo que sea un profesor de literatura abusador, que les quiera meter mano a sus alumnas con el pretexto de un cuento literario, a que encima pretenda chantajearlas y empujarlas a un universo tan peligroso como el de la *dark web* con grabaciones obscenas... Quiere verlas. Por mucho que le repugne. El asunto le está empezando a oler mal. Muy mal. Mucho peor que al principio. Profesores metemanos los ha habido siempre, entre religiosos y seglares; que con los informes de la Iglesia al descubierto parece que solo toqueteaban los religiosos, y qué va... Pero esto va mucho más allá de ese sobeteo de pensamiento, palabra, obra y omisión. Mira la carretera con fijeza, esperando encontrar en ella la respuesta, como tantas otras veces, pero acaba de salir del túnel de Guadarrama y lo que ve es un cambio de tiempo radical, como si la separación entre ambas provincias la delimitara el clima. Le recuerda a aquella escena de *Ocho apellidos vascos*, la peli supertaquillera de Emilio Martínez-Lázaro, que recrea la entrada del autobús en el que viaja Dani Rovira, andaluz, en busca de su amor,

Clara Lago, vasca, tras ese otro túnel que separa la luminosa provincia de Burgos de un Euskadi oscuro, lluvioso, azotado por rayos y centellas...

Atraviesa la provincia de Valladolid, distinta entre las de Castilla por la presencia de agua abundante, menos parda, con más verdor y un paisaje menos desnudo, aunque no pierda el alma de llanura, para entrar en ese León con voluntad de independencia, quizás por su corazón más cercano al de Asturias que al de la meseta. Y es allí donde decide parar a comer, en ese restaurante que un día le recomendó su buen amigo, el escritor Luis Artigue. Uno de esos establecimientos con solera, abierto en los años cincuenta y que mantiene las tradiciones. Cree recordar que está en la calle Ancha que desemboca en la catedral. Es peatonal y le vendrá bien estirar un poco las piernas. Deja el coche en el *parking* Ordoño II y, caminando, vuelve a contemplar la Casa Botines de Gaudí hasta llegar a la Bodega Regia, en una calleja amplia de la calle Ancha. Alguno pensaría que en ese restaurante de fachada de piedra y blasonada, especializado en comida leonesa, comer cuesta una fortuna, pero Roures sabe que un buen cocido leonés, un vino del Bierzo y un arroz con leche no le costarán más de veinte euros. «Cuando se sale de Madrid, todo es milagro», se dice. Empezando por los precios. Se sienta a almorzar y aprovecha el receso para *resetear* su cabeza. Bonito «palabro» que en poco tiempo recogerá la RAE... No deja de pensar en el caso de la universidad y tiene que centrarse en la clínica de Quintes. Desconoce qué se va a encontrar ni si le será posible acceder a sus antiguos archivos. Quién sabe. «Cuando se sale de Madrid, todo es milagro...», vuelve a decirse.

Mientras se deleita con los manjares locales, ve entrar en el local a un nutrido grupo de hombretones que huelen a poder. Son políticos. De mayor o menor rango. No hay que ser detective para adivinarlo. No es raro que paren por allí. Es un restaurante de calidad y está cerca de la Diputación. Les reciben como a todos los políticos, como si fueran alguien. Y ellos se lo creen. Se concentra en las carnes de su cocido leonés, el de los tres vuelcos, el único que se

toma al revés: primero las carnes, luego los garbanzos con verduras y por último la sopa de fideos con el sustancioso caldo. Dicen en la zona que «de sobrar, que sobre la sopa»; aunque a él le va a sobrar de todo, porque las raciones de la tierra siempre son especialmente generosas y no puede comer más de la cuenta y ponerse en carretera... Le molesta el ruido que hacen los políticos. En vez de ser discretos y comedidos, como deberían, se ríen a carcajada limpia, se cuentan chistes obscenos que fuera de su intimidad les costarían el puesto y eligen los platos más caros de la carta... Deben de ser de los de mando... O puede que ni siquiera.

Se olvida de ellos. Quiere disfrutar de su plato de arroz con leche, que le sabe a su infancia, a aquellos tiempos lejanos en los que su madre cocinaba. Apenas la recuerda ahora que ya no recuerda ella. Deliberadamente. Para que no le pese su Alzheimer más de lo que puede soportar. Lleva dos meses sin visitarla. La familia... Piensa en la de Carlota. ¿Por qué le contaría tantas mentiras aquella noche de sexo en la que apenas comenzaban su relación? ¿Por qué no le volvió a hablar más de los suyos? ¿Y él? ¿Acaso él le ha dicho algo a ella de esa madre suya que vive en la desmemoria y a la que tanto echa de menos? ¿O de su padre fallecido demasiado pronto? ¿O de su hermano, hombre de la banca y con chalé? Ninguno de los dos sabe nada de sus relaciones anteriores. Roures ni siquiera le ha hablado de esa reportera fotográfica a la que tanto amó y violaron en Sierra Leona frente a él, por su imprudencia y sin que pudiera impedirlo... Y él tampoco le ha preguntado nunca sobre sus parejas previas y solo conoce su relación sexual con esa mujer, casada con el presunto padre adoptivo de su hija, con la que la vio en todas las posturas... Hay relaciones en las que se cuenta casi todo, en otras no se cuenta casi nada. La suya es una de las últimas.

Termina de comer y remata con un café doble y bien cargado para evitar la modorra en carretera y abandona el local. Desanda el camino andado hasta llegar al *parking* para recoger su coche. Al entrar, mientras paga en el cajero automático, oye cierto alboroto

que parece provenir de un coche a dos plazas del suyo. Abre el capó de su viejo cacharro, saca el gato metálico y con él en la mano se dirige al lugar de donde proceden las voces, una de ellas femenina y casi infantil. Cuando llega, en el interior de un todoterreno, distingue a dos jóvenes, ella casi una niña con el pecho al descubierto y él, algo mayor, fotografiándola con su móvil.

—Te he dicho que no hagas eso —demanda ella, tratando de arrebatarle el teléfono.

—¿Por qué? —pregunta él, alejándolo para impedir que lo coja —. Si estás preciosa, y solo lo voy a ver yo...

—No quiero —insiste ella—, ¿es que no eres capaz de entender un no?

El detective, que se ha acercado con sigilo y ninguno de los dos ha reparado en su presencia, abre por sorpresa la puerta del vehículo que los jóvenes no se han ocupado de cerrar.

La chica, que no tendrá ni dieciséis años, se cierra la camisa al instante y el chico, que como mucho contará un par o tres años más, se enfrenta al detective, con el teléfono en la mano.

—¿Y tú qué quieres, abuelo? ¿Echar una miradita? —Se ríe mientras intenta cerrar la puerta del coche.

—Sal y dame el teléfono —le espeta Roures con un tono que no deja lugar a las dudas.

—Pero ¿estás loco? ¡A ver si te doy una hostia y te mando al hospital!

Roures mete medio cuerpo en el vehículo, agarra al chico por el gaznate y lo saca, con el teléfono en la mano, sin que el joven sea capaz de oponer la más mínima resistencia. Una vez fuera le amenaza con el gato.

—Igual la hostia te la doy yo a ti, chaval. Venga, dame el teléfono.

El joven, asustado, se lo ofrece, y Roures accede como puede, con una sola mano, a un buen número de fotos de los pechos de la chica, hechas en ese mismo momento, y las borra de una tacada, sin

dejar de sostener el gato en alto, por si el chico intenta alguna tontería.

—Vete ahora a las fotos eliminadas, si no quieres que te arranque la cabeza... —le ordena mirándolo con una fijeza intimidaria.

El joven obedece. Al acceder a esa carpeta, el detective encuentra las fotos que acaba de borrar y vuelve a hacerlo, para que no permanezcan varios días allí, ante la mirada impávida del chaval, que no se atreve a moverse, y de la chica que observa la escena con extrañeza. Le propina entonces una bofetada no muy fuerte al chico, que le mira con cara de terror, para que siga inmóvil, busca el álbum oculto y le coloca el teléfono frente a la cara para poder acceder al contenido. En cuanto se abre aparecen fotos de varias chicas todas medio desnudas o desnudas del todo.

—Vaya —dice Roures—, una colección de amiguitas sin ropa, ¿eh?

—¡Serás cerdo! —se le oye decir a la chica desde dentro del coche.

—Si alguien que no soy yo te ve jugando a este juego, puedes acabar en la cárcel —continúa Roures—. ¿Lo sabías? Si necesitas fotos de chicas desnudas para hacerte pajas, mírate la colección de pinturas eróticas que le hizo Tiziano a Felipe II, pero ni se te ocurra fotografiar a tus amigas y menos en contra de su voluntad. Prefiero no pensar que lo haces para enseñárselas a tus amigos, porque entonces... —Hace el gesto de golpearle con la herramienta que tiene en la mano.

—No, no —se apresura a decir él, aterrado—, no se las enseño a nadie, lo juro...

—Bien —prosigue Roures tras borrar las imágenes—, toma tu teléfono y procura comportarte. De momento, ni te muevas de donde estás.

—Sí, señor —contesta el chico, y repite—: lo juro.

—Y... yo que tú —se dirige ahora a la chica, Roures— me iría andando y no volvería a ver a este capullo nunca más. Esas fotos

«ingenuas» podrían haber acabado en cualquier parte por accidente o con intención. Y ya sabes lo que pasa con esas cosas.

La joven se baja del coche, murmurando entre dientes «asqueroso gorrino», y corre hacia la salida del aparcamiento, mientras el chico continúa inmóvil.

—Bájate los pantalones —le ordena el detective, de pronto.

—Pero, pero, pero... —titubea él, hasta que Roures vuelve a agitar el gato y temeroso de que le agreda, hace lo que le pide.

— Y ahora los calzoncillos.

—¿Los calzoncillos? —pregunta con cara de pánico.

—Eso he dicho.

El joven se baja los calzoncillos y el detective le saca una foto ridícula, con su propio teléfono, en la que se le ve con el miembro al aire.

—Ya puedes vestirte y largarte —le informa—. Pero no olvides que esta foto que te acabo de hacer y voy a conservar en mi teléfono, también podría acabar en cualquier parte. Sé cómo hacerlo sin que quede mi rastro. Te lo advierto.

—Sí, señor. Sí, señor... —repite el chaval una y otra vez tras alzarse a toda velocidad los calzoncillos y los pantalones mientras se mete en el coche y escapa de la escena derrapando. El detective se sube en su vehículo y pone rumbo a Asturias, sin dejar de pensar en las fotos o tal vez vídeos tomados en el despacho del profesor de literatura de la Facultad de Ciencias de la Información... Y en cómo acabarían en ese lugar de espantos variados que es la *dark web*.

# 12

*Pasado, 1977*

«Un asesino es cualquiera de nosotros un segundo antes de cometer un asesinato».

SIMENON

Seis años después del fallido intento de huida con su amante y de la muerte de su amiga Ángela, Magdalena continúa sin recuperarse de sus ausencias. Sus días son tan clónicos y su misión en la vida tan inexistente, que solo encuentra consuelo en la música, a la que dedica el tiempo que se siente incapaz de compartir con su marido y sus hijos. En los pocos momentos en los que se reúnen todos, los almuerzos, las cenas, algunos eventos escolares y escasas reuniones sociales, o cuando Enrique y ella coinciden en la habitación matrimonial —desde hace tiempo con camas separadas—, a la hora de dormir, Magdalena se siente como una espectadora que contempla la escena desde fuera y no se reconoce. Esa vida no es la suya, sino la que deciden otros. Y ella es solo un monigote que sostiene la farsa de una familia irreal, para que las apariencias no se muevan de su sitio. Sin embargo, aunque parezca que todos los días son iguales y que el tiempo se ha detenido en algún agujero negro, los chicos van creciendo y demuestran lo contrario. Hasta la

pequeña ya no lo es tanto. Mari Carmen ha cumplido ocho años y es una niña preciosa. A Magdalena le despierta una enorme ternura, pese a esos ojos azules, iguales a los de su padre, que la separan de ella como si fueran una barrera electrificada. Levantarse cada mañana le supone un enorme esfuerzo, casi sobrehumano, que no podría plantearse sin esa *Mother's little helper* de la pastilla amarilla. El Valium salvador. Sabe que se ha vuelto adicta a esas píldoras. Hasta su marido lo sabe. Pero a los dos les da igual. A ella, porque Enrique no le importa lo más mínimo, y a él, porque lo único que quiere de su mujer es que mantenga la normalidad de cara a la galería. Solo le exige orden. Y ella recurre a esas pastillas, porque ese orden la asfixia y no aguanta más esa vida de mentira, que solo soporta gracias a la perpetua nebulosa de los efectos de las benzodiacepinas.

Todas las mañanas busca a Nicolás en el periódico. Cualquier línea que le dediquen la hace sentirse cerca de él. Notarlo a su lado. Creer que su sombra la protege. Son pequeñas alegrías, que esos días han dado paso a la preocupación, tras leer en *ABC* que ha sido ingresado en la Policlínica Naval de Madrid, para ser operado de la cadera, después de una caída que se produjo tras un fallo cardíaco. Sabe que es muy mayor y que, aunque hayan informado en la prensa del éxito de la intervención, continúa en el hospital. Y está nerviosa. A la hora de comer, cuando su marido hace una pausa en el trabajo y regresa a casa para sentarse a la mesa con los niños, como los matrimonios felices, apenas cruzan unas pocas palabras. Al final del primer plato, Enrique levanta la mirada, clava esos ojos suyos tan hermosos como aterradores en los de Magdalena y le comenta con fingido desinterés la noticia que acaba de escuchar en la radio del coche.

—Ha muerto Nicolás Franco —suelta con tono neutro.

A Magdalena se le cae la cuchara sobre la sopa y el líquido le salpica la cara.

—¿Ha muerto? —se atreve a preguntar con la voz ligeramente temblorosa mientras se limpia las gotas de líquido, evitando mirar a

su marido e intentando disimular el dolor que nota ya en el corazón.

—Sí —dice él, tranquilo, tras engullir un poco de caldo—. Complicaciones renales. Insuficiencia y uremia agudas... —Hace una pausa y la mira. El rostro de ella está descompuesto—. ¿Y esa cara? Era de esperar. Era un viejo. Y, además, dejamos de ver a todos los Franco hace ya muchos años, nunca supe por qué... Así que no sé a qué viene tanto disgusto. Yo lo único que he pensado es que, como se rompieron las relaciones, muerto ya su hermano, no creo que ni siquiera haga falta que vayamos al funeral... Un rollo social que nos quitamos de en medio, y más en este momento tan raro, en el que no conviene demostrar cercanías de ningún tipo, por si acaso. —Magdalena continúa paralizada—. ¿Te pasa algo? ¿O todo es producto de esas pastillas que te vuelven del revés?

—Si me perdonas —dice Magdalena, levantándose—, creo que no me encuentro bien...

—Normal —replica él—, estás drogada y cada vez comes menos y estás más flaca. Parece que quieres morirte...

—Lo siento —insiste ella—, he de levantarme.

Magdalena corre al cuarto de baño. Vomita. Apenas ha comido nada en todo el día, un café, una galleta y dos cucharadas de sopa. Lo echa todo junto con la rabia, la pena, el dolor y la impotencia. Y llora. Con desesperación. Ahora ya está sola del todo. Más que nunca y para siempre. Y ni siquiera puede disfrutar de la soledad, regodearse en ella, porque se la roba quien le hace sentirse más sola con su compañía. Sale del cuarto de baño y se sienta sobre la cama; durante un momento recuerda la canción de los Beatles, «I Need You», que algún día cantó para él. «Te necesito», dice en voz alta notando que la tristeza le impide siquiera tararearla. Alarga la mano, abre el cajón de la mesilla y coge las pastillas... Las mira una y otra vez, se las pasa de una mano a otra, canta una y canta el primer verso de la canción «*You don't realize how much I need you*...», «No te das cuenta de cuánto te necesito». ¿Y si se las tomara todas de golpe? La caja está nueva, tiene treinta comprimidos. Se levanta con ella en la mano y se dirige de nuevo al

cuarto de baño. Agarra el vaso que hay en la encimera y lo llena de agua. Y comienza. *I need you*. Una. *I need you*. Dos. *I need you*. Tres. *I need you*. Cuatro... Llaman a la puerta. Intenta cerrar la del baño, pero no llega a tiempo. Entra su hija mayor, Mariana, y ve el vial de pastillas en su mano.

—¿Qué pasa, mamá? —dice la niña.

Magdalena saca cuantas puede a toda prisa, y se las mete en la boca.

—¡Mamá! ¿Qué haces? —grita aterrada Mariana al verla con la cara ida.

Enrique oye sus gritos y corre a la habitación.

—¿No te he dicho que no molestaras a mamá? —empieza. Luego se vuelve hacia su mujer—. Pero, maldita sea, Magdalena. ¿Qué mierda estás haciendo? ¿Es que no sabes más que dar problemas? ¿Cuántas pastillas te has tomado?

Magdalena engulle la última de la caja. Treinta. Pero no dice nada. Enrique no sabe cuántas ha ingerido, pero no puede arriesgarse.

—Nos vamos —le dice a su hija—. Al hospital. Rosa os llevará de vuelta al cole.

—Pero, pero... —se aturulla Mariana—. ¿Mamá se va a morir?

—No digas tonterías, hija. Y no hables de esto con nadie. ¿Me entiendes? ¡Con nadie! ¡¡¡Rosa!!! —grita—. Acompañe a los niños al colegio, que su madre se encuentra mal.

El médico abofetea a su esposa varias veces.

—No te quedes dormida, zorra. No te quedes dormida... Si crees que te vas a librar de todo lo que has hecho con unas pastillitas vas lista...

Enrique saca un abrigo del armario para no llevarse a su esposa en mangas de camisa. Busca un pañuelo en su propia cómoda y se lo pone en la cabeza, anudado al cuello y también le coloca unas gafas de sol, que encuentra en la de ella. La agarra fuerte por la cintura, pasa uno de sus brazos por encima de sus hombros y la conduce al coche, que por fortuna está en el aparcamiento de su

casa. No hay nadie en el portal ni en el garaje. Gracias a Dios. La tumba en los asientos de atrás, se mete él en el vehículo y pisa el acelerador. Al poco, llega a su hospital. Magdalena respira mal, tiene la tensión muy baja y el corazón le palpita a mucha velocidad. Enrique evita trámites y preguntas, gracias a la asistencia de su enfermera de confianza. Él mismo le quita el abrigo, el pañuelo y las gafas y los deja sobre la butaca de la habitación, mientras espera a que vengan a por ella. No tardan ni cinco minutos en llegar. Se la llevan y le hacen un lavado de estómago. Fuera de peligro, la conducen de nuevo al cuarto. Debe descansar. Magdalena se siente muy cansada. Ahora ya no le impiden dormirse, así que cierra los ojos y trata de conciliar el sueño. Se duerme. Y sueña con aquel día en el que estuvo a punto de escapar para construir una nueva vida... Aquel día en el que el hijo de Nicolás latía en su vientre y las ilusiones parecían posibles. Unas horas más tarde, ignora cuántas, abre por fin los ojos. Está sola en esa habitación de hospital. Le cuesta enfocar, tiene la mirada turbia, pero se esfuerza, porque reconoce sobre la butaca su abrigo, sus gafas... ¡y su pañuelo! ¡Su pañuelo! ¡El pañuelo que llevaba el día que la secuestraron y la obligaron a abortar! El mismo que le desapareció en aquella clínica siniestra donde le arrancaron al bebé que llevaba en el vientre. El pañuelo que le regaló su amado Nicolás... No lo confundiría con ningún otro. En ese momento entra en la habitación su marido.

—Bueno, parece que ya te hemos salvado de tu última irresponsabilidad, ¿no?

Ella lo mira con la mandíbula prieta y los ojos cargados de odio.

—Fuiste tú, ¿verdad? —pregunta Magdalena tras varios minutos de tenso silencio—. Tú me secuestraste y me practicaste el aborto.

Enrique ríe a carcajadas. Es una risa tan forzada que resulta infernal.

—¿Cómo dices? ¿Que yo qué? —pregunta fingiendo sorpresa—. ¿Me estás contando que te practicaste un aborto? ¿Cómo? ¿Cuándo?

Magdalena se incorpora y señala el pañuelo.

—Ese es el pañuelo que yo llevaba en la cabeza el día que intenté abandonarte. No lo tenía al llegar a casa, después de pasar por aquella clínica...

—¿De qué clínica hablas? ¡Tienes cientos de pañuelos! ¡Y todos te los he regalado yo!

—¡¡¡Ese nooo!!! —grita Magdalena, fuera de sí—. ¡Ese me lo regaló él! Maldito asesino. Mataste a mi hijo. Lo mataste... Pensé que su hermano, el Generalísimo... Creí que...

Enrique se sienta al fin sobre la cama de su esposa, a su lado, y se acerca a su oído.

—Sí, fui yo —le confiesa en un susurro—. Informé a quien tenía que informar y recibí la ayuda pertinente. ¿Creías que iba a quedarme como un paria ante la sociedad mientras tú disfrutabas de la felicidad con tu anciano, lejos de mí, y luego te quedabas con su hijo y su pasta? ¿Pensaste que yo era imbécil y que podías actuar a mis espaldas sin que me diera cuenta?

Cuando se separa de ella, Magdalena escruta sus ojos azules. Es tanta la frialdad de su mirada, la impasibilidad con la que habla, que se le congela el corazón. Acaba de darse cuenta de que ese hombre mesurado y perfecto, el gran médico alabado por todos con el que convive desde que era casi una niña, es el mismísimo demonio. Teme volver a preguntarle lo que no hace falta que le conteste para saber la respuesta.

—¿También te encargaste de ellos, Enrique? ¿Mataste a Ángela y a su amigo?

Enrique vuelve a reírse.

—¿Qué estás diciendo? ¿Matar yo a mi «adorada» prima Ángela y a un médico de mi hospital, para borrar el rastro de tu crimen? Las pastillas te provocan alucinaciones, mujercita mía... Eso no fueron más que... desgraciados accidentes.

—¡¡¡Mientes!!! —chilla ella mientras empieza a golpearle el pecho con sus puños con las escasas fuerzas que le quedan.

Él agarra sus muñecas hasta hacerle daño.

—Deja de gritar. Te lo advierto.

—Si no, ¿me matarás también? —pregunta ella con una sonrisa forzada y lágrimas en los ojos—. ¡No me importa morir! ¡Quería morir! Vivir a tu lado ya es estar muerta...

—Este juego es peligroso, Magdalena. Si no me obedeces, no te gustarán las consecuencias...

—¿Consecuencias? —Magdalena ríe ahora, aunque sus ojos continúan húmedos—. Me da igual lo que me hagas, maldito hijo de puta.

—Ya no te quedan amigos, pero ¿te daría igual lo que le pasara a tus hijos? Te juro, Magdalena, que si me lo pones difícil tu vida será una pura tragedia.

—¿Serías capaz de...? ¿A tus propios hijos...?

—No me pongas a prueba, Magdalena. Y vístete ya. Vas a dormir la mona en casa. Y a partir de ahora, te comportarás como debes...

Horas más tarde, Magdalena continúa somnolienta y rota. Le duelen los ojos de llorar. Pero más el corazón. Se siente responsable de la muerte de su bebé, de su amiga y del médico que la ayudó. Y no puede soportar más peso sobre su conciencia. Ahora sabe que fue su marido quien los mató; también que ella fue la causante de que lo hiciera. Desearía contarle al mundo quién es Enrique..., pero no puede poner en peligro a sus hijos. Hay mil preguntas sin respuesta en su cabeza. ¿Cómo pudo guardar su pañuelo en silencio durante tantos años? ¿Necesitaba que Nicolás muriera para poder confesarle el crimen? ¿Con quién lo pactó? ¿Tramó que lo descubriera de ese modo, tan sutil y maquiavélico, para hacerle pagar el doble por su engaño? ¿Tan previsible era ella que él ya sabía que el día en que Nicolás muriera, intentaría quitarse la vida? ¿Por qué esperó al día de su muerte para contárselo? ¿Ese pañuelo en su cómoda incrementaba cada día sus deseos de venganza? Seguro que sí. No era suficiente con haber matado a su bebé y a sus cómplices. Quería que ella descubriera que él lo había hecho. Que viera el pañuelo y lo

comprendiera todo, el mismo día de la muerte del hombre con quien le engañó. Era la mejor manera de multiplicar su sufrimiento. Un escalofrío recorre la espalda de Magdalena. Está aterrada. Antes pensaba que era un suplicio vivir con un hombre al que no amaba; ahora sabe que comparte la vida con un psicópata asesino, que busca que su vida sea una tortura. El mismo hombre frío y calculador, obsesionado por las apariencias, capaz de mantener en silencio el más perverso secreto, solo para proteger los pactos establecidos con los poderes del régimen, que aun ahora, dos años después de su desaparición, continúan teniendo sus tentáculos extendidos por todas partes, mientras la democracia intenta abrirse paso a codazos.

# 13

*Presente, 2018*

«Las gotas de lluvia son poesía / que canta en las Asturias del otoño / los versos de un verano moribundo».

JOSÉ RAMÓN MUÑIZ ÁLVAREZ

Roures hace el resto del viaje acompañado por la música de Bon Iver. Su disco de 2016, *22, A Million*, es un disco raro y controvertido. Como él mismo. Como el caso que le ocupa. Le gusta el LP, porque sigue ofreciendo esa serenidad y ese gusto por la lentitud, característicos del grupo. Ahora que todo corre a la velocidad del rayo, que un pop-folk de 2016 sea capaz de trasladar al que lo escucha a ese universo americano de hoguera crepitante y olor a musgo de las películas del pasado, a la lentitud de otros tiempos con mucha naturaleza y poca tecnología, es un milagro. Y más en el caso de este nuevo trabajo del grupo, pasado por el sedal de los sintetizadores. Escucharlo supone un ejercicio auditivo tan interesante como sorprendente. No le gustan todos los pasajes electrónicos, a veces excesivos. Y la saturación de sonidos puede llegar a perturbarle. Pero el disco es muy adecuado para su estado de ánimo. Cuenta con varias capas de sonido, y él siente sobre sí varias capas diferentes de sentimientos. Además, la música de Bon

Iver, incluso con sintetizadores, consigue que prevalezca la fuerza de la naturaleza. Y aunque Roures viaja por la autopista, está atravesando la reserva de la biosfera: valles de Omaña y Luna, el Parque Natural de Babia y Luna, el de Las Ubiñas-La Mesa... Un festival de naturaleza en vena que esa música potencia. Es imposible no reparar en el verdor de la zona y disfrutar de él. El detective lo hace aun sin prestarle mucha atención, mientras deja que su cabeza repase recuerdos, en tanto continúa conduciendo hasta Mieres y lo deja atrás, atraviesa Riaño y llega a Gijón, donde siente la tentación de detenerse, aunque el tiempo apremie y esté deseoso de regresar a Madrid con alguna repuesta para Carlota.

Gijón es una de sus ciudades míticas. La de tantos amigos. La de la Semana Negra. El director, Ángel de la Calle, un tipo tan enjuto y distante de primeras, como generoso, comprometido y cariñoso en cuanto saca la cabeza del caparazón. Le llamó hace un par de años. Quería que participara en una de las mesas de esa fiesta de los libros que tratan de replicar por toda España, con mayor o menor fortuna, pero sin igualarla jamás. No quiso. Comió unas sardinas sobrenaturales con Ángel en El Planeta, que si no es el mejor local de pescado de la ciudad, a él se lo parece, y es innegable que es uno de los de mayor solera. Hasta su ubicación tiene algo de mágico: Tránsito de las Ballenas, 4... Ballenas no sirven en el local, pero sí mejillones, almejas, *pixín*, ventrisca y todo lo que quepa en un festival de productos del mar, que siguen tratándose de la mejor manera, por tradición familiar.

—Se me ha ocurrido que sería curioso que un detective y encima excorresponsal de guerra presentara una de las novelas destacadas de este año —le propuso—. Te sorprendería verte reflejado en ella.

—Seguro, Ángel —respondió Roures, riendo—, pero sabes que yo soy más de trastiendas que de escaparates y que la luz de los focos no me viene bien para el cutis.

Rieron los dos, con sus respectivos Corto Maltés en la muñeca. Ambos son devotos del personaje. Los dos, abogados de pleitos

pobres. Le gustaría tener más tiempo para frecuentarlo. La vida corre y cada vez deja menos tiempo para los amigos, por queridos que sean. Echa un vistazo a su reloj, escapa del recuerdo y decide que es mejor continuar. Aunque quién sabe si se equivoca. Las pistas aparecen de pronto en los lugares más insospechados. En la Semana Negra andan metidos un poli que se lo sabe todo de música, de cómics y de literatura; un juez que escribe; una oficial de justicia... Mucha buena gente capaz de ayudarle a resolver un misterio, destripando archivos, si es preciso. Dependiendo de lo que encuentre en Quintes, hará una parada a la vuelta y les pedirá que agiten sus varitas mágicas. A veces en una conversación amigable se descubren más cosas que en ficheros y registros.

Cuando llega a Quintes se sorprende. ¿Qué esperaba? ¿Un pueblo lúgubre y un caserón de los que provocan escalofríos en una colina amenazante e incluso un rayo que lo señalara como clínica de los horrores? Es una bonita localidad costera con canteras de piedra arenisca, acantilados desmayados sobre el Cantábrico y una playa en la desembocadura del río España, con el mismo nombre, a la que se accede por un camino de piedras. Una tierra de prados y manzanos con hórreos, caseríos, fincas y huertas, en la llamada Comarca de la Sidra, con su iglesia, sus restaurantes de fabadas y productos de la tierra... Un lugar que no parece esconder nada siniestro. Pero las apariencias engañan. Y él lo sabe bien desde hace mucho. Precisamente frente a la iglesia hay un pequeño edificio antiguo que parece albergar una inocente clínica de estética. ¿Será ese lugar la clínica de los horrores que anda buscando? Aparca y sale del coche con cierta dificultad, procurando desentumecer sus músculos después del viaje. Se dirige al establecimiento, abre la puerta y accede a una sala con un mostrador.

—Buenas tardes, caballero... ¿tenía cita?

—No —responde él.

—Bueno, no es inconveniente. ¿Por quién viene? ¿Sabe qué tratamiento se quiere hacer o es una consulta general?

—Señorita —dice el detective, dedicándole media sonrisa—. Yo ya no tengo arreglo...

—¿Cómo dice? —se extraña ella.

—Que no vengo a hacerme ningún tratamiento, que soy tan antiguo que pensaba que lo de la estética era cosa de mujeres, aunque por cómo me ha recibido ya me he dado cuenta de que ahora debe de haberse normalizado la clientela masculina en estas cosas.

—No lo sabe usted bien... Y no sabe cuántos hombres incluso de su edad... Uy, perdone, que no sé cuántos años tiene. Pero como mi padre, por lo menos, diría yo... Uy, perdone otra vez... qué cosas digo.

—No se preocupe, señorita. Seguro que su padre es un señor de buena planta teniendo una hija como usted... —La chica sonríe arrebolada. Él prosigue—: Solo quiero información. Soy detective privado.

—¿En serio? —pregunta ella, abriendo mucho los ojos y dejando sus largas pestañas pegadas a los párpados como si fueran las patas de una araña—. ¡Me encantan estas cosas! Aquí nunca pasa nada interesante, ¿sabe usted...? Somos cuatro gatos, nos conocemos todos y solo cambia un poquito el panorama en vacaciones... No se puede ocultar ni el bótox, ja, ja, ja... —Hace una pausa—. Uy perdón otra vez. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Necesito saber si cuando usted era pequeña este local de varios pisos donde se encuentra su estupenda clínica de medicina estética tuvo algún otro cometido. ¿Pudo haber aquí una maternidad?

—¿Aquí? ¡Qué va! ¡Para nada! Ni antes ni ahora. Las mujeres de aquí siguen pariendo en Gijón... Lo que sí hay —dice, bajando el tono— es una historia de una especie de clínica que había en Cabranes... Pero creo que allí más que a parir iban a abortar las chicas de las familias de dineros y alta alcurnia, ¿sabe usted?

Cuando no se podía en los centros concertados con el SESPA, el Servicio de Salud del Principado de Asturias. Ahora... ya se puede abortar en cualquier parte...

—¿En Cabranes, dice?

—En Cabranes, sí. Bueno, en La Cotariella, exactamente. Si va por la autopista no tarda más de cuarenta minutos...

—¿Y sigue existiendo?

—Ni siquiera sé si es cierto... Esos son cuentos de las viejas. De los años ochenta y noventa, figúrese. El siglo pasado, ya sabe... Matusalenes... Uy, perdone otra vez, que usted... Sí que es verdad que alguna vez he oído que la clínica estaba donde ahora hay un hotel. Pero yo no he estado nunca, ¿eh? Bueno, que espero que le sirva en su investigación. ¿Es de asesinatos? Yo no recuerdo haber oído nunca jamás que alguien haya matado a nadie por aquí...

—No, descuide. Los detectives de ahora solemos investigar casi siempre cosas de cuernos, ya sabe, señorita...

—... Violeta —responde ella con una sonrisa pícara—, como mi madre y como mi abuela. Tres flores, ya ve. Tradicionales, pero originales...

—Enhorabuena. Precioso nombre —dice el detective, abriendo la puerta para salir.

—¿Y usted? ¿Cómo se llama?

—Tony, Tony Roures.

—Pero ¿cómo puede llamarse así, si no tiene acento catalán?

—Ya ve. Y usted es asturiana y no se llama Covadonga. ¡Misterios de la humanidad!

Roures sale, sube al coche y consulta el mapa a Cabranes en su móvil. Media hora más en coche, si se le da bien...

El camino vuelve a ser verde y tan agradable que casi no le cuesta seguir en carretera; según se va acercando al pueblo, los prados y los bosques parecen conformar un paraíso de tranquilidad en el que no puede faltar la cuidada iglesia románica. Roures entra en la

localidad y ve un museo y algunas palmeras propias de los indianos que se fueron a América a buscar fortuna y regresaron tiempo después a sus casas presumiendo de lo logrado; otros no tuvieron la misma suerte. Es un lugar armónico y sereno... Se detiene junto a la que descubre que es la plaza del Emigrante y busca La Cotariella. Ha entendido mal a la chica. Siendo sitios tan pequeños, pensaba que La Cotariella estaría dentro del propio Cabranes, pero ahora ve que no. Trata de encontrar el establecimiento que le han mencionado en Google. Supone que no habrá muchos hoteles por allí. Y... sorpresa: es un hotel con restaurante japonés que se llama Amada Carlota. «¿Crees en las señales, viejo?», se pregunta a sí mismo, mientras pone rumbo al hospedaje, a pocos kilómetros, según parece, dentro de esa misma Comarca de la Sidra.

Para llegar a Amada Carlota hay que ascender desde Cabranes hasta ese pueblecito diminuto que es La Cotariella. El edificio se encuentra en medio de las montañas. Es una construcción con pretensiones de modernidad, aunque respetando, afortunadamente, el enclave excepcional en el que está situado. Y con un restaurante japonés, que seguro que le fascinaría a la jueza que le ha cedido su nombre sin saberlo. Apenas hace unas cuantas preguntas al dueño, que lo recibe en la recepción con enorme amabilidad y le describe las maravillas del negocio (la vista sobre los Picos de Europa, la nutrida biblioteca o el menú excepcional de su restaurante), porque a menos que tirasen la edificación anterior por completo y sobre ella construyeran lo que está viendo ahora, ese espacio no pudo albergar una clínica. En la conversación y al preguntar por edificios que ahora son hoteles de la zona, pero que antes tuvieron una vida previa, aparece la Casa del Indiano.

—Nuestro hotel es muy pequeño, como ve. La Casa del Indiano es otra cosa y está muy cerquita... Cada uno contamos con nuestros encantos. Nosotros ofrecemos un *spa*, grandes ventanales para deleitarse con este paisaje único..., un montón de actividades interesantes y comida japonesa; pero es verdad que la Casa del Indiano tiene historia. Y eso no es poco, y menos en Asturias, ya

sabe usted: la tierra donde Pelayo inició la Reconquista en la batalla de Covadonga.

—¿Y dónde se encuentra esa Casa del Indiano?

—Aquí al lado, a unos diez minutos por la autopista... Dirección Anayo, no tiene pérdida. Si se quedara aquí, hasta podría ir andando...

—Volveré, se lo aseguro. Al hotel y al restaurante. Para disfrutar de las maravillas que ofrece, empezando por la comida nipona. Y para que me cuente la historia del nombre. Siento curiosidad...

—¿No conoce a la amada Carlota de *Werther*?

—La obra de Goethe, ¡claro...! La perfecta Charlotte que no puede corresponder al amor prohibido...

No tiene tiempo para más. Está cansado, y si es necesario que se ponga de nuevo al volante ha de ser cuanto antes. De vuelta en su coche, el viaje le empieza a pesar. Sabe que tendrá que quedarse a dormir en la Casa del Indiano. Quizá sea la manera de encontrar la información que busca, si es que tiene algo que ver con ese sitio...

Tarda muy poco en llegar. La Casa del Indiano está en el corazón del concejo de Piloña mirando a las sierras del Sueve, Ponga y al Parque Nacional de los Picos de Europa. Casi nada. Por fuera tiene un color rojizo que le recuerda al de las edificaciones de Jaipur, en el Rajastán, y contrasta con el verde asturiano de fábrica, que tanto impacta a los madrileños. El lugar es encantador. Suerte estar fuera de temporada; seguro que en caso contrario no encontraría sitio. Al entrar le parece imposible que esa casa impecable y tan bien decorada oculte un historial delictivo en su pasado; pero, por estructura, podría ser. Es bien consciente de lo que engañan las apariencias: una preciosa fachada puede esconder el mismísimo infierno.

—Buenas tardes, ya casi noches. No tenemos reserva suya, ¿verdad?

—Me temo que no —responde Roures—. ¿Es un inconveniente?

—No, no, no se preocupe. Tengo libre una habitación doble, con dos camas individuales... Hasta el fin de semana, eso sí.

—Solo me quedaré una noche.

—Perfecto, entonces. ¿Cómo nos ha encontrado? ¿Alguna recomendación?

—Bueno, en realidad, vengo aquí en busca de recuerdos... ¿Lleva usted mucho tiempo al frente del negocio?

—Desde finales de los noventa. Parece mentira que hayamos logrado sobrevivir veinte años en la hostelería... No es fácil, ¿sabe?

—Puedo imaginarlo. Pero los alicientes sobran. El enclave es tan privilegiado como se reseña en las guías y el hecho de que sea una casa con historia, con un propietario que se hizo las Américas..., todo eso dota de color. ¿Sabe qué fue de esta casa en los años setenta, ochenta y noventa?

—Pues... lo que sé es que la casa perteneció a un asturiano que emigró a Cuba, como decía usted, a mediados del siglo xix, para procurar que la vida de su familia, de doce hermanos, pudiera mejorar. Después de mucho trabajo y esfuerzo en La Habana hizo fortuna, y, al volver, su ilusión era, como la de tantos inmigrantes, construirse una casa gemela a la que había logrado poseer en la isla... Desde aquellos tiempos hasta los de hoy, ocurrieron muchas desgracias... Durante la Guerra Civil, esta casa se convirtió en hospital para los combatientes republicanos. Y creo, aunque no podría asegurárselo, que después se mantuvo tal vez como una clínica privada durante la dictadura e incluso puede que durante las primeras décadas de democracia... A finales de los noventa, cuando llegamos nosotros a ver la propiedad, ya no quedaba nada de nada porque el interior de la casa estaba totalmente destruido y el exterior del edificio, muy deteriorado también. Creo que hubo un lío de herencias y no había manera de conseguir un acuerdo para venderla. Nosotros la compramos en una subasta y tuvimos que rehabilitarla por completo.

—¿Encontraron vestigios de ese posible pasado de clínica? ¿Expedientes, archivos...?

—Pues verá, encontramos varios armarios con archivos. Hechos un asco, la verdad. Yo quise tirarlo todo, pero mi mujer lleva años

tratando de escribir una novela y ve material en todas partes, ¿sabe? El caso es que esos armatostes aún están en un trastero que alquilamos en Gijón cuando llegamos aquí y que cada vez está más lleno; y ella, que lee a todas horas, todavía no ha comenzado a escribir ni media línea...

—¿Llegó a revisar los archivos?

—Algo miró. Pero no sabría decirle qué encontró... Eso sí: está empeñada en que los conservemos porque llegará el momento en el que los necesite. ¿Usted lo entiende? Yo tampoco. Cosas de mujeres que es mejor aceptar sin discutir...

Roures asiente con complicidad. Lo que le está contando resulta esperanzador. Al menos desde el punto de vista del que pesquisa y necesita respuestas... No del que guarda parte de su historia en esos archivos. Y tampoco del que tiene que pagar un trastero para conservarlos... Lo que está claro es que el lugar y los datos concuerdan. Y ya son demasiadas las coincidencias. No cree que vaya a fallarle su olfato.

—¿Cree que podría hablar con su mujer mañana? Soy investigador privado. Seguro que a una novelista en ciernes le divierte conocer a uno.

Al hombre la sorpresa le abre la mirada. Se ve que le hace gracia la profesión de hurgador de cubos de basura. Esboza una amplia sonrisa.

—Ya ve... ¡Si me divierte incluso a mí! —le contesta con simpatía—. ¿Quiere que la llamemos ahora mismo?

—Le agradecería que esperásemos a mañana —responde el detective—. Estoy muy cansado. Si me da la llave de la habitación, subo a darme una ducha, bajo a cenar y me voy a dormir temprano, que llevo muchos kilómetros en el cuerpo.

—Claro, claro... Faltaría más. Usted disfrute de la Casa del Indiano, que ya verá que es gloria bendita... Y deje la charla con mi mujer para mañana, que, si no, me temo que no se iría a dormir hasta las tantas... ¡No sabe la alegría que me da pensar que a lo mejor todos esos archivadores guardados en mi sótano pueden

tener alguna utilidad! Y mucho más imaginar que, con un poco de suerte, si obtenemos la información pertinente, pronto podremos deshacernos de ellos... Es que ya no sé dónde meter los muebles que vamos cambiando aquí y que no quiero tirar y tengo que hacerles hueco...

Roures sonríe.

—A ver si le ayudo, hombre, nada me gustaría más. Hasta mañana.

Tras la ducha, la cena y todos los trámites precisos, incluido el de salir al frío de la noche a fumarse un cigarrillo que le provoque la tos inevitable de viejo fumador y le mate un poco, regresa a su cuarto y se dispone a dormir como un bebé. Sin embargo, durante la noche, los sueños de jóvenes pariendo y monjas robándoles a sus criaturas se entremezclan con las imágenes de los niños robados en El Salvador en esa guerra de más de una década. ¿Está dormido o despierto? Ni siquiera recuerda bien el año en que le tocó cubrir aquella contienda también con niños secuestrados y convertidos en soldados, como tantas, pero en la que alrededor de treinta mil infantes, como decían ellos, se enviaron al extranjero para su adopción, casi siempre sin el consentimiento de sus padres. Durante el conflicto se desconocía el horror paralelo de los niños y niñas desaparecidos; solo cuando acabó la guerra, en 1992, se destapó el pastel. Recuerda haber ido a recabar denuncias, testimonios e información documental de tantas personas que vieron sus derechos vulnerados... Muchos, aún temerosos de las represalias, guardaban silencio y no se atrevían a confesar los horrores vividos, como si ellos, las víctimas, hubieran sido los culpables de las desgracias de los suyos; como si alguien pudiera castigarles por su dolor.

Al final, se supo que, durante los años más intensos de la guerra, la desaparición forzada de niños llegó a ser una práctica sistemática, un arma más para reprimir a la sociedad. Miles de padres dedicaron sus vidas completas a recuperarlos. Pocos lo

consiguieron. Es asombrosamente fácil apropiarse de un niño en medio de cualquier estado de confusión. Muchas familias del propio país, sencillamente tiraron de contactos para asentar partidas de nacimiento en las alcaldías donde residían, sin que les hicieran preguntas... Algunos militares se quedaron con niños, sobre todo cuando eran bonitos y «chelitos», rubios... Un buen botín. ¿Cómo acabaron tantos en el extranjero? Siempre hay alguna «alma buena», dispuesta a acoger a un niño..., si le reporta algún beneficio. También había bondad real. Ahí estaban las Damas Voluntarias de la Cruz Roja Salvadoreña tratando de localizar a padres biológicos, de defender a los niños trasladados de un lugar a otro..., mientras familias nacionales y extranjeras aprovechaban la coyuntura para obtener por fin, al niño que deseaban sin preguntarse si tenía familia o no. Casi todas, por supuesto, pagando por esos «niños de la guerra», sobre todo en las adopciones internacionales, que fue donde se instituyó el negocio. Era tan lucrativo, que los abogados buscaban pequeños «adoptables» debajo de las piedras. Una red de engaños en la que presuntos buenos se convirtieron en malos, con tal de engrosar sus bolsillos... Se han robado niños en todas partes. En las guerras y en la paz. Es posible que continúe haciéndose en muchos países. Podría haber un programa de televisión que se titulara *Niños robados por el mundo*. Pero ¿en España? ¿En democracia y a jóvenes que pertenecían a familias pudientes, una década después de la muerte del dictador? Hay algo clamorosamente turbio en esa realidad que se constata en el caso de Carlota. Y le inquieta especialmente.

# 14

*Pasado, 1980*

«Y aún creen que el dolor más grande es morir».

JOHN KEATS

Magdalena dejó de existir para el mundo el mismo día en el que cruzó el umbral de la casa familiar para abandonarla. Desde entonces, su marido y su suegra la ignoran y sus hijos apenas cumplen con el rito de visitarla alguna vez. El resto de las personas que formaron parte de su vida durante los años de su matrimonio han desaparecido sigilosamente, como la espuma de las olas cuando toca la arena. Y lo peor es que tres años después, ella tampoco ha encontrado satisfacción fuera de ese hogar que siempre fue una prisión. Ahora está libre, pero continúa presa de sus recuerdos, inclementes carceleros.

Tras la muerte de su amante y la certeza de la implicación de su marido en el aborto de su bebé adulterino y en el asesinato de sus amigos, la separación se hizo inevitable. Magdalena no se atrevió a denunciarlo, pero se negó a estar a su lado en ninguna circunstancia. Ya no dormían en la misma habitación ni comían juntos ni salían a ninguna parte. Y ella, que pasaba los días encerrada en su cuarto, mitigando sus penas con el Valium, cuando

pisaba la calle mostraba un aspecto tan descuidado y una amargura tan visible, que avergonzaba al doctor García-Aranda, quien, pese a todo, pretendía seguir abrillantando las apariencias. Cuando se percató de que el estado de su mujer corría de boca en boca, prefirió el escándalo puntual de la separación a seguir alimentando las murmuraciones. Calibró, además, que él saldría indemne en esos años finales de los setenta, donde muchas cosas estaban cambiando, pero no tanto como para culpar a los hombres de una ruptura matrimonial. Las mujeres continuaban siendo las encargadas de mantener a las familias unidas a cualquier precio, y, si algo fallaba, la responsabilidad era suya. Más todavía si eran ellas las que dejaban el domicilio conyugal y a los hijos a cargo del marido... Así que solo tenía que mostrarse como la víctima de una mujer malvada y esperar a que la señalaran.

Enrique nunca amó a Magdalena. Solo se encaprichó de una niña que limpiaba su casa de Gijón y decidió casarse con ella porque pensó que siendo tan joven y de una familia tan humilde se plegaría a todos sus deseos. Al principio soñaba con despertar su devoción de chiquilla y con que cayera rendida ante el príncipe que la invitaba a bailar en palacio; pero como ni siquiera se esmeró en conquistarla y simplemente la colocó en su día a día, para formar esa familia imprescindible en su carrera profesional, eso nunca sucedió. Pasado el tiempo, los dos sabían que no se amarían juntos; pero eso era lo de menos. Lo único imprescindible era que ambos cumplieran con el papel que a cada uno le tocaba en un matrimonio convencional de su clase.

Ella aceptó las normas impuestas, hasta que, al alumbrar a su tercera hija, se sintió vencida por la desgana. El médico consintió entonces en que aprendiera a tocar la guitarra, como tantas veces le había rogado ella, y siguió paseándola por los primeros clubes musicales, a cambio de que cumpliera sus reglas, sin rechistar. Con ese antojo satisfecho, una vida acomodada y un marido respetado, no imaginaba que una chica de extracción tan modesta como ella pudiera pedirle más a la vida. Ni siquiera barruntó que aquella

mosquita muerta, rescatada de provincias, osara traicionarle. Por eso, al enterarse de su adulterio con el hermano del mismísimo Francisco Franco, y encima coronado con un embarazo, se sintió tan humillado, que se prometió a sí mismo que se lo haría pagar. Empezó quitando de en medio a cuantos la habían ayudado y borrando cualquier rastro de su engaño. Y luego esperó el día perfecto, agazapado como una pantera, disfrutando de su desesperación creciente y su declive, para descubrirle su venganza. Le supuso un sádico placer revelarle que él estaba detrás de todo. Su incredulidad. Su sufrimiento.

Solo cuando comprobó que nunca se recuperaría, la instó a que se marchara. Antes deslizó entre sus amigos y colegas que era una mujer con serios problemas de salud mental y en tratamiento, y que debía alejarla de sus hijos para protegerlos. Fue tan convincente que no solo logró que le creyeran, sino que despertó su compasión. El intento de suicidio de Magdalena, su adicción al Valium y esa tristeza permanente que llevaba años exhibiendo, contribuyeron a apuntalar el relato del padre responsable y esforzado, al que todos se ofrecieron a apoyar, al tiempo que borraban a su desquiciada mujer de sus agendas. Enrique firmó un trato ante notario para garantizarle un lugar donde vivir y una discreta pensión alimenticia, para evitar cualquier ruido social, y expulsó a Magdalena del club de las familias perfectas. Le prohibió que apareciera por su casa, por los colegios de sus hijos y hasta que se dejara ver por el barrio donde había vivido desde su llegada a Madrid, y convenció a los chicos de que su madre estaba muy enferma y de que, al menos durante un tiempo, era mejor que no la vieran. No la mató, pero la aisló por completo, esperando que la soledad la consumiera.

Magdalena pasó muchos meses sola y sin hablar con nadie, hasta que la casualidad quiso que se topara con Alberto, el responsable de contratación artística del Whisky Jazz, con quien los gustos musicales compartidos propiciaron que sintonizaran al instante, en

aquellos días del pasado, en los que frecuentaba el club con su esposo. El hombre, que no se sorprendió lo más mínimo de su separación de ese médico tan estirado y formal, y tampoco había olvidado que ella tocaba la guitarra y cantaba, le propuso que hiciera una prueba para actuar en el local. Magdalena aceptó y, poco después, empezó a cantar allí, dos veces por semana.

Desde entonces, ese trabajo que le obliga a relacionarse y a dejar fuera del escenario su amargura es uno de sus máximos alicientes. El otro es la droga. Y ya no solo los Valiums; ahora cada mañana se vacía una caja de Marlboro y la rellena con veinte canutos de hachís, que le ayudan a soportar los malditos recuerdos de cada día.

Su amigo le ha advertido que tenga cuidado, después de verla inhalando un chino de heroína con otro de los artistas, entre bastidores; pero ella, que es consciente de su delgadez y de su deterioro físico, no le hace caso, porque cuando está lúcida esos recuerdos cobran demasiada nitidez y vuelve a sentirse una miserable. ¿Cómo puede enfrentarse al espejo después de no haberse atrevido a denunciar a un asesino sin escrúpulos? Es cierto que carece de pruebas y que ese pañuelo que desapareció y reapareció como el conejo de un prestidigitador no significa nada para nadie que no sea ella; pero él le confesó sus crímenes y ella debería haber trasladado su confesión al juzgado. No lo hizo. Y tampoco lo hará. Y no solo porque esté convencida de que nadie la creería. Sino porque no quiere desvelar su propio secreto y perjudicar el nombre de Nicolás. Desconoce si él fue informado de que le provocarían un aborto. Prefiere creer que le engañaron y le contaron que había perdido a su hijo de manera espontánea, que nunca supo que Ángela y el médico fueron asesinados.

No, no hará público nada de todo eso. Por ella y por sus hijos. ¿O es solo por ella y por temor? Algún día reunirá el valor suficiente para revelarles a ellos quién es su padre. Aunque ¿la creerán? ¿A su madre drogadicta? ¿A la misma a la que vieron consumir Valium a

destajo desde niños, que de mayor se fuma una cajetilla entera de porros al día y que acaba de empezar a coquetear con la heroína?

Mariana seguro que no. Siempre fue la más apegada a Enrique. Lo venera tanto que incluso ahora, en plena adolescencia, no se separa de su lado. Es como si careciera de curiosidad por todo lo ajeno al colegio, su casa y su padre, su único universo. Las poquísimas veces que, después de un primer año sin contacto, ha acudido a visitarla, su discurso era tan idéntico al de su padre que le parecía estar escuchándolo a él. Su comportamiento es impropio de una chica de su edad. La misma de Magdalena cuando la obligaron a casarse con Enrique... ¿La obligaron? ¿O simplemente le señalaron que eso era lo que tocaba, y ella no osó cuestionarlo?

Le inquieta descubrir qué hace Enrique para retener a Mariana a su lado; cómo consigue que sea su hija perfecta. Además hay algo en el comportamiento de la niña, que le hace adivinar que no es feliz. Tal vez sean las rígidas normas impuestas por él, capaz de anular a quien tiene al lado y de impedir que se integre en el mundo si no le conviene para sus planes, lo sabe por experiencia. O puede que haya algo más. Lástima que ella no pueda ayudarla. ¿Acaso tiene herramientas para relacionarse con una adolescente manipulada por su padre, si nunca ha ejercido como madre? ¿Y acaso ella, desequilibrada y drogadicta, tiene criterio suficiente para determinar lo que su hija necesita? Y Enrique la quiere. No como a su hijo, tan parecido a ella en el aspecto y en su pasión por la música como para que su marido lo deteste. El médico ni soporta ni comprende que el único varón de su familia no siga su estela. Y el chico, que nota esa falta de afecto, busca refugio en su madre, aunque ella sea tan poco madre y le pueda proporcionar tan poco refugio.

En cuanto a Mari Carmen, acompaña a su hermano, al que adora, como un perrillo faldero, con sus grandes ojos azules desbordando ese rostro perfecto y una belleza de sobra, que anticipa la mujer sensacional que será; y hasta es capaz de revolverse contra su padre para defenderlo. Al padre le sorprende el

carácter de su hija menor, pero todavía es demasiado pequeña como para que le preste atención. Y a ella, que se siente fuera del foco de su padre, le divierte transgredir sus normas no escritas o incluso las que le señala explícitamente, si lo hace de la mano de su hermano. Como la de visitar a su madre. Por eso, algunos días, a la salida de su colegio de monjas, casi siempre con el chico, pero a veces también sola, se acerca hasta el tan lujoso como desordenado y mugriento apartamento de Magdalena, en el edificio Arichuna, de Apolonio Morales, a quince o veinte minutos a pie de su casa. Un «complejo exclusivo», reza la publicidad. Cualquiera lo diría, al ver el pisito minúsculo de Magdalena que alquiló Enrique, de ese tamaño ridículo, para pagar menos. Tampoco la pensión que recibe del médico es gran cosa, pero al menos sobrevive con ella, no la ha dejado en la calle. Le dejó muy claro que podría hacerlo... Aunque está segura de que el médico solo cumple con esa premisa porque no podría justificar ante sus amistades y su profesión que su esposa se muriera de hambre.

A ella le da igual. No necesita más. O algo sí: ahora que acaba de aprobarse la ley, quiere divorciarse. Dejar de llevar su apellido, por fin, y ser libre por completo. No le aportará nada, pero matará el símbolo. En eso piensa esa mañana, cuando se levanta con una resaca monumental, al recordar su conversación nocturna del día anterior, en el club, con un abogado. «Si quieres divorciarte, ya sabes dónde estoy», le dijo al entregarle su tarjeta, tras una entretenida charla. Y ahora, que una vez más vuelve a repasar su vida, está segura de que quiere hacerlo algún día; será su único acto de verdadera dignidad. Eso si sobrevive, porque cada vez que consume esas cantidades de drogas que le anestesian la memoria como desea, también nota que la matan poco a poco. Y más desde aquel primer chino en el Whisky, que le pasó un colega y le enseñó cómo debía preparase. «Tú cortas un papel de aluminio, plantas el jaco, lo quemas con el mechero por debajo, inhalas con un rulo por la boca... ¡Y verás qué flipe, Magdalena! Me lo vas a agradecer, tía, ya te lo digo...».

Ahora le pasa las papelas de caballo un «buen vecino» de ese edificio caro y repleto de desechos de la sociedad que su marido eligió para ella. Casi todo mujeres solas y tristes..., algunas de ellas queridas fijas de personalidades celebradas y algún soltero con pedigrí de conquistador. En uno de los apartamentos vive una chica fea y bizca, jovencísima, que dicen que es la amiga del director de no sabe qué periódico; en otro, un francés de más de cincuenta, elegante y recién separado, al que hace nada día vinieron a visitar dos colegialas sin uniforme... El edificio es tan de lujo como la zona. Tan exclusivo como el de enfrente. Solo que mientras allí, en Arichuna, hay apartamentos diminutos y mucha golfería, en el de enfrente, en Tiuna, hay pisos grandes y locales para que los puedan utilizar los hijos; de hecho, se sabe que algunos adolescentes de apellido sonoro andan formando un grupo de pop. Ana Torroja y José María Cano ha oído que se llaman. Dicen que el grupo se va a llamar Mecano y que tiene toda la pinta de que va a triunfar. Lo que ha podido oír desde su casa no le gusta demasiado, pero... ella es de otra generación, de otra edad, de otro mundo... Necesita ampararse en sus músicas salvadoras. En los Beatles, los Stones, Carole King o James Taylor. De ellos saca su repertorio para las noches del Whisky Jazz. Su voz es tan personal que cautiva a sus admiradores; aunque no sabe por cuánto tiempo, porque cada vez llega en peores condiciones al escenario, y hasta el propio Alberto, que la aprecia de veras, se lo empieza a recriminar.

—Tienes que cuidarte, Magdalena. Por el trabajo y por ti misma. No puedes estar sin comer y llenándote el cuerpo de mierda...

Pero ella no le escucha. Y sigue metida en esa rueda de la que ni quiere ni puede escapar.

En las últimas semanas no ha recibido la visita de ninguno de sus hijos. Y casi lo prefiere. Sabe que no es buena influencia para ninguno. Y menos para Enrique, que ha empezado a fumar porros como ella con solo dieciséis años... ¿Qué puede hacer? ¿Ponerse a jugar a ser una madrecita ejemplar, cuando es incapaz de prescindir de la droga y mirar a la cara a la maldita realidad sin difuminarla?

Ella nunca le ha ofrecido droga a su hijo y tampoco tiene la culpa de que ahora todos los chavales fumen porros. O eso se dice para disculparse a sí misma. Mejor que no vaya a verla. Así se ahorra los sermones. Bastante le cuesta levantarse cada día como para ocuparse de él. Que haga lo que quiera. Ella no está en condiciones de pensar más que en su propia mierda. «Lo mejor de este infierno es que ya no puede haber llamas de mayor intensidad que las que me abrasan», se dice mientras aspira el humo de un canuto y repasa una vez más esa vida suya, destruida, donde no cabe más drama que su propia muerte, a la que no teme en absoluto... Eso cree. Desconoce que la muerte puede ser lo de menos y que, a poca distancia, en su antiguo domicilio, se fragua una tragedia espantosa que volverá a convulsionarla.

Esa misma noche, cuando ella se acuesta sin sueños ni esperanza, con sus perversos recuerdos adormecidos por la droga, su exmarido entra en el cuarto de su hija mayor y le demanda, una vez más, como tantas noches, que alivie su soledad... Necesita que le ayude a paliar esa tristeza a la que le ha condenado su madre. Lleva contándole eso a Mariana, con el rostro desolado, desde que Magdalena se marchó. Y la niña, que quiere muchísimo al padre, que solo le tiene ya a él, cede en silencio a sus pretensiones, sin quejarse ni delatarlo, para evitar que él también se vaya.

—Mariana —susurra Enrique, tapando la boca de su hija suavemente con su propia mano. Ella está dormida en su cama y él ahoga el leve gemido que emerge de su pecho. Luego insiste—: Mariana.

La adolescente abre los ojos y le mira suplicante y habla cuando él le retira la mano:

—¿Qué haces aquí, papá? ¿Otra vez? ¡Déjame, por favor, te lo ruego!

El hombre se coloca el dedo índice cruzando los labios.

—Shhh. Pueden oírte tus hermanos... —le susurra Enrique.

Mariana se alarma. Se moriría si Enrique y Mari Carmen descubrieran que su padre acude tantas noches a su habitación y le acaricia los pechos y el sexo; o que la besa como si fuera su amante y no su hija, y la obliga a introducirse su miembro en la boca. Se siente muy sucia, pero sabe que no puede impedirlo. Tampoco contarlo. Y el secreto le perfora el corazón. La culpable es su madre, que los dejó solos. Su madre, que le causó tanta pena a su padre... Eso le repite él cada vez que se cuela en su cuarto, como una sombra, y le reclama lo que dice que no puede pedirle a nadie más, desde que su madre se marchó, hace cuatro años. Aquella misma noche buscó consuelo a esa ausencia, tumbándose en la cama de Mariana y acariciándole los pezones, al principio por encima del camisón y luego quitándoselo, para poder besarlos y recorrerlos con su lengua. Ella tenía solo trece años... Cuatro después, el asco y la angustia permanecen intactos.

—Papá, déjame, por favor —implora Mariana—, estoy muy cansada. Por favor, hoy no quiero...

—Mi pequeña, no seas tonta —contesta él mientras le sube el camisón y mete la mano en sus braguitas blancas de algodón y hace rulos con su pelo del pubis, como si jugueteara, y luego le abre los labios, le palpa por dentro y le mete los dedos en la vagina—. Si sabes que en el fondo te gusta, que es amor de papá... que nos une más a los dos...

Mariana se queja. Le repugna y le duele. Lo que le hace en su cuerpo... y lo que le hace en su corazón. Le asquean y dañan los dedos en su vagina, pero más que le pida lo que jamás pensó que su padre pudiera solicitarle. Llora. En silencio. Como las otras veces. Y él le besa las lágrimas y la boca, y luego sus pechos adolescentes, que nadie salvo él ha visto ni tocado nunca, mientras ella permanece inmóvil, como una muñeca de trapo, esperando que transcurran esos minutos, para ella horas infinitas, y que aquel tormento concluya. Cuando cree que está acabando, que su padre por fin se guardará el miembro que se ha estado agitando, sin dejar de introducirle una y otra vez los dedos en su interior, él se arranca los

pantalones y los calzoncillos y, en vez de ofrecerle la verga para que se la chupe, como otras tantas veces, y apretar su cabeza para que le llegue a la garganta, le baja las bragas hasta las rodillas, se sube encima de ella y se la clava por sorpresa en su sexo, aún por estrenar. El dolor le arranca un chillido que su padre ahoga, colocándole de nuevo la mano sobre la boca, sin dejar de trotar dentro de ella, taladrándole la vagina, el estómago... y su ya perforado corazón. Al cabo de mil horas, nota con asco que ese líquido viscoso y caliente que otras veces ha vertido su padre sobre su cuerpo, ahora le inunda por dentro. Entonces él, satisfecho, se separa de ella y la mira. La habitación está en penumbra, pero el hombre acierta a distinguir que su semen se ha mezclado con la sangre virginal de su hija.

—¡Mi niña! —exclama con orgullo en voz baja—. Esta es otra sangre y no la de la regla. Por fin eres, de verdad, una mujercita. Mi mujercita.

Cuando el hombre abandona la habitación, Mariana llora más intensamente que nunca, pero en el mismo silencio de siempre, ese día aún más abrumador y doloroso. Siente que no podrá volver a mirarse al espejo. Que cuando llegue a clase por la mañana, sus compañeras percibirán en su rostro lo sucedido esa noche. Que habrá una huella en su cara que se lo descubrirá a cuantos la miren. Está sucia. Y no dejará de estarlo mientras viva. Le abrasan sus partes íntimas, pero aún así, se levanta, dolorida, y lo recoge todo, cuidadosamente, para que no quede rastro del pecado de su padre, que ella también considera su pecado. Busca otro camisón y otras bragas en su armario y, sigilosa, se dirige al baño, donde echa la ropa sucia a la cesta y, después de lavarse, se viste con la limpia; luego llena de agua una palangana y la lleva a su cuarto para borrar las huellas de su sangre y del semen de su padre de las sábanas. Vuelve al cuarto de baño, tira el agua de la palangana y la deja en su sitio. Después regresa a su habitación y, en la misma penumbra, lo revisa todo con minuciosidad. Parece una asesina limpiando el escenario del crimen. Pero ella no es la asesina. Es la muerta.

Cuando todo queda impoluto, como si nada hubiera acontecido, como si ese cuarto de adolescente buena, educada, estudiosa y perfecta no fuera el lugar donde un padre ha violado a su hija, tras años de abusos, se tumba de nuevo en la cama y fija su mirada en el techo. Gime. Intenta llorar como antes..., pero ya no le quedan lágrimas. Agotada, intenta cerrar los ojos y dormirse, pero al segundo los abre, para evitar ver en sueños la sonrisa de su padre, a media luz, contemplando su sangre y diciéndole que es «su mujercita». No le odia a él. ¿O sí? Todo es culpa de su madre. ¿O tal vez es culpa de los dos? Al poco se levanta, se acerca a la mesa donde estudia, abre el cuaderno de sus deberes y escribe: «Mamá, ¿por qué te marchaste?». Después se dirige a la ventana que mira a ese patio interior grande, donde jugaba de pequeña; la misma de la que tanto le advertía su madre, de niña, con su «cuidado, Mariana, que te puedes caer». La abre y se arroja desde ese quinto piso en el que viven. Se estrella contra el granito del pavimento. Y muere.

El ruido del impacto no es suficiente para alertar al vecindario en medio de la noche. En cambio, a no demasiada distancia, en los apartamentos Arichuna, su madre, sin saber por qué, despierta unos instantes del sueño en que la ha sumido el viaje de la droga y un rayo de consciencia la atraviesa. «Ha ocurrido algo», se dice. Enseguida se vuelve a dormir.

Unas horas más tarde, muy temprano, el portero encuentra el cuerpo de Mariana sin vida. Sus aullidos despiertan a todos los vecinos que se asoman al patio, alarmados, y descubren a la niña sobre un charco de su propia sangre. El camisón se le ha subido un poco y se le ven sus braguitas de algodón. Parece dormir con su melena castaña, larga y rizada descansando sobre un lago rojo. Los hermanos de Mariana se levantan, se asoman y ven a su hermana estampada sobre el suelo. La empleada del hogar los aparta de la ventana y los consuela, mientras su padre grita, roto, y baja los escalones de los cinco pisos, de dos en dos, hasta llegar al patio donde se lanza a abrazar a su hija.

—Mi niña, mi niña —se lamenta, una y otra vez con la mirada de la locura pintada en la cara—. Mi mujercita... —Y llora y llora, y se queda esperando a que alguien haga algo, no sabe qué, hasta que una vecina llama a la policía, murmurando: «La ambulancia ya no sirve para nada». Enrique se incorpora, alza la vista y la mira con los ojos plenos de dolor, le da las gracias, luego se acerca al oído de la niña y muy bajito susurra un «lo siento» casi inaudible que, en efecto, no escucha nadie...

# 15

*Presente, 2018*

«No busques ahora las respuestas que no estés preparado para vivir».

RAINER MARÍA RILKE

La mañana se ha despertado algo encapotada, pero aun así, el exultante verdor de Asturias parece colarse por la ventana y escapar al blanco difuminado de la neblina característica de la zona. Roures ha dormido insólitamente bien, pese a haberlo hecho en una cama individual de las dos que hay en su cuarto. Antes, en los tiempos en los que cubría guerras, ni reparaba en las condiciones del lecho donde desmayar su cuerpo. Lo desplomó en lugares inhóspitos en cientos de ocasiones y logró dormir a la perfección, incluso cuando se escuchaban bombardeos a poca distancia; pero el tiempo es inexorable y lo cambia todo. Ahora es un tipo mayor incapaz de descansar en casi ninguna cama ajena; y sin embargo lo ha hecho de maravilla en la de esa habitación de colchón firme y vestida con sábanas de hilo. Aunque a veces lo olvide, «Dios está en los pequeños detalles». Lo decía Mies van der Rohe y hasta un ateo como él lo ratifica.

Se nota que los propietarios quieren hacer las cosas bien y ponen todo su amor en conseguirlo. Ayuda que en el paraje donde está enclavado el establecimiento se respire paz; además, ellos se cuidan de no romperla ni en fines de semana ni en vacaciones, y por eso no admiten niños de menos de doce años... Niños. Acaba de darse cuenta de que ha dormido bien pese a la intuición de que, en ese lugar donde hoy no se admiten pequeños ruidosos, pudieron nacer bebés llorones y ser robados a sus madres. ¿Será esa preciosa Casa del Indiano, ahora reconvertida en hotel de ensueño, la que un día no tan lejano sirvió como paritorio de niños que jamás volvieron a ver a sus padres biológicos? Necesita ducharse y salir a fumar. En la Casa del Indiano no admiten fumadores y no pretende impregnar con el olor del tabaco sus exquisitas habitaciones; pero él necesita el humo para empezar a respirar y hasta a discurrir, así que se ducha, raudo, y sale a todo correr.

—Buenos días, señor Roures —le saluda el propietario—. ¿Necesita algo?

—Buenos días... —contesta el detective—. Fumar. Necesito fumar. Si su hotel no fuera tan magnífico, me habría saltado la prohibición, pero...

—Ah, no, eso sí que no. De ninguna manera. Fume usted en el jardín, si tiene esa dependencia... En el lateral hay mesas y sillas. Y hasta un cenicero, pese a que aborrezcamos el tabaco. Fume, fume... Pero no tarde mucho, que ya verá qué desayuno le espera. Por cierto, ¿le importa que mi mujer desayune con usted? Ayer quería entrar en su habitación por la noche y asaltarle. Dice que un detective es lo más excitante que le podía pasar en su vida... ¿Siempre tiene ese efecto con las mujeres?

Roures ríe.

—Solo con las que quieren escribir... O necesitan que descubra a una amante de su marido, para poder sacarle los cuartos en el divorcio. Permítame un momento. Salgo, fumo, hago una llamada y enseguida entro a desayunar con su mujer. Estaré encantado de compartir mesa, mantel y conversación.

—¡No sabe lo que dice!

Roures sale al jardín sonriendo y sacando la cajetilla y el mechero de su bolsillo. En cuanto está al aire libre, prende el cigarrillo e inhala el humo hasta que los pulmones no le dan abasto y escupen las toses de rigor. «Eres un maldito yonqui del tabaco», se dice mientras vuelve a dar una nueva calada sin dejar de toser. Mira al Corto Maltés afincado en la esfera del reloj de su muñeca y tiene la sensación de que se ríe de él. «Será que tú no fumas, cabrón...». Ya de paso le echa un vistazo a la hora. Es muy pronto. Las ocho y media de la mañana. Siente un ligero escalofrío. El aire está húmedo y neblinoso, como si desprendiera una llovizna tan ligera que no llega a ser *orbayu* y se queda en *orpín*. Fuma rápido y el cigarrillo se le consume en nada. Duda si encenderse otro o no, pero se contiene. «Que se te note la voluntad, tío». En ese momento suena el teléfono y lo responde mientras entra en la casa.

—¿Te pillo en tu cueva planchando la oreja, amigo?

—¡Prieto! Pensaba que te había secuestrado algún sicario de los de ANELA y andaban apalizándote para que dejaras de liberar a las víctimas de trata de sus locales de alterne.

—¿Locales de alterne, mariconazo? ¿También llamas empresarios a los que encadenan a las tías a la pata de la cama y clientes a los que pagan por cuarto y mitad de mamadas y cuarto y mitad de dar por culo? ¿Y cómo llamas a la farlopa? ¿Sustancia para la excitación?

—Frena, joder —corta Roures—, que soy yo, Paco. Y sé lo que es un proxeneta, un burdel y un putero... Y tampoco me gustan los eufemismos, pero menos aún que me abronquen antes de desayunar.

—Tienes razón, Roures. Es que estoy desquiciado. Acabamos de liberar a dieciséis víctimas de trata, unas de países latinoamericanos y otras de países del Este; en las peores condiciones. Jodidas de verdad. Explotadas a medias por proxenetas de aquí y por rumanos, que son unos verdaderos hijos de puta con ellas... Pues, oye, no hemos conseguido que denuncie ninguna. Ninguna, tío. Les hemos

prometido acelerar sus papeles, protección, pero... Ni una ha cantado, pese a llevar tatuados morados sobre morados en el cuerpo y estar destruidas con menos de veintipocos años. Y mientras tanto, los políticos con su pinto pinto gorgorito, a ver si aprueban algo contra esta mierda o no... En fin, no sé de qué me extraño. Esto es lo de siempre, aunque yo no sea capaz de acostumbrarme. Vamos, que no he podido mirarte nada de lo que me mandaste. ¿Buscabas clínicas de maternidad en Asturias en los años ochenta?

—Algo así. Pero, tranquilo, creo que he encontrado algo. Lo que sí necesito es que me ayudes con otro caso que no tiene que ver con maternidades y sí con la universidad. ¿Tienes idea de cómo podría hacer llegar un profesor universitario fotos de sus alumnas ligeras de ropa o incluso desnudas a la *dark web*? ¿Y qué podría suponer eso? ¿Podría conducir también a algún tipo de prostitución? El Manos está investigando al profesor, pero...

—Espera..., ¿me estás diciendo que un profesor universitario vende fotos de sus alumnas en la *dark web*?

—Eso parece. Los profesores no son santos, lo sabemos de siempre, pero este, además de meterle mano a sus alumnas de literatura, a cuenta de Dickens y el mesmerismo...

—¿De qué?

—De una chorrada que se inventaron hace un par de siglos que iba más allá del hipnotismo para «curar» el nerviosismo de las mujeres. Ya sabes que durante siglos cualquier enfermedad de la mujer, fuera dolor de cabeza o depresión se consideraba «histeria». Una historiadora norteamericana, una tal Rachel Maines, llegó a decir que los médicos usaron la masturbación de mujeres desde el periodo romano y que había médicos de finales del xix y principios del xx que hasta utilizaban los vibradores para provocarles orgasmos en las consultas y «curarles» su histeria. Se hizo hasta una peli... Luego otros investigadores concluyeron que su *La tecnología del orgasmo* estaba poco documentada y que, aunque era cierto que a principios del siglo xx se utilizaban vibradores de cara y cuello para la masturbación femenina, no había evidencia de que antes de

venderse al público los médicos los usaran en las consultas... Lo que sí parece es que se les daban desde chorros a presión hasta masajes pélvicos, aunque fueran las comadronas quienes las conducían no al orgasmo sino al paroxismo, porque entonces se pensaba que ellas no podían tener orgasmos...

—¿En las consultas? ¿Estás de coña, Roures? —pregunta Prieto, alucinado.

—Para nada. Freud llegó a situar el origen de la histeria en alguna enfermedad reprimida por el inconsciente, así que todo llevaba donde llevaba. Antes Mesmer quiso curar los «nervios» con imanes y luego a su terapia se añadió el hipnotismo... Lo que pasara o no en su consulta o en las de sus seguidores, como Dickens, no está probado, pero sí que el mal de las mujeres, su «histeria», se relacionaba con los orgasmos femeninos.

—Todo en la vida tiene que ver con el sexo...

—Eso mismo decía Oscar Wilde. Aunque él aseguraba que todo..., menos el propio sexo, que es poder... El caso es que ahora un tipo de la facultad de periodismo, un profesor listillo y con autoridad sobre sus alumnas, claro, promete liberarles de los nervios de los exámenes sobándolas... Y, seguramente, algo más. Lo estamos investigando, porque el Manos ha descubierto algo muy inquietante. Hay vídeos y fotos de las chicas abusadas en la *dark web*.

—¿Cómo lo ha averiguado? ¿Le dieron la URL donde se encuentra alojado el contenido? ¿Quién se la proporcionó?

—La encontraron por casualidad. En la papelera del docente. Lo que necesito saber es si este cabrón ha vendido las fotos de las niñas a alguien para que circulen por ahí, sin que ellas lo sepan y ya está... O si se está llevando más pasta extorsionándolas luego y obligándolas a cualquier cosa para que esas fotos no se hagan públicas en el internet al que accedemos todos los mortales.

Prieto suspira al otro lado de la línea.

—Buff, es un asunto muy complicado. Esas fotos pueden haber viajado ya al mundo entero; porque van saltando de un nodo a otro.

Es muy difícil, por no decir imposible, acceder a los compradores...

—Lo sé. No podré castigar a los compradores, pero necesito joder bien a los vendedores, empezando por el propio profesor y siguiendo por sus secuaces, si los tiene...

—Ok, en cuanto tengas la URL con la que puedo acceder a esas fotos, dímelo. Lo prioritario sería hacerlas desaparecer, pero... es prácticamente imposible, salvo que se detecte dónde están alojadas; y eso es sumamente difícil en la *dark web*. Y si las extorsionan, pueden pedirles que sean *webcamers* desde sus casas o incluso meterlas en la rueda de la pornografía... Otra manera de convertirlas en mujeres prostituidas.

—Eso pensaba yo. No sé qué habrá pretendido el profesor colocando las fotos en la *dark web*, pero seguro que nada bueno. El Manos anda tras la pista. Enseguida te informo de sus avances. O mejor le digo que te llame y te dé esa URL para que veas tú mismo las imágenes cuanto antes.

Roures cuelga y se dirige al encuentro con la mujer del dueño y a degustar el seguro delicioso desayuno de esa Casa del Indiano que mide el detalle, sabiendo que estará repleto de manjares de dioses.

—Por fin, señor Roures —dice la mujer, tendiéndole la mano en cuanto cruza la puerta del establecimiento—. No veía el momento de conocerlo.

—Lo mismo digo, ¿señora...?

—Mi nombre es Elena Maldonado.

—Encantado, ¿y su marido se llama...? Es nuestro enlace y ni siquiera sé su nombre...

—Ja, ja, ja —ríe ella—. Carlos. Carlos Pardo. Es usted muy ocurrente. No esperaba menos de un detective, claro... Yo de detectives me lo he leído todo. Y soy más de Marlowe que de Spade, ¿usted?

—Intento que no se me cuele ninguno en la vida real..., más que nada porque a los dos les han puesto la cara de Bogart y no me gustan las comparaciones.

La mujer sonríe y recorre su rostro con la mirada. Tiene una edad indefinida, entre cuarenta y cincuenta. Diría que es algo mayor que su marido. Sus ojos son marrones y vivaces y su aspecto general, el de una mujer que se cuida sin pretensiones.

—¿Me acompaña? —le invita ella—. Yo soy escritora en el corazón y sé que algún día terminaré una novela, pero..., además, soy una buena cocinera y preparo los desayunos del hotel, que no tienen parangón.

El comedor resulta más alegre por la mañana y eso que el sol hace intentos desesperados por atravesar las nubes sin mucho resultado, aun así, la niebla se ha despejado un poco y la luz natural ilumina la estancia. Sobre la mesa, una cesta de frutas de temporada, otra de panes, una más con cruasanes y bizcocho casero, tientan al detective.

—Todo hecho en casa... ¿Le apetecen unos huevos de los de verdad?

—No, gracias. Creo que mi pobre y anciano cuerpo no puede con tanta maravilla. Habitualmente empiezo el día con un café y pocas veces desayuno algo más...

—Pues aproveche, que aquí somos muy de cuidar a nuestros visitantes y más si son investigadores privados... Dígame qué es lo que busca exactamente —dice mientras le sirve el café a Roures.

—Busco los restos de una clínica que es posible que estuviera radicada aquí, ya en tiempos de democracia. Y que no tuviera siquiera las licencias pertinentes, que fuera clandestina.

—¿Y quiere buscar a los culpables de tener un negocio clandestino? Aunque fuera de salud, ya sabe usted que lo de la economía sumergida es una constante en España. Como decidan castigar a todos los que viven de ella, se hunde el país, ja, ja, ja.

—De ser la clínica a la que me refiero —continúa Roures después de una breve pausa—, en ella se robaban bebés...

Elena borra la sonrisa y clava su mirada en la del detective.

—¿En democracia? Sabía que algo así sucedió en la dictadura. Sin mucho detalle, pero lo sabía... Pero...

—Al parecer, el negocio de los bebés robados se extendió hasta los años noventa —explica Roures—. Nunca se llegó a descubrir todo el pastel porque solo hubo dos acusados en firme. Un médico y una monja. Los delitos están prescritos. A él están a punto de absolverle y ella murió en 2013...

—Pero eso ocurría en grandes clínicas, donde siguieron ostentando el poder algunas religiosas, incluso tras la muerte de Franco. Y se cebaban con las mujeres humildes... pero ¿aquí? ¿En una clínica pequeña de Asturias pudo darse algo así?

—Si mi olfato no me engaña, la clínica sería pequeña pero las mujeres que parieron en ella no tan humildes...

—Ahora que lo dice, oímos que por aquí se practicaban abortos antes de que lo permitiera la ley...

—Es posible. Tal vez menos abortos y más «donaciones» de bebés de los que no interesaba que se supiera nada. O venta. Los niños de madres de buena familia seguro que valían más.

—Jesús, qué barbaridad. Si es que para escribir no hay que inventar nada... Bueno, sé que entre esos documentos que apenas he revisado hay expedientes médicos, sí. Los guardé sin saber qué esperaba encontrar en ellos, pero..., cuando empecé a mirar alguno, tampoco me parecieron muy interesantes, ¿quiere verlos?

—Me sería de gran ayuda.

—Pues recoja sus cosas, si es que se va hoy, como le dijo a mi marido, y le espero en la puerta. Vamos en su coche a Gijón, si le parece bien. Ya me traerá luego de vuelta mi hijo, cuando usted continúe para Madrid.

Elena y Roures se ponen en marcha. Les esperan casi cincuenta kilómetros de viaje hasta Gijón. La naturaleza del camino es excepcional y la belleza del paisaje enmudece su conversación durante algunos kilómetros; después en la última parte del trayecto, brota de nuevo de manera espontánea.

—¿Por qué se vinieron a Piloña a montar este hotel? —pregunta Roures.

—Bueno —responde Elena—. La nuestra es una historia muy repetida. Mi marido y yo somos de Gijón, pero el trabajo nos llevó a los dos a Madrid y nos envolvió en la vorágine. Ambos entramos en el mundo de la banca (así nos conocimos en la capital), y nuestras vidas de ejecutivos furiosos no dejaron de serlo ni cuando nos casamos y nacieron nuestros hijos... Hasta que nos rompimos. La vida era pura ansiedad, y a punto estuvimos de dinamitar nuestro matrimonio. Un buen día decidimos cambiar de vida y venirnos aquí. Sabíamos que no sería fácil, pero... lo cierto es que apenas nos costó amoldarnos a todo lo que ofrece vivir regentando un hotel rural en una zona tan incomparable como esta... Yo amo mi Gijón, pero esta casa está al lado de todo y también en medio de la nada. Es una sensación maravillosa. No sabíamos si nos encontraríamos a gusto. Tal vez nos ayudó la Virgen de la Cueva, cuyo santuario en el monte Cayón le recomiendo encarecidamente que visite. Desde la propia capital de Piloña, que está a muy poca distancia de L'infiestu, con su antiguo lavadero y su fuente de Los Caños, hasta la Cascada del Chorrón, saliendo de Villamayor o el valle de Borines, el de las aguas asturianas más famosas o los hórreos y las paneras y tenadas de Espinaredo... Todo esto, aun siendo asturiana y conociendo bien la belleza de mi tierra, me sorprendió y me conquistó. Nuestros niños eran pequeños, así que elegimos para ellos el colegio público y más tarde les enviamos a estudiar fuera... Pero, para que vea lo que tira la tierra, los dos volvieron a Asturias y viven en Gijón. Para ellos, como para nosotros, la Casona supuso una vida de aventuras en la que conocer a viajeros y sus historias... y nos salió bien. Tan sencillo como eso. Por eso seguimos aquí mi marido y yo. Aunque estemos ya en edad de jubilación. Aguantaremos lo que lo haga nuestro cuerpo, porque el negocio se ha convertido en nuestra vida.

—Contándolo de ese modo, resulta tentador... Supongo que también hubo momentos duros. ¿Sabe que en Quintos me contaron que aquí abortaban hace años las chicas acomodadas?

—Ese fue el motivo de que quisiera guardar todos los archivos que ahora vamos a revisar. Pensé en la infinidad de historias que habrían conducido a esas chavalas de familias bien al aborto clandestino... Y en quién podría haber organizado un negocio de esas características. Luego la vida me sumió en los quehaceres del nuestro y poco a poco fui abandonando la investigación. Hoy la retomaré de mano de un profesional. Creo que mi novela está cada vez más cerca... Mire, hemos llegado. Ahí está el trastero.

Aparcan casi en la puerta y descienden del vehículo. Entran y avanzan por un pasillo lleno de puertas naranjas, numeradas en blanco, hasta la 182, que Elena abre con su llave. En cuanto enciende la luz, las sombras toman forma y en medio del marasmo de objetos de tiempos pasados, se distinguen, al fondo del espacio, dos archivadores de buen tamaño. Elena los señala.

—Esto es lo que encontramos cuando compramos el hotel. Como ve, están sucísimos y bastante abollados; pero los documentos que guarden han de estar intactos, porque estos trasteros están muy bien acondicionados... ¿Por dónde empezamos?

—¿Me permite que eche un vistazo? —pregunta Roures.

—Desde luego.

El detective avanza entre el sinfín de cachivaches e intenta abrir el cajón de arriba de uno de los archivadores. Está cerrado. Saca un clip de su bolsillo, lo desdobla y lo introduce en la cerradura. Al poco un clic les anuncia que está abierto. Roures lo desliza y comprueba que contiene un buen número de carpetas.

—¿Qué está buscando exactamente? —pregunta Elena.

—Antes de venir me empapé del asunto de bebés robados en nuestro país, hablando con periodistas especializados, leyendo libros, reportajes periodísticos, consultado documentos antiguos y viendo documentales nuevos. Según mis informaciones, el robo de niños en España no concluyó con el sufrido por presas políticas republicanas al acabar la guerra, ni con los de mujeres en estado de precariedad de los años siguientes, sino que continuó hasta bien entrados los años ochenta —informa el detective con una carpeta ya en sus

manos—. Al parecer, muchos médicos conocían estas prácticas y hacían la vista gorda, porque sabían que si las señalaban serían apartados inmediatamente de sus puestos. Con el tiempo, y casi siempre sin dar el nombre, algunos médicos reconocieron saber que solían entrar dos mujeres a la vez en clínicas muy prestigiosas de toda España, una embarazada y otra no, a las que se les ingresaba en la zona privada; cuando salían, la que estaba embarazada lo hacía sin su bebé y la otra quedaba registrada como madre del recién nacido y su familia se ocupaba de todos los gastos. Hubo investigaciones en juzgados de Madrid, Zaragoza, Andalucía... Más allá de los robos cometidos a esas madres republicanas, a las que se señaló en un auto del juez Garzón, como víctimas del franquismo, parece que existió una red criminal en la que participaron curas, monjas, ginecólogos, notarios, enfermeras, matronas, abogados, secretarias y hasta conserjes, y que funcionó hasta finales de los ochenta en casi toda España, de Bilbao a Cádiz, pasando por Madrid, Barcelona, Murcia, Zaragoza, Burgos, Tenerife, Melilla...

»La gran mayoría de las madres biológicas fueron engañadas tras diagnosticarles cualquier enfermedad a sus hijos y ser dados por muertos a continuación. En los años sesenta, en la maternidad de Santa Cristina de O'Donell se firmaron varios partes de incubadoras en los que el diagnóstico facultativo era otitis. ¡Otitis! En un mismo día se llegó a registrar la muerte de seis niños por otitis... Los casos que se han ido investigando son absolutamente escandalosos y más lo es que hubo denuncias contra abogados de la Asociación Española para la Protección de la Adopción, médicos que llegaron a ser catedráticos en la Universidad de Navarra y otras tantas personalidades «confiables»... Cientos de niños dados en adopción ilegal en los años sesenta, setenta y ochenta, cuyos casos apuntaban a que los presuntos cabecillas, el tocólogo Eduardo Vela y sor María Gómez Valbuena, podrían haber creado una asociación. Todo eso, en relación con mujeres vulnerables, sobre todo por su precariedad económica... En Bilbao aparece una trama manejada por una tal Mercedes Herrán de Gras, en pisos donde nacían los bebés

asistidos por monjas, curas ginecólogos, etc., que luego eran dados en adopción, casi siempre sin el consentimiento de las madres. No hubieran podido actuar, claro, sin la participación de una secretaria y una abogada, por lo visto de Logroño, y un notario de Bilbao. Y ahí no fueron robados solo hijos de mujeres de familias humildes. Los había de hijas de jueces, médicos, abogados, políticos y hasta aristócratas. La honra de las familias, ya sabe... Había padres que llegaban a pagar veinticinco mil pesetas a la semana para esconder en esos pisos a sus hijas embarazadas antes de dar a luz. Y en el caso de las víctimas de Mercedes Herrán de Gras, hay incluso listas de fechas de nacimiento de adopciones que llegan hasta diciembre del ochenta y cuatro... La Asociación Española para la Protección de la Adopción pudo trabajar también ilegalmente en Andalucía en connivencia con las hermanas de la caridad. En Valencia...

—Pero ¿qué me está diciendo? ¿Eso puede ser cierto? —Elena le interrumpe, muy consternada—. Por otra parte, me habla de casi toda la geografía española, pero no de Asturias, ¿por qué está buscando usted aquí?

—Hay un caso que me ha traído hasta Asturias, a partir de ciertas vaguedades. El de una madre a la que le robaron su bebé en una clínica que tenía que estar más o menos cerca de Llanes. Ella no recuerda con exactitud el lugar. Era muy joven y llegó y se fue de la mano de su padre... Un amigo de ese tipo, posiblemente involucrado en el negocio, se quedó con la niña que parió. Ningún otro sitio mejor para ocultarla que uno lo suficientemente cerca y lejos al mismo tiempo... ¿Me permite que continúe fisgando en las carpetas de estos archivos del pasado?

—Por supuesto —consiente Elena, turbada por el impacto de la información que le acaba de proporcionar el detective—. Estoy deseando que lo haga.

Roures abre el cartapacio enmohecido por el tiempo que tiene en sus manos. En su interior aparecen varios documentos. Una licencia de enterramiento en la que se explica que la parturienta, María de Lorenzo y Vega, dio a luz a una criatura abortiva y que se

concede el permiso para la inhumación de los restos. Tiene el sello del juzgado municipal de Piloña y la firma del encargado del cementerio. Es del año setenta y tres. Junto a esa licencia, hay una partida de nacimiento con el nombre de una niña. Marina de la Torre Urgel. También un recibo de doscientas mil pesetas a mano alzada. Sin concepto. Firmado por Juana María de la Torre.

—Elena, creo que este es, en efecto, el archivo de una clínica donde se robaban bebés.

—¡Santo Dios!

# 16

*Pasado, 1980*

«Yo he dicho no a las drogas, pero ellas no me escuchan».

MARILYN MANSON

Magdalena, tumbada boca arriba en la cama de su pequeño apartamento, espera a que se haga de día. La habitación está repleta de latas de cerveza vacías, ceniceros rebosantes de colillas, cajas de Valium tiradas por el suelo y útiles para pincharse droga sobre la mesilla. Lleva días sin salir de casa y sin comer, fumando porros, bebiendo, tomando Valium y chutándose heroína. Desde hace un par de semanas, apenas canta ya en el Whisky. Así que no tiene nada que hacer, salvo pensar y recibir a todos sus muertos, cuando se le aparecen por las noches. Su bebé, Ángela, el médico, Mariana... ¿De cuántas muertes es responsable? ¿Por qué Mariana dejó esa nota antes de saltar por la ventana? ¿Qué quería decir con ese «¿Mamá, ¿por qué te marchaste?»?, que le pesa en la conciencia? ¿Qué necesidad tenía su hija de ella, si nunca le permitieron ser su madre? Desconoce el motivo que condujo a Mariana, la chica perfecta, a estamparse contra el suelo de su patio de juegos; y tampoco sabe por qué le dejó esa nota antes de hacerlo. Las sospechas le atenazan el corazón, pero sabe que no

puede compartirlas, y menos ahora, recién concluida la investigación policial, que ha proporcionado más preguntas que respuestas.

La autopsia que realizaron al cadáver de la chica, al haber sido una muerte violenta, corroboró la rotura de himen que revelaron los dos exámenes previos, imprescindibles en estos casos, uno *in situ* y otro posterior. El hallazgo de su camisón y sus bragas con restos de sangre y semen determinó que la chica había perdido la virginidad esa noche, por lo que se intensificaron las pesquisas. Se inspeccionó minuciosamente la casa entera, para tratar de descubrir quién había mantenido sexo con ella. Los únicos dos varones que se encontraban aquella noche en la vivienda eran su padre y su hermano, pero... ¿tal vez pudo entrar alguien más? Y, de ser así, ¿quién era ese hombre misterioso del que no había rastro?

Los agentes interrogaron a las profesoras y a las compañeras del colegio de Mariana..., nadie le conocía amigos. No se relacionaba con chicos. Eso aseguraban las niñas y también las monjas, que declararon, además, que Mariana era una niña seria y responsable, «sin atisbo de huellas de pertenecer a una familia desestructurada». ¿Una niña feliz que se tira por la ventana y reprocha a su madre su ausencia antes de hacerlo por escrito? Los investigadores se centraron en su padre y en su hermano. ¿Podría alguno de ellos haber mantenido relaciones con Mariana? Los estudiaron a los dos, pero de inmediato pusieron más el foco en el hermano que en el padre. Las estadísticas certificaban numerosos estupros familiares e incestos. Y los primeros sospechosos siempre eran los hermanos... Además, el padre era un profesional de reconocido prestigio, un hombre ejemplar dedicado en cuerpo y alma al cuidado de sus hijos, solo, tras el abandono de su mujer y al que respaldaban personalidades muy poderosas. Sus respuestas fueron tan rotundas y sin titubeos, desde el primer momento, que lo descartaron enseguida. El hermano, en cambio, era un chico con muchos problemas de conducta. Estudiaba poco, se dedicaba a la música, iba con malas compañías, fumaba porros... Elaboraron innumerables hipótesis en torno a una posible relación entre él y su hermana

mayor y le obligaron a responder a las preguntas más desagradables y obscenas. Tanto le acorralaron, que a punto estuvo de derrumbarse y aceptar cualquier teoría, por descabellada que fuera, después de haberlas negado todas mil veces.

Los estudios psicológicos concluyeron que ese chico de sensibilidad extrema y carácter frágil era incapaz de agredir a nadie y menos a su hermana mayor, que ejercía una notable autoridad sobre el adolescente. Entonces conjeturaron respecto a si ella pudo forzarle a él, proponiéndole una relación y si, el empujarlo a mantenerla, pudo ser el motivo de que posteriormente se quitara la vida. Las preguntas en torno a esa suposición acabaron por destrozar al adolescente, que sufrió una crisis nerviosa, tras repetir una y mil veces que su hermana y él eran normales y que no entendía lo que le estaban planteando.

—Yo estaba dormido, ¿entienden? Dormido. Y mi hermana nunca... ¡¡¡Déjenla en paz!!! ¡¡¡No digan esas cosas de ella...!!! ¡¡¡No sé qué es lo que quieren de mí!!! —gritó desgarrado, llorando, sin poder controlar los temblores de su cuerpo y notando que el aire no le llegaba al pecho.

—Dejad al chico —dijo uno de los policías—. Eso parece un ataque de ansiedad... Ya continuaremos en otro momento.

A ese día terrible, siguieron muchos otros de pruebas e interrogatorios, que finalmente determinaron que era inocente y que posiblemente fue la propia hermana quien planeó la cita y abrió la puerta del domicilio al varón con el que mantuvo relaciones sexuales, cuando su padre y hermano estaban dormidos.

Ignoraban quién era él, pero trazaron un perfil que correspondía al de un hombre mayor, de su entorno y confianza, que, aprovechando la vulnerabilidad de la adolescente, multiplicada por la ausencia de la madre, logró convencerla (o forzarla) para esa penetración, de la que la joven instantáneamente se arrepintió. Concluyeron que Mariana, aguijoneada por la culpa de un comportamiento indecoroso y probablemente para no decepcionar a su padre, que depositaba en ella toda su confianza al ser la mayor y

quien cuidaba y daba ejemplo a sus hermanos, tras el acto no encontró más alternativa que la de arrojarse por la ventana. La explicación resultó tan plausible como indemostrable, porque, por más que se indagó, no se descubrió a ese hombre misterioso, como tampoco huellas o cualquier otro indicio de su existencia que no fuera el semen de la ropa, que ella misma dejó en la cesta del cuarto de baño. Suponían que la chica recogió y limpió todo, pensando que así ocultaría lo sucedido, desconociendo que, en esas circunstancias, las exploraciones eran indispensables y hallarían esos restos biológicos de su camisón y de sus bragas. Por desgracia, el análisis del esperma aún no era lo suficientemente específico y solo determinaba el grupo sanguíneo; y eso no permitía identificar al individuo, y menos siendo uno tan corriente como el A+, que compartían todos los presuntamente involucrados en el caso, incluida la hija pequeña de esa familia, y hasta los dos policías encargados de la investigación. El suceso se cerró con cábalas. Los informes psicológicos que explicaron que Mariana debía de haber sido la más afectada por la marcha de su madre, a sus trece años, y que, tras erigirse en una especie de madre sustituta para sus hermanos, el hecho de cometer un error tan grave le produjo una insuperable angustia que derivó en una decisión fatal, no contenían más que meras suposiciones y vaguedades.

También preguntaron a Magdalena, pero ella, tan alejada de su hija Mariana, declaró no saber nada, y pese al desprecio que le demostraron, por ser la mala madre causante de los desvaríos de su hija, no la molestaron más. Pero no dijo toda la verdad. Magdalena sí creía saber o al menos intuir algo, aunque una vez más no lo pudiera argumentar, y estuviera convencida de que, de transmitir sus sospechas, nadie daría por cierto su relato sin pruebas. ¿Cómo podría apuntar a su intachable marido, al que la policía apenas tardó en descartar, alegando unos hechos tan graves como un aborto provocado y dos asesinatos del pasado, si nunca los denunció? ¿Quién iba a considerar ahora su testimonio, cuando estaba en el ojo del huracán por ser la madre desertora, la que abandonó a su

hija fallecida y la empujó a lanzarse por esa ventana, además de ser una mujer drogadicta y medio loca? Nadie la creería, y menos si declaraba que no es que supiera nada concreto, solo intuía lo que podía haber ocurrido. Calló de nuevo, por todas esas causas o tal vez por su propia cobardía que, una vez más, le impedía enfrentarse a cualquier cosa.

Han pasado dos años desde que se cerró la investigación; tres desde el suicidio de Mariana; pero Magdalena continúa preguntándose qué pudo ocurrir aquella noche, sin despegarse siquiera del colchón de esa habitación cochambrosa y desordenada de su apartamento, donde transcurre la mayor parte de sus días. No puede componer y le cuesta cantar. Trabajar en la música, que antes era un bálsamo para su tristeza, ahora le supone una condena que no quiere cumplir. Así que ve pasar las horas, dejándose atormentar por los recuerdos que la martirizan, pero que no quiere borrar de su memoria, porque sabe que solo con ellos vivos tal vez, algún día, sea capaz de defenderse o de defender a sus hijos. Ha comprado un cuaderno de cuadrícula en el que ya no escribirá nuevas canciones. Solo quiere recoger en él todos esos perversos recuerdos que la cercan y que van y vienen a su memoria como las nubes sopladas por el viento del otoño. Son retazos de una vida de dolor y tragedia, que no merecen partituras ni estrofas ni melodías. Tampoco perdón y olvido.

Se levanta de la cama y escribe en ese cuaderno cómplice palabras duras, sin poesía ni belleza, henchidas de rencor y de arrepentimiento, que vuelan sobre las hojas sin que nada pueda dulcificarlas. Su soledad y su miedo quedan atrapados en las páginas unidas por una espiral, a las que, a partir de ahora, dedicará sus escasos momentos de lucidez, para que, algún día, sus hijos puedan conocer la verdad.

Cuando cierra el cuaderno, muchos renglones después, se siente algo mejor que habitualmente. Aunque empieza a notar que necesita droga. Enciende un porro y se toma un Valium. Hasta la tarde no le llegará la heroína y solo con ella encuentra la paz. Llaman a la puerta. No quiere ver a nadie. Es Alberto, quiere saber si necesita algo, ella niega con la cabeza y agradece su interés y la visita, aunque improvisa una mentira sobre una cita médica, para que no se alargue mucho rato.

Alberto contempla el caos de su apartamento y la extremada delgadez de su amiga e insiste en que debe cuidarse, vaya o no a cantar al Whisky Jazz. Ella finge y se comporta con una extraña aparente normalidad, con la que intenta esconder que es una presa más de las drogas. Es cierto que su aspecto no es bueno, pero ¿una mujer sola, madre de una suicida estrellada contra el granito de un patio, podría ofrecerlo mejor? Alberto se despide afligido. Sabe que, en cuanto cruce la puerta, ella se las apañará para seguir matándose poco a poco. Y más ahora que le sobran los motivos. Por un instante, siente la tentación de regresar, de buscar la droga y tirársela por la ventana. Pero no es asunto suyo. Tampoco serviría de nada. Los drogadictos siempre encuentran la manera de hacerse con su veneno y la justificación para matarse con él. Al salir, se tropieza con el hijo de su amiga. Solo espera que el chaval le insufle fuerzas y le ayude a no cometer ninguna estupidez...

Magdalena abre la puerta ahora a su hijo. Preferiría estar sola. La visita de Alberto y su mirada de reproche le han dejado ahíta de compañía. Pero no puede negarse a recibirlo. La muerte de su hermana y todos esos interrogatorios desaprensivos destruyeron su escasa seguridad. También lo hizo que su padre se desentendiera de él durante todo el proceso, para no perjudicarse a sí mismo y que ahora, pasado el tiempo, tampoco le preste ninguna atención. A Enrique no le interesa el mundo de su hijo, su música y su modo de vivir, tan ajenos a él y tan cercanos a su exmujer, a quien no ve, pero continúa odiando en la distancia. Y Magdalena, que lo sabe, intenta ser madre estando al lado del chico y apoyándole..., pero lo

hace con la desidia de los vencidos y también de los drogadictos. Aun así, incapaz de mucho más, procura demostrarle que le gusta lo que hace, su grupo y que ame el *rock and roll*, comparten conversaciones sobre música y hasta acude a alguna de sus actuaciones. Al menos, tienen cosas buenas en común. Pero también la droga. Ese veneno que Magdalena necesita y que daría lo que fuera por alejar de su hijo. Hay demasiada comunión entre la música y la droga. Ella accedió a la heroína con facilidad en el club de jazz y quiere explicarle a él sus peligros; pero no tiene madera de madre ni su hijo está en edad de dejarse convencer. Hace lo que puede, pero su discurso suena hueco en su boca, cuando él sabe que ella es la primera que la consume.

—Enrique, no estarás jugando con el jaco, ¿verdad? El caballo no es como los porros. Quema por dentro y mata por todas partes.

El chico la mira entre la sorpresa y la diversión. Es un joven de rasgos marcados, que se acentúan cuando sonríe y muestra una dentadura aún intacta, sin los estragos del caballo.

—¿Me lo dices tú, mamá? Si los primeros chinos los vi en tu casa.

—Ni los porros ni los chinos son inocuos, Enrique, pero pincharse...

—Pincharse es otro nivel, mamá. Tú misma lo sabes. Pero tranquila, que sé lo que hago. Yo controlo... No te preocupes.

«Yo controlo». Su hijo pronuncia la frase maldita de todos los que caen en la trampa de la droga. Es su consigna. La que repiten los yonquis que no controlan jamás. Pero ¿cómo va a pedirle a su hijo, abrumado por todo lo que ha pasado, que no busque vías de escape? Tal vez controla, como dice; y quizás la droga le sirva para consolarse de la distancia que su padre ha establecido con él, tras la muerte de su hermana. Hasta Mari Carmen fuma porros a sus catorce años. Es una manera de sentirse cerca de su hermano, de ser cómplice de ese chaval al que sabe que su padre no quiere y ella adora. Y el padre, que tolera a la niña, a la que mira de soslayo tras la muerte de Mariana, asombrándose de lo mucho que ha crecido,

pero no soporta a su hijo, prefiere eludir la compañía de ambos, porque sabe que ella no consentirá en apartarse ni un milímetro de él. Mari Carmen, en cambio, pese a la diferencia de edad solo desea estar con su hermano y sus amigos y formar parte de ese ambiente que el padre desprecia. Y el chico, que nota el amor de su hermana, se siente feliz de tenerla al lado y quiere protegerla y hacer planes, pero está tan roto por dentro, después de lo vivido, que siente que es ella quien le protege, mientras él solo intenta exprimir cada momento, por si pensar en mañana es retar a la vida...

Magdalena se ha percatado de que los hermanos se han alejado mucho de su padre, pero no quiere utilizar esa distancia para criticarlo, cuando, en las condiciones que sea, siguen compartiendo la vida con él. Solo serviría para desequilibrarles más. Y ella no desea que eso ocurra, porque es muy consciente de que no sería capaz de hacerse cargo de sus hijos, ni de prestarles la atención que merecen. Nunca lo fue. Nunca la dejaron. ¿Acaso lo intentó? ¿Se revolvió alguna vez? ¿O solo se resignó? Siempre se lamenta de lo que le hicieron y de lo que no le dejaron hacer, pero ¿qué hizo ella? Debe repasar sus propios errores, confesarlos y encerrarlos en ese cuaderno de recuerdos y secretos. Ha de contarlo todo en ellos: los delitos de su padre y sus sospechas...; también su eterna cobardía y sus innumerables faltas de omisión. Y que sus hijos juzguen y condenen. Están en su derecho. Por ellos tiene que ser firme en su compromiso de escribir y en la verdad, aunque ambas cosas la cubran de fango. Y debe darse prisa, porque es posible que la droga pronto se lo impida. Cada vez nota más sus efectos en su rostro, su cuerpo y su cerebro. Pero ni se plantea dejarla: la droga es lo único que atempera su dolor constante y esa infinita desesperanza que la corroe. Los riesgos son lo de menos cuando la compensación es tan enorme. Y esa paz que le proporciona el caballo es inmensa y maravillosa.

Lleva muy poco tiempo pinchándose y ha leído en alguna parte que la mezcla de la heroína con el Valium aumenta la toxicidad de una y otra; pero ahora es adicta a las dos, y aunque trata de no

excederse con ninguna, el efecto de la heroína es tan inmediato y extraordinario que le gustaría meterse un chute a cada rato, sola y sin testigos. Ya ha escrito unas cuantas páginas de su diario. Es buen momento para volver a entregarse a la ceremonia de la droga. Busca en su dormitorio el estuche de cuero donde la guarda con las jeringuillas, lo lleva al salón y lo despliega sobre la mesa. Después va a la cocina y regresa con una botella de agua destilada, un limón y un cuchillo, que coloca junto al estuche, guardando cierta estética. Pincharse no deja de ser un acto ritual y no quiere descuidar ningún detalle. Dobla la chuchara y la vuelve a dejar en su sitio. Abre la papelina, recoge un poco de jaco con el cuchillo y lo deposita sobre la cuchara doblada. Corta el limón en dos trozos y lo pone donde estaba entero. Revisa si tiene cuanto necesita a mano y comprueba que ha olvidado el tabaco. Busca un paquete en su cuarto, saca un cigarrillo, le quita el filtro, le saca el algodón y hace una pequeña pelotita con él, que coloca al lado de la cuchara y el resto de los elementos necesarios para inocularse la heroína. Ahora que ya lo tiene todo, vierte primero el agua sobre la droga que ha dejado en la cuchara y le añade una gota de limón. Tira la bolita de algodón del filtro sobre la mezcla y deja que se empape. Agarra la jeringuilla, le saca el émbolo, remueve con él el cóctel y luego, a través del algodón que hace de filtro, absorbe el contenido; le da unos pequeños toquecitos con los dedos a la jeringuilla, para quitarle el aire, y saca apenas una gota de la mezcla por la punta de la aguja (no quiere desperdiciar nada). Se hace el torniquete en el brazo y se inyecta metiendo y sacando la aguja y mirando cómo la sangre y la droga se van mezclando, hipnotizada...

Se deja la jeringuilla un buen rato en el brazo, mientras empieza a sentir un calor denso, envolvente y sanador, que se expande por todo su cuerpo, abrazándola como si fuera el amor del que carece y proporcionándole ese alivio que tanto necesita. Saca por fin la jeringuilla de su vena y se acerca el brazo a la boca para chupar la última gota. Luego se desploma sobre el sofá, concentrada en sentir cómo la droga corre por sus venas como una gacela; pero es cuando

llega a su cerebro cuando experimenta una sensación de euforia enormemente placentera. Al poco, nota que le pesan las extremidades y se le nublan los pensamientos. Es como si su corazón latiera a mucha menor velocidad de la normal y su respiración se acomodase a ese ritmo. Está adormilada, somnolienta, desbaratada..., pero todo es paz y calma... Una sonrisa flácida se dibuja en su rostro en cuanto empieza a notar ese placer incomparable que le provoca el viaje, cincuenta veces mayor que el de un orgasmo. ¿Alguna vez tuvo un orgasmo? Ya no lo recuerda. Se deja llevar por el calor que envuelve su piel, su cabeza y su sexo, y disfruta de esa catarata de emociones que se reparten por su ánimo de manera milagrosa y provoca que los problemas dejan de importar.

Casi en el mismo momento, en un garaje próximo, donde unos amigos de su hijo tocan con un grupo, al que él se une de cuando en cuando, un traficante hace su aparición triunfal, agitando unas papelas agarradas con el dedo índice y pulgar de su mano izquierda.

—El otro día tú nos trajiste un buen cargamento de hachís, Enrique, así que hoy invitamos nosotros —le dice uno de los jóvenes mientras saca el dinero del bolsillo para pagar al camello, que lo recoge y desaparece a toda prisa.

Otro de los chicos le ofrece los útiles necesarios para pincharse.

—No sé si sabré hacerlo bien. Será mi tercer pico... Es una pasada, la verdad... Pero no se me ha quitado del todo el miedo a las agujas, ja, ja, ja...

El tercero de los músicos le ayuda a prepararse. Le ata la goma en el brazo y cumple con el protocolo hasta cargar la jeringuilla.

—¡Ahí está tu vena! Esperando alimento, tío.

Pese a cierto temor que le hace titubear, el chaval consigue pincharse. Siente algo de dolor, pero se va desvaneciendo en muy poco tiempo y se transforma en el placer ya conocido, pura luna de miel... Sin embargo, en muy pocos minutos, ocurre algo inesperado.

Enrique nota que le abrasa la vena. No es un calor agradable, sino puro fuego. Las náuseas se apoderan de su garganta. Se siente mal. Muy mal. Empieza a vomitar una y otra vez. Los chicos del grupo se ponen nerviosos. Eso no es normal...

—¿Qué pasa, tío?

Enrique no puede hablar. Los temblores convulsionan todo su cuerpo. Se pone rígido. Los ojos en blanco. Su saliva se convierte en espuma y resbala por su barbilla.

—Joder, tíos —grita uno de los chavales—, le está dando un chungo muy bestia... Hay que hacer algo....

—Prepara café —dice otro de ellos.

—¿Estás de la olla? Esto no se va a rebajar con café.

—¡¡¡Pues pínchale agua y sal...!!! ¡¡¡Hay que hacer algo...!!!

—Lo que hay que hacer es sacarle de aquí y dejarle en algún lado. Y rápido...

—¿Le dejamos en un portal?

—No, tío, hay que dejarle en la puerta del hospital... A ver si se va a morir, joder. Hay que soltarlo cuanto antes, que la cagamos...

Lo montan en el coche del batería y se acercan hasta el hospital de La Paz. Consiguen sacarlo, a duras penas, y lo abandonan, aprovechando que no hay gente, antes de escapar a toda velocidad.

El silencio invade el coche. Ninguno quiere hablar. No pueden. Están horrorizados. Estas cosas pasan y lo saben, pero nunca lo habían visto. Ahora son conscientes del peligro que corren.

—Tenemos que llamar a Mari Carmen. Que sepa que su hermano está en el hospital.

—Entonces sabrá que esto le ha pasado con nosotros...

—¿Y qué, huevón? Seguramente sabía que venía a vernos. Esos dos son una piña. Es lo mínimo que podemos hacer. ¿No te gustaría que lo hicieran por ti?

—Yo no tengo hermana pequeña ni mayor.

—No seas gilipollas y tira para mi casa. Yo voy a llamarla.

Mari Carmen no da crédito. ¿Enrique en el hospital? Mierda, mierda, mierda... Deja un aviso en el busca de su padre y baja corriendo a la calle para tomar un taxi. Menos mal que La Paz está cerca de su casa. Cuando llega y pregunta por él, le informan que está en la UVI. Se lleva las manos a la cara, aterrada, y no ve llegar a su padre que entra corriendo.

—¿Qué ha pasado? —pregunta.

—Un pico, papá... De verdad que yo no sabía... Te juro que no tenía ni idea de que se pinchaba.

—¡Menudo imbécil! —exclama el padre mientras se acerca al mostrador y pregunta por el director del hospital—. Yo también soy médico. Es colega y amigo. Haga el favor de avisarlo, enfermera.

Mari Carmen está asustada. ¿Un pico? Desconocía que Enrique se chutaba heroína. Creía que solo fumaba marihuana, como ella. Se hacían los porros juntos y... no le había dicho nada. ¿Tal vez para protegerla? ¿Por vergüenza? ¿Cómo es posible que se haya pinchado si desde siempre le han dado pavor las agujas y ella aún recuerda cómo se escondía cuando eran pequeños y llegaba el practicante a ponerles las vacunas? ¿Y por qué no coge el teléfono su madre? ¡Maldita sea! Intenta tranquilizarse. A Enrique no le va a pasar nada. Seguro que no. Le limpiarán toda la caca que tenga en el cuerpo y le mandarán a casa. Eso es lo que va a suceder. Su padre lo conseguirá. Al poco aparece el director del hospital. Moviendo la cabeza hacia ambos lados.

—Hola, Enrique... Tu hijo. No sé qué decirte, tiene mala pinta. No sabemos si es una sobredosis, droga en mal estado o qué.

—Maldita zorra —masculla entre dientes el ginecólogo.

—¿Perdón?

—Su madre, joder, su madre... La mala influencia. Ella es la causante de todas las desgracias de la familia.

—Papá, no digas eso —tercia Mari Carmen con lágrimas en los ojos.

—¡Cállate! —ordena Enrique—. Tú no sabes nada...

Otro médico acude a donde se encuentran e interrumpe la conversación. Su rostro, grave, sin atisbo de esperanza, anticipa el discurso.

—Hemos hecho cuanto podíamos hacer... Ha fallecido. Lo siento.

# 17

*Presente, 2018*

«Nadie podrá medir el poder que oculta una palabra».

ALEX GRIJELMO

Roures regresa a Madrid, atento a la carretera y sin prestar atención al paisaje. En la retina guarda la imagen de la playa gijonesa de San Lorenzo. La ha visitado antes de dejar la ciudad, apenas un instante y sin bajarse del coche, para llevarse el recuerdo del agua azul, reflejo del cielo del mismo color de ese día de otoño, que baña con amor y suavidad la arena blanca, como si fuera uno de verano, y embriagarse con el aroma del mar, que se ha colado por la ventanilla, perfumando el interior del vehículo. Luego ha emprendido el viaje. Lleva en el maletero varias carpetas de documentación confidencial sobre pacientes que pasaron por esa clínica fantasma, que no figura en los registros de ninguna parte. Hay una que corresponde a una tal Mari Carmen García-Aranda Aguado. Lleva el apellido del padre de Carlota y el de la jueza. Desconoce si esa «Mari Carmen» es Carlota. Podría ser el nombre de su hermana, pero se suicidó. ¿Y si se trata de la jueza? ¿Podría ser ella? Y si fuera así, ¿por qué ya no se llama Mari Carmen y no se apellida como su padre? ¿Es una hija ilegítima? ¿Se cambió el nombre y el apellido?

¿Cuándo? ¿Por qué? Algo va a sacar de ahí. Lo intuye. Más bien lo sabe. Y lo teme. Además, en el fondo de uno de los archivos encontró unos cuadernos a mano alzada, con diversas anotaciones, que necesita estudiar a fondo. Le esperan días de sumirse en los papeles, tarea que aborrece; pero también de conversaciones con Carlota. Mira de refilón lo que hay en el asiento de al lado del conductor. Es una caja de pastelería con *casadielles*, un dulce típico de Gijón, que la hostelera con vocación de escritora de *noir* le ha dejado en el asiento.

—Dulces de harina de trigo rellenos de nueces y un toque de anís. Fritos, como las rosquillas. Y algo más contundentes. Te gustarán. Y sobre todo te matarán el gusanillo si le da por retorcerse en medio del viaje..., porque ya supongo que no te detendrás hasta que llegues. Espero que me cuentes si mi contribución ha servido para algo. ¿Lo harás?

—Desde luego —se compromete Roures—. Y volveré a disfrutar de vuestra magnífica Casa del Indiano, completamente exorcizada de sus tiempos de clínica fatal. Te lo aseguro. Allí solo se respira paz y amor. Dudo que en otros tiempos sucediera lo mismo.

En cuanto llegue a casa, revise todos los documentos y saque conclusiones, llamará a Carlota. Aún no sabe qué quiere la jueza. Para averiguar si su hija lo es, la única prueba fiable es la de ADN. Quizás para planteársela necesita algún indicio previo que delate que es su madre. O que podría serlo... Y supone que también alguna prueba de que su padre no lo es... Lo cual también se dilucidaría con otra prueba de ADN.

Necesita música para despejarse. Para animarse. Para salir de ese bucle de pensamientos de niños robados. Para recordar a Carlota fuera del caso y desear verla. Carlota. Una mujer, como tantas otras, con cicatrices de la infancia en el ánimo, en el sentimiento y en el cerebro, que es el auténtico corazón. Piensa inmediatamente en esa canción de Pink Floyd «Brain Damage», daño cerebral. La busca en su móvil y la pone. Los lunáticos están por todas partes, en la hierba, en el pasillo, hasta en su propia

cabeza... Eso canta el bueno de Roger Waters. «Está claro, Carlota, que te veré en el lado oscuro de la luna, en cuanto nos enfrentemos, cara a cara, y analicemos este asunto que te atormenta por la hija que te robaron y por más aspectos que aún desconozco, pero que sé que están ahí, en la trastienda más negra de tu brillante escaparate», piensa mientras conduce. Conduce escuchando la canción, dejándose mecer por la música, sin atender demasiado a los versos de Waters, el bajista, vocalista y compositor, que corea David Gilmour. El lado oscuro de la luna. El lado oscuro de las personas. El lado oscuro de la vida de Carlota. Tal vez de la propia Carlota.

Suena el teléfono y acalla la música. Por suerte, se ha acordado de activar el manos libres. En la pantalla aparece el nombre de Prieto.

—Prieto —contesta el detective al dispositivo—. ¡Qué rapidez! ¿Alguna novedad?

—¿Dónde cojones estás, Roures? El caso que tienes entre manos no es precisamente de cuernos entre matrimonios ricachones. Esto parece grave...

—Te refieres al de las chicas de la universidad que comentamos esta mañana, supongo. ¿Hablaste con el Manos? ¿Habéis descubierto algo?

—El Manos me pasó la URL y accedí al sitio de la *dark web*. Las chicas están dormidas, hipnotizadas o drogadas. Yo qué sé... También hay un vídeo con un pavo a su lado —al que no se ve— que les habla (ha distorsionado la voz) y las hace llegar al orgasmo...

—¿Solo con palabras?

—Exclusivamente. Y a una cierta distancia. No las toca. Es estimulación cerebral... Bastante impresionante, por otra parte. Mira que he tenido novias que aseguraban poder llegar al orgasmo pensando; pues esto es una especie de paja mental...

—Se llama hipnosis erótica. Neurosexo —informa el detective—. Se utiliza mucho en Argentina.

—Argentinos tenían que ser para poder follar con las palabras...

—El poder de las palabras... Esto es lo que ha utilizado ese cerdo del profesor universitario. Palabras para hipnotizar, tras convencer, gracias a la autoridad del maestro, y a la fascinación por la literatura. La hipnosis, el magnetismo animal y la monstruosidad están bien presentes en la vida de Dickens, un apasionado seguidor de Mesmer y de esa teoría de un supuesto fluido invisible que permite el funcionamiento del cuerpo humano, pero que, con una distribución errónea lo enferma, por lo que hay que reubicarlo... Dickens no solo dejó constancia de su comunión con el mesmerismo en actuaciones directas con mujeres influyentes, también lo hizo en una novela inacabada titulada *El misterio de Edwin Drood*. —Silencio al otro lado de la línea—. ¿Prieto? —pregunta el detective.

—Estoy aquí... Me da por saco cuando te pones erudito, Roures. ¿Qué más da si Dickens escribió sobre esto o si lo hizo su puta madre? El caso es que hay un tipo que hipnotiza a las chicas en la universidad, les saca fotos mientras se corren escuchándole y luego las coloca en la *dark web*, sospecho que para sacarle una rentabilidad que no sé hasta dónde llega...

—Perdona, amigo, por mi «culticia»; era una reflexión en voz alta. El hecho de que en la literatura inglesa victoriana sea difícil encontrar alguna historia donde no aparezcan la hipnosis, la posesión, la telepatía, el mesmerismo y los médiums me parece una herramienta definitiva para seducir a jóvenes universitarias. Más, si quieren ser periodistas e incluso escritoras... Recuerda que yo también estudié esa carrera, aunque fuese en el pleistoceno. Y ya entonces la atracción por los profesores cuentahistorias era una constante. Seducir con Dickens... o con *La verdad sobre el caso del señor Valdemar*, de Poe; *El gran experimento de Keinplatz*, de Conan Doyle, o incluso el *Drácula*, de Bram Stoker, ha sido una constante, y no solo en el caso de los profesores...

—Vamos, que tú también has ligado largando estas historias.

Roures ríe.

—Contar historias siempre fue la única manera de que las mujeres me hicieran caso. A veces, de la guerra; en la paz, de la

literatura y de la música. No sé de nada más... —Ríen los dos. Y vuelve a hablar Roures—: Pero yo no las utilicé para meterle mano a nadie, ¿eh? Ni tampoco para resolver casos. Y eso que, en mi ya larga época de detective, podía haber recurrido al ejemplo de los «colegas» de profesión de ficción que aparecen en *The Experiences of Flaxman Low*, de Hesketh-Prichard, que utilizan el magnetismo animal y la hipnosis para esclarecer los crímenes...

—Vaya, vaya —se asombra Prieto—, lo que da de sí la literatura. Por eso lees tanto, cabrón. Si no, de qué te ibas a ligar a tías como la jueza Aguado...

—Volvamos a este caso, que Carlota no tiene nada que ver en esta historia... —se apresura a decir Roures, que no quiere compartir con su amigo, de momento, nada del relacionado con Carlota—. Lo que necesitamos saber es qué pasa con esas fotos y vídeos. Si se venden. Si ponen a las chicas a tiro...

—Eso es lo que estoy investigando, pero... tendrás que hablar con ellas. Con las que puedas...

—En cuanto llegue a Madrid.

—Yo mientras investigaré por otro lado. Me vas a decir que veo fantasmas en todas partes, pero aquí..., intuyo la sombra de la trata, sea organizada o de algún espontáneo.

—Dame unos días para que pueda hablar con las chicas y te llamo —asegura el detective—. Y entretanto, no olvides decirme qué pasa con esas fotos. Si se venden o si son una puerta de acceso para conseguir relaciones de cualquier tipo con ellas... ¿Crees que es posible descubrirlo?

—El Manos está en ello. Creo que pronto nos dará información. Tu pupilo se mueve muy bien con la tecnología. Yo he contactado con un compañero experto en ciberdelincuencia. Veremos qué sacamos de todo esto. Dudo que ese profesor se conforme con vender las fotitos de las chicas, si puede sacar algo más...

Roures cuelga. En su cabeza baila demasiada información sobre los dos casos que le ocupan. Debe establecer prioridades. Está deseando llegar a casa para meterle mano a los papeles que se ha traído de los archivos del pasado, pero... eso es pasado, aunque la jueza esté impaciente por desentrañar el misterio y más aún por comprobar que su hija es su hija y ¿decírselo? ¡Quién sabe! Tal vez convenga que antes trate de hablar con las chicas de la universidad. Es posible que ellas e incluso otras estén en peligro. Y no sabe qué tipo de peligro. Lo mejor es concertar una cita con el padre de la que les ha encargado el caso y también con la propia chica... Quizás ella desconoce que hay imágenes suyas en la *dark web*. Es más que probable. Necesita tener todos los datos para poder actuar.

Le duele pensar que será muy difícil retirar esas fotos de la circulación, pase lo que pase. Correría a por el malo de esta película, aunque no le pagaran. Le fastidia ser un romántico, pero... sabe que es incapaz de escuchar voces en la habitación de al lado y no levantarse a ver si puede hacer algo. Quizás por tanto que no pudo hacer en las guerras. Por aquellos abuelos que vio en un sótano en Sarajevo y tuvo que abandonar a su suerte. O por esa joven bosnia a la que una cuadrilla de soldados serbios arrastró hacia una habitación sin que él pudiera nada más que contarlo. O por la violación en Sierra Leona de Isabel. Si tuviera más cabeza, a esas alturas de su vida, ya se habría colocado el traje de «¿a mí qué me importa?» o se habría dejado crecer la piel de rinoceronte. Pero sigue doliéndole lo de al lado. Y hasta obligándole a actuar, por mucho que intente convencerse de que es mejor cerrar las ventanas, subir el volumen de la música y hacer como si nada ocurriera...

La música. Todo está en las canciones. Lo mejor sin duda. También lo peor... El niño maltratado de Suzanne Vega, los críos asesinados a los que cantaron los Smiths en «Suffer Little Children», la historia del tipo que mató a seis personas en un viaje de veintidós días, «Riders on the Storm», de los Doors, o hasta el asesinato de Lennon que describieron en su «I Just Shot John Lennon» los Cranberries. Busca en su móvil el primer disco de los Smiths, el de

1984, que incluye su canción más triste, y conduce, sin apartar la vista de la carretera, dejando que la música le meza, sin prestarle atención a la letra. Debería centrarse en alguno de los dos casos que le ocupan y que se mezclan en su pensamiento. Llegará en un par de horas a su casa. Y necesita decidir qué quiere hacer.

Suena el teléfono de nuevo.

Es Carlota.

—Señoría... —responde Roures mientras espera a su respuesta, a su voz, en parte bálsamo y en parte todo lo contrario...

—¿Dónde andas, Roures? —pregunta Carlota—. Has vuelto ya de la tierra de mi madre.

—¿Tu madre es asturiana? No me lo habías dicho... Estoy desconcertado. Ni siquiera sé si vive o...

La jueza calla un momento. En la línea, el silencio pesa. Roures tiene la sensación de que ella valora qué le quiere contar. Para no mentirle y, tal vez, tampoco decirle toda la verdad.

—Si se le puede llamar vivir... —dice por fin Carlota—. Cuando murió mi hermano, ella se volvió medio loca. Era al que más quería. O tal vez solo le quería a él. Fuera como fuese, cuando lo mató una sobredosis —o droga en mal estado, nunca lo llegamos a saber—, se le fueron las pocas ganas de vivir que le quedaban. Ya había dejado de cantar en otro embate de la vida, pero después de la muerte de mi hermano decidió aparcar la guitarra y olvidarse del escenario para siempre.

—¿Cantaba? Tampoco lo sabía. ¿En dónde? ¿En algún club?

—En el Whisky Jazz. Desde que se fue de casa hasta que... —La jueza vuelve a hacer una pausa. No le resulta fácil hablar de su pasado y se le notaba—. Bueno, lo dejó del todo, tras la muerte de mi hermano, como te digo. Alguna vez acudí a sus actuaciones con él y mi adolescencia recién estrenada. Eran otros tiempos, y la chiquillería podía colarse en salas donde se vendía alcohol, aunque fueran tan oscuras como la del Whisky. ¿Llegaste a conocerlo?

—Claro. Era un clásico.

—Tal vez algún día coincidimos allí, detective, escuchando la voz rota de mi madre... ¡Quién sabe! Puede que estuviéramos predestinados a encontrarnos. ¿No decía Einstein que Dios no juega a los dados con el universo? Si todo tiene una razón de ser, puede que en aquellos días nos viéramos, pero no nos prestáramos atención por la distancia de la edad; luego nos cruzamos de nuevo porque teníamos que hacerlo... Mi madre, en cambio, nunca encontró al hombre conveniente. O mejor dicho, le pusieron uno en el camino y no le dejaron elegir. Y no salió bien. —Calla otra vez. En sus palabras y en sus silencios se adivina tristeza y una nostalgia de lo que no fue. De la familia feliz que no tuvo. Le cuesta contar, aunque sea a Roures. Le reabre todas las heridas. Cuando por fin prosigue, su voz denota fatiga—: Abandonó el club al morir mi hermano y... luego... Esa vuelve a ser otra larga historia, Tony. Ya tendremos tiempo para una noche de desahogo. Sé que quieres saber. Y yo quiero contarte y que me cuentes tú lo que has averiguado, pero... —Vuelve a hacer una pausa demasiado larga para una conversación convencional—, dame mi tiempo. Lo necesito. Hablar de mi familia y de mi pasado no es mi fuerte. Es la primera vez que lo hago. Y ojalá fuera un regalo para ti, pero no creo que lo sea para nadie...

—Estaré en Madrid en un par de horas —le informa el detective —. Necesito descansar un poco y hacer unas cuantas llamadas. Tengo un caso cruzado con el tuyo, que no es baladí. Y voy a llegar muy cansado. Recuerda que tengo ya un millón de años. ¿Quieres que nos veamos mañana?

—Claro —acepta ella sin dudar—. Te invito a comer en mi casa. No tiene el *charme* de tu guarida de Malasaña, ni tampoco de la piscina de aquel ático de Cala Bona donde, nos... —hace una pausa cómplice—... empezamos a conocer, pero creo que nos servirá de escenario, para... conversar.

La jueza acaba de activar el poder de los recuerdos. El detective no puede obviarlo ni evitar regresar a aquel día en la piscina del ático. Carlota desnuda, emergiendo del agua como una diosa y

acercándose a su sexo para devorarlo sin permitirle tocarla... Se excita sin remedio. Y sabe que ella lo sabe. No es inocente. Es su intención. Como si manejar a los hombres fuera un juego que le proporciona cierta paz.

—Con esas expectativas, señoría, estaré encantado de ir a visitarla.

—Te espero entonces, Roures.

—De acuerdo. Solo una pregunta antes de que nos veamos.

—Que no sea difícil...

—¿Alguna vez fuiste Mari Carmen García-Aranda?

# 18

*Pasado, 1983*

«Ninguna culpa se olvida mientras la conciencia la recuerde»

STEFAN ZWEIG

Magdalena camina lentamente hacia su apartamento en el edificio Arichuna. Arrastra los pies junto a un fortísimo dolor, que nota en cada recoveco de su cuerpo. El peso de la culpa es tan salvaje que lo siente aplastándole la espalda como si cargara sobre ella un quintal de hierro. Su hijo ha muerto. Acaba de ver cómo cubrían su ataúd con paletadas de arena, en el mismo cementerio de la Almudena donde enterraron a su hermana, en el panteón familiar de los García-Aranda. El padre del joven fallecido, ese hombre que continúa siendo su marido en los papeles, le ha ordenado que se fuera y le ha prohibido que asistiera a la misa por el alma del chico.

—¿Qué más te da a ti, que has contravenido todas las leyes de Dios? No quiero que estés, ¿me oyes? Has matado al chico. Has matado a tus hijos. Nadie te lo va a perdonar... Ni en esta vida ni en la otra. Márchate, Magdalena, y déjanos en paz...

Enrique le ha soltado ese discurso cargado de odio a Magdalena en voz muy baja, para evitar una vez más el tan temido escándalo; pero no ha conseguido que no le escuchara Mari Carmen. La

pequeña de la familia, ya hija única, lo vigila todo con esos ojos azules suyos, tan bellos, enrojecidos por el llanto, que ahora contiene con esfuerzo, tras horas y horas de lágrimas interminables. Quería mucho a sus hermanos. Más a Enrique que a Mariana. Él era su cómplice, su amigo, su colega... Siente una tristeza profunda, que la inmoviliza. No va a decirles nada a sus padres. No quiere culpar a nadie... ¿Su madre le mostró el camino de la droga a su hermano? Puede ser. Pero lo habría descubierto igualmente él mismo. Cada vez hay más droga en todas partes. Madrid está lleno de droga. Y fueron sus amigos quienes se la facilitaron. No culpará a su madre. De nada. Aunque su padre se empeñe. Y en cuanto a la droga... No todas son como la mierda del caballo. A ella le vendría bien un canuto de marihuana bien cargado en ese momento. O dos o tres. Algo que tamizara su consciencia, que empañara la realidad y la ayudara a olvidar, por un rato, la muerte de su hermano y la desgracia que parece empeñarse en señalar a su familia.

Magdalena, por su parte, también quiere droga. Pero no un simple un porro. Necesita chutarse. Meterse un pico. Perderse en un viaje de heroína. Si la música dejó de ser su oasis tras la muerte de Mariana, ahora, tras la de Enrique, está segura de que no volverá a proporcionarle consuelo nunca más. Cada nota le recordará a hijo. A todas las canciones que él ya no escuchará. Ya no le queda otra vía de escape que no sea la droga. ¿Y matarse, como intentó aquella vez? No. Sería una nueva cobardía aplacar el dolor de esa muerte de la que le culpa su marido, y con razón. La culpa es suya. Toda suya. Ella no ha matado a Enrique. Pero lo ha matado. Y también a Mariana, a tenor de lo que dejó escrito antes de saltar por la ventana. Su marido mató a su amiga y a aquel médico, pero ella... Ella ha matado a sus hijos, ¿acaso es mejor que él?

Debería olvidar a Mari Carmen y dejarla en manos de su padre, que es un monstruo con ella, pero no con sus hijos. ¿O también lo es? A ellos no los mataría... ¿O sí? Magdalena no cree que su esposo tenga nada que ver con la muerte de Enrique, pero... ¿y con la de Mariana? Necesita apartar esos pensamientos terribles, que regresan

a su mente cada poco y que ha enterrado entre las líneas de su cuaderno cuadriculado. Allí ha dejado sus percepciones e intuiciones. Lo que cree que pudo ocurrir, aunque carezca de pruebas. ¿Y si las tuviera? ¿Qué haría? ¿Se atrevería a ir a la comisaría? ¿O se buscaría alguna otra excusa? ¿No debería intentar proteger a su hija de...? Pero ¿cómo? Ella no está en condiciones ni de cuidar de sí misma, así que difícilmente podría atender a Mari Carmen. No se siente capaz. Y ahora que está sola, necesita que la vigilen, que estén atentos a ella y eviten que siga el camino de sus hermanos... ¿Acaso podría hacerlo ella?

Desprecia a ese tipo que continúa siendo su marido. Y tendrá una conversación con él, pero ¿no es mejor padre que ella madre? Necesita convencerse de que lo es, de que cuidará de Mari Carmen y no le hará daño... ¿De verdad lo cree? Tiene que creerlo, al menos ese día, que tanto necesita meterse fuego en el cuerpo. En cuanto se recupere, hablará con él. Le guste o no. Y le preguntará por todas las cosas que no entiende, para despejar esas sospechas que la torturan. O para confirmarlas y actuar en consecuencia. Eso hará. Se picará ese día; pero en cuanto esté en condiciones, hablará con él. Y escribirá lo que le cuente en ese diario suyo que se ha convertido en su único desahogo. Y tal vez hará algo más... ¿o también esta vez encontrará una excusa para no hacer nada?

Cuando llega a su apartamento, con la espalda abombada, la mirada turbia, las ojeras moradas y el ánimo deshecho, camina hacia el baño, enfrenta su rostro al espejo, se rocía la cara con agua fría y llora todo lo que no ha querido llorar en público. Intenta pensar qué puede hacer, pero solo se siente capaz de sumergirse en el ritual de un pico. Y lo hace. Y mientras eso sucede y ella atempera su angustia con la misma droga que ha matado a su hijo, el padre y su hija menor regresan a su casa, rotos, pero juntos.

—¿Cómo te encuentras, Mari Carmen? —pregunta su padre con toda la ternura de la que es capaz, cuando entran en el domicilio.

—No sé explicarlo, papá. Me encuentro... sola. ¿Qué voy a hacer yo sin Mariana y sin Enrique? —inquiere sollozando.

El padre acaricia la mejilla de su hija para intentar consolarla.

—Ven hija, sentémonos —dice en tanto la conduce al sofá del salón y se acomoda a su lado—. Y no pienses que estás sola. Me tienes a mí...

—Y a mamá...

El hombre se pone en pie, enfurecido, y comienza a caminar nervioso de un lado a otro de la estancia.

—No mentes a tu madre. No debería llamarse madre siquiera. Es una drogadicta irresponsable que ha matado a tus hermanos...

—Pero ella no..., ella está mal desde hace mucho, papá... ella...

Enrique se acerca a su hija y le coloca un dedo en los labios para que cierre la boca y se calle. Luego la levanta y la abraza. La niña se pega a su padre, y, cuando lo hace, él advierte que su cuerpo ya no es el de una niña, sino el de una mujer. Es casi tan alta como él, así que siente el calor de sus pechos firmes clavados en su torso. Baja las manos hasta su cintura, tan estrecha, y la empuja hacia él. Luego la separa un momento para ver su bello rostro y besa sus lágrimas, con lo que ella entiende que es amor paternal, y de nuevo la abraza, acariciando su espalda. Nota que su miembro comienza a crecer y entonces, se aleja de ella. No quiere asustarla. No en ese momento. Tal vez más tarde o quizás otro día pueda...

—Abrázame, papá —implora ella, inocente.

Pero él prefiere no hacerlo, para que ella no perciba su excitación.

—Más que mi abrazo necesitas dormir, hija... Desde la muerte de tu hermano no has pegado ojo. Ven —dice, agarrándole de la mano—, te acompaño a la cama.

En su cuarto, ya a solas, la chica se desviste y se deja solo las bragas de algodón. Sin pensarlo, corre a la habitación de su hermano, medio desnuda. Quiere una camiseta suya. Ponérsela para dormir. Olerla para sentirlo cerca, aunque ya no esté. El trayecto es muy corto, las habitaciones están pegadas la una a la otra; pero el padre la ve de refilón, sin ropa, aunque hace como si no. Ella se pone la camiseta de su hermano, regresa a su cuarto y se mete en

la cama. Entonces aparece su padre. Se sienta sobre el colchón y se agacha sobre ella para abrazarla.

—No te preocupes, preciosa —le susurra al oído—, superaremos esto. —Se separa de ella y la tapa con la sábana y la manta, despacio; luego posa las manos sobre el embozo de la sábana, que cubre justo los pechos de la chica, como si lo hiciera casualmente y sin intención... Ella no se extraña. No puede pensar nada malo. Es su padre...

—Tranquila —le dice él, acariciando ahora su cuello y su escote y bajando a besarle la nariz, con las manos apoyadas de nuevo en su pecho—. Duerme. —Se despega, por fin.

Mari Carmen se gira hacia un lado y cierra los ojos. Está tan cansada y triste, que no tarda en quedarse dormida. Su padre, en su dormitorio, no puede dejar de pensar en el cuerpo de su hija pequeña, en la sensación que se le ha quedado prendida a los dedos que han acariciado ligeramente sus pechos y su cuello... Desde la muerte de Mariana no ha tenido sexo más que esa joven enfermera del hospital que le ama incondicionalmente y a la que él ni considera, y con alguna prostituta; pero no ese sexo limpio y bello del que gozaba con su hija mayor. Y ahora..., recordar el cuerpo de su hija menor casi sin ropa, durante ese instante fugaz en el que ha salido a buscar la camiseta de su hermano, le vuelve a abultar el miembro. Se lo busca. Se lo acaricia. Comienza a frotárselo pensando en Mari Carmen, sigue haciéndolo rítmicamente cada vez a mayor velocidad hasta que eyacula, con los ojos cerrados y ahogando un gruñido en su garganta, para que ella no lo oiga. Se levanta al cuarto de baño y se retira el semen con una toalla. Luego vuelve a la cama y se duerme también.

Entretanto, Magdalena, sola en su apartamento, infecta su sangre con la que será su última dosis de heroína. Dejará la droga. Lo ha decidido. Lo hará. Como la música. Su penitencia por la muerte de sus dos hijos será vivir el dolor sin paliativos, sin que nada le alivie ni

la consuele. Será una nueva persona. La madre que necesita Mari Carmen y que nunca se atrevió a ser. ¿Qué culpa tienen sus hijos de que ella aceptara la vida que eligieron para ella? No pudo hacer otra cosa, pero... ellos no deberían haber pagado por sus errores. Magdalena deja que el caballo ocupe su mente y distorsione sus ideas. La droga se extiende por su cabeza y por su cuerpo con rapidez y la envuelve en una bruma intangible de calor y de modorra, que en pocos minutos aplaca el dolor insoportable por la muerte de su hijo Enrique. Al poco rato, todo es paz.

A la mañana siguiente, Magdalena despierta con una tremenda sensación de pesadez en las piernas y los brazos. Se quedaría en la cama, como tantas otras veces, tras un viaje de jaco; pero es el primer día de una vida distinta y es preciso que se levante. Por primera vez desde que recuerda, apartará las excusas, se enfrentará a la desidia y cumplirá su propósito. Lo hará. Esta vez, lo hará.

Los cinco días siguientes, no consume nada de heroína, tal y como se ha prometido, pese a que su cuerpo se la reclama a gritos. Los síntomas que le provoca el síndrome de abstinencia de la misma droga que ya no entrará en sus venas nunca más le impiden salir de casa. Moquea, le lagrimean los ojos, le latigan fuertes calambres y los dolores musculares apenas le permiten levantarse. Vomita una y otra vez, tiene diarrea, ansiedad, alucinaciones... No puede comer. Su estómago no lo acepta. Y bebe solo agua. Sabe que el alcohol también es una droga y que el mono de los alcohólicos mata más que el de los heroinómanos; no quiere caer también en ese pozo. Pero toma Valium. Su droga legal. La recetada por el médico, que le hace más llevadero ese infierno. Al sexto día, se fuerza a comer algo ligero y por fin no lo vomita... Su cabeza no puede dejar de pensar en el caballo, tiembla a ratos y tiene miedo; pero su compromiso es firme: no volverá a probar la heroína. Nunca más.

Cuenta con muy pocos amigos, pero está Alberto, que aún le tiende la mano, como algunos de sus otros compañeros del Whisky Jazz, ese único lugar en el mundo donde alguien la aprecia. Le pedirá ayuda. En más de una ocasión se lo ha propuesto él mismo;

incluso cree recordar que le habló de algún sitio donde podrían asistirla. Está segura de que la apoyará. También de que ella realizará su propósito. Se lo ha prometido a sí misma. Por su hijo. Por sus hijos. Sobre todo por Mari Carmen, la única ya en este mundo. Y, además, se divorciará. Quiera Enrique o no. Aún guarda por algún lado la tarjeta de un abogado matrimonialista al que conoció en el club y le ofreció sus servicios, al desvelarle unos pocos datos de su historia. Le llamará y buscará la manera de romper todos los vínculos con el hombre malvado que se esconde tras su apariencia bondadosa. Cuando Mari Carmen sea mayor, tal vez le descubra los espantosos secretos de su padre. Tampoco le ocultará los suyos. Recogerá en sus cuadernos los de toda la familia. Así, si no se atreve a revelárselos ella misma, siempre tan indecisa y cobarde, al menos le dejará a su hija, en herencia, ese diario al que aún le quedan muchas líneas por escribir...

Ese mismo día, en la casa familiar donde un día convivieron todos y ahora solo moran el padre y la hija pequeña, Mari Carmen despierta poco antes de que su madre lo haga en la suya, con una resaca sentimental que le empaña los ojos nada más abrirlos. Ha faltado varios días al colegio. Se sentía demasiado triste como para afrontar las preguntas de sus profesoras y compañeras, y su padre aceptó que no asistiera a clase. Ha estado muy pendiente de ella. Y parece que quiere seguir estándolo. De hecho, ahora la despierta cada día; y ese en el que pretenden recuperar la normalidad, le insta a que se duche y se vista para llevarla al colegio.

—Hoy te acompaño al cole. No quiero que vayas sola —le informa.

—Pero, papá, si estamos al lado... —se queja ella—. Eso es una tontería. Te lo agradezco, pero... en el colegio todo el mundo sabe que vivimos a menos de dos manzanas. No tiene sentido que vengas conmigo y que mis compañeras piensen que soy más bicho raro de

lo que soy... Ya me lo consideraban tras vuestra separación y después de la muerte de Mariana, así que ahora...

—Pues es que es ahora, Mari Carmen —insiste él—, cuando quiero que estemos más juntos. Me siento culpable por no haberte prestado más atención. Te acompañaré a todas partes...

La chica lo mira confundida. Tiene casi quince años. ¡No puede ir con su padre al colegio ni a ningún sitio! Eso piensa mientras se dirige al cuarto de baño y escucha el timbre del teléfono, que contesta el propio Enrique.

—Dígame.

—Enrique...

—Magdalena —responde él, cambiando el gesto, al escuchar la inconfundible voz de su esposa—. ¿Cómo te atreves a llamarme? Eres la desgracia de esta familia. Has matado a tus hijos, ¿lo sabes? Una yonqui que jamás se ocupó de ellos, que quiso abandonarlos siendo unos niños y que luego...

—Basta, Enrique —corta Magdalena con una decisión insólita en ella—. Sé muy bien lo que piensas de mí. También que no te importa lo que yo opine de ti... Lo que sé de ti...

—¿Qué sabes de mí, Magdalena? ¿Qué sabes? —Baja el tono para evitar que le escuche su hija, pero sigue increpándola de modo amenazante—: ¿A quién crees que creería un tribunal al que le plantearas tus locuras? ¿A una drogadicta que dejó a sus hijos con su marido porque no podía hacerse cargo ni de sí misma? Nunca has servido para nada, Magdalena. Y además, eres la responsable de la muerte de tus hijos... Recuerda la nota de Mariana. Recuerda que has sido el mal ejemplo que ha llevado a nuestro hijo a la tumba... ¿Qué más quieres? ¿Matar también a Mari Carmen?

Magdalena calla. Presume que añadirá ese cuento al de su locura y será el que reparta entre su suegra, que siempre la consideró menos que a las empleadas de su casa, y entre esos amigos que aseguraban serlo de la pareja, pero solo apreciaban a su marido... Se alegra de que sus padres fallecieran hace años. Alguna vez deseó verlos, retomar el contacto, pero... ni siquiera conocían a

sus hijos y vivían en un mundo tan distinto al suyo, que no hubieran podido comprenderla. Su marido tampoco lo hubiese permitido. Fue tajante al cortar sus lazos con ellos en los inicios de su matrimonio. Y pasados unos pocos años, cuando murieron de manera repentina, tras una gripe compartida, ni siquiera consintió en que fuese a sus entierros. Al menos el dinero que recibieron de Enrique García-Aranda, a cambio de su hija, les solucionó algunas de sus miserias cotidianas durante algún tiempo...

Magdalena no ha olvidado que aquel matrimonio concertado supuso una mera transacción. Intenta creer que sus padres se convencieron de verdad de que sería una buena opción para ella, pero... aunque no los culpe, tampoco consigue perdonarlos. «El que esté libre de pecado...», se dice recordando sus propias faltas, que disculpa menos todavía. Por sus pecados, por esa nota de su hija mayor que era un grito de socorro, por el dislate de su hijo mediano, que se empeñó en jugar con las mismas drogas que consumía su madre, y, sobre todo, por su hija menor, a la que espera poder proteger, aunque no sepa con exactitud de qué, sacará fuerzas de donde haga falta para enfrentarse a su aún marido.

—Quiero verte, Enrique —le espeta con firmeza Magdalena—. Hay asuntos que debo discutir contigo. Y no me digas que no te apetece verme. Yo tampoco tengo ganas. Pero es imprescindible. Si no, nos reuniremos directamente con los abogados.

—¿Abogados? ¿Qué estás diciendo? —pregunta él, furioso y extrañado—. ¿Qué te estás atreviendo a insinuar?

—Lo que oyes, Enrique. Quiero el divorcio. Y me importa muy poco si tú lo quieres o no... Sé que en nuestra legislación no es un cónyuge el que concede el divorcio al otro, sino que lo hace el propio juez. Hasta ahora me había dado igual, pero... no quiero seguir siendo tu esposa.

—¿Así respondes a mi generosidad? —se escandaliza él—. Eres un ser despreciable... Pero escucha bien lo que te digo: te dejaré sin nada, maldita zorra. Prepárate para vivir en la calle. Demasiado te he dado... ¿Y es ahora, justo después de la muerte de tu hijo,

cuando te atreves a plantearme esto? ¿Qué buscas?, ¿más dinero? ¿No tienes escrúpulos?

—Vete a la mierda, Enrique —suelta ella de improviso—. Esto lo hago por la memoria de mis hijos. Tal vez si no hubiera sido tan cobarde a lo largo de mi vida, la mía y las suyas habrían sido diferentes. Por lo menos Mari Carmen tendrá una madre que...

—¡No la verás nunca más! —le advierte él—. Nunca. Te lo aseguro.

—Eso lo decidirá ella —responde Magdalena sin arredrarse y como si fuera otra persona—. Y los jueces. Tú no volverás a imponerme nada. ¿Lo entiendes? ¡Nada!

Cuelga. Se siente orgullosa de sí misma. Es la primera vez que se enfrenta a su todavía marido. Está temblando. Corre al baño, saca un Valium del vial, se lo mete en la boca, y se agacha para beber agua del grifo con la que tragar la pastilla. «¿Acaso esto no es droga?», se pregunta... No necesita responderse. Solo le hace falta fe para creer que lo dejará todo poco a poco. Ha empezado con la heroína y tal vez consiga..., pero ahora necesita un Valium, para tranquilizarse y encontrar las fuerzas para seguir adelante. Y también a alguien que la ayude. Marca el número de teléfono de Alberto.

—¿Alberto?

—Magdalena, ¿eres tú? ¿Cómo estás? Temía que...

—No temas nada ya, Alberto... Solo ayúdame. Por favor. Necesito que alguien me indique qué he de hacer para alejarme de las drogas. De todas. O de las que me digan que puedo dejar. No sé por dónde, pero quiero empezar a reconstruirme... Tú siempre me has dicho que...

—No sabes lo que me alegro, Magdalena —corta él, que siente un profundo cariño por ella, con sincera alegría—. Cuenta conmigo. Te ayudaré...

Cuelga de nuevo. El Valium y la disposición de su amigo han apaciguado algo el estado de ansiedad provocado por la abstinencia

y le han inoculado una dosis de fuerza y de decisión que aprovecha para aventurarse a marcar también el teléfono del abogado.

—¿Pedro Fernández?

—Al aparato.

—Soy Magdalena Aguado. No sé si me recuerdas. Nos conocimos hace un tiempo en el Whisky Jazz. Me entregaste tu tarjeta y...

—¿Eres la cantante? —pregunta él con tono de sorpresa.

—Ajá.

—Te recuerdo muy bien. ¿En qué puedo ayudarte?

—Bueno —titubea Magdalena—, yo... Me dijiste que eras especialista en divorcios complicados, y he pensado que podría ponerte a prueba. Mi caso no va a ser sencillo, ¿sabes? Y, en fin... ¿Crees que podría verte y contártelo?

—Un reto, ¿eh? —responde él—. Nada me divierte más. Déjame revisar la agenda. —Hace una pausa para consultarla—. A ver... si te hago un hueco, ¿podrías acercarte a mi despacho mañana a las diez? A la calle Alcalá, 57, cuarta planta. Hay una placa en el portal.

—Allí estaré.

Cuelga. Se siente sorprendentemente excitada, pese al Valium. Es la primera vez que no se atrinchera en las excusas; el primer paso hacia una vida distinta. El dolor por la muerte de sus hijos no se irá jamás, pero se esforzará en ser una verdadera madre para la hija que le queda, y en lograr que no se avergüence de ella. Y quizás algún día, quién sabe, cuando conozca toda la verdad, hasta llegará a comprenderla.

# 19

*Presente, 2018*

«La persuasión es a menudo más efectiva que la fuerza».

ESOPO

Madrid es una ciudad diferente. Con dos caras. Como la luna. Roures las conoce a ambas y las ama a las dos. Como si fueran una esposa y una amante, con el mismo peso en la balanza de sus sentimientos. Lo piensa siempre que camina por sus calles largas o cortas, anchas o angostas, superpobladas o desiertas, que cambian sus fisonomías dependiendo de las horas del día o de la noche. Esa mañana el detective ha salido de su casa de Malasaña esquivando las preguntas de madre amorosa de la portera, que no se ha resistido a describirle su mala cara ni a recomendarle que se cuide como le corresponde a alguien de su edad. Desconoce la suya. Si él ya ha cumplido los mil años, ella irá por los dos mil. Debe de ser que las porteras no se jubilan jamás. O quizás es más joven que él y la vida ha sido más inclemente con ella por ser mujer. Vete a saber. Mira al cielo capitalino intensamente azul y limpio como una patena. Ni rastro de nubes. Y sí, la contaminación existe..., pero quién lo diría observando esa luz transparente que enamoró a Velázquez.

Camina por los bulevares con paso decidido hacia Almagro. Le gusta esa zona de Madrid, con sabor a barrio de toda la vida y, según las calles, pretensiones exclusivamente residenciales. El distrito de Chamberí siempre tuvo su encanto, pero ahora más que nunca. No tarda mucho en llegar a la plaza de Alonso Martínez... «¿Quién coño era Alonso Martínez?», se pregunta. No tiene ni puta idea. Cruza Génova, que supone que se llama así por la presunta ciudad italiana del navegante, puesto que desemboca en la plaza de Colón, y toma Almagro, que sí sabe que es la calle dedicada al manchego que acompañó a Pizarro a la conquista del Perú. «Cómo se enteren los creadores de la leyenda negra del pasado conquistador español, se cargan las placas y los nombres de medio barrio», se dice. ¡Como si en alguna conquista alguien hubiera sido bondadoso con los pueblos conquistados! Alejandro Magno, Julio César, Atila, Gengis Kan... A su lado, los españoles eran hermanitas de la caridad. O no. Pero lo cierto es que los hombres siempre buscan ampliar sus territorios. Hacerse más grandes y poderosos. Y en su empeño siempre son crueles, despiadados y brutales. Como lo son las guerras. Como lo es el ser humano. ¿Tenían más derecho a aniquilar a otras tribus los indígenas de la Sudamérica conquistada que los conquistadores llegados del otro lado del océano? Continúa caminando, ahora ya por Almagro. Pasa por delante de un bar con terraza encapotada con plástico. Una especie de envasado al vacío, feo, pero práctico. Un espacio resguardo que quiere imitar a los parisinos, acristalados y elegantes y se queda en lo que se queda... Ve llegar caminando al juez Pedraz. El de la Audiencia Nacional. Es increíble lo de ese tipo. Debe de tener su misma edad, pero parece un chaval. El pelo, la pinta... Madrid es un enorme escaparate.

Prosigue hacia la casa de Carlota. Almagro, 36. Uno de los edificios más señoriales de esa zona, que tal vez sea la más noble de Madrid. Con consulta de oftalmólogo carísimo en el bajo y entrada antigua de paso de carruajes. Parece que Mari Carmen García-Aranda, alias Carlota Aguado, tiene más posibles que cualquier juez de su categoría... Está deseando que le cuente su historia. Lo que

quiera contarle. Y también descubrirle todo lo que ha encontrado en los archivadores de la clínica. Sobre todo, lo que estaba oculto en el fondo de los mismos, fuera de las carpetas ordenadas por orden alfabético: documentos repletos de anotaciones a mano y de secretos por desvelar. No pudo esperar, y pese al cansancio, en cuanto llegó a su casa los examinó uno por uno. Había certificados de nacimientos y adopciones, que muy probablemente no siguieron los cauces correctos; incluso puede que se realizaran sin el consentimiento de las jóvenes madres, aunque es muy posible que sí con el de sus progenitores.

El padre de Carlota, además de llevar a esa clínica a su hija, para que la atendieran en el parto, figuraba como el médico firmante de muchos de los certificados, no solo de nacimiento, sino también de defunción de bebés. O sea que andaba metido hasta el cuello en el negocio. Teniendo en cuenta las cifras que manejaba la vendedora de bebés de Bilbao, seguro que a él también le resultó muy rentable. Ha revisado con minuciosidad los documentos referidos a Mari Carmen García-Aranda. Carlota. La niña nacida de su vientre en aquel hospital de transacciones fue entregada en adopción, en efecto, al tal Miralles y a la que supone que sería su primera mujer, María de las Mercedes Benítez. No puede ser la actual, porque en esos años sería una niña y además se llama Noah.... Caso resuelto, pero... ¿acaso es eso lo único que quiere Carlota? ¿O tal vez pretende castigar a su padre? Está claro que su único pecado no fue separar a su hija de su bebé. Entonces, tal vez busca eso, probar sus delitos y... Pero ¿podría hacerlo? Cree que no. Lo más probable es que sus fechorías hayan prescrito como las del doctor Vela. Si no se equivoca, las únicas que no lo hacen son las de lesa humanidad y ahora se revisa si los delitos sexuales pueden mantenerse en el tiempo... Nada más. O eso cree. Si alguien lo sabe es la jueza Aguado. ¿Entonces? ¿Qué busca? ¿Recuperar a su hija? ¿Contarle la verdad? ¿Hacerse una prueba de ADN y llevársela a casa? No se imagina a la jueza conviviendo con una joven y ejerciendo de madre.

A punto está de subir a casa de Carlota cuando suena su teléfono.

—Roures —contesta el detective.

—Jefe. Necesito que vengas ahora a la facultad de periodismo. Tengo a dos de las chicas dispuestas a hablar contigo. Hay muchas grabaciones y fotos muy feas que tienes que ver, que he comprado en la *dark web*. Si no paramos esto, el profesor colocará también las de sus últimos encuentros mesmeristas o de hipnotizador de tres al cuarto o lo que sea... Y aunque la policía las retire de algún servidor, ya sabes que se quedarán por ahí para siempre. El padre de la chica que nos contrató para que investigáramos al profesor que había abusado de su hija solo sabe lo que le ha contado ella, pero nada de fotografías en la red. Creo que las víctimas del juego sucio de este tipo tampoco tienen ni idea de esa segunda parte de la historia.

—Está bien, Manos. Voy para allá. Pero hagamos algo más. Tratemos de ir a ver a ese profesor. Si ahora está dando clase, intentemos acorralarlo a la salida, si es que para entonces tenemos algo de material con el que acojonarle. O al menos pensemos en la posibilidad de hacernos con sus claves, para abordarle después.

—Ok, jefe.

Roures cuelga y llama a la jueza.

—¿Sí?

—Carlota. Soy Roures. Estoy en la puerta de tu casa, pero... he de irme. ¿Cambiamos la comida por la cena?

—Ehhh... —duda ella—. Me urge verte, pero... está bien. Espero que sea por una buena causa. Si no, te mando detener, detective.

—Luego le explico, señoría. Y la compenso... Espero.

Roures cuelga y se acerca a la calzada, para un taxi alzando la mano y le pide que le lleve a esa facultad. La suya. Según los arquitectos, uno de los edificios emblemáticos de Madrid; de los mejores ejemplos de brutalismo arquitectónico de la ciudad... Roures la recuerda como un lugar desapacible. Demasiado hormigón,

demasiado color gris, demasiados materiales en bruto, sin edulcorar, que no contribuían a que el espacio fuera muy acogedor. Tal vez reseñable para los observadores, pero inhóspita para los estudiantes. Tarda poco en llegar. En la misma puerta ve al Manos con dos chicas que le parecen unas niñas, pese a ser ya universitarias.

Paga el taxi y desciende del vehículo.

—Hola, jefe —le saluda el Manos—. Mis amigas se llaman Vanessa y Aitana.

—¿Estudiantes de Periodismo? —pregunta Roures.

Ellas asienten con la cabeza. La mirada de sus pocos años permite atisbar junto con su inocencia un destello de temor.

—Aquí estudié yo hace un millón de años —informa el detective.

—¿Criminología? ¿Eso no se estudia en Derecho? —pregunta una de ellas.

—O en Psicología —añade la otra—. Desde luego, aquí no...

—Fui cocinero antes que fraile. La criminología vino después del periodismo, que estudié en esta misma facultad, antes de irme a contar las guerras —explica Roures.

—Oh, ¿fuiste corresponsal de guerra? —inquiere una de las dos con admiración—. Eso sí que es una aventura...

Roures sabe que la complicidad tranquiliza. Y ahora son cómplices. Todos «periodistas», de la misma universidad. Contadores de historias, aventureros dispuestos a informar de las tropelías del mundo, para contribuir a paliar las injusticias... La información no consigue que el mundo sea más justo, pero tal vez sí que la injusticia se conozca y se pueda combatir. Como poco, ofrece la posibilidad de rebelarse.

—¿Sabéis ya a qué queréis dedicaros? —pregunta el detective.

—A mí me encantaría atreverme con las guerras, pero... creo que intentaré que sean solo las deportivas —cuenta una.

—Yo solo quiero escribir —confiesa la otra—. Me gustaría ser como Rosa Montero. Periodista, sí, pero sobre todo escritora. Que mis entrevistas fueran literatura, como las de ella. Y que mis libros alcanzaran la calidad de los suyos.

—¿Las chicas de vuestra edad conocen a Rosa Montero? —pregunta con falso asombro Roures.

—¿Por quién nos tomas? —le espeta una—. No creo que no haya nada de Rosa Montero que yo no haya leído...

Ahí encuentra la brecha el detective y ataca sin dudar, de frente, como suele hacerlo siempre.

—¿Te la recomendó tu profesor de literatura? ¿Empezaste a leer a Rosa Montero por él?

La chica se sonroja hasta la raíz del cabello. Está claro que mentar a su profesor de literatura le hace recordar algo que le incomoda, sea o no consciente del lío en el que anda metida.

Dirige la mirada hacia el suelo, y después de un silencio que ya empieza a resultar tenso, comienza a hablar.

—No. Nunca nos habló de Rosa Montero... Pero sí de... —titubea—. No sé cómo pudo suceder... Fuimos unas cuantas compañeras y... Tenemos un club de lectura, nos encanta leer y nos encantan las curiosidades de los escritores; estábamos tan agobiadas con los exámenes, que cuando el profesor nos contó todo eso del mesmerismo y de la hipnosis... Bueno, creímos que nos vendría bien para los nervios y que nos liberaría de la ansiedad...

—¿De cuántas personas consta ese club de lectura? ¿Cuántas sois en el grupo de compañeras?

—Cinco.

—¿Os hipnotizó a todas?

—Ehh —titubea de nuevo—. Sí... Una por una... En días distintos, claro. Y varias veces.

—Y... ¿cómo os persuadió? ¿No hubo nada que os chirriase? ¿Cuándo os empezasteis a escamar?

—En realidad... —vacila—, nos pareció una experiencia divertida hasta que...

—Continúa.

—Hasta que el profesor nos enseñó a cada una, a solas, lo que había pasado en esas sesiones que él había grabado y nos amenazó con publicarlas en las redes si no accedíamos a...

—¿A repetirlas? —le ayuda Roures.

La chica niega con la cabeza.

—¿Entonces? —vuelve a la carga Roures.

—A dejarnos fotografiar... sin ropa. Nos aseguró que el germen de su experimento era de nuevo literario, que partía de la necesidad de entender a Lewis Carroll y su obsesión por fotografiar niñas sin ropa, pero que él, por supuesto, no pensaba fotografiar a menores y se conformaría con las instantáneas que nos tomara a nosotras, que solo serían para él, para su propia investigación.

—Con lo cual ahora tiene un bonito *book* vuestro sin ropa, además de unos vídeos muy sustanciosos, con unos orgasmos sin manos, imbatibles...

—Pero nos dijo que solo serían para él —insiste la otra chica, angustiada y abochornada, al comprobar que Roures conoce el resultado de esas sesiones.

—¿Y le creísteis?

Ambas bajan la cabeza... Roures se pasa la mano por el mentón. Ese hijo de puta tiene atrapadas a las chicas en este siglo XXI, donde sabe bien que todas temen mucho más a la distribución de imágenes que al hombre del saco... Necesitarían hacerse con todas las grabaciones y fotos que el profesor guarde en sus dispositivos. Entiende que solo una parte del material habrá acabado en internet e irá haciéndolo gotear para satisfacer las demandas de los compradores del mismo.

—Manos, deberíamos localizar a uno de tus amigos para que... tome prestado el teléfono de este tipo. Eso o que alguna de las chicas grabara una próxima sesión fotográfica... —dice, dirigiéndose a su colaborador. Luego prosigue mirando a las chicas—: ¿O ahora toca otra vez hipnosis?

—No —asegura una de ellas—. La hipnosis requiere confianza, relajación y... a estas alturas eso es difícil que lo consiga con ninguna de nosotras. Lo que no sabemos es si se lo ha propuesto a alguien más. Nosotras no lo hemos hablado más que entre nosotras,

claro... Esta es la primera vez que... Y no sé qué dirían las demás si supieran que lo estamos contando.

—De momento, una se lo ha dicho a su padre, que es quien nos ha contratado... Y eso os va a salvar de seguir en manos de ese cabrón.

—Y ahora ¿qué hacemos? —preguntan las chicas asustadas.

—Lo mejor es que no tenga contacto de ningún tipo con el profesor hasta que os lo digamos. No vayáis a clase. Pero intentad que no se extrañe. Fingid, qué sé yo, un viaje, o lo que se os ocurra, cualquier cosa... Os iremos informando

Las chicas se van. Roures saca un cigarrillo y se lo enciende. Tose desde lo más profundo, hasta que parece que se va a morir, y después vuelve a inhalar ese humo que sabe que no le matará en el instante, pero que le va quitando la vida poco a poco.

—Está el temita como para que te pongas malo, jefe —dice el Manos.

—Ya estoy enfermo del asco que me provoca este tío. Los abusones crecen, se reproducen y en cuanto se colocan en cargos de poder extorsionan de maneras diversas... He de reconocer que la de este tipo, al menos, es original...

—No les has dicho a las chicas nada de la *dark web*...

—De momento, lo único que deben saber es que alguien las va a ayudar... No, lo contrario. Ya están suficientemente cagadas. Si conseguimos robarle el móvil al tipo y sacar algo de él, tal vez podamos acorralarlo... Y luego, sin adelantar acontecimientos, todas las chicas deberían denunciar. El tipo acumula varios delitos, abuso, agresión sexual, venta y difusión de fotografías íntimas, extorsión...

El Manos hace una llamada rápida a uno de sus amigos «malos». «¿Robar un teléfono a un profe de universidad? ¡Eso está chupado! (...) ¿Devolverlo también? Sí, pero es más complicado, y vale más... Déjalo en mis manos».

—Tenemos controladas a tres chicas de las cinco, Manos, ¿no es así? Necesitamos hablar con todas. Además, es imprescindible que sepamos qué está haciendo exactamente este tipo con ese material

en la *dark web*. ¿Vende las fotos a una página? ¿La página es suya? ¿Los que compran esas fotos se hacen pajas con ellas y ya está? ¿O pretenden ponerse en contacto con las chicas y él les facilita la tarea? Habla con la chica que le fue con el cuento a su padre. O que lo haga Gabriel, que al ser compañeros lo tendrá más fácil. Supongo que a él le habrá dado más detalles... Necesito comprobar si el único pago que hacen estas chicas para evitar la extorsión es dejarse fotografiar desnudas. Ellas no nos han dicho otra cosa, pero... no sabemos con certeza ni eso, ni si ese profesorcito de mierda trabaja solo o para otros. Y eso me preocupa aún más.

—Son muchas preguntas, jefe... —dice el Manos—. ¿Qué te parece si mientras nos hacen la «gestión» del teléfono del profe yo intento averiguar más cosas del propio sitio de la *dark web*?

—¿La entrada para ver las fotos es libre?

—Bueno, tienes que tener la URL para poder llegar a ella; la han colado en algunos foros especializados y también aparece en listados de la Hidden Wiki.

—No sé ni de qué me hablas.

—Bueno, quédate con que esa URL es un enlace en el que pinchas y te lleva al sitio de la *dark web* donde el tipo ha colgado el material. Allí te encuentras con una sola foto de portada con la cara de una de las chicas en pleno lío y una leyenda: «Universitarias orgásmicas. Pura magia»...

Roures alza la vista con desdén. Luego se frota la cara, suspira y responde:

—Un texto muy literario... —Hace una pausa—. Le abriría la cabeza con mis propias manos.

—Luego, para acceder al material —sigue el Manos sin inmutarse—, hay que pagar. En criptomonedas. Lo habitual en la *dark web*.

—Tampoco sé para qué sirve eso, pero... da igual. Lo que está claro es que hay un negocio establecido. Lo esencial es saber si empieza y acaba ahí o si hay algo más. Investiga y habla con Prieto, Manos. Yo tengo una cita y otro caso...

—Ok, jefe. Te voy informando. A ver si conseguimos el teléfono de este tío y se lo duplicamos. Y luego...

—Luego a por él. Pero de eso me encargo yo.

# 20

*Pasado, 1984*

«Todo el mundo está hecho de fe, confianza y polvo de hadas».

J. M. Barrie

El abogado ha escuchado el relato de Magdalena sin pestañear; pero la historia le ha conmocionado. Parece una película norteamericana de los años cuarenta, más que la realidad de una mujer española de los ochenta. Salvo por la droga, claro, que en los años ochenta y en España está en todas partes. El relato es estremecedor. Y supone que solo le ha contado lo que le ha querido contar. Como hacen todos los clientes. No hay ninguno que lo relate todo... Le escaman las muertes casi seguidas de los hijos de su ya clienta. En la segunda, está claro que el padre no intervino de ninguna manera. ¿Y en la primera? ¿De verdad una adolescente perfecta puede lanzarse un buen día desde un quinto piso, después de haber tenido una relación sexual, nadie sabe con quién, que ha entrado de manera subrepticia y sin que nadie se entere? Es evidente que la madre no es culpable de nada, por mucho que la chica dejara esa frase que tanto la tortura, pero... ¿y el padre? Bueno. La policía lo descartó. Y a él no le compete. No tiene que investigar un asesinato ni defender al inocente o acusar al culpable. Lo suyo no es el derecho penal,

sino el familiar. Aunque podría ser que en ese caso se unieran ambos... No lo va a pensar. De momento. Sí se va a esmerar en sacarle todos los cuartos a ese tipo que debe de creerse que su posición y su dinero le vuelven intocable. Esos tiempos pasaron ya. Ahora las mujeres son otra cosa. Y, en concreto, la suya es la dueña del cincuenta por ciento de todos los bienes que el médico posea, a cuenta de los gananciales. Si las cosas no se tuercen —que lo harán —, se podría hacer un festín. Habrá que ver cómo sigue el cuento. De momento, nada como una llamadita al ínclito y una cita «amistosa», a ver cómo respira.

—Clínica García-Aranda.

—Buenos días, ¿podría hablar con el doctor García-Aranda?

—¿Quién le llama?

—Le llamo del despacho de abogados Arnau y Fernández. Soy Pedro Fernández. Llamo de parte de Magdalena Aguado. ¿Sería posible hablar con él?

—Déjeme ver. —La enfermera lo coloca en espera con una musiquita insulsa durante un buen rato y luego retoma la conversación—: Señor... ¿Fernández?

—Dígame.

—El doctor dice que está muy ocupado y que lo siente, pero que no tiene nada que hablar con usted...

—Bien —responde él—. Me lo figuraba. Dígale, si es tan amable, que si no recibimos noticias suyas, mi cliente interpondrá una demanda de divorcio, ya que llevan muchos años de separación, pero que preferiríamos concertar una cita amistosa para acordar los términos correspondientes al acto.

—Oh, vaya —se asombra la enfermera—. Ni siquiera sabía que el doctor tenía esposa... No la he visto nunca.

—Pues ya lo sabe. La tiene, pero dejará de tenerla en poco tiempo... Salude al doctor de mi parte. Déjele mi número, es el 307-08-40-52. Y no olvide decirle que estaré encantado de atenderle...

Enrique está furioso. No entiende de dónde ha sacado las agallas esa mujer tan simple que aún continúa siendo la suya. ¿Quién la ayuda? ¿Por qué? No le importa. Llamará a su abogado y se asesorará para darle lo mínimo imprescindible. Ojalá pudiera dejarla en la calle; no parece sencillo con un régimen de gananciales. Debió pensarlo en su día, pero quién iba a imaginar que aquella humilde chiquilla con la que se casó se convertiría en una aventurera y le obligaría a hacer tantas cosas por el honor de la familia... Es una puta y una drogadicta... y, desgraciadamente, también la dueña de la mitad de los bienes que posee. Si pudiera, haría que sufriera un «accidente», como sus dos cómplices de fechorías de años atrás; pero sabe que todo ha cambiado, que ahora las cosas no son como antes y ha de ser cauto. Aún tiene amigos que conservan poder, pero... Su fachada tiene que ser impoluta, máxime estando en lo que está. Son otros tiempos y ya nada es tan fácil como en los del régimen. No puede cometer ningún error. Pero se niega a darle nada más a Magdalena. Hará lo imposible para evitarlo. Lo importante es que trate de ocultar cuanto pueda, sin que quede constancia de un alzamiento de bienes. No podrá esconder el piso en el que vive, ni la casa de vacaciones de Llanes, ni los cuatro pisos que compró en Gijón para alquilar y le producen una buena renta. Tampoco la clínica de paseo de La Habana. El piso de Almagro donde estaba su clínica antigua lo pondrá a nombre de Mari Carmen, con el beneplácito de su madre, que no se atreverá a negarse... Y así tendrá una cosa menos que repartir con Magdalena. En cuanto al dinero de las cuentas..., lo esconderá en cajas de seguridad. O mejor aún, se lo llevará a Suiza. Dejará lo indispensable para cubrir gastos y el resto...

Habrá de tener cuidado, no vaya a ser que ese letrado, que desconoce de dónde ha sacado su todavía mujer, indague y descubra alguna de sus maniobras. Ojalá pudiera declararse insolvente, pero su clínica continúa gozando de un enorme prestigio y una extensa clientela. Por suerte, ese otro negocio paralelo es

invisible y también lo son los cuantiosos ingresos que genera. Tiene que pensar bien los pasos a seguir, para no equivocarse.

Qué fastidio que todo eso suceda justo ahora que necesita prestarle atención a su hija más joven. La más bella. Esa chiquilla rebelde que le tiene loco desde que la noche después del entierro de su hijo cuando, al abrazarla, notó sus pechos de mujer clavados en su torso. No hay día que no piense en su cuerpo de diosa. Lleva meses tratando de acercarse a ella, pero..., salvo en esos primeros días, tras la muerte de su hermano, cuando se dejó abrazar y arropar por la noche, la chica siempre se muestra arisca como un gato. Nada que ver con su hermana, tan sumisa y plegada a sus deseos. Mari Carmen hace como si no supiera lo que quiere su padre, aunque... seguro que lo sabe. ¿Acaso no es una mujer? Todas saben cuándo un hombre... Pero ¿y si la chica no quiere complacerlo? Teme que se revuelva. Tiene mucho carácter. Ya la domará.

Le ha prohibido que salga con los amigos de su hermano, pero ella desobedece, se rebela. Dice que con ellos no se siente un verso suelto como con las amigas del colegio. Que son amigos de verdad y no le preguntan a cada rato por lo mismo. Por eso anda todo el día con ellos, o se queda sola en su habitación con la música a todo volumen. El doctor García-Aranda ha visto en la puerta de su edificio a dos o tres de esos chavales con mala reputación del colegio Santa Cristina con los que alterna. En buena hora cambió a su hijo Enrique del San Agustín, un colegio como Dios manda, a ese otro centro de desechos escolares; chicos mal de las familias bien, con edad para estar ya en la universidad y que no han terminado ni el BUP, disfrazados con cazadoras de cuero y pantalones estrechos, típicos de los tirados del mundo de la música. Ha averiguado que los de la panda con la que se relaciona su hija son amigos de los hermanos de Rafi Escobedo, el asesino de los marqueses de Urquijo. Los Escobedo. Esa familia tan poco ejemplar. Acomodada, sí. Pero con las peores costumbres. Cómo no, siendo uno de ellos de la farándula; productor de cine, ni más ni menos, gracias al dinero de

su madre, la rica y excéntrica Ofelia, cuyo nombre lleva la productora del hijo: Ofelia Films... El resto de los hermanos, chicos con los buenos propósitos abandonados y devotos de los porros. ¡Si hasta el propio asesino confeso quiso hacer cine después del crimen, obnubilado como estaba por una fama repentina que, pese a su situación, parecía fascinarle! Y eso que, probablemente, el tal Rafi ni siquiera fue el cerebro del crimen, porque no valía ni para eso. Eso comentan en la prensa. Le colocaron el muerto por su debilidad; y ahí seguía, en la cárcel. Uno menos. Mari Carmen se relaciona con todos los «pintas» de ese colegio para fracasados, gracias a su fallecido hermano y a una de sus compañeras de los Sagrados Corazones, que sale con el hermano del asesino confeso Rafi Escobedo. Se lo ha chismorreado una madre viuda del colegio, que le persigue cada vez que lo ve por el centro. «Las niñas de buena familia, siempre felices de encontrar a alguien que las haga transgredir, don Enrique, ya sabe. Hay que tener mucho cuidadito con ellas. Sobre todo, cuando no tienen a la madre cerca. Si usted rehiciese su vida, sería otra cosa...». El médico sonríe amabilísimo y deja que ella trate de seducirle agitando sus largas pestañas, pero... no le interesan ese tipo de mujeres. Está servido con su enfermera complaciente, las prostitutas... El resto de sus intereses está en casa. Carne de su carne y sangre de su sangre.

Tiene que encontrar la fórmula para llevar bien las riendas de su hija. Con tironcitos cortos, como a los caballos briosos, para que confíe. El problema es que carece de tiempo para dedicarle a una jovencita díscola y atrevida. Las monjas ya le han advertido de que fuma. La sorprendieron con otras de su curso en los lavabos del centro. Aunque él ya lo sabía. Fuma incluso en casa y él ha preferido no llamarle la atención. También sabe que ha llegado bebida en un par de ocasiones. Se le contó la muchacha. O quizás drogada, ahora que los malditos porros están en todas partes. Debería ponerla firme, pero... necesita ganársela. Han pasado muy pocos meses desde la muerte de su hermano, y ella es como un animal herido y temeroso, que ataca en cuanto se le acercan. Tendrá que ir

despacito si quiere lograr que confíe en él. Es muy contradictorio, porque a veces ve a su hija como hija y se siente ese padre ansioso por protegerla; pero luego... no puede dejar de pensar ella como una mujer y desearla como tal. Es su hija, sí, pero...

La adolescente le provoca esa excitación que no le despiertan las mujeres adultas, desde que tuvo sexo con su hermana. Desconoce el motivo. Es extraño. La naturaleza humana muchas veces contraviene las reglas impuestas por los hombres. Y él necesita saltarse las normas una vez más. No sabe cómo, pero sí que llegará el momento en el que la chiquilla será suya. Llegará. Antes, acabará con su madre, a la odia desde hace tanto, cada vez de una manera más irracional. Acabará con ella. Como sea. No la matará, pero la dejará en la miseria. ¿O sí la matará, con sus propias manos, como anhela en lo más profundo de su interior? Se imagina a sí mismo retorciendo su frágil cuello o estampando su cabeza sobre un bordillo de la calle... Seguramente lo haría si supiera a qué se dedica Magdalena en ese momento.

Su aún esposa se afana en escribir todo lo que sabe de su marido. Sin olvidar ningún detalle. Con el esmero de a quien le va la vida en que se comprenda lo que cuenta, pero le cuesta explicarlo, no tanto por la falta de costumbre en escribir otros textos que no sean los de sus canciones, como porque los efectos devastadores de la abstinencia, que no ha roto ni una sola vez, le procuran un constante malestar. Y eso que continúa con su aliado de siempre, el Valium, que le hace algo más llevadero el proceso. Su terapeuta le ha dicho que están pensando en la posibilidad de introducir en los tratamientos una droga legal que se llama metadona; aún no hay fecha para poner en práctica la medida, pero es probable que sea pronto. Ya se han percatado de que el viaje hacia la contención del drogadicto es muy complejo y la curación, una quimera. Ella es consciente de que tardará mucho en estar bien, si es que algún día llega a estarlo por completo.

Aun así, su voluntad es tan firme que es capaz de soportar los latigazos de su cuerpo adicto suplicando droga, mientras exprime su memoria maltrecha, para recomponer cada día de su vida en su cerebro y describirlo en ese diario que pretende dejarle en herencia a su hija, ya única. Y lo hace, desmenuzando sus recuerdos y tratando de analizar asuntos del pasado que aún le resultan incomprensibles. Entre ellos, la relación de la familia de su esposo con los poderosos del régimen y su cercanía a los hombres del Movimiento y a la propia familia real. Enrique no solo formó parte del equipo de ginecología del doctor Mendizábal, que atendió a la entonces princesa Sofía en la clínica de Nuestra Señora de Loreto, donde nacieron sus tres hijos; Magdalena cree recordar, vagamente, que algunas de las nietas de Franco recurrieron a él para algunos de sus partos...

De hecho, fue la proximidad con la familia del dictador la que le propició a ella ese año de vida en el que fue casi feliz al lado de su amante y hermano del Caudillo. Desconoce qué ocurrió exactamente cuando aceptó fugarse con Nicolás y la detuvieron. Duda de si el Generalísimo llegó a tener conocimiento de su amor y su embarazo; también de si la maniobra de secuestrarla en el avión para impedir que emprendiera viaje, el aborto posterior, el asesinato de los testigos y conseguir que su amante claudicara y abandonara la relación, según le escribió, para protegerla, fueron idea de Franco o todo lo organizó su esposo. No pudo trabajar solo, pero sí recurrir a sus contactos del régimen para orquestar la operación y encargar que se perpetrasen los asesinatos. Es posible que no le dijeran nada al dictador y simplemente obraran de ese modo para salvaguardar el buen nombre de su familia. O tal vez le contaron cómo pensaban actuar y él dio el visto bueno. Incluso es posible que ordenara que se procediera de ese modo. Nunca lo sabrá. O quizás algún día averiguará algo más. Quién sabe. De momento, sus pesquisas se focalizan en la muerte de su hija Mariana. ¿De verdad se suicidó? Los policías descartaron el asesinato. Pero ¿se tiró por la ventana por propia voluntad? ¿Cuál fue el detonante de esa decisión? ¿Cómo

es posible que alguien entrara en su casa sin que su padre se enterase? ¿Por qué dejó la chica aquella nota para ella, si siempre la rechazaba?

El tercer vértice de la ecuación familiar, ahora ya solo con tres incógnitas, Mari Carmen, está ahora en su habitación. Y también le da vueltas a sus quince años de vida, envuelta en el humo de unos cigarrillos de marihuana que le han pasado los Alfenda, esos amigos del Santa Cristina con aspecto de malvados y corazones henchidos de bondad. Los malos buenos, infinitamente mejores que los buenos malos; entre ellos, Ignacio, el chico en el que Mari Carmen ha encontrado refugio. No es su novio, pero agradece tanto su compañía, su cariño y su calor... Han hecho el amor varias veces. Y se ha sentido bien en sus brazos. Porros y caricias es una buena fórmula para sobrellevar la pérdida de un hermano, al que sigue echando de menos cada día. Ignacio también era amigo de Enrique, incluso tocaron juntos alguna vez en el sótano de su casa, donde habilitaron una especie de sala de ensayos a escondidas de su padre. Es un buen chico con el que se encuentra a salvo.

Mari Carmen piensa en su padre y en su madre. La desaparición de sus hermanos los ha cambiado. No solo su padre está mucho más pendiente de ella, aunque sea demasiado para su gusto, sino que cuando visitó a su madre a escondidas de su padre, hace unos días, le sorprendió verla sobria, lúcida, delgada como un hilo y blanca como la pared, pero haciendo un esfuerzo ímprobo por mantener la dignidad, de esos que se reconocen a cualquier edad, incluida la adolescencia.

—Prométeme que no te engancharás a las drogas, Mari Carmen...

—Mamá, yo solo fumo porros. No haría cosas raras. Y no me pincharía por nada del mundo... No entiendo cómo tú llegaste a eso ni cómo Enrique...

—Igual que lo he dejado —se defiende su madre—. Por desesperación. Mi vida...

—¿Tu vida, mamá? ¿Y la mía? ¿Y las nuestras? ¿La de tu marido y tus hijos?

Magdalena agacha la cabeza. Tiene tanto de lo que arrepentirse. No puede justificar nada. Ni siquiera aquello de lo que son responsables otros. Cada cual reacciona a su mala suerte de una manera. Hay quien se vuelve drogadicto o asesino... Otros acaban convertidos en premios nobel. Cómo va a justificarse. Sin embargo, sí quiere explicarle...

—Sé que te he fallado en muchas cosas...

—Nos has fallado a todos, mamá, empezando por ti misma —le espeta Mari Carmen, con una inconcebible madurez, impropia de sus quince primaveras...

—Aun así —prosigue su madre—, estoy tratando de explicarte lo que nunca te he contado... Estoy escribiendo en unos cuadernos cosas que... Creo que nadie sabe nada de...

—Está bien, mamá —corta Mari Carmen—. Es muy de película eso de los diarios donde se cuenta todo; pero yo no tengo mucho interés en saber. Hazlo si a ti te sirve de algo..., no por mí.

—¿Te trata bien papá? —se escabulle su madre.

—¿Qué pregunta es esa? ¿Cómo no me va a tratar bien papá? A Enrique no..., no le entendía... pero... a nosotras. ¿Qué quieres decir, mamá? Siempre andas con medias palabras y no rematas... ¿O acaso eso lo dejas para tu diario?

—Tu padre es un ser complejo, Mari Carmen. Algún día lo entenderás. Me alegra saber que te trata bien, pero ahora me tienes también a mí...

—¿Hasta que te vuelvas a drogar?

Magdalena baja la cabeza de nuevo. El esfuerzo que está haciendo para contener los síntomas del síndrome de abstinencia es brutal. Su cuerpo echa mucho de menos el mágico polvo blanco, aunque amaine los efectos de su carencia con Valium. Sabe que también son drogas, pero no puede abandonarlo todo de golpe.

«Poco a poco», le han dicho. Es como escalar el Everest. Pero lo conseguirá. Por lo menos logrará no pincharse más. Por su hija. Y también por ella misma, para dejar de lamentarse por una mala vida que ella ha contribuido a empeorar...

—Si lo hago, deberás perdonarme. No te pido que me ayudes a lo que solo puede ser tarea mía, pero... lo estoy intentando. También contarte todo —insiste Magdalena—. Lo que debes saber y lo que no sé si has de conocer o no, pero quiero que tengas la oportunidad de descubrir... Todo.

—Vale, mamá. Te he dicho que no me interesa, pero, como de costumbre, no me escuchas... Tengo que irme —termina la conversación Mari Carmen. Es demasiado peso sobre su espalda. La muerte de sus hermanos, la relación de sus padres. Esa madre drogodependiente. La propia historia de su vida familiar, repleta de fantasmas, que le amenaza con desvelarle...

Mari Carmen sale del edificio en donde vive su madre y camina hasta su casa a paso ligero, sintiendo la brisa en el rostro. Cuando llega, entra en su cuarto y se prepara un canuto de marihuana, que empieza a fumar dándole vueltas en la cabeza al discurso de su madre. Le atemorizan esas medias palabras... Es como si en ellas se encerrara un secreto que ella misma, de algún modo, sabe que existe; desconoce qué es y no quiere saber, pero hay algo que baila en su cabeza... Ella misma comienza a danzar. Ha puesto el disco de Radio Futura *De un país en llamas* y ahora suena «No tocarte». Se lo sabe de memoria. Canta mientras fuma y empaña la realidad... «No tocarte / y pasar todo el día junto a ti (...) Ese hombre que mide su tierra / con arma de fuego, ¿quién es? / Ese tipo que ve tu pecado / en el punto de mira... ¿quién es? ¿quién es?». Baila y baila y fuma. Un porro la lleva desde «No tocarte» hasta «La ciudad interior»: «Uuuuh, pura inquietud, más veloz que la luz / (...) sortea los fantasmas», y a «El tonto Simón»: «Eres tonto, Simón, / y no tienes elección (...) sortea la cuestión, Simón»; otro canuto más la conduce hasta «En alas de la mentira»: «La mentira es algo que se esconde / para no tener que existir / no hay por qué desconfiar si la locura / ha

decidido ya por ti». Todas las letras de las distintas canciones parecen cobrar un significado especial, avivadas por el humo de la marihuana que sigue aspirando a destajo, mientras se cimbrea al ritmo de esta última canción, con un punto de psicodelia, que abraza a la perfección su estado de placentera relajación. Cierra los ojos un momento, y justo entonces entra su padre.

—¡Mari Carmen! —exclama con enfado, tras abrir la puerta, al verla bailando como una zombi.

—¿Qué pasa, papá? —responde la chica, dándole una última calada a su tercer canuto. Tiene la mirada vidriosa y apenas se tiene en pie. El padre apaga la música, le quita el cigarro, lo apaga en el cenicero y la empuja a la cama.

—Estás drogada...

—Solo he fumado un poquito, papá... —acepta ella al caer sobre el colchón—. Para animarme, antes de salir al parque de San Fernando con los amigos, ja, ja, ja...

—No vas a ir a ninguna parte a estas horas, Mari Carmen. Desvístete y métete en la cama. Estás pálida. Te vas a desmayar de un momento a otro.

—Qué va, papá, qué va... —responde ella antes de desvanecerse sobre el colchón.

Tiene el rostro blanco y perlado de sudor. Enrique retira los mechones de cabello que se le han quedado pegados en la frente y la mira con atención. No le preocupa lo que le sucede. Es un síncope vasovagal. Estará inconsciente durante unos minutos, pero... tiene que atarla en corto. No puede seguir la estela de su madre y de su hermano. Y, además, la ve y... ¡Dios Santo! Es incapaz de controlar el deseo. Es tan hermosa. Tiene solo quince años..., pero su cuerpo ya no es el de aquella chiquilla delgada de hace tan poco, sino el de una mujer espléndida. Va a desvestirla, pero... sabe que si lo hace no podrá contener sus impulsos. «¿Y si vuelve en sí? —se dice—. No reaccionará como Mariana. No se dejará hacer, y entonces... ¿qué pasará?». Decide curarse en salud. Tiene un botiquín bien surtido con toda suerte de drogas médicas en su cuarto de baño. Incluida la

escopolamina. Le resuelve cualquier problema en casos difíciles en su negocio con Miralles. Todo controlado y sin mancharse las manos. Tenía sus dudas, pero, pese al cambio de régimen, sigue funcionando como un reloj. Va a buscar la droga, y cuando regresa con la cantidad justa diluida en un vaso de agua, Mari Carmen ha abierto los ojos. Está un poco atontada y con una risa floja que le pone nervioso, pero... le ha vuelto el color y se ve que se está recuperando.

—Ya estoy bien, papá —le informa ella—. Ha sido una pájara... «pequeñita», ja, ja, ja.

—No tiene gracia, Mari Carmen. Toma, bebe un poco de agua. Tienes que hidratarte.

—Buah, ni me apetece beber...

—Da igual, bebe...

Mari Carmen claudica y acepta el vaso que le ofrece su padre. Poco después, la mezcla de ambas drogas la vuelve complaciente, hasta que pasados unos minutos entra en un estado de pasividad. Entonces, y sabiendo que la escopolamina pronto bloqueará su memoria, su padre comienza a desvestirla despacio. Le quita los mocasines, los calcetines, acaricia sus pies delgados y fríos, y entrelaza sus dedos con los de sus manos. Luego, con calma, disfrutando del momento, empieza a desabotonarle la camisa. Cuando ve sus pechos llenos, jóvenes y atractivos, arropados por un sujetador de algodón, traga saliva. Se levanta y echa el pestillo. La chica está en su cuarto, al otro lado de la casa, y no pasaría sin llamar, pero...

Regresa al lado de Mari Carmen y termina de desnudarla, acariciando cada parcela de su piel, según va apareciendo, hasta que la deja sin nada de ropa. Su cuerpo es un espectáculo completo. Las piernas infinitas, ese vientre tan nuevo, el vello oscuro, sus pechos grandes, prietos, de pezones pequeños... La acaricia sin prisa, primero, por todas partes, pero después el deseo le empuja a lamerla con ansiedad, los pechos, el vientre, las nalgas, el sexo... y a introducirle los dedos índice y corazón, embadurnados en su propia

saliva en la vagina... Ella parece una muñeca. Con cara y cuerpo perfectos. Inmóvil, pero dejándose hacer... Es el efecto de la droga zombi. Cuando se harta de preliminares, se desnuda él también, se coloca encima de su hija, con el miembro erecto, y se lo clava entre las piernas, furiosamente, una y otra vez. La erección acaba poco después, cuando la inunda con su semen y contiene un gruñido de placer. «No ha sangrado —piensa—. Maldita zorra..., ya había tenido relaciones antes...». Se levanta y saca unas bragas y un camisón del armario de su hija. No quiere que al despertar encuentre nada raro. Le limpia el esperma con su calzoncillo, con cuidado de no dejar restos, y luego la viste con las prendas para la noche y abre la cama para meterla entre las sábanas. La tapa y sale del cuarto con la ropa sucia, que deposita en la cesta del baño. Todo en orden. Tranquilidad absoluta. Por fin se ha quitado las ganas, que falta le hacía... Y ahora ya será suya siempre que quiera.

# 21

*Presente, 2018*

«El pasado nunca está muerto. Ni siquiera es pasado».

WILLIAM FAULKNER

Al alejarse de la Facultad de Ciencias de la Información, a Roures le asaltan recuerdos de juventud. Por un momento regresa a la piel de ese otro él de antaño, pleno de ingenuidad y grandes sueños. Aquel que quería vivir aventuras, conocer chicas y meterse en peleas, como los protagonistas de los libros de la biblioteca familiar. Un chaval que conservaba intacta la fe en el ser humano y creía en el compromiso y en los finales felices. Que confiaba en que el bueno siempre rescataría a la damisela y en que los monstruos se abrasarían en las llamas del infierno. El mismo que amaba leer casi tanto como escuchar música, pero que ansiaba también protagonizar los lances de esas novelas y hasta se sentía capaz de emular a alguno de sus héroes. Todo estaba en los libros, sí, pero presumía que también era preciso, al menos para él, sentirlo en su propia carne, vivirlo con la intensidad de los personajes de las ficciones de sus admirados Galdós, Pynchon, Conrad, Mann, Hammett, Stevenson, Dostoievski...

No tenía alma de periodista, sino de aventurero, cuando eligió cargarse la mochila a la espalda y contar las guerras; no era más que una excusa para viajar a los escenarios más inverosímiles, cruzarse con las personas más diversas, potenciar las emociones y nutrirse y crecer y comprender ese mundo que creía hermoso..., hasta que lo vio de cerca. Era el mismo mundo que anhelaba desentrañar Isabel con su cámara, deteniéndolo en imágenes. Ella fue su compañera y su amor de universidad y de guerras..., hasta que le falló. Hasta ese día aciago en que fue incapaz de protegerla de ese grupo de niños soldados crueles y medio drogados que la violó salvajemente en Sierra Leona. Una vez más, recuerda que a cambio de la tortura de ver aquella secuencia de horror, sin apartar la mirada de su sufrimiento, su dolor y su vergüenza, como le ordenaron, salvó la vida y la integridad física de ambos... Pero solo la física. No les reventaron la cabeza ni les cortaron las manos ni los pies, pero les amputaron el orgullo y la esperanza. A los dos. O cuando menos a él, que enseguida notó un profundo cambio en su interior y, de manera inexplicable y bochornosa, dejó de amar a Isabel. El cerebro del ser humano es complejo y más aún su corazón. Nadie sabe por qué se ama y por qué se deja de amar. Tampoco qué parte de culpa o responsabilidad se reparten en el amor y en el desamor la cabeza y el estómago, que es el segundo cerebro y tal vez el verdadero corazón. El suyo no latió más por ella; y él no se lo perdonó.

Tras aquella desventura, con cabida, como tantas otras, en la aventura cotidiana de aquellos días, de descubrir en qué se convertían los seres humanos cuando se les llevaba al límite, regresó a casa roto, asqueado y vencido. Ya no era él mismo. No lo sería nunca más. Jamás consiguió disculparse a sí mismo aquel episodio, y, menos aún, el desamor. De los dieciocho conflictos que cubrió, siete fueron guerras civiles, a cada cual más desalmada. Podía haber dos o siete bandos, como en el Líbano; y cuando tocaba estar con uno u otro, se descubría que el malo siempre era el de enfrente. Qué curioso que, pasados los años, siempre se determinara con

tanta seguridad quién tenía la razón. Que se escribiera la historia pensando en justos y malvados. En la propia guerra civil española, los buenos y los malos estaban arriba. Los demás eran seres humanos aterrados, arrastrados por la tempestad de los acontecimientos, sin ideología ni ganas de luchar, pero obligados a ocupar las trincheras junto a sus hijos y sus nietos y a disparar y a morirse de miedo y de pena y de miseria.

Y en esa guerra y en las demás, entre muchos seres normales, de vidas corrientes, en los que ni se esperaba que prosperara un sentimiento, un acto o siquiera un pensamiento inesperado, de pronto surgían los monstruos. Hombres que antes de los conflictos parecían incapaces de hacer daño y que durante ellos no solo mataban para defenderse, sino que se excitaban con la tortura y asesinaban primero al hijo, luego a la madre y después al padre, para multiplicar el sufrimiento. La maldad crecía en los adentros de esos hombres y mujeres, aparentemente normales en tiempos de paz, y se mostraba en todo su esplendor en los de guerra. Con todo, en las más despiadadas contiendas, en medio del fango, el terror, la impotencia y el espanto, resultaba más comprensible que el ser humano perdiera su esencia; lo inasumible era comprobar que también existían en el mundo en paz. En la rutina. Y sin necesidad. Como ocurría con ese profesor que de un día para otro decidió enfrentarse a su tedio o a sus fantasías sexuales engatusando a sus alumnas; o quizás decidió aprovechar su poder no solo para abusar de ellas, sino para sacar rédito económico. Está elucubrando. Pero ¿por qué si no estarían las imágenes de esas chicas en la *dark web*? Está claro que él, solo o con otros, se arriesgó a jugar con fuego, para satisfacer su depravada diversión y para lucrarse, utilizando su autoridad y la confianza que genera por amor, temor o admiración.

Y luego estaba el caso de Carlota. Los bebés robados. Vendidos. Traficados. Maldad en estado puro, propia de mentes despiadadas como la del tal Vallejo-Nájera, cautivo de las ideologías supremacistas, y de monjas y representantes de la Iglesia, presos de sus sentimientos de superioridad moral. También de los

aprovechados. Desalmados capaces de encontrar el modo de beneficiarse, aunque sea infligiendo el máximo dolor que se le puede provocar a un ser humano: el de arrebatarle un hijo y romper ese vínculo invisible, mágico e imposible de interpretar. A Carlota la separaron de su hija. Su propio padre. Pero sabe que ese no es el único misterio. Que hay más elementos turbios en ese asunto, que Carlota debe contarle para que, entre ambos, puedan llegar al fondo de la cuestión. Empezando porque su padre no solo separó a su hija de su bebé, sino que, además, estuvo implicado en ese negocio de compraventa de recién nacidos. Incluso vendió a su propia nieta. Por mucho dinero. A Miralles. Las anotaciones no mienten. ¿Lo sabe la jueza? ¿Lo quiere saber? ¿Qué quiere Carlota?

En la puerta del lujoso edificio donde se encuentra su apartamento hay un espacio acristalado, cómodo y estético, que ocupa el portero. «Igual que el cuchitril de mi portera en un sótano sin luz», se dice Roures.

—Voy a casa de Carlota Aguado.

—Sexto derecha —responde el hombre sin inmutarse y sin mirarle a la cara.

Llama al ascensor. No está para subir seis pisos y dejarse las rodillas en la tarea. El aparato pretende ser antiguo, pero es nuevo y seguro. Una réplica de aquellos ascensores de otros tiempos, que conducían ascensoristas expertos. «Algún día no muy lejano, también los coches marcharán solos», piensa el detective mientras entra en el cubículo, atrezado como los de antes, hasta con una banqueta tapizada en rojo eclesiástico, pegada al espejo del fondo, y pulsa el botón correspondiente.

Al salir, le espera Carlota. Insuperable, como de costumbre. La melena negra como una noche oscura, los ojos azules y brillantes como el reflejo del sol en un lago de agua quieta, un cuerpo elástico enfundado en unos sencillos vaqueros, un amplio jersey azul marino y los pies descalzos. Así la ve él. Es tan bella como cualquiera de las modelos de los ochenta. Y como a ellas, parece no afectarle el paso del tiempo. «¿Qué habrá visto en mí esta mujer?», se pregunta por

enésima vez Roures, como suelen hacer los hombres y mujeres seducidos, que duplican en sus ojos las gracias de sus seductores.

Carlota le recibe con un cálido abrazo. Es curioso. Ha pasado tiempo desde que comenzaron su relación, pero el calor de su cuerpo continúa provocándole sobresaltos. La jueza se separa luego, apenas unos centímetros, lo escruta un instante con sus ojos sobrenaturales y vuelve a acercarse para besarle con más ternura que pasión, lo cual le desilusiona un poco. «¿Y qué si soy un macho de la especie que piensa en el sexo por lo menos el doble de veces al día que las hembras? El sexo como juego y no como procreación es un regalo del que disfrutan los humanos y algunas otras especies... Seguro que el bonobo, el delfín, el... ¿Es posible que esté pensando en todo esto, tras un beso desapasionado de la jueza?».

—*A penny for your thoughts* —suelta ella de pronto, como si le estuviera leyendo la mente.

Roures sonríe. Le han pillado. Era de esperar...

—Algo así dejó escrito Tomás Moro en su tratado *Las cuatro últimas cosas* —dice el detective para evitar la respuesta.

—¿De veras? Hubiera jurado que era la frase de una película en blanco y negro. No sé qué me impresiona más, si tu cultura o tu memoria..., pero no has respondido... ¿En qué pensabas? ¿Quieres un euro por la respuesta? Te notaba disperso, en otra parte...

—¿En qué pensamos siempre los hombres, Carlota? En sexo, ¿no? Pues en eso pensaba...

—No te burles de mí —dice ella, componiendo un coqueto mohín...

—... y las mujeres siempre pretendéis que eludimos responder, porque pensamos en asuntos más profundos; incluso las más inteligentes, como tú, que saben de sobra que nuestros pensamientos tienen la profundidad de un hoyo de golf, se empeñan en no creerlo.

Carlota ríe.

—Si no quieres decirme en qué pensabas estás en tu derecho. No insisto —zanja con una sonrisa—. Tenía ganas de verte,

detective. ¿Te sirvo una copa de vino?

—La mejor idea para comenzar una conversación. Y preveo que la nuestra será larga.

La jueza camina hacia la cocina, integrada en el salón. El apartamento es como Roures esperaba: un piso en el que cabrían dos como el suyo. Al menos esa es la sensación que le produce al ver ese enorme y luminoso salón, con cuatro ventanales a la calle más cara de Madrid, completamente decorado en tonos blancos y beiges, y esa cocina integrada en él, con una isla como las de las películas americanas.

—Mi casa no es tan grande como parece —interrumpe sus pensamientos ella, adivinándolos de nuevo—. Solo que este salón es tan amplio que parece anticipar más cuartos. Pero no hay más que esto: una habitación, un despacho, un cuarto de baño como Dios manda y un aseo...

Roures no hace ningún comentario. Solo la mira, esperando que ella hable de lo que les reúne ese día, más allá de su propia relación. Le importa un bledo el tamaño de su apartamento.

—¿Qué has averiguado, detective? —pregunta al fin con un tono que quiere ser neutro pero que delata ansiedad.

—La primera, que te llamas Mari Carmen García-Aranda —dispara el detective, directo como de costumbre, mirándola con fijeza—. Un nombre un poco menos sexi que el de Carlota Aguado, debo decir.

Carlota aguanta la mirada. Sabe que es el día de las confesiones y necesita la complicidad con el detective. Que la entienda. No sabe cuánto le va a contar, pero sí que quiere escuchar todo lo que él sepa...

—También soy Carlota en el DNI —apunta ella con una sonrisa nerviosa—. Bueno, ahora ya lo soy por completo y en exclusiva porque lo cambié en todos mis documentos; pero antes mi nombre completo era María del Carmen Adriana Carlota Mercedes. Y, en efecto, el García-Aranda de mi padre iba delante del Aguado de mi madre.

—¿Me contarás cuándo se produjo el cambio y el motivo de realizarlo? Me hubiera facilitado el trabajo saber que tu nombre era ese cuando nació tu hija y no Carlota Aguado.

La jueza saca una botella de vino blanco, un verdejo Belondrade Quinta Apolonia, y se dispone a abrirlo.

—¿Lo has probado? Es una interpretación del vino de verdejo muy personal. Estupenda relación calidad precio.

—Soy más de vino tinto, ya lo sabes. Y ahora que lo pienso, no sé si hoy es un día más de cerveza...

—Venga, Roures, que te conozco. No seas aguafiestas. Que mi pasado no nos fastidie el presente, que bastante me costó vivirlo.

—Estamos aquí en busca de tu pasado, ¿lo recuerdas? Me parece bien ese vino o el que quieras, pero... tienes que decirme qué es lo que buscas exactamente. Lo que yo he descubierto son dos cosas irrefutables...

—¿Cuáles?

—La primera, que tu hija nació en esa clínica casi clandestina, donde la adoptaron Miralles y su esposa. Así que ya puedes tener claro que la hija de Miralles es la tuya, aunque de poco te servirá, si a ella no le interesa saberlo y no se ratifica todo con una prueba de ADN. Y aun así, la chica tiene ya sus años y vete a saber cuál será su reacción.

—¿Y la otra? —pregunta de nuevo la jueza como si ya conociera la información anterior.

—También sospecho que tu padre no solo te llevó a la clínica para que recuperases tu «honor»... —Hace una pausa—. Debía de estar bastante involucrado en el negocio de venta de bebés. Y eso no sé si lo sabías, lo intuías y si querías descubrirlo o no.

Carlota sirve el vino en dos copas grandes de cristal fino y le tiende una al detective antes de contestar. Luego bebe, respira hondo, toma la mano de Roures, le conduce al sofá, clava su mirada en la del detective y comienza a hablar:

—Me cambié el nombre y el apellido a los veintisiete años. Después de terminar la carrera y aprobar las oposiciones para juez.

Empecé Derecho con diecinueve años y no con dieciocho, porque perdí un curso. Estuve fuera del colegio el año en el que me quedé embarazada. Nadie podía verme en esas «circunstancias». Eso dijo mi padre. Me llevó a la casa familiar de Llanes, con una monja/enfermera (que era más bien una carcelera), y no regresé al colegio hasta el curso siguiente, tras pasar por la clínica, parir a mi hija y que me la arrebataran, limpia de cicatrices de mi pecado... Por fuera. Por dentro estaba destrozada, repleta de marcas que nunca desaparecieron. —Guarda silencio unos segundos y bebe un poco más de vino antes de continuar—: Fue mi padre el que tomó las decisiones pertinentes. No me dejó opinar. Tampoco contárselo a mi madre... Justo en ese momento, tras años de separación, estaban en un proceso contencioso de divorcio y las cosas se complicaron aún más entre ellos. Y yo ya no tenía hermanos, así que opté por distanciarme de sus problemas sin pensar que también eran los míos. Estudié Derecho en la Complutense, y luego me encerré tres años para opositar. Quería ser juez. Y lo logré. También necesitaba alejarme de mi padre. Según pasaban los años, sus puntos de vista, sus opiniones, su manera de proceder..., todo me resultaba tóxico. Él continuaba viviendo como en tiempos de Franco, con los mismos criterios morales y éticos y estableciendo barreras entre los de su ideología y los demás. —Carlota detiene el relato de nuevo y bebe otro sorbo de vino antes de proseguir—. Esos once años, desde que nació mi hija hasta que saqué la oposición, fueron endemoniados. La distancia con mi padre se fue multiplicando cada día, por mi carácter, sí, pero sobre todo porque él no perdonaba mi pecado y me lo recordaba cada vez que salía con mis amigos. «Entre ellos está tu violador», solía repetirme a modo de condena.

—¿Tu padre pensaba que te habían violado? ¿Fue así? Me dijiste que no sabías quién es el padre de tu hijo. ¿O lo sabes? —dispara como una metralleta Roures.

Carlota niega con la cabeza y bebe un poco más de vino.

—Nunca lo supe, Tony. Todo fue muy extraño. Es verdad que nada más morir mi hermano, yo solía salir con un grupo de amigos

comunes a los dos. Fumaba mucho con ellos. Hachís, marihuana... y... bueno..., me acostaba con uno, que yo recuerde; pero te aseguro que no pudo ser él.

—¿Qué quieres decir?

—Que tuve tres relaciones completas con él, puede que cuatro...; pero si de algo estoy segura es de que todas fueron con preservativo. Sin fallos ni roturas. Es imposible que me dejara embarazada.

—¿Entonces?

—Entonces..., supongo que tuve relaciones con algún otro miembro del grupo. No salía con nadie más. Lo que pasa es que... —Carlota se levanta y pasea nerviosa de un lado a otro del salón, hasta que se detiene y reanuda la confesión—: Bueno, bebíamos y fumábamos de más, pero... no recuerdo haber perdido la consciencia nunca. Tampoco que nadie se sobrepasara conmigo. No sé cómo pudo suceder... No lo sé... Y por más vueltas que le doy a la cabeza, soy incapaz de entenderlo.

Carlota se sienta de nuevo y se tapa la cara con las manos. Está claro que esta historia la sobrepasa. Roures se acerca a ella, y la abraza.

—No te desesperes, Carlota. Descubriremos qué ocurrió.

Carlota suspira. En su memoria hay más de un día sin recuerdos en esos meses tras la muerte de su hermano, que no consigue interpretar. Es la única parcela de su vida de aquellos años que no ha logrado descifrar, que ha desmenuzado segundo a segundo. ¿Qué más podría encontrar en su disco duro? Le resulta imposible sacar conclusiones con la información de la que dispone. Y no sabe nada más. Tampoco su padre le dijo nada distinto; solo insistió en que entre esos chicos estaba su violador... Siempre ha tenido la sensación de que le oculta algo. Pero ¿qué?

—Tendremos que centrarnos en eso, Tony, porque... —empieza ella, luego vacila y continúa—: Lo de mi padre... ¿Qué puedo decirte? No, no sospeché de él como cómplice de cuanto ocurría en aquella clínica. Quizás no quise ni planteármelo. Era una niña

cuando ocurrió, y luego... Pensé que solo me había llevado allí porque era ginecólogo, tenía contactos en el mundo de la medicina y, a decir verdad, en todas partes, y le resultaba sencillo. Siempre fue un hombre de contactos, capaz de resolver cualquier asunto con eficacia. No, no... Yo confiaba en mi padre; mi problema era haberle defraudado. La mala era yo, no él... Ni siquiera cuando supe que él...

—¿Cuándo supiste qué, Carlota?

La jueza vuelve a suspirar con hondura, se frota la cara con las manos y luego se recoge el pelo en un moño improvisado en un nudo.

—Hace algunos años, mi madre me enseñó unos cuadernos en los que había escrito todo lo que no quería olvidar de su vida con él —confiesa la jueza—. Me habló de esos diarios al poco de morir mi hermano, cuando dejó la droga..., pero yo andaba con mis propios problemas y ni siquiera quise echarles un vistazo. Cuando saqué las oposiciones a juez, pasó algo y... cayeron en mis manos y leí buena parte de ellos. No todo, pero fue más que suficiente. Lo narrado parecía una auténtica novela... ¡Es tan verdad que la realidad supera la ficción...!

—¿Fue entonces cuando descubriste la relación de tu madre con el hermano de Franco?

Carlota asiente con amargura.

—Pero no solo. También la presunta participación de mi padre en los asesinatos de las dos personas que socorrieron a mi madre, tras ser obligada a practicarse un aborto... Un aborto que, al parecer, fue mi padre quien ordenó que se le realizara —la jueza traga saliva antes de continuar—. Para entonces, todo eran delitos prescritos... Pero, por si lo quieres saber, no hice nada. ¡Nada! Solo cambiarme el nombre y el apellido y apartarme de mi padre. No he tenido relación con él desde entonces. Intuye que algo sé, aunque tampoco estoy segura de si es consciente de que lo sé todo. No hablé con él de sus crímenes. Ni con nadie. Eres la primera persona a la que se lo

cuento. Y hubiera preferido no hacerlo. Entenderás que esa nueva canallada que me acabas de descubrir ni siquiera me sorprenda...

El detective evita mostrar su desconcierto ante la revelación de esos graves delitos del padre de la jueza, de los que desconoce si ella tiene pruebas, y permanece impávido, sin mover un músculo del rostro, antes de preguntar de nuevo.

—¿Y tu madre?

—Está en un centro privado de salud mental. Un psicogeriátrico. Y no lo paga mi padre, sino ella misma, porque consiguió divorciarse y hacerse con un patrimonio interesante, que él no pudo evitar que le adjudicara el juez... Pero es muy inestable. Superó su adicción a las drogas. Al menos a las ilegales; pero tiene una depresión que le obliga a seguir medicándose y no puede llevar una vida normal... Yo... intenté perdonarla y comprenderla; y lo hice de alguna manera. Hasta tuvimos un cierto acercamiento, pero... con el paso del tiempo, sentí que necesitaba distanciarme de todo mi pasado, incluida ella. Se empeñaba en contarme algo más, y... no se lo permití. No le dejé que me contara, ni tampoco le conté yo... Y me alejé. Era la única manera de protegerme. Desde entonces, la veo alguna vez... Muy poco. Sé que soy egoísta, que tal vez debería prestarle más atención, pero... Hago lo que puedo. No es fácil...

Roures mira a Carlota con detenimiento. De pronto es otra mujer. Por fin conoce su edad, aunque aparente diez años menos. También sabe ahora el motivo de su desafío constante a las normas establecidas. Le sorprende que se atreva a seguir coqueteando con las drogas y que, de vez en cuando, se permita una fiesta de coca; aunque tal vez sea para ponerse a prueba. Como casi todo lo demás. Desde las oposiciones, hasta su vida de impulsos y sin que nada ni nadie pueda condicionarla. «Cada cual tiene sus razones para apuntalar su comportamiento, su manera particular de afrontar la vida —piensa el detective—. A mí las guerras me extirparon cualquier atisbo de fe en el ser humano. A Carlota su entorno familiar le cinceló su rebeldía y su desconfianza... Y aquí estamos los

dos, desvalidos ante aquello contra lo que no se puede batallar: los sentimientos».

—Dime una cosa, Carlota. ¿Qué es lo que quieres hacer con tu hija? ¿Quieres que sepa quién es su madre? ¿Quién es de verdad el sinvergüenza que considera su padre, que, por bien que te caiga, pagó dinero por ella sabiendo que te la arrebataban? ¿Destaparle toda esta mierda que tanto daño te ha hecho a ti? Debe de estar por los treinta, ¿no? No es precisamente una niña y sigue viviendo en la casa familiar... Estará muy a gusto entre algodones. Enfrentarse al terremoto sentimental que supone algo así sería nuy duro para ella.

Carlota vuelve a levantarse y a caminar nerviosa por la habitación. Enciende dos cigarrillos, le pasa uno a Roures, que inhala el humo y tose como de costumbre mientras ella lo aspira como si quisiera que le llegara al vientre, sin hacer caso a las toses tan severas como conocidas del detective.

—¡No lo sé! —exclama por fin—. No sé qué quiero hacer. Menos aún qué debo hacer. Qué es lo mejor, lo más sensato para mi hija... ¿Crees que ella sigue viviendo en la casa familiar porque es más cómodo y sencillo que buscarse la vida fuera? Te equivocas. Es una mujer solvente. Acabó la carrera de Arquitectura con unas notas espléndidas y montó un estudio con un compañero. Tenía casa propia y unas buenas perspectivas. Lo tenía todo..., hasta que enfermó. —Carlota aspira una nueva bocanada de humo y frunce el ceño mientras lo expulsa—. Hace tres años le diagnosticaron una leucemia mieloide aguda. Tuvieron que recurrir a una quimioterapia intensiva, muy fuerte, para destruir las células cancerosas... Y funcionó..., pero también le dañó la médula de una forma tan severa, que ahora ya no puede producir células sanguíneas por sí misma. En resumen: necesita un trasplante. Urgente. Si no..., morirá.

Carlota ha pronunciado este discurso con una serenidad estremecedora, como si no fuera con ella. Ahora, en ese silencio que lo ocupa todo, la jueza no puede evitar romperse. Cierra los ojos para no mostrarlos llenos de lágrimas, que se retira con la mano

izquierda mientras tensa la mandíbula. Roures se levanta para abrazarla una vez más, pero ella lo aparta con un gesto.

—Perdona, Tony... no quería... —balbucea la jueza, caminando de un lado a otro como si solo hacerlo le aliviara.

—Joder, Carlota, yo... —El detective no sabe ni qué decir—. Lo siento. Debes de estar pasándolo muy mal, máxime habiendo estado en contacto con tu propia hija media vida, sin saberlo... Que ahora que tienes la certeza de que es ella y de que todo podría tener un final feliz, te caiga esto...

—No, no... —precisa ella—. Yo no tuve ninguna relación con Miralles hasta hace cinco años, cuando imputaron a Eduardo Vela en el caso de los bebés robados.

»Él estaba en el equipo de la defensa de ese único ginecólogo inculpado, al que acaba de absolver la Audiencia Nacional por prescripción del delito. A mi juzgado llegó el caso de la presunta adopción ilegal de una mujer, que denunciaba haber sido robada a su madre biológica, en Madrid, por su familia adoptiva mallorquina, en connivencia con el doctor Vela. Presté especial atención a esa instrucción, por razones obvias; pero como todo eran indicios y suposiciones y no existía ningún documento probatorio, me vi obligada a desestimarlo, como demandaba el abogado del médico. Era Miralles. Unos meses después recibí una invitación para participar en un almuerzo de jueces, fiscales y abogados en Palma. Y allí estaba él.

»Yo no le recordaba, pero él a mí, sí. Me abordó en cuanto entré al reservado del restaurante donde se celebraba la comida. Se presentó e inmediatamente me habló de una amistad con mi padre, muchos años atrás, que «por circunstancias» que descartó explicarme, se había extinguido hacía tiempo. No quise preguntarle cómo nos había relacionado, siendo nuestros apellidos distintos, en medio de tanta gente y preferí hacerlo sobre el caso de Vela, que naturalmente seguía. En seguida me confesó que quería abandonarlo. De hecho, lo hizo poco más tarde.

»Me contó que no le gustaba Vela, ni todo lo que había encontrado en la investigación en torno a los bebés robados. Que era una cuestión de conciencia... Yo me estremecí pensando en mi hija, pero no sospeché que ni él, o el caso de Vela, o los de Mallorca, tuvieran algo que ver conmigo. Aunque te resulte de una ingenuidad descabellada en mí, estaba convencida de que mi padre habría hecho lo mejor para mi hija, que, al fin y al cabo, era de su sangre. Y, por supuesto, ni barrunté que podía haber recibido dinero por ella... Pero me interesaba conocer los detalles sobre ese caso que se había extendido durante muchos años y con tanta impunidad por España, habida cuenta de sus distintas ramificaciones en diferentes partes del país y de que afectaba a niños que, como mi hija, habían sido separados de sus padres y que, posiblemente como ella, no lo descubrirían nunca. Él me dijo que me lo contaría todo si aceptaba su invitación a cenar en su casa, con su mujer...

—Y aceptaste.

Carlota asiente con la cabeza.

—Allí conocí a Noah. Me sorprendió la pareja, claro. Era tanta la diferencia de edad... ¡Ella casi parecía su hija! Miralles me contó que Noah le había salvado la vida. Pocos meses antes de conocerla, su mujer falleció en un accidente de coche y le dejó solo, con su única hija de quince años. Era un matrimonio muy unido, y él se quedó destrozado tras su muerte. Noah llegó al poco a su vida de manera fortuita. Se presentó en su despacho buscando un asesor fiscal que pudiera asesorarle en un negocio de ropa y, pese a su juventud y a ser una chica de aspecto rebelde, se enamoraron de inmediato y se casaron rápidamente. —La jueza enciende otro cigarrillo, le da una calada intensa y luego expulsa el humo con la fuerza de un huracán, como si quisiera liberar con él todo el dolor incrustado en su interior —. Yo me di cuenta de la simpatía que despertaba en él; y también de que el interés de ella en mí iba algo más allá, pero... ya sabes que los hombres sois unos inocentes, así que solo lo percibí yo, y él siempre creyó que ella bebía los vientos por él, le amaba y solo miraba por sus ojos...

—Bueno, no siempre... —apunta Roures—. Desde luego, tuvo ciertas dudas, en algún momento; por eso nos contrató...

Carlota hace caso omiso del comentario del detective y continúa:

—... y ella lo admira, porque le procura bienestar. Y también lo quiere, claro. Pero acaba de cumplir los cuarenta y él tiene treinta más. Ella está en otro universo... Sus ganas de vivir son diferentes. Inagotables. Casi por estrenar...

—Me lo puedo imaginar... —corta Roures, con cierta sorna.

—Noah me hizo gracia desde el principio —prosigue la jueza, pese a la ironía del detective—. Por su naturalidad y supongo que también por su juventud y su entusiasmo. No era exactamente una atracción sexual salvaje, sino una cierta complicidad de, digamos, mujer traviesa... Ella no es mala chica. Aunque lo parezca. Una loca, sí... pero no soy yo la más adecuada para afearle ese rasgo de su conducta. Y sea su comportamiento el más elogiable o no, quiere de verdad a Paula... A mi hija. Noah desconoce que lo es, naturalmente; pero fue quien descubrió que no era hija biológica de su marido y que había sido adoptada por él y por su primera mujer, al revisar algunos de sus papeles.

—¿Documentos de adopción? —pregunta el detective—. Eso es extraño, porque estaban archivados en aquella clínica. Es más, la mujer de Miralles salió de ella como si fuera la madre biológica de tu hija de cara a la sociedad y con unos documentos que así lo certificaban. Tengo la sensación de que ese fue el *modus operandi* de la clínica en la mayoría de los casos, por lo que he deducido de los expedientes que he examinado...

—No se trataba de documentos oficiales o extraoficiales —explica la jueza—. Noah encontró una carta de la madre fallecida a su hija, en la que le confesaba todo. Parece que, al borde de la muerte, un ataque de decencia le hizo recordar que el primer derecho del ser humano es el derecho a la identidad. Noah compartió conmigo el contenido de aquella misiva, sin demasiados detalles, pero con uno que hizo que me saltaran todas las alarmas:

la belleza asombrosa de la tierra de Asturias donde encontraron a su hija... Esa información y la de la antigua amistad de mi padre con Miralles me hizo comprender de golpe que el excesivo interés en mí de Miralles no era fortuito.

»A partir de entonces, me empeñé en ocupar más espacio en aquella casa... Y en conocer a Paula. Cuando me la presentaron, no sabría explicarte, pero sentí algo que... No sé. Su altura. Esos ojos tan azules... Supongo que la sangre provoca ese efecto. Y siempre importa, aunque se trate de negar. No sabría describir lo que ocurrió en mi interior, pero supe que era mi hija. Y entonces..., fui yo quien le metió el gusanillo a Noah, quien le insistió en que algún día debería decirle la verdad a la chica, si realmente la quería tanto, porque ella tenía derecho a saber que era adoptada y decidir si quería conocer la identidad de sus padres biológicos. Y Noah llegó a estar convencida de hacerlo, aunque fuera a espaldas de Miralles, hasta que Paula enfermó. Sabía que sería demasiado traumático asimilar tantos dramas seguidos para una chica tan joven. Noah pospuso todo lo que no fuera ocuparse de ella. Y abandonó la investigación.

»Pero yo quise seguir adelante. Y tenía que estar cerca de Noah; solo así lograría acercarme a la verdad, aunque en mi fuero interno ya la supiera. También necesitaba ver cómo evolucionaba Paula y si conseguía curarse. Al principio del tratamiento, todo fueron buenas palabras y mejores expectativas; así que yo seguí mi estrategia con Miralles y sobre todo con Noah, que era quien, sin saberlo, me proporcionaba más pistas. Lo que ignoraba yo es que, por entonces, Noah buscaba diversión en otras relaciones, además de en la nuestra, y menos aún que Miralles sospechaba de su posible infidelidad, que te contrataría y que tú acabarías viendo un vídeo sexual protagonizado por Noah y por mí...

—De no haberme entregado Noah ese vídeo, ¿me lo habrías contado tú?

La jueza inhala una bocanada de humo y se toma su tiempo en exhalarlo antes de responder.

—Sinceramente, no lo creo. O sí. Hubiera dependido de si nuestra relación lo necesitaba. Pero te aseguro que, cuando me enteré de... me sentí como si te hubiera traicionado. Y más sabiendo que el vídeo y los chantajes de Noah para que no delataras sus otras infidelidades te llegaron cuando andabas muy tocado con la investigación de ese caso tan tremendo de la chica nigeriana con cáncer a la que asesinaron...

Roures sonríe con incomodidad.

—¿Te di pena, Carlota? ¿Es eso?

—En absoluto —se apresura a responder ella—. Sentí pena por mí, por no ser capaz de priorizar lo importante en mi vida. Por no atreverme a diseccionar los sentimientos. A demostrarlos. A decir te quiero...

Carlota se vuelve ahora hacia la ventana, le da una nueva calada al cigarrillo y expulsa el humo contra el cristal antes de retomar la palabra. Al detective no le pasa desapercibido que, aunque sea de manera vaga, es la primera vez que le dice que le quiere...

—En nuestro reencuentro —continúa la jueza—, aparte de querer explicarte, justificar lo que quizás fuera injustificable, pero ya estaba hecho, pensé que para enfrentarme a Miralles e incluso a la que creía que era mi hija, debía comprobar una verdad que me parecía innegable, pero de la que necesitaba pruebas. La vida me ha dado demasiadas sorpresas como para aceptar nada sin antes ratificarlo. Además, soy jueza, así que es mi obligación. Por eso te pedí ayuda. Mientras estabas investigando en Asturias, todo se precipitó. Hace solo unos días, a Noah le comunicaron que Paula necesitaba un trasplante de médula. Urgentemente. Corría tanta prisa que recomendaban que, si existía la posibilidad, debía donarla, con la máxima celeridad, alguien de la familia.

Roures ha escuchado la historia de Carlota sin pestañear. Le resulta inaceptable reconocerse que, aunque haya puesto toda la atención en lo concerniente a la hija de la jueza, le hubiera interesado saber también cuánto tiempo llevaba Noah con ese

devaneo con su verdadera madre. Carlota compatibilizó ambas relaciones: la que mantenía con él y la que ¿sostuvo? con Noah... No se siente orgulloso, pero en medio de tan dramático relato, se queda con las ganas de preguntarle si desde que ellos comenzaron a verse ha habido otras personas en su vida, además de la mujer del abogado. En definitiva, si le ha puesto los cuernos también con hombres, con otras mujeres, habitualmente, de manera esporádica... Debería avergonzarse de sus propios pensamientos. Hay una chica en peligro de muerte y es la hija de la mujer a la que ama. Si es que lo suyo es amor... Pero... la mente es así. Traicionera. Incapaz de pensar solo en lo que debe.

—¿Me estás escuchando, Roures? —inquiere la jueza, percibiendo que anda perdido en sus reflexiones.

—Con infinita atención —miente él, clavando su mirada en la de Carlota y notando una repentina e indomable tensión en su mandíbula—. Continúa.

—Fue Miralles quien, en un arranque de desesperación, me llamó para confesármelo todo (o casi todo, se ahorró decirme que tuvo que desembolsar un dinero por la «compra» de Paula) y pedirme mi médula. Estaba deshecho. Me aseguró que solo él (y mi padre) sabían que yo era la madre de Paula, que nunca lo supo ni su fallecida mujer y que también lo desconocía Noah... Incluso justificó lo injustificable asegurándome que mi padre conocía el enorme deseo de su esposa de ser madre y pensó que con ellos la niña estaría en el mejor lugar...

—Entonces, tu padre buscó «lo mejor» para su nieta. ¿Mantuvo relación con ella? ¿La vio alguna vez?

—No lo sé. Puede que muy al principio, pero... no pudo ser durante mucho tiempo, porque enseguida se rompió la suya con Miralles. Tal vez la democracia se fue imponiendo y tuvieron que abandonar ese negocio tan lucrativo que me acabas de descubrir que compartían...

—Es muy posible que la ley de adopciones del ochenta y siete les desbaratara el «invento»; por otro lado, nuestra democracia se

iba estabilizando un poco y entiendo que poniéndoselo algo más difícil... Aunque no hay que descartar que tener que pagar un precio por la niña, nieta de su socio y supuesto amigo, debió de sorprenderle incluso al sinvergüenza de Miralles, que también lo es... Pero, Carlota, ahora sí que estoy hecho un lío. Si ya sabías que tu padre tenía que ver con el tinglado, Miralles te confirmó que Paula era tu hija y yo tengo los papeles que certifican las palabras del abogado, ya está, ¿no? ¿Qué más quieres que investigue yo? ¿Me lo puedes explicar?

Los ojos de Carlota se empañan al segundo y en un instante las lágrimas corren por sus mejillas. El detective se sorprende. Jamás había visto llorar a Carlota, pensaba que las mujeres como ella no lloraban.

—No soy compatible, Roures. No lo soy. ¡Maldita sea! —Carlota hace una pausa y se retira las lágrimas de los ojos y las mejillas con ambas manos—. Ni para eso le sirvo a mi hija, que aún no sabe que lo es. Su padre adoptivo, al que ella cree biológico, le dijo que se haría las pruebas, y se las hizo, claro, pero yo también, porque era de esperar que él no fuera compatible y yo sí... Siempre hay muchas más posibilidades de éxito cuando el donante pertenece a la familia, porque en los de fuera de ella las probabilidades de compatibilidad y donación efectiva son muy bajas. Aproximadamente una entre cuatro mil. Miralles y yo sabíamos que si Paula tuviera un hermano sería más fácil, pero cruzamos los dedos y pensamos que tal vez la médula de su madre —la mía— resultaría compatible con la suya... Pero no fue así. No soy compatible —termina la jueza con la voz quebrada.

—Entonces, ¿cuál es la solución?

—Solo hay una: descubrir quién es el padre biológico de mi hija.

# 22

*Pasado, 1984*

«¿No sería mejor enterarse de la verdad de una vez para siempre en lugar de vivir en un estado de perpetua incertidumbre?».

PAUL AUSTER

Hay matrimonios que al deshacerse chorrean sangre. Las cuchilladas que se intercambian dos que se amaron y dejaron de hacerlo son mucho más sanguinarias que las de dos desconocidos. Matar sin sentimientos, por interés, codicia o incluso por apetencia sexual es menos violento que hacerlo por rencor y por venganza. Se duplica todo lo malo que cabe en el ser humano. No hay odio comparable al que se profesan dos que un día se quisieron. El abogado de Magdalena sabe que las guerras de los matrimonios rotos son inmisericordes y sus campos de batalla de una ferocidad insólita. Por eso le extraña que ese marido tradicional decidiera que su mujer, sometida durante tantos años, se marchara del domicilio conyugal, pero que se comprometiera notarialmente a seguir manteniéndola, pagándole una casa y una pensión. Por más que le pregunta a su cliente cuál fue el detonante de la separación de hecho, ella se limita a decir que descubrió cosas horribles, que él es una persona peligrosa y que no puede decirle nada más...

Le inquiere si la agredió física o verbalmente, y ella responde que solo verbalmente, que nunca le golpeó, pero que el daño emocional fue tan grande que hubo de refugiarse en las drogas ilegales durante años y que, desde entonces hasta ahora necesita atención psiquiátrica y drogas legales para tratar su depresión y su ansiedad... Lo que está claro es que él no quiere divorciarse. No debe de tener interés en casarse de nuevo. Ni en hacer ruido con nada personal. Y tampoco, como es habitual, intención de darle nada más que lo mínimo a su mujer. Probablemente lo que pactó con ella es irrisorio comparado con lo que tiene... Ella no tiene la menor idea de cuál es el patrimonio de su marido, ni qué porcentaje de sus pertenencias corresponde a herencia y qué está fuera de la sociedad de gananciales; así que el proceso será largo. Y complicado.

—Lo único que no puede suceder es que deje de pagarme lo que acordamos en su día ante notario, yo no podría...

—No te preocupes, Magdalena —la interrumpe el abogado—. Eso, como bien dices, está acordado ante notario y tú no tienes ninguna otra fuente de ingresos, así que no solo sería un delito, sino que entiendo que él, que según me has contado es un hombre preso de las apariencias, no querrá que este caso haga demasiado ruido... Y sacarte de tu casa y dejarte en la calle sí que supondría un escándalo para él. Aunque tenemos que estar preparados para cualquier cosa...

Magdalena se inquieta. No tiene amigos, ni familia ni nadie de quien tirar si su marido la deja en la calle. Tal vez él tenga razón y, como de costumbre, esté atrapada... El abogado adivina sus temores.

—No te angusties, Magdalena, ni dejes que se apodere de ti el miedo. Eso es lo que le hace ganar a tipos como tu marido. Tienes derecho a lo que tienes derecho, y lo conseguiremos; otra cosa es que él logre ocultar parte de su patrimonio... Pero es muy difícil esconder un iceberg, aunque a uno enorme no le vieran ni la punta

desde el Titanic... Solo quiero saber una cosa, ¿por qué no quieres contármelo todo?

—No lo sé todo —confiesa ella—. Y... apenas llevo cuatro meses limpia. No he vuelto a pincharme, pero mi cabeza no está recuperada, lo sé. También es posible que no se recupere nunca. Eso me dice mi psiquiatra. Aunque, la verdad, a veces creo que no piensa que sea una enferma, sino una degenerada. Y soy una enferma. Si no fuera por el Valium, no sería capaz de aguantar sin caballo y sin porros, así que... no puedo prescindir de sus sesiones y menos de sus recetas. Hay ocasiones en las que siento que mi cerebro está deteriorado y que todo lo que tengo en él son imaginaciones mías, pero... creo que hay cosas que son irrefutables, aunque no las pueda probar. Te lo contaré todo cuando me sienta en condiciones, lo prometo.

—Magdalena, deja de castigarte. Eres una auténtica jabata. Tienes una fuerza de voluntad extraordinaria. Conozco a mucha gente que no es capaz de alejarse ni medio centímetro de la droga después de engancharse a ella. Lo que estás haciendo es encomiable... No te restes méritos... Y... cuéntame lo que sepas. O lo que crees saber. Incluso lo que imaginas —la anima el abogado—. Empezaremos por ahí. Y trataremos de averiguar lo que no sabes. Me tomo todo esto deportivamente. Y quizás por eso, y porque creo que lo mereces, tengo el ansia de ganar. De que alcancemos un buen acuerdo para ti.

—¿Y tus honorarios?

—Los pagará él. De lo que saquemos, yo me quedo con la parte que acordemos, ¿te parece?

—Te lo agradezco, Pedro. Si no, no podría...

—Lo sé... Alguna vez te tiene que tocar a ti también encontrarte con buenas personas, Magdalena. Que las hay... Ve a verle y dile que estás en buenas manos. Los cobardes se achantan mucho más fácilmente de lo que crees; en cuanto se enfrentan a enemigos de su tamaño. ¿Has conseguido que acepte quedar contigo?

Magdalena afirma con la cabeza.

—Y te confieso —dice sin levantar la mirada— que no sé si estoy en condiciones, si...

—Por supuesto que lo estás —corta él, mirándola con cierta ternura. Esa mujer le gusta. No sabe si como mujer o solo como persona. Pero le gusta...—. Elige un lugar público. No te reúnas ni en tu casa ni en la suya. Evitarás iras excesivas. E intenta sonsacarle respecto a todo lo que me contarás más tarde. Si no, será muy difícil trabajar... Cuando te insulte, te diga que le quieres robar su dinero y bla, bla, bla..., insístele en que es la ley. No te salgas de ahí.

Magdalena abandona el despacho y regresa a su casa para arreglarse un poco antes de acudir al encuentro con su marido. Han quedado por la tarde en Le Relais, la cafetería del hotel Eurobuilding, muy próximo al edificio de la vivienda familiar y no demasiado distante de su apartamento. Rebusca en su armario y encuentra un viejo vestido camisero marrón que le queda un poco grande, como casi toda su ropa, pero que considera más adecuado que sus sempiternos vaqueros para una reunión formal, en la que le gustaría pasar lo más desapercibida posible. Se maquilla ligeramente, para tener mejor cara, se recoge la melena corta en una coleta informal, agarra su bolso y sale de casa, diciéndose «Todo irá bien», para insuflarse ánimos. Pasea hacia el hotel caminando lentamente y respirando con profundidad, hasta llegar al lugar donde han pactado encontrarse. Allí le espera él. Lleva años sin verlo, así que le impacta comprobar que el tiempo también ha pasado para él. Tiene doce más que ella. Y cada vez se va notando más la diferencia. Impone, con su traje y su corbata de siempre. Y esos ojos azules helados. Como su corazón. Su todavía marido se levanta a su llegada e intenta acercarse a besarla, pero ella le tiende la mano, que él estrecha con firmeza.

—Mejor así —dice él—. Los besos de Judas, mejor ahorrárselos. Y tú me has convocado para matarme...

—¿Pedirte el divorcio es matarte?

—Los dos sabemos que lo único que buscas es dinero. ¿Para qué lo necesitas? ¿No te da con lo que te paso para drogarte a gusto? —Magdalena le sostiene la mirada sin responder. Y él vuelve a la carga—: Deberías estarme agradecida. No sé lo que hubiera sido de tu vida sin mí...

—¿Qué habría sido? ¿Vida, tal vez? —le pregunta retóricamente ella.

—Si eras una muerta de hambre —continúa él—. Lo sigues siendo, no hay más que ver el trapo viejo con el que le has vestido. Pero vayamos al grano, dime qué es lo que quieres. No me hagas perder el tiempo.

—Quiero divorciarme de ti. Y quedarme con lo que me corresponde. Lo que la ley señala... —dispara con seguridad Magdalena.

—¿La ley? ¿Ahora te interesa la ley? ¿Lo que está bien y lo que está mal? Recuerda que intentaste largarte de casa y abandonar a tu marido y a tus hijos; que quisiste traicionarnos a todos con un viejo... ¡que ni siquiera se ocupó del hijo suyo que llevabas en tu vientre!

—¿El que tú te encargaste de matar, al igual que a Ángela y a tu colega médico?

—Fuiste tú quien los mataste a todos, no te engañes... ¿Acaso pensabas que el Movimiento permitiría que el hermano de Franco se largara con una mujer casada y paseara por el mundo a un sobrino ilegítimo del Caudillo? No hizo falta ni que se enterase él; en cuanto lo puse en conocimiento de personas responsables de su entorno no dudaron en ayudarme...

—Entonces, ¿ni siquiera fue el propio Franco quien ordenó mi detención para que se me practicara un aborto?

—¿Crees que el jefe del Estado estaba para preocuparse de seres tan insignificantes como tú? Se le informó de ello, dijo que se arreglara y punto. No quiso saber nada más. En cuanto a tu amante... No puso muchas objeciones: se retiró del campo de batalla, sabiendo que el territorio a defender no merecía la pena.

Magdalena no se arredra.

—¿Y Ángela?

—Otra traidora, miserable, metomentodo... Nadie quería que ni ella, ni vuestro cómplice, ni persona alguna descubriera lo sucedido. Había que quitarlos de en medio a todos. No dejar huellas.

—Pero hubo un ginecólogo y una monja que me practicaron el aborto...

—De los nuestros, Magdalena. De los nuestros. De hecho, trabajan conmigo en una de las áreas más rentables de mi negocio...

—¿Negocio? ¿La medicina es un negocio?

—La vida es un negocio. Empezando por ti, que me fuiste entregada a cambio de un plato de lentejas, ¿no lo recuerdas?... ¿Quieres saber algo más?

Enrique está disfrutando. Contarle todo eso que de nada le sirve saber, porque de ningún modo podría probar, es otro modo de torturarla. Ya lo hizo en su momento, años atrás, y de la manera que tenía que hacerlo: dejando que los tiempos de dolor y sufrimiento se fueran cumpliendo y destrozándola. Disfrutó dándole a conocer que él había estado detrás de todo. No lo hizo hasta que murió Nicolás, porque era lo pactado con sus secuaces, para que él no se revolviera si se enteraba de que Magdalena no estaba bien o de que el aborto no había sido espontáneo, como le hicieron creer. Todos eran conscientes de que si llegaba a sus oídos que a Magdalena le sucedía algo pasaría a la acción, se lo habían advertido.

—¿Cómo era tu relación con Mariana? —le pregunta ella de pronto y por sorpresa.

—¿Te atreves a preocuparte por Mariana? ¿Una chica a la que dejaste sola a sus trece años y de la que nunca te habías preocupado como tampoco por tus otros dos hijos?

—No es verdad —intenta buscar una vía de escape Magdalena —. Ni tu madre ni tú me permitíais...

—¿En serio esa es tu justificación? Mariana no te quería. No le importabas. Estaba muy unida a mí... Sabía que yo...

—¿Y entonces por qué dejó esa nota, eh? —le interrumpe ella —. ¿Por qué?

—Porque me quería a mí y pensaba que me habías hecho mucho daño al dejarme solo con mis tres hijos... Era difícil que entendiera que estar sin su madre era una liberación. Pero ella era tan buena chica que se empeñaba en ocuparse de mí como tendrías que haberlo hecho tú...

—¿También en la cama? —suelta de improviso Magdalena, que lleva mucho tiempo dándole vueltas al suicidio de su hija, tras una relación sexual con un fantasma al que nadie ha puesto nombre ni cara.

Enrique abre mucho los ojos y aprieta la mandíbula. Luego baja el tono, se acerca a Magdalena y le susurra al oído:

—Tu hija me amaba, Magdalena. De todas las formas que se puede amar...

—¿De todas? ¿Por eso se suicidó?

—Si sigues por ese camino, igual mando a alguien a que te abra la cabeza, ¿lo entiendes...? La chica se suicidó porque era mucha responsabilidad para ella ocupar el puesto de una esposa y una madre. Y ella quería hacerlo por sus hermanos y por mí. Para paliar la ausencia de una madre drogadicta de la que se avergonzaba...

—¿También el lugar de una esposa...? ¿En la cama? — Magdalena no cede. Insiste. No se reconoce a sí misma, pero su ansia de saber es tanta que le alimenta las fuerzas de las que siempre ha carecido.

—Vete a la mierda, Magdalena. No te incumbe lo que ocurría en una casa que te hubiera dado igual que se quemara entera, de haberte ido a Argentina con tu amante carcamal.

—Solo te voy a decir una cosa, Enrique —le avisa Magdalena—. Yo no tengo nada que perder. Sabes bien que no le temo a la muerte. A decir verdad, no le temo a nada ya. Ni siquiera a ti. Mi abogado presentará una demanda de divorcio y luego se pondrá de acuerdo con el tuyo. O no. Y si lo prefieres, llegaremos a los tribunales, pero... te lo advierto, no te acerques a Mari Carmen.

—¿Me estás amenazando? ¿Tú a mí? Además de ser idiota, estás completamente loca... Dile a ese abogado tuyo que mida sus pasos... Si no...

—¿Le amenazas ahora tú a él?

Enrique se levanta, se dirige a la caja, paga y se va sin decir adiós. Está nervioso. Descolocado. Pensaba que cualquier cosa que le dijera a su esposa frágil y toxicómana, la intimidaría, como de costumbre, pero ni está drogada, ni parece frágil. Es como si fuera otra... Capaz de preguntar sin dejar de sostener la mirada; decidida a no sabe qué. «No te engañes, Enrique. Quiere dinero. Solo es eso. Alguien le habrá dicho que me lo puede sacar y ya está...», se dice. Piensa entonces en Mari Carmen con cierta inquietud. ¿Acaso puede decirle a su hija que Mariana y él...? No se atreverá... Su hija pequeña no lo averiguará nunca, como tampoco recordará nunca las relaciones que ha tenido con ella. La droga le deja la memoria en blanco... Pero ¿cómo es posible que su esposa sospeche que tuvo relaciones con su hija mayor? ¿En qué momento se le puede haber ocurrido tal cosa? ¿Intuición de madre cuando ella nunca ejerció como tal? Da igual. Por suerte, la policía ni barruntó que él pudiera ser el hombre con el que su hija se había acostado aquella noche. Todas las sospechas, que finalmente se desestimaron, recayeron en su hijo. Su imagen y profesión le liberaron de cualquier suspicacia...

Magdalena ni se ha movido de la silla en el tiempo que él ha tardado en pagar y dirigirse a la puerta de cristal, pero ahora que acaba de ver cómo la cruza, alza el brazo para llamar al camarero y le pide una tónica con limón. El *gin-tonic* de los que no quieren beber. Tiene demasiada información en la cabeza. No sabe qué le contará y qué no a su abogado. Dependerá de lo que sea necesario..., pero todo irá a su diario. Incluida esa conversación. Le da la vuelta al posavasos y escribe: «Ocupar el puesto de una esposa y de una madre...». «No me engañas, Enrique. No me engañas... Eres un maldito hijo de puta. Sé todo lo que hiciste. Algún día lo pagarás».

Mari Carmen, ajena a la reunión de sus padres, vive unos días aciagos. Se han multiplicado tanto las lagunas de sus recuerdos, que empieza a pensar que las causan los porros y el alcohol. Sus amigos se empeñan en que no pasa nada, pero lleva demasiados pedos seguidos y cree que de ahí proviene esa repentina falta de memoria. «¿De qué va a ser si no?», se pregunta. Menos mal que, al llegar a casa, su padre se ocupa de ella. La mete en la cama, la arropa, espera a que se duerma. Incluso le lleva alguna infusión caliente o le obliga a beber agua para que no se deshidrate... Es increíble lo volcado que está en ella. Y es curioso, porque no se mete en absoluto en sus asuntos; cuando llega a casa un poco colocada, en vez de reñirle, la mima, la acompaña...

En cuanto a su madre, apenas tiene tiempo para ir a verla, pero está sorprendida de que haya dejado la droga. Bueno, menos el Valium. Pero eso no es casi droga, ¿o sí? En todo caso, es una droga muy distinta a la heroína. Y a los porros. La recetan los médicos... Se alegraría más si no fuera porque tiene demasiadas cosas en la cabeza que le impiden celebrar los avances de su madre. Hay una en concreto que le atormenta: no le ha bajado la regla. No entiende cómo puede ser. Supone que será algún tipo de irregularidad, porque ha tenido sexo, sí..., pero siempre con preservativo. Ignacio y ella han sido muy cuidadosos. En esos días, el miedo al sida hace que hasta los más temerarios se pongan plastiquito... Y aunque ni Ignacio ni ella se pinchan, a su alrededor hay demasiada droga y drogadictos como para aparcar las cautelas. Y aparte está lo de poder quedarse preñada, claro... Pero eso sí que es imposible usando condones.

Lo que le inquieta es que tendrá que ir al médico. A lo mejor todo es de lo mismo, la desmemoria, que no le baje la regla... Quizás está enferma y le intranquiliza. Más aún saber que debería ir al ginecólogo que ya de por sí es un mal trago, pero, además..., ¿cómo le va a decir a su padre que necesita hacerlo si él no sabe que se acuesta con nadie? Las chicas solo van cuando empiezan a tener sexo y... Tal vez su madre podría... Pero no, qué va. Ella no

conoce médicos y tardaría más en concertar una cita. Su padre es ginecólogo. Lo normal es que se lo diga a él, para que la vea alguien de su equipo. Le pedirá que la examine la doctora Rojas, que es la única mujer del equipo, porque... qué horror, qué vergüenza hablar de esas cosas con su padre y que le miren ahí abajo... Y menos mal que no puede estar embarazada. A lo mejor es que beber y fumar alteran la menstruación y también la memoria... O que la tristeza que aún lleva prendida en el corazón, meses después de la muerte de su hermano Enrique, le provoca todos esos desarreglos. Le echa tanto de menos. Era su confidente. Su amigo. Por suerte, su padre está muy pendiente de ella, sin quitarle libertad... No debe desconfiar. Le explicará lo que le pasa y él la ayudará. Seguro que sí.

El doctor García-Aranda llega a casa tras la reunión con su mujer, con un humor de perros. Pensaba que, en cuanto se vieran cara a cara, ella se atemorizaría y no se le ocurriría seguir adelante con el divorcio, pero se la ve tan cambiada y decidida como para apartar los miedos de un manotazo y continuar con su empeño, pase lo que pase. Mañana llamará a su abogado para que entre los dos vean lo que pueden esconder de aquí a que se celebre el juicio. Intentará por todos los medios que se quede con lo menos posible. Por suerte, buena parte de sus ingresos son en negro, y de ahí sí que no puede tirar. En la consulta tratará que sus pacientes paguen en efectivo, así que también cuenta con ganancias oscuras por ese lado; pero es que en el tema de los bebés para adopción no existe otra alternativa. Y eso sí que le reporta dinero. Mucho dinero... Magdalena se llevará un buen pellizco gracias a las casas, pero el resto ni lo olerá... No debe preocuparse. A ver cómo evoluciona todo. A ver qué le dice su abogado...

Mari Carmen oye la puerta y luego los pasos de su padre en el pasillo. Él ha regresado mucho antes que de costumbre. Y ella no ha salido, no ha fumado y no ha bebido, así que no hay efecto porro ni ninguna otra cosa que los separe. Es el momento de abordarle.

—Papá... —dice tras abrir la puerta y salir a su encuentro en el corredor—. ¿Puedo hablar contigo un momento?

Enrique mira a su hija de reojo y continúa caminando hacia su habitación:

—Ahora no, hija, ahora no —dice mientras va desanudándose la corbata—. Acabo de estar con tu madre, que es una aprovechada y que no sé qué pretende conseguir pidiéndome el divorcio y...

—Hombre, papá. Es lo normal, digo yo... ¿Qué te importa que quiera divorciarse con la cantidad de años que lleváis separados? Ya te digo yo que no es para casarse con otro, ja, ja, ja...

—¿Acaso crees que me importaría? —pregunta su padre, sin reírle el chiste y con gesto agrio—. Tu madre es una persona que no sirve para nada. Me daría igual que se casara o que se muriera...

—Basta, papá, no hables así. Es mi madre...

—¡¡Y a mí qué cojones me importa!! —grita, colérico.

Mari Carmen se queda paralizada. Es la primera vez que oye gritar a su padre de ese modo. Sin decir ni media palabra, se dirige de nuevo a su habitación y se encierra en ella.

Al poco rato, Enrique va al cuarto de su hija. Intenta abrir, pero la puerta está cerrada con pestillo.

—Mari Carmen —dice tras la puerta—, ábreme, por favor. Siento haberte gritado... Es tu madre, que provoca un efecto nefasto en mí... Abre la puerta y perdóname.

La chica está sentada en la cama, mirando al vacío. Sabe que no es el mejor momento, pero... da lo mismo, tiene que hablar con su padre. Se levanta, abre la puerta y le invita a entrar.

—¿Qué querías decirme? —pregunta Enrique, casi con dulzura.

Mari Carmen titubea, se coge la manga de un jersey con la mano contraria y se la alarga y hace la misma operación con la otra, con la vista en el suelo. Finalmente, levanta la mirada y clava sus ojos azules en los también azules de su padre.

—Papá... No sé qué me pasa, a veces es como si no recordara cosas, ¿sabes?

Enrique se pone en alerta...

—Eso son los porros, hija, te lo tengo dicho. Os empeñáis en que son inocuos, pero...

—... es que, además, papá, verás... estoy un poco preocupada porque no me ha bajado la regla y...

—¿Cómo dices?

—Que... no... no me ha bajado la regla... Hace casi dos meses que tendría que... y, bueno..., nada... Y no sé...

—¡Esto es lo que me faltaba! ¡Lo que me faltaba! Así que te estás acostando con algún chico... ¿no es verdad? ¡¡Dímelo!!

—Papá, por favor, no me grites... yo no, no sé... tendré que... no sé...

—Mañana irás a la clínica a revisarte y que te saquen sangre. A ver qué dice la analítica... Pero está claro que eso es lo que es... Te veré yo mismo.

—No, papá, por favor, por favor... Deja que me haga la revisión la doctora Rojas... Tú eres mi padre y eres hombre y..., por favor, por favor...

—¡¡Cállate...!! —le ordena—. Si estás embarazada, solo debo saberlo yo, ¿entiendes? ¿O quieres acabar con tu reputación y de paso con la mía? Mañana mandaré una nota al colegio con la chica para decir que estás enferma, e iremos juntos a primera hora al hospital, con un vaso de tu primera orina de la mañana. La primera, ¿lo entiendes? Luego te sacarán sangre y después te veré allí mismo. Yo. Te guste o no... Está decidido. Ahora le digo a la chica que baje a comprarte el recipiente para el pis a la farmacia y que te lo deje en la mesilla, para que no se te olvide cuando te levantes... Tampoco puedes desayunar. Espero que, para esto, al menos, tengas un poco de cabeza. —Sale de la habitación y cierra dando un sonoro portazo.

Mari Carmen nota que se le humedecen los ojos y corre a la cama para apagar el sonido de su llanto.

A la mañana siguiente, todo se hace como Enrique ha determinado. Mari Carmen orina en el vasito de plástico y luego lo envuelve bien para llevarlo al hospital, acompañada de su padre. Una vez allí, el médico le tiende el bote con el pis a la enfermera y le pide que le haga un análisis de sangre a su hija, que deberá medir los parámetros que le ha dejado apuntados. Cuando salen de la zona de laboratorio es cuando, por primera vez, el padre le dirige la palabra a su hija.

—Acércate a desayunar algo a la cafetería, no vaya a ser que te marees tras la extracción de sangre. Y sube después a mi consulta. No tardes, tengo mucho trabajo y voy a retrasar todas las visitas. Le diré a mi enfermera que estás teniendo muchos dolores y que quiero revisarte. No se te ocurra mencionar en ningún momento que no te ha bajado la regla, ¿me oyes? No se te ocurra...

Mari Carmen obedece. Cuando termina de desayunar, sin ningún apetito, se dirige a la consulta de su padre arrastrando los pies.

—Pasa a esa habitación —le dice el médico al verla entrar—. Encontrarás una bata. Quítate la ropa y póntela sin nada debajo. Luego te tumbas en la silla ginecológica, con una pierna a cada lado.

Al poco, Mari Carmen, temblorosa, está en el pequeño habitáculo, colocada sobre esa especie de potro de tortura, tal y como su padre le ha indicado, y él pasa, se pone unos guantes e inspecciona la vagina y el útero de su hija. Se los conoce de memoria. Han sido varias las veces que ha recurrido a la escopolamina para tener sexo con Mari Carmen, sin que ella lo supiera y, por tanto, sin que pudiera evitarlo... Y ahora...

—Siéntate con las piernas juntas y descúbrete las mamas. Te voy a revisar también los pechos.

La chica obedece también esta vez. El médico observa esos pechos jóvenes y perfectos que ha acariciado y lamido en tantas ocasiones. Se quita los guantes y se los estruja mirando a su hija a los ojos. Ella se queja. El médico se retira y le indica que ya se puede vestir, mientras él la espera en la consulta. Cuando la chica, asustada, se sienta frente a su padre, él comienza a hablar:

—Muy bien, hija, muy bien... Debes estar orgullosa. Tienes quince años y ya has tenido relaciones sexuales... —La chica baja la cabeza y él continúa—: Y no solo eso: o mucho me equivoco, o estás preñada. Lo delatan tus pechos. Además, he observado que tienes...

—¿Embarazada? —le interrumpe ella sorprendida—. No puede ser... No puede ser... Yo... hemos utilizado preservativos y... es imposible.

—Preservativos, ¿eh? —pregunta su padre, pensando en su propia inconsciencia al acostarse con su hija en esos tiempos de sida sin saber si ella utilizaba protección y si el chico o chicos con los que se relacionaba podían haber contraído el sida, ahora que la enfermedad empieza a galopar en la sociedad—. Pues los habréis comprado de segunda mano...

La chica se tapa la cara con las manos.

—Pero... —Solloza—... ¿Seguro que estoy embarazada?

—Hay que esperar a los resultados de las pruebas, pero... mi experiencia después de tantos años no me engaña...

—¿Y qué voy a hacer, papá? ¿Qué voy a hacer?

El padre clava sus ojos azules en los también azules de ella. Tan iguales y tan diferentes. Piensa en que, si su hija le dice la verdad, y parece que lo hace, el hijo que espera puede ser suyo. De los dos... Podría hacerle abortar, pero... «Piensa con rapidez y frialdad, Enrique», se dice, sin dejar de mirar a Mari Carmen, que exhibe estupor y miedo en la mirada.

—De momento, callarte. No digas nada. A nadie. Y a tu madre menos que a nadie, ¿lo entiendes? Tampoco al hijo de puta que te ha hecho esto...

—Papá, de verdad que no puede ser...

—Cállate. Si se confirma esta desgracia, nos iremos de aquí por un tiempo. Yo lo arreglaré todo, como siempre... Pero tú no rechistarás a nada que yo diga, ¿lo entiendes? ¿Lo entiendes? —repite clavando los ojos en los suyos—. Si ese chico con el que dices

que has tenido sexo con preservativo no ha sido, habrá sido otro de tus amigos... Un violador...

Mari Carmen se encuentra en estado de *shock*. No esposible, pero... Esas lagunas en su memoria... ¿Pudo alguien en algún momento violarla sin que ella se enterase?

# 23

*Presente, 2018*

«El futuro nos tortura y el pasado nos encadena. He ahí por qué se nos escapa el presente».

GUSTAVE FLAUBERT

Roures sale de la casa de Carlota con la cabeza embotada. Se ha tomado dos Actrones antes de despedirse de la jueza, previendo una migraña por sorpresa, pero, tal vez por efecto del medicamento, al que su organismo debería estar ya más que habituado, o a causa del relato, no siente ese dolor insoportable que tantas veces le inmoviliza, pero sí una especie de pesadez. Sale confuso. ¿También disgustado por no haber tenido sexo con la jueza? «No era el momento, detective...», se dice. Entró en la casa con ganas de sexo y se va con ganas de sexo. Abrumado por la información, pero... ¿acaso es tan malo reconocerse las debilidades? En la noche, las luces de la ciudad le mandan señales. Tal vez Madrid le quiere sugerir algo. O simplemente ejercer su poder hipnótico sobre él, para que sea capaz de desarrollar sus habilidades deductivas. Poder hipnótico.

Está esperando las noticias del Manos sobre el otro caso; pero será mejor que aguarde hasta el día siguiente. Ahora es el momento

de estrujarse el cerebro respecto al de la jueza. ¿Quiere descubrir la identidad del padre de su hija? Le parece poco menos que imposible. Tendría que contactar con su pandilla de niña y solicitar a todos sus amiguitos descarriados de entonces, que a saber en qué se han convertido, pruebas de paternidad. Cómo si eso fuera aceptable cuando los años pasan y las vidas reformadas se esmeran en enterrar sus pecados de otros tiempos. De todos modos..., hay cosas que le chirrían. La historia de sus padres es especialmente turbia. Le gustaría hablar con su madre. Está en un psicogeriátrico... No es de extrañar. Una vida como la suya es una causa más que suficiente para una depresión crónica. Cree. Es preciso que hable con ella. Ojalá se encuentre en condiciones... Pero querría conocer también al padre. La jueza dejó de hablarse con él cuando leyó parte del diario de su madre y se enteró de que él podría haber ordenado el asesinato de dos personas. No es poco, pero ¿es solo eso? Hay algo más que Carlota no le cuenta, maldita sea. Hay algo más...

Le suena el teléfono. Es el Manos.

—Manos, ¿alguna novedad?

—Ya está encargado el trabajo. Si no hay problemas, mañana tendremos el contenido del teléfono del profesor, que, con un poco de suerte, ni se enterará de que se lo robamos y devolvemos... Pero... se me olvidó darte el parte del otro asunto... Del padre de la jueza...

—Dime.

—¿Tú sabes que ella no se llama como se llama?

—Cuéntamelo tú...

—Pues... me he vuelto loco hasta encontrar que la jueza, a saber por qué, se cambió los apellidos y se puso delante el de su madre: Aguado. Su padre se apellida García-Aranda... Y ella se llama, en realidad...

—Mari Carmen...

—¿Lo sabías? Pues me lo podías haber dicho para hacerme un poquito más sencilla la búsqueda de este señor que no es ingeniero,

sino médico.

—Ginecólogo, sí. Pero... ¿sigue en activo?

—Tiene ochenta y tres, podría estar muerto... Aunque... estos tipos de posibles viven más y hacen lo que les da la gana. Dirige un instituto de medicina que engloba unidades de ginecología, obstetricia, patología mamaria, fisioterapia, medicina general, angiología y cirugía vascular, neurocirugía, medicina estética, cirugía plástica y aparato digestivo, entre otras especialidades...

—¿Te lo has aprendido de memoria?

—No me jodas, jefe... Lo estoy leyendo. Vamos, que le da a todo lo que le proporcione pasta. Con ochenta y tres tacos, ¿no tendrá nada mejor que hacer? Vive en Aravaca, en la zona de Valdemarín, en un ático de lujo. Y muy cerca, tiene su imperio médico. Supongo que él se paseará por el centro y poco más... ¿Quieres que investigue su vida social? ¿Con quién va? ¿Si tiene pareja, aunque sea un viejo? ¡Me juego el pescuezo a que, aunque sea matusalén, teniendo tanta pasta, no le falta la compañía...!

—Los viejos también aman, Manos. No lo olvides. Pero no; de momento, solo necesito su dirección completa. Creo que iré a verle pronto. —«Aunque debería preguntarle a Carlota antes de hacerlo...», piensa.

—Ok, jefe. Seguimos. A ver qué encontramos mañana en el teléfono de ese pinta...

El detective camina a buen ritmo hasta su casa de Malasaña. Es tarde, está cansado, le pesa la cabeza y no está seguro de que los casos estén yendo hacia donde deben. Sobre todo, si caminan hacia su resolución o no será posible... Sería la primera vez que deja un caso sin resolver. «Eso no va a pasar», se dice.

Llega a su piso sin aliento. Tiene que retomar la natación. Y hacer su tabla de ejercicios en casa, aunque cada vez le cueste más trabajo. Pero ya lo pensará mañana, como Scarlett... Ahora necesita descansar. Al poco, está sobre la cama, tumbado, con los ojos cerrados, esperando a que el sueño se apodere de él. No tarda mucho en ocurrir. El vino, los medicamentos, que pese a tener

cafeína ya no contribuyen a que se mantenga despierto... Ni siquiera las imágenes de Carlota, de los documentos de la clínica clandestina de Asturias y de los rostros inocentes de las universitarias engañadas, que se agolpan en su cabeza, impiden que se duerma. Sin embargo, durante el sueño, todas las ideas atropelladas, respecto a los casos que tiene entre manos, se mezclan unas con otras; se le aparecen padres malvados robando bebés de sus hijas, madres drogadictas, chicas que acaban desnudándose delante de profesores de mirada libidinosa...

Por la mañana, cuando se despierta, todavía conserva el recuerdo de las pesadillas y se siente igual de cansado que cuando se metió en la cama. Aun así, se levanta y hace unos cuantos estiramientos, cincuenta flexiones y la plancha que aguanta más de cinco minutos. «No está mal para tu edad», se felicita. Mientras camina a la cocina para prepararse un café, se centra en el caso de las universitarias: «Si hoy accedemos al teléfono del profesor, el caso empezará a encontrar su camino, si no... Y en cuanto a Carlota...» reflexiona.

La jueza le proporcionó el nombre del chico con el que recuerda haber tenido relaciones durante la adolescencia: Ignacio Alfenda; tendrá que localizarlo e interrogarlo, pero antes... Necesita el permiso de Carlota para hablar con sus padres. Primero con su madre y luego con él... Marca su número.

—¿Roures? —responde ella con rapidez y un tono nervioso—. Entro en un juicio en nada. ¿Es urgente?

—Tengo varias preguntas para tu padre y para tu madre. Sé cómo localizar a tu padre; pero necesito el nombre de la residencia de tu madre. Quiero verla a ella primero...

Carlota permanece unos segundos en silencio.

—¿Es imprescindible? —suspira sin esperar respuesta—. Confío en ti. Si no, no te habría encargado este caso, detective... ¿Eres consciente de que mi madre no sabe que tengo una hija? No creo que deba enterarse por ti. Y yo, de momento, no tengo ganas de

decírselo. Tampoco de verla. Menos a mi padre, pero... tampoco a ella. Bien, mi madre está en un centro especializado en salud mental en Puerta de Hierro. No se relaciona apenas con nadie. Solo con el psiquiatra, el psicólogo y las enfermeras... Vive en su habitación, entre libros y música. Como tú, detective... Y tampoco te lleva tantos años... Intenta que te reciba. Dile que vas por mí...

—Iré a verla. A ella, a él y a tu novio de la adolescencia. Y no te preocupes, que los detectives somos especialistas en no destripar nuestros casos.

—Vamos contra reloj, Tony. Necesitamos encontrar esa médula para mi hija. Me da igual si tienes que hablar con el papa de Roma.

—Lo sé.

Cuelga y piensa: «Veamos, si el padre de Carlota tiene ochenta y tres y le llevaba doce a su madre, ella tiene setenta y uno... Tampoco me lleva tantos años, en efecto... A mí me quedan dos años para los *sixty four* que cantaba Paul McCartney... Al menos, conservo el pelo...». Se acerca al salón, busca el disco de *Sargent Pepper's* que incluye la canción y la pone en su tocadiscos mientras camina hacia el cuarto de baño cantándola. *«When I get older, losing my hair...»*.

Un rato más tarde, el detective ya está en la calle. Ha sacado su coche destartalado a pasear, porque la comunicación con transporte público no es fácil a Puerta de Hierro. No frecuenta los barrios de ricachones y ese es uno con el club más pijo y rancio de toda España. Ese en el que juegan al golf los políticos del PP y alguno del PSOE, en compañía de grandes de España, muchos sin un duro, pero con mucha conciencia de clase. La clínica/residencia de la madre de Carlota no debe de ser barata...

Mientras conduce hacia allí va observando cómo Madrid cambia de color. Al acercarse a la zona de Puerta de Hierro todo es más verde... «Privilegiados ellos, aunque yo no viviría aquí, ni aunque me pagaran», piensa, al tiempo que ve salir de una mansión a un anciano conducido en su silla de ruedas por una mujer, posiblemente dominicana. No hay comercios ni bares, solo casas una detrás de

otra. Llega al psicogeriátrico y, al entrar, nota que da igual lo que cueste: sigue siendo un lugar para encerrar a los viejos. Se acuerda entonces de su propia madre. Piensa en el tiempo que lleva sin verla. En el Alzheimer que la atormenta o acaso tortura más a sus hijos que a ella misma. Sobre todo, a él... Pero su madre está cerca de los noventa y esta mujer a la que va a visitar acaba de atravesar la frontera de los setenta, esa que a él le queda a la vuelta de la esquina. Mejor concentrar los esfuerzos de su mente en el caso y no en el aterrador paisaje de la decrepitud, tan visible en los centros donde solo viven viejos...

Le recibe una señorita muy amable que le pregunta en qué puede ayudarle.

—Desearía ver a doña Magdalena Aguado.

—¿Es usted de la familia? Creo que ella...

—Solo tiene una hija, la jueza Carlota Aguado, sí; vengo de su parte...

—Ehhh, tengo que preguntarle a ella... No acostumbra a recibir visitas, ¿sabe? Ni siquiera de su hija... Y no suele alternar apenas con nadie. De hecho, casi siempre come en su habitación en vez de bajar al comedor...

—Pregúntele, hágame el favor. Dígale que se trata de un asunto muy importante para su hija...

—¿Su nombre?

—Roures. Tony Roures.

—Está bien, déjeme intentarlo...

La señorita llama a la habitación de la madre de Carlota. Al principio, nadie contesta, pero, en un segundo intento, la propia Magdalena responde al teléfono.

—Dígame, Yolanda, ¿qué ocurre?

—Magdalena, perdone que la moleste, pero hay un señor aquí que dice que viene de parte de su hija y que quiere verla...

—¿De mi hija?

—Eso es.

Magdalena tarda unos segundos en contestar.

—¿Ha dicho qué quiere?

—Hablar con usted...

—Está bien. Dígale que suba.

—¿A su habitación?

—Yolanda, mi habitación es mi casa... Así que, sí, que suba a mi habitación.

—Claro. Perdone. Enseguida.

La recepcionista traslada al detective el mensaje de Magdalena y le explica el camino a su habitación.

—Doña Magdalena es una señora muy buena —dice la chica—. Aunque siempre está muy triste... Nadie viene a verla nunca, ¿sabe? Vamos, yo llevo seis meses aquí y no ha recibido ninguna visita...

Roures sube a la segunda planta, donde se encuentra la habitación de la madre de Carlota. Llama a su puerta y al poco le abre ella misma y le invita a pasar. Su alojamiento es una *suite* con dormitorio, saloncito, baño y una pequeña terraza. Muy floreada. Alguien diría que acogedora. Al detective le abruman tantos colores pastel de casita de cuento. El contraste, en cambio, es ella. Magdalena. Una mujer no demasiado alta, no llegará al 1,70, muy delgada, con una melena castaña a ras de hombro y un flequillo despeinado, poco habitual en una mujer de su edad. Lleva un vaquero, unas Adidas tradicionales y un jersey de punto azul marino y cuello redondo, por el que asoma lo que parece una camiseta blanca. Un atuendo nada habitual en viejecitas. Y menos en las que andan recluidas en las residencias. Parece mucho más joven. Quizás diez años. No hay nada en sus ojos pardos y en el resto de su rostro que le recuerde a su hija, salvo la boca. Grande y llamativa. Muy parecida a la de Carlota.

—Dígame quién es usted y qué quiere de mí... —pregunta ella, yendo tan al grano como suele a hacerlo el propio detective—. En un rato vendrá mi psiquiatra, así que no dispongo de mucho tiempo.

—Me llamo Tony Roures y soy amigo de su hija, Carlota Aguado. Ella me ha dado la dirección de este lugar. Querría hacerle algunas preguntas. —La madre de Carlota le mira con fijeza sin articular

palabra. Roures continúa—: Soy detective privado. Investigo el caso de una buena amiga de su hija. Un asunto de bebés robados.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Con usted, nada..., tal vez con su exmarido...

—Ya... —Hace una pausa—. ¿Fuma usted? Voy a salir a la terraza a fumarme un cigarrillo, ¿me acompaña?

—Con mucho gusto.

—Hay dos cosas que no he conseguido abandonar en esta vida monacal que llevo, el tabaco y...

—... la música —termina la frase Roures.

Magdalena lo mira sorprendida.

—¿Es usted adivino?

—No. Solo un alma gemela. Me temo que soy tan preso del humo y de la música como usted, y he visto que en esa esquina de esta habitación, tan floreada, hay un viejo tocadiscos, parecido al mío; así que debe de tener discos por alguna parte —responde tendiéndole un cigarrillo—. ¿Quiere?

—Gracias —acepta ella mientras él saca el mechero. En cuanto Roures empieza a fumar, no puede evitar el concierto de toses.

—Creo —dice ella, tras dar una calada a su pitillo— que a usted el tabaco le sienta peor que a mí.

—No se deje llevar por las apariencias... Nunca se sabe.

La mujer sonríe.

—Dígame en qué le puedo ayudar, detective. Hace muchos años que, por suerte, ni veo ni sé nada de mi exmarido. Y si le digo la verdad, no tengo ni ganas de hacer memoria. Me hace daño... Y mi ánimo no está en buenas condiciones desde hace mucho.

—Seguro que no. Pero da la impresión de tener la cabeza en perfectas condiciones. Y no solo la cabeza. Tiene usted muy buen aspecto. Nadie diría que necesita estar en una residencia...

—Le agradezco el cumplido, pero no estoy aquí por vieja, sino por loca... Ahora se habla de la depresión como si fuera un dolor de cabeza, pero... es una enfermedad mental. Yo tengo días normales. Otros... no me levantaría de la cama. Y algunos me cortaría las

venas... Sobre todo aquellos en los que me acosan las alucinaciones. Por eso estoy aquí. —Apaga el cigarrillo y abandona la terraza. Roures hace lo propio con el suyo y la sigue.

—¿Qué la salva? ¿Qué le impide suicidarse? —pregunta casi con brutalidad el detective, ya dentro de la estancia.

Magdalena frunce el ceño con desconfianza.

—El sentimiento de culpa. Y la música —confiesa finalmente.

—Definitivamente, tenemos muchas cosas en común...

—No quiero conocerlas —le advierte ella con gesto fatigado—. Dígame lo que quiere saber. Me molesta ser ruda, pero me cansa conversar...

—Verá —dice el detective, yendo también al grano como suele —, por lo que he investigado, es muy posible que su marido compartiese, si no propiedad, al menos sí responsabilidad y beneficios en una clínica clandestina de Asturias donde se efectuaron adopciones ilegales por lo menos hasta el año ochenta y seis. Supongo que ahí finalizaría el negocio, porque en el año ochenta y siete se aprobó una ley que les puso el asunto un poco más complicado.

—No le diré que me extraña...

—¿Insinúa que sabía algo?

—No. Pero mi marido ha cometido muy diversas tropelías. Y de los movimientos de dinero que pudo investigar mi abogado el año en el que interpusimos la demanda de divorcio, se deduce que algún negocio turbio tenía... No me sorprendería ni siquiera una barbaridad de ese calibre.

—Parece que fueron varias las chicas jóvenes «descarriadas» las que se vieron obligadas a dejar sus bebés en manos de unos padres que serían mejores para ellos... En los casos de las chicas que pasaron por ese paritorio, no necesariamente fue la precariedad económica lo que las empujó a dar en adopción a sus hijos. Muchas eran jóvenes de buena familia a las que sus propios allegados querían salvar del deshonor.

—La doble moral. Bueno. Tampoco eso me sorprende... Sé demasiadas cosas de mi exmarido.

—¿Y por qué nunca le ha demandado judicialmente? ¿No quería que fuera a la cárcel por su hija?

—Siempre pensé que tal vez un día lo haría ella, pero...

—¿Pero qué?

—Carlota ya no es ninguna niña... Pero no ha querido conocer toda la verdad sobre su padre, aunque se dejara de relacionar con él hace años.

—¿Sabe por qué lo hizo?

—No del todo. ¿Y usted?

—Ella me contó que leyó su diario y... Supongo que a partir de lo leído, adivinó cosas de su padre que quizás no quería averiguar. Mire, a mí sí que me ayudaría mucho saber todas las maldades de su exmarido. Cuando vaya a verle, necesito tener a mano toda la munición posible.

—¿Y para qué? —pregunta ella con cansancio—. Ya es muy mayor... no irá a la cárcel. ¿De qué serviría un juicio?

—Bueno, creo que si algo le importa a su exmarido es la imagen, ¿no? El honor, el qué dirán, esas cosas por las que hay quien roba, mata y...

Magdalena cierra los ojos. Al cabo, los abre de nuevo y mira al vacío.

—Verá, señor... ¿Roures?

—Eso es.

—Verá. Escribí un diario, sí. Bueno, eso suena muy pretencioso. Son solo unos cuadernos de recuerdos... Pero he dejado en ellos mi vida entera. Comencé a escribirlos hace años y... Un día pasó algo y ella, que hasta entonces no los había querido ni ver, leyó una parte. Fue más que suficiente. Lo que descubrió le hizo tanto daño que decidió no leer más. Y le soy sincera. Yo lo agradecí. Mi exmarido estuvo involucrado en cosas espantosas y mi hija lo sabe; pero... hubo algo que Mari... que Carlota no descubrió. Y yo me alegro,

porque sé cuánto le hubiera dolido. Yo no quise... O no pude contárselo.

—¿Por algún motivo?

—Para empezar, porque no lo podía probar. Aunque es cierto que son muchas las fechorías de su padre que sí le conté, que también eran indemostrables e insistí en compartirlas con ella, solo que... pensé que esto sería demasiado, y ni siquiera estoy segura de si ahora lo soportaría.

—Dispare, Magdalena —la anima el detective—. Cuéntemelo a mí. Se va a quedar a gusto...

Magdalena suspira. Cierra los ojos y los abre de nuevo con gesto decidido.

—Vera, señor Roures, mi... mi hija mayor, Mariana, se suicidó. —Magdalena detiene el discurso en este punto y su cara se vuelve una mueca. De pronto parece otra persona. Su mirada se endurece y sus labios se afinan antes de arrojar todos sus demonios por la boca—: Se tiró por una ventana. En la investigación descubrieron que la niña había tenido relaciones sexuales esa noche. Nunca se supo con quién. Llegaron a acusar a mi hijo Enrique..., pero no sospecharon de su padre. ¿No le resulta extraño? Conociéndole, supuse que tendría algún amigo en la policía o... no sé. Pero cargaron contra mi hijo y, al final, los descartaron a los dos y nunca encontraron al culpable. Sin embargo, pasado el tiempo, no sé por qué, yo llegué a pensar que... A ver cómo se lo digo: creo que mi exmarido violó a mi hija aquella noche. Es más, creo que abusó de ella en repetidas ocasiones. Por eso ella me echó en cara mi marcha de aquella casa, en la que yo no pintaba nada, pero... donde, sin saberlo, servía de freno al degenerado de su padre. Eso creo.

Roures intenta que su rostro no trasluzca la impresión que le provoca la información. Las ideas se agolpan en su cabeza.

—¿Lo cree o lo sabe?

—Me lo dijo él.

—¿Se atrevió a confesarle algo así?

—Como siempre, me proporcionó las suficientes pistas como para que yo lo «adivinara». Supongo que sabía que descubriéndomelo todo, sufriría más...

—¿Y por qué la odia tanto?

—Porque jamás pensó que una pueblerina miserable le traicionaría, y menos con alguien más importante que él. Eso también me lo dijo. Tal cual. Sin eufemismos.

—Se refiere a Nicolás Franco.

Ella asiente con la cabeza.

—Veo que está bien informado...

—Algo me ha contado su hija... ¿Es todo?

—¿Le parece poco? —Ahora es Roures quien niega con un gesto. Ella prosigue—: Pues debo decirle que creo que mi marido me ocultó algo más. Desconozco qué, pero... Hay una parcela de tiempo que me falta. Justo la que corresponde a ese año en que Mari Carmen, bueno, Carlota, se puso enferma y se fue a vivir a la casa de Llanes...

¿Sabe que estuvo en Llanes? Roures está tentado a hablarle del embarazo de su hija, del robo consentido de ese bebé..., pero no es el momento de hacerlo, porque eso le corresponde a la jueza y porque hay algo que le quema en el cerebro y prefiere ni pensar, de momento... Por Carlota, y porque es demasiado aterrador.

Magdalena interrumpe sus pensamientos.

—Ahora váyase, detective —le ordena ella de pronto—. Déjeme un teléfono. Si recuerdo algo que considere importante, se lo haré saber... Me siento demasiado cansada como para continuar hablando. Los recuerdos me agotan... O quizás me matan lentamente. Tal vez si desaparecieran de mi mente...

—Le aseguro que sería peor que careciera de ellos... —le replica el detective—. Lo sé por mi madre... Yo espero no olvidar nunca la primera canción que me hizo amar la música.

—¿Cuál fue? —pregunta ella con instantánea curiosidad de melómana.

—«Bring a Little Loving».

Magdalena sonríe con cierto esfuerzo.

—¿Los Bravos?

—Eso es. ¿La suya?

—«Love Me Do».

—Los Beatles...

—Exacto. Por cierto, señor Roures, «Bring a Little Loving» es del año sesenta y ocho... El mismo en el que yo estaba embarazada de Mari Carmen. De su Carlota.

Todo parece concatenarse en ese universo que más bien parece un *collage* de vivencias y sentimientos. A él le gustaría zambullirse en esos cuadernos de Magdalena. Conocer más a aquella mujer, con tantos pecados como buenos propósitos. La vida cercena tantas veces las mejores intenciones...

—Magdalena, ¿cree usted que podría leer sus cuadernos? —le pregunta—. ¿O solo desea que lo haga su hija, si es que algún día quiere hacerlo?

La mujer mira a algún punto indeterminado antes de volver el rostro hacia el detective.

—Contienen mi vida entera. Todas mis vergüenzas. Y cierto legado mío para ella, de lo que he aprendido en esta carrera de obstáculos que es la vida... Si sirvieran para condenar a un hombre malvado, le permitiría leerlos al mundo entero, pero, dígame, ¿qué conseguirá usted haciéndolo?

—Tal vez salvar una vida —se apresura a responder el detective —. Dudo mucho que vayan a condenar a nadie por la trama de los bebés robados, habida cuenta de la absolución del doctor Vela, el único inculpado junto a la fallecida sor María Gómez Valbuena...; sus crímenes han prescrito y no son de lesa humanidad; también lo habrán hecho los de su marido; pero es posible que a través de ellos consiga descubrir quiénes son los verdaderos progenitores de una chica con una leucemia mieloide aguda, que necesita un trasplante de médula...

Magdalena lo escruta con extrañeza. Como se mira cuando se quiere descubrir algo.

—Supongo que no quiere explicarme nada más —responde por fin—, pero... hay algo que me hace confiar en usted, así que, de acuerdo, Roures. Pero no le dejaré que se los lleve. Son de mi hija. Lo único que tengo ya para ella, aunque ahora parezca no interesarle o le resulte tan doloroso como para no querer ni echarle un vistazo... Tendrá usted que leerlos aquí. No nos molestaremos, se lo aseguro. Hace mucho que prefiero el silencio a las palabras... Vuelva otro día. Ahora estoy muy cansada...

Roures abandona el psicogeriátrico. La madre de Carlota parece estar en plena posesión de sus facultades. La depresión es una enfermedad muy engañosa. Es consciente. Pero nadie pensaría que ella no es una mujer capaz de vivir sola y sin atención. Sin embargo, le ha confesado sus instintos suicidas. Y algo le dice que lo único que la retiene en este mundo y viva es su hija. No la ve, pero no quiere dejarla sola. Como si una madre protegiera solo por existir. ¿Lo hace la suya con Alzheimer desde hace tanto? Cree que sí. Aunque tampoco la vea. Aunque le duela que no le recuerde. No quiere que se muera, pese a no visitarla apenas y a saber que sería, tal vez, quién sabe, lo mejor para ella. «El egoísmo de un hijo no tiene límites, ni parangón», piensa. Y probablemente nadie podría rebatírselo...

Deja atrás el barrio en su viejo coche y compañero de vida; casi tan fiel como el Corto Maltés de la esfera de su reloj, testigo mudo de todos sus actos. Tiene que verse con el padre de Carlota. Siente un rechazo tan profundo hacia ese hombre, que sabe que debe atemperar su talante antes de ello. Y tampoco puede presentarse directamente en la clínica

Tiene que concertar una cita. A ver si se muestra colaborador... Entretanto, espera noticias del Manos. Necesita el contenido del teléfono para enfrentase al profesor. Antes quiere conocer el punto de vista de su amigo Prieto. Siempre esclarecedor. Le llama.

—Prieto al aparato.

—Amigo...

—Roures

—El mismo. Necesito hablar contigo. Contarte algo de nuestro conocido el profesor de literatura...

—Antes de que digas lo que no debes... —le corta Prieto— No quiero saber nada de ilegalidades, ¿me entiendes? No quiero que me des el parte de lo que va a hacer el Manos con el tipo. Ni de lo que pretendes tú... De lo único que podemos hablar tú y yo es de la *dark web* y de las fotos proporcionadas por ese canalla.

—¿Sabes qué ha sido él?

—Por supuesto que no. Lo único que he hecho es acceder al sitio para identificar a esas chicas. Y estamos investigando si, además de sus fotos, se facilita algún tipo de contacto con ellas... No va a ser fácil. Trataremos de tenderle una trampa a quien esté detrás de la web. Sea el profesor o quien sea.

—Vale. ¿Qué te parece si te invito a un vermut en La Dolores y a unas buenas gildas...? —propone el detective—. Y luego rematamos con un cocido en La Daniela...

—Tampoco te creas que me voy a dejar sobornar por unas cuantas exquisiteces culinarias —ríe el policía—. Acepto, claro. Para contarte yo. Tú no me cuentes nada de lo que no me pueda enterar. Un profesor de universidad es un funcionario público...

—Eso es. Razón de más para darle por todas partes, por aprovechar no solo su autoridad, sino su cargo. Te veo ahora. Y descuida. No te involucraré en mi trabajo sucio. Sabes que solo lo hago cuando no me queda más remedio...

La Dolores es una de las tabernas favoritas de Roures, pero lleva tiempo sin ir al barrio de las Letras, sin apenas salir de su zona... Al llegar a la plaza de Jesús, 4, recrea la vista en los anuncios de la fachada del local, en letras mayúsculas:

VINOS DE VALDEPEÑAS
CERVEZAS FRESCAS Y TAPAS
TABERNA LA DOLORES. AÑO 1908
GASEOSAS Y SIDRAS

Le gusta por fuera, pero más, si cabe, por dentro, con su barra alicatada de botellas cubriendo la pared del fondo, el mostrador lleno de pinchos suculentos, un espacio para mesitas a la derecha y las clásicas «apoyacosas», saliendo del muro de enfrente, que no llegan a la categoría de barras, pero que les sirven a los clientes para dejar la cervecita y el platillo de la tapa de regalo. El suelo de damero blanco y negro, los barriles sobre los que algunos se sientan y que en la calle tienen una encimera para descansar los vasos. Es como estar en casa. Salazones, latas, embutidos, boquerones... Roures entra y saluda, y, como a todos los clientes, le reciben con una cortesía y una disposición antigua, de las que ya no existen en los nuevos locales de la capital. Se pide una caña, que sabe que allí tiran como corresponde, y aguarda a su amigo Prieto, sin impaciencia. Llevan mucho tiempo sin verse, así que, sin que sirva de precedente, se saludan con un abrazo.

—¿Cómo estás, tío? —le pregunta el policía.

—Veinte veces mejor que en la cárcel —responde él.

Ríen los dos y el detective, sin preguntar, pide otra caña para su amigo, un par de gildas y unos mejillones.

—No pidas más, Roures, que si luego vamos a zamparnos un cocido, prefiero no comer más de la cuenta.

—¿El gran Prieto «a plan»?

—Tú descojónate, pero estoy intentando cuidarme, sí. Me había puesto como un zepelín y tenía la tensión por las nubes...

—Es que ya no eres un niño...

—A tu lado, sí, cabrón... Aunque tú no engordes ni un gramo, que será porque no dejas de fumar. Pero ten cuidado, que a lo mejor en vez de grasa pillas un cáncer...

—Gracias por los buenos deseos.

—No son deseos, sino más bien certezas... ¿Dejarás de fumar algún día?

—En otra vida, tal vez...

—Debes de tener los pulmones negros como el carbón...

—Y la vejiga a punto de albergar inquilinos... Lo sé, pero... En fin, vayamos al grano. O mejor, termínate los mejillones y caminemos hasta La Daniela. Sentados hablaremos mejor.

El detective paga y se dirigen juntos, calle adelante, al local donde se ubica La Daniela, con su cocido de tres vuelcos; allí se sientan frente a frente en torno a una de las mesitas pequeñas. En otra, el académico Francisco Rico conversa con una vistosa morena.

—El gran Paco Rico siempre en buena compañía... —comenta Roures.

—¿Quién?

—Francisco Rico, un académico de la RAE. Un filólogo e historiador de la literatura de la Edad Media al siglo de Oro... Se lo sabe todo de Petrarca, el *Lazarillo de Tormes* y el *Quijote*.

—Ni puta idea, macho...

—Es otro fumador empedernido, como yo, que se juega los pulmones en cada calada... Y el tipo más brillante que he conocido nunca.

—¿Lo conoces?

—No creo que me recuerde, pero me lo presentaron hace muchos años en uno de esos bares que se puso de moda durante la movida, en el barrio de Justicia. Se llamaba El Limbo, solían frecuentarlo muchos escritores. Desde Paco Umbral a Juan Benet —a quienes les unía la poeta Blanca Andreu, novia del segundo y, según las malas lenguas, amante del primero... — o mi amigo Agustín Tena..., director de *Dezine*, escritor y vividor, y mi admirado Julio Llamazares que lo menciona en su libro *El cielo de Madrid*. Por allí andaba Rico. Era un tipo fascinante, culto como pocos, malo como pocos y con un sentido de humor como ninguno. Se sabía de memoria los *Mil años de poesía española*, que publicó en una antología comentada algunos años más tarde.

—Eso seguro que se lo aprendía para ligar. ¿No quedamos en que los que saben de palabras conquistan con ellas? Pues ahí anda este hombre con una piba de órdago, mil años más joven, a la que seguro que tiene embobada soltándole un poemita cada poco.

—Bueno, igual es una amiga y no le hace falta recitarle las coplas de Jorge Manrique para que comparta un cocido con él...

—Los cojones. Los tíos no tenemos amigas.

—Ya. Es una teoría muy extendida. La otra es que tiene que pasar algo entre un hombre y una mujer para que deje de existir tensión sexual y se pueda desarrollar una amistad. Yo creo que puede haber amistad entre distintos sexos, siempre que se consideren iguales intelectualmente entre sí. Y la atracción... también puedes sentirla por alguien de tu sexo, por admiración a su discurso. No es necesariamente sexual.

—¿Por alguien de tu propio sexo, mariconazo? Venga ya, Roures. Los tíos y las tías estamos hechos de distinta pasta. Nosotros siempre estamos pensando en follar... Y cuando estamos con una tía, creemos que le gustamos más de lo que a lo mejor le gustamos y ella cree que nos gusta menos de lo que nos gusta... Es así. Y no hay que darle más vueltas. Ni amistad con tías, ni con gais que están deseando romperte el...

—Vale —corta el detective, que sabe que hay temas que es mejor no tratar con su amigo—. No discutamos más, que nos metemos en ese jardín de los tópicos en el que habitas.

—Eso, dejémonos de mandangas y vayamos a los temas importantes: el cocido. Que el de aquí es de los mejores de Madrid.

—En eso sí que estamos de acuerdo.

—¿No lo estamos en que hay mucho guarro entre los tíos que tienen poder sobre las tías? Da lo mismo que sean directores de orquesta que profesores de universidad... O incluso policías.

—No me toques los cojones, Roures, que yo respeto mucho a mis subordinadas...

—Pero no pueden ser amigas tuyas porque estás todo el rato pensando en follártelas...

—A las feas, no...

—Anda y que te den... —ríe Roures—. Por suerte, no todos los profesores de universidad pertenecen a la categoría de hijos de la gran puta, como ese que anda sacándoles vídeos íntimos y fotos a sus alumnas... ¿Qué pasa con el material de la *dark web*? ¿Se vende el acceso a todos los vídeos y las fotos y ya está? Si es así, es un negocio muy efímero, ¿no?

—He descubierto algo que me escama, Roures. Poco después de que el Manos me pasara la URL del sitio, solo había material de tres chicas en él. Al principio se publicitaban cinco, pero pasados unos días solo quedaban imágenes de tres, de las otras dos no había ni rastro... ¿Por qué? ¿Alguien compró ese material en exclusiva, por una cantidad que al propietario le resultó tan interesante como para vendérselo y dejar de tenerlo en un sitio y cobrar por cada visita? Se me ocurre que el tipo pudo empezar simplemente vendiendo el visionado de vídeos en la *dark web*, sin que ellas lo supieran, pero luego, cuando se dio cuenta de que la sextorsión funcionaba y que amenazándolas con publicarlo en la internet normal podía seguir sacándoles fotos con las que alimentar este sitio oscuro, decidió dar un pasito más allá. Contarles o no que sus vídeos ya estaban en la *dark web* y decirles en cualquier caso que, si querían que desaparecieran, en vez de verlos publicados cualquier día en YouTube, debían prestarse a sesiones de cibersexo privadas... Incluso pudo ofrecerles beneficios para ellas...

Roures lo observa, pensativo. Aún no ha hablado con ninguna de las universitarias ni de la *dark web* ni de cibersexo. Y tampoco las ha interrogado a todas. Pensaba que no debía asustarlas con la eso, pero ahora le preocupa que puedan haberlas guiado hasta una suerte de prostitución, que seguramente ni estarán dispuestas a reconocer, hasta que sea demasiado tarde.

—Explícame cómo pasan esas cosas, Prieto. ¿Cómo se realizarían esas sesiones de cibersexo sin que la propia chica conociera la identidad de quien está enfrente y el de enfrente la identidad quien ofrece a la chica?

—Es complicado. Yo no soy un experto y tampoco lo es mi equipo, aunque tenemos gente que, con ordenadores que ni tocan los de la comisaría, navegan por la *dark web*, con mucho cuidadito. Es preciso que sean cautelosos al acceder a ella, porque nunca se sabe lo que hay detrás de donde pinchas y hasta pueden entrar en tus archivos y robarte los datos. Verás, hay unas páginas, con dominio Onion, solo accesibles a través de la red Tor. Y únicamente las puedes encontrar en la web oscura, a la que no puedes entrar con un navegador normal. Es necesario el navegador Tor. Esos sitios .onion están diseñados para ofrecer anonimato, tanto a los visitantes como a los administradores del sitio, y tienen un candado virtual que supone un pago previo... Resumiendo, no puedes entrar a ellos con un buscador normal como Google, sino que necesitas el navegador Tor, que, como lo que busca es el anonimato, encripta la conexión antes de que lleguen tus datos, y que es gratuito; pero al acceder a ellos te encuentras, además, con ese candadito. Y si quieres abrirlo, tienes que pagar. Todo enfocado a sacar rendimiento, sí, pero más todavía a garantizar el anonimato.

—Pero, entonces, ¿cómo llega a producirse esa conexión?

—Tor la cifra y la redirige a través de una serie de nodos o *relays*, que son servidores dentro de su red. En cada salto, la dirección IP del usuario se reemplaza con la del nodo intermedio, asegurando que el sitio web de destino solo vea la IP del último nodo en la cadena, que es el que se conoce como nodo de salida.

—Esto me vuela la cabeza, tío. Soy demasiado mayor para alcanzar a comprender cómo funciona...

—Da igual, Roures. Cuesta entenderlo. Lo importante es saber que lo que quieren es conseguir que la conexión sea anónima. Por eso, hay un nodo de entrada que conoce la IP, nodos intermedios que previenen que el de salida descubra al de entrada, para que sea casi imposible relacionar la información, y un nodo de salida que descubre el sitio con el que está conectando, pero desconoce la identidad del que se conecta. Así, dos individuos se pueden comunicar sin que ninguna de las partes, y tampoco intermediarios,

puedan saber quién es el otro. Como hay tanto lío, los datos tardan mucho más en viajar y los enlaces en la *dark web* se cargan con mucha mayor lentitud que los sitios indexados. Estas tres capas de encriptación son las que dan nombre a The Onion Router. Y los sitios en la *dark web* se llaman *links* Tor...

—O sea, y que es prácticamente imposible descubrir a los que ofrecen cositas y a los que las compran...

—Eso es lo que se pretende, pero siempre hay alguno más listo que accede a la información real expuesta a los nodos; a veces la interceptan terceras partes, todo el día pendientes de lo que se mueve en la *dark web*. Se supone que hay que conectarse a una VPN antes de acceder a Tor, porque la VPN, que es una red privada virtual, protege los datos, y cambiar la IP (que es como la dirección de tu casa en internet) añade una capa de protección extra, pero... nada es seguro en el mundo de los malos; y la *dark web* está llena de malos y de maldades. No es que sea imprescindible, pero los conocedores lo recomiendan para añadir una capa más de seguridad y anonimato, aunque la propia red Tor esté diseñada para ocultar esos datos.

—¿Y los pagos?

—En criptomonedas, generalmente en bitcoins... Todo está pensado para que las identidades permanezcan ocultas y se pueda actuar con impunidad...

—Joder...

—En este caso, como el material solo puede provenir del profesor, aunque se oculte, sabemos que es él quien lo ha hecho llegar a la *dark web* directamente o a través de terceros y, en principio, quien le saca beneficio al asunto.

—Ya veo.

—Y a mí lo que me extraña es que el tipo haya quitado de ese sitio el material de dos de las chicas. Me pregunto por qué... Le he pedido a mi gente que rastree a ver si encuentra otro sitio en donde aparezcan, tal vez ofreciendo algún servicio de cibersexo o cualquier otra cosa, qué se yo.

—Parece una peli de ciencia ficción. Y me da que pensar. Un profesor que a través de un escritor fascinante del pasado como Charles Dickens seduce a sus alumnas y las convence para hipnotizarlas, las graba con la tecnología más avanzada del presente y utiliza sus vídeos y fotos con contenido sexual en esa *dark web*, que parece el escenario más seguro para los delincuentes del futuro. Bien... Mientras tú te ocupas del ciberespacio, yo ya he hecho un encarguito físico, común en todos los tiempos, que espero que nos dé acceso a todo el material del profesor. No te lo cuento. No es legal. En cuanto tenga en mi poder lo que tengo que tener, iré a visitarlo.

# 24

*Pasado, 1984*

«La memoria es como el mal amigo, cuando más falta te hace, más te falla».

Refrán

El cielo de Madrid amenaza lluvia. Está tan oscuro que parece que hubieran apagado la luz o que fuera a llegar en pocas horas una noche perpetua, aunque sean las diez de la mañana. Mari Carmen mira la calle sin verla desde la ventana de su habitación, y presiente que esas nubes negras están cargadas de malos augurios. El primero ya no es augurio sino realidad. Lleva varios días intentando digerir la noticia: está embarazada. Su padre le ha señalado hasta la fecha del parto. También la ha avisado que parirá, sí, pero que el hijo que nazca no será suyo. Lo separarán de ella en cuanto lo alumbre. Mari Carmen no ha replicado. No tiene alternativa. Su padre decide por el bien de su hija y por el de ese hijo sin padre. Eso asegura. Sin dudar ni admitir discusión. Ella no se siente capaz de nada y menos de contradecirle. ¿Acaso no tiene razón? Solo busca lo mejor para su familia, mermada por la muerte, y ahora solo conformada por ellos dos. «Nos iremos enseguida a la casa de Llanes. Diremos que estás enferma y permaneceremos allí hasta que

des a luz. Nadie te verá durante esos meses. Perderás el curso, pero no tu honra y tampoco tu vida, porque encontraremos a la mejor familia para ese niño y no será una carga para ti». Entiende lo que pretende su padre, pero le traslada la información con tanta frialdad que se le encoge el corazón.

Continúa sin explicarse cómo es posible que... Habló con Ignacio Alfenda. Le preguntó con disimulo, y no hay duda: ellos siempre utilizaron preservativo en sus relaciones. No se ha atrevido a interrogarle más. ¿Tal vez ella, en algún momento, demasiado relajada por el efecto de las drogas, se lió con otro de sus amigos? Está convencida de que, si hubiera habido alguien que la importunara, él habría reaccionado. Entonces, ¿cómo y quién pudo preñarla? Le obsesionan esas lagunas negras de su memoria, que no consigue iluminar siquiera levemente. ¿Se encuentra en ellas la respuesta a ese misterio que no acierta a descifrar?

Fuera de todo ese disparate y de la extraña estela de desgracias que lleva cerniéndose demasiado tiempo sobre su familia, sabe que el aborto no es una opción para su padre. Tampoco ella se lo plantea. Ni siquiera tiene opinión sobre el aborto. Nunca ha pensado en qué significa o por qué debería defenderlo o atacarlo. No es que le pese su formación católica de colegio de monjas, donde hay asuntos que ni se contemplan ni se mencionan, sino que jamás se planteó que habría de reflexionar sobre interrumpir un embarazo o no, y si hacerlo suponía acabar con la vida de un ser humano o solo con la de un proyecto de ser humano al que no se podía considerar como tal.

Es demasiado joven. Solo tiene quince años y la ingenuidad intacta, aunque se crea muy mayor y las pérdidas sufridas le hayan obligado a madurar a toda prisa. Es muy joven. No está preparada para casi nada. Menos para ser madre. Así que..., quizás su padre esté en lo cierto y dar al niño en adopción sea lo mejor para todos. Lo que corresponde. Pero ¿acaso siempre hay que hacer lo que corresponde? Esa es su mayor duda. Le aterra la convención que rige la vida de su padre y que le inoculó a su hermana Mariana; esa

severidad que se aplicaba incluso a ella misma y censuraba que faltara en sus hermanos. Pues la perfecta Mariana se mató. Se arrojó por la ventana. ¿Por qué? Se pregunta si todo habría sido distinto si su madre no les hubiese dejado solos. ¿Cuál fue el verdadero motivo de la separación de sus padres? ¿Qué condujo a su madre a marcharse y a necesitar la droga para vivir? Esa convención que tanto defiende su padre no sirvió para contener los deseos de su esposa de romper el sagrado vínculo del matrimonio. ¿Fue su madre quien decidió abandonar la casa familiar? No imagina a su madre diciendo: «Hay que hacer esto o aquello»; entonces, ¿tal vez fue su padre quien la expulsó de su hogar? ¿Por qué?

—Mari Carmen —interrumpe sus pensamientos su padre, que acaba de entrar en la habitación con sigilo—, prepara tus cosas. Saldremos mañana por la mañana hacia la casa de Llanes. Antes hablaré con tu madre. Le diré que estás enferma, que tienes un liquen plano muy agresivo, incluso por la cara, que es necesario que estudiar si es producto de una hepatitis, y que no sabemos cuánto tiempo de reposo y tratamiento requerirá. Que nos vamos a Asturias para que puedas estar más atendida y no tengas que dar explicaciones en el colegio o alguna de tus compañeras se empeñe en visitarte... Este es el discurso oficial y no te puedes mover ni medio milímetro de él. Ni con tu madre, ni con tus amigos, ni con nadie. ¿Está claro?

—No volveré a hablar con mis compañeras del colegio, papá —promete Mari Carmen—. Ni siquiera quiero regresar allí después de repetir. Ya sabes que las repetidoras llevan una cruz en la espalda. No lo resistiría. Busquemos otro, por favor...

—Me ocuparé de ese asunto. Yo también prefiero que vayas a un nuevo colegio donde no sepan nada de ti. Otro centro donde puedas repetir segundo de BUP y cursar tercero y COU. Quizás fuera de España. Donde nadie pueda inmiscuirse ni averiguar nada de tu deshonroso pasado. Ahora, prepárate. Y tranquila, yo estaré yendo y viniendo para verte..., pero, entretanto, podrás leer, ver la tele, escuchar música y pasear por el jardín.

«Deshonroso pasado». Mari Carmen no sabe si quien habla es su padre o un inquisidor medieval. Tampoco si su falta, su error, ese que desconoce cómo puede haberse producido, para él es un pecado. Lo que es innegable es que entre las penitencias que le anuncia está la de la soledad.

—¿Estaré... sola? —pregunta ella con un punto de temor.

—No. Habrá una persona que limpiará la casa y hará la comida. Pero no será tu amiga ni tu confidente. Quiero que este tiempo te sirva para reflexionar. En primer lugar, sobre las amistades. Hay que tener mucho cuidado con las presuntas amistades, hija. Y más si son del sexo opuesto. Entre tus amigos está tu violador, no lo olvides nunca.

Enrique sale del cuarto de su hija. Jamás hubiera presumido que un hijo suyo, carne de su carne y sangre de su sangre, y, encima, por partida doble, fuera a ser uno de los bebés cuya adopción ilegal gestionara junto con su socio, el doctor Salmerón; pero no puede permitir que sus vidas se vean alteradas por un nacimiento ilícito y que señalen a Mari Carmen. Era él quien tenía que haber tomado precauciones..., pero ya está hecho y simplemente hay que buscarle solución. Y la tiene. Miralles, el abogado que se ocupa de buena parte del papeleo del negocio, le explicó que a su mujer le habían practicado una histerectomía y que, sin útero, ya no podría quedarse embarazada. En resumen: que querían un bebé. Y con todas las garantías. Está dispuesto a pagar el doble de lo estipulado con tal de adoptar un recién nacido que figure como biológicamente suyo en los documentos oficiales, siempre y cuando se le permita conocer la procedencia del recién nacido. No quiere sorpresas y la única manera de no equivocarse es saber, al menos, quién es la madre, sin que por supuesto ella sepa quiénes son ellos. Es el candidato perfecto. Y está en el ajo del negocio clandestino, del que, como él mismo, obtiene pingües beneficios; así que nunca se irá de la lengua y menos tratándose del bebé de la hija de su socio. Al contrario.

Guardará el secreto para siempre, por la cuenta que le trae, y él podrá cobrarle lo que quiera. En unos meses todo estará resuelto...

Solo espera que la rompepelotas de Magdalena no le eche a perder el plan. Ahora tendrá que posponer sus ansias de materializar el divorcio y de sacarle el dinero. Y a él eso le proporcionará un tiempo precioso para ordenar sus bienes lo mejor posible para que a ella le llegue lo mínimo. Todo lo que factura en negro es inaccesible para su mujer y para su abogado; y lo que proviene de las adopciones es invisible... Los que trabajan en la clínica y los que intervienen en el proceso tienen tanto que ocultar como él, así que resultaría inconcebible que alguien filtrara algún dato. En torno a ese negocio, hay un puro compromiso de silencio. Nunca saldrá a la luz. Está tranquilo a ese respecto. Pero le inquieta que Magdalena, tan ingenua antes y tan suspicaz ahora, no se trague el cuento de la enfermedad de la niña y les moleste. Aunque intuye que no lo hará. Ni sospechará que él sea capaz de inventarse algo así. La llama.

—¿Sí, dígame?

—¿Magdalena?

—¿Enrique?

—Soy yo, sí. Escúchame con atención, si es que estás en condiciones y no te has metido nada en el cuerpo... —empieza él, con su tono despectivo.

—Si llamas para insultarme, Enrique —corta ella—, que sepas que no tengo ganas ni de escucharte ni de soportarte...

—Cállate, Magdalena, que esto es serio —interrumpe ahora él—. Te llamo para informarte. Mari Carmen tiene un liquen plano muy agresivo. Es una erupción inflamatoria que, a veces, como en el caso de nuestra hija, afecta a todo el cuerpo. Incluso a la cara. Se le ha desarrollado en piel, cabello, uñas, boca y genitales. Tiene unos picores intensos e incluso dolor. Hay que tratarla con corticoides, pero, además, averiguar de dónde proviene la causa, que podría ser de una hepatitis. Es un tema serio. Necesita reposo y estar alejada de todo, porque mostrarse como está sería muy perjudicial para ella. La señalarían y le acomplejaría. Si fuera cosa de un día o dos, podría

quedarse en casa y volver al colegio, pero... puede tardar meses en curarse. Y si las pruebas dan positivo, como presumimos, la hepatitis C, que puede estar en el origen, es contagiosa. No podrá ir al colegio en mucho tiempo, y es muy posible que pierda el curso...

Magdalena escucha, alarmada. ¡Dios santo! ¿Qué terrible maldición hay sobre sus hijos? ¿Cómo es posible que a Mari Carmen le toque pasar este nuevo mal trago? Cuando se recupera mínimamente, se atreve a preguntar:

—Pero, pero ¿desde cuándo? ¿Cómo...? ¿Cómo se encuentra? ¿Es grave? ¿Hay que preocuparse? ¿Puedo hablar con ella?

—Ya hablarás con ella cuando esté más tranquila. Me la llevo a la casa de Llanes, alejada de miradas indiscretas, y bien cuidada. En cuanto me den el resultado de las pruebas que le he pedido, estableceré el tratamiento, más allá de los corticoides. Ya sabes lo que es la hepatitis... No sé si tendrá que ver con la mierda de las drogas, que tan bien conoces. Y no quiero ni pensar en el sida.

Magdalena suspira. Tiene razón. Su influencia no ha sido la mejor. Ni siquiera lo será ahora. Lo está pasando muy mal. No sufre síntomas físicos, pero psicológicamente el mono de heroína la está destrozando, pese a las pastillas... Está sopesando la posibilidad de irse a un centro de desintoxicación en la sierra de Cazorla. José Manuel Ledesma, le han dicho que se llama. Es un lugar casi único en España y diferente a otros, casi todos religiosos, donde la ayuda es solo psicológica y a los drogadictos se les considera más degenerados que enfermos. No sabe si puede pagarlo, pero Alberto se ha ofrecido a ayudarla. «Ya me lo devolverás, cuando te divorcies», le ha dicho. Así que no hay excusas. Irá y dedicará el tiempo que su hija destina a recuperarse en Llanes a aprender a controlar su adicción. Así le será más útil en el reencuentro. Y tal vez entonces, podrá mostrarle sus diarios y revelarle las fechorías de su padre y sus propias miserias. «Mari Carmen debe conocer toda la verdad, aunque tampoco a mí me favorezca —piensa Magdalena—. Cuando esté preparada... sea dentro de unos meses o de unos años». Solo espera que Enrique la cuide como necesita. Es médico,

nadie podría hacerlo mejor que él, pero... ¿no estará en peligro la niña como Mariana? ¿Y si su padre abusa también de ella? Desecha el pensamiento. Mari Carmen es muy distinta a Mariana. Y después de lo que le ocurrió a su hija mayor, su padre no se atrevería...

—Está bien, Enrique —dice, intentando reponerse del mazazo de la noticia—, entiendo lo que me dices...

—¿Y entiendes también que ahora solo debo de estar para nuestra hija y para el trabajo con el que pago su vida, la mía e incluso la tuya? ¡Ahora no me puedo ocupar de un divorcio...!

—Entiendo, sí. Pero no creas que abandonaré. En cuanto Mari Carmen esté repuesta, reiniciaré las gestiones para negociar las condiciones. No me voy a rendir... Y solo le pediré a mi abogado que ralentice el proceso si me dejas hablar con ella.

—Está bien, lo haré —acepta—. Como siempre, pensando en ti, ¿eh? Era de esperar. Pero descuida, te llamará.

Magdalena cuelga el teléfono con una sensación extraña. No está segura de si Enrique le dice la verdad; solo puede comprobarlo si habla con su hija. ¿Sería capaz de mentirle sobre una enfermedad? Prefiere descartar la amenaza del sida. Mari Carmen no se pincha, no comparte jeringuillas. Y el sexo... No, no, no. Tiene quince años. Basta de atormentarse. Sabe que tanta angustia se debe en parte a su preocupación, pero también a su hambre de drogas. Cierra los ojos y suspira con profundidad, para no ahogarse en su ansiedad. «No podré ayudar a Mari Carmen si no sano mi cuerpo», se dice. Que su hija tenga que marcharse parece una señal. Es el momento de alejarse de Madrid, como Mari Carmen, y de internarse en ese centro de Cazorla para poder regresar en buenas condiciones. Solo así podrá serle útil a su hija y tendrá sentido que siga en ese mundo, que cada vez soporta peor.

Al poco suena el teléfono. Mari Carmen ha recibido las órdenes precisas de su padre y, en su presencia, marca el teléfono de su madre.

—¿Dígame?

—¿Mamá?

—Hija, ¿cómo estás? ¿Cómo te encuentras?

—Hecha un monstruo, mamá —miente ella—. Tengo granos por toda la cara. Y me encuentro muy cansada también. Dice papá que me vendrá bien el aire del mar y... bueno, serán solo unos meses, espero que no pasen muy despacio.

—Solo te pido, Mari Carmen, que me des el teléfono de Llanes, para que pueda llamarte en alguna ocasión... No lo tengo apuntado y...

—Papá dice que es mejor que te llame yo cuando me encuentre mejor...

—Hija..., tal vez no esté por aquí, voy a aprovechar tu ausencia para cuidarme yo también, para liberarme del todo de la droga y...

—Tengo que colgar, mamá... te llamaré...

—¡Hija!

—¿Magdalena? —pregunta Enrique, tras arrebatarle el teléfono a su hija—. La niña necesita descanso. No es buena idea que la llames tú, que lo haga ella.

—Está bien —responde Magdalena—, pero quiero tener su número. Estoy en mi derecho. Y poder darle el mío. El del lugar en el que estaré esos próximos meses.

—De acuerdo, yo te facilitaré el número más adelante. Cuando hables con ella, ya le dirás tú dónde estás. Adiós, Magdalena.

Al día siguiente, Mari Carmen empaca sus pertenencias, las deposita en el coche de su padre y ambos ponen rumbo a Llanes, a las ocho de la mañana. A las nueve, su padre conecta la COPE y escuchan durante una hora el programa de Luis del Olmo. Sin hablar. Luego Enrique apaga la radio y sigue conduciendo con la mirada fija en el asfalto. Siete horas de silencio y reproches, solo rotos por un almuerzo en León, en la Venta Casimiro, antigua Casa Manazas, donde él pide el embutido clásico y un *manchao*, esa bebida

especialidad de la casa que entona el cuerpo, sin demasiado alcohol, y un cabrito y una ensalada para compartir con su hija. Ni le pregunta si le apetece. Ella no tiene hambre, así que juguetea con la comida y se lleva un par de tenedores a la boca, poco más. Tampoco allí conversan. Mari Carmen sigue confundida y asustada. El silencio de su padre, intencionado e inclemente, se extiende durante el almuerzo y el viaje que continúa tras él. No lo rompe ni con palabras ni con música. Quiere que la adolescente agrande ese sentimiento de culpa que la acompañará a perpetuidad. Se ovilla en el asiento y cierra los ojos. Así ese viaje silencioso se le hará más corto.

Unas horas más tarde, arriban por fin a Llanes. A la preciosa casa familiar, situada en una parcela inmensa, cercada por árboles, para garantizar su independencia, y con vistas a un mar deslumbrante. La playa de Toró, que se divisa a lo lejos, está a cinco minutos a pie; y al propio centro de Llanes no se tarda ni quince caminando. Huele a mar y a Asturias. Es el olor de sus veranos de la niñez, cuando tenía dos hermanos mayores que le enseñaban a montar en bicicleta y con los que chapoteaba en el mar. Guarda más memoria de lo vivido con sus hermanos y con su abuela paterna que de lo compartido con sus padres. Pero eso ¿qué más da? Tampoco en sus remembranzas hallará explicación a la vida que le ha tocado. A la separación de sus padres, a la muerte de sus hermanos... Y menos aún a su embarazo. Y esa es su realidad presente: lleva un bebé en la tripa que crece en su interior y pronto delatará su estado. Falta poco para que no pueda mostrarse en público y deba mantenerse alejada de todo y de todos, como una leprosa bíblica, pero sin compañeros afectados por su mismo mal. La suya es una enfermedad que no se contagia, pero que también deja marcas. Al entrar al magnífico edificio de dos plantas, que desde las ventanas de la planta superior mira, por un lado, al mar y, por el otro, a la montaña, les recibe una mujer de edad indefinida, con el cabello muy corto y los ojos muy pequeños, vestida con una falda tableada gris, a media pantorrilla, una camisa blanca abrochada hasta el último botón, y una chaqueta larga, de lana gruesa azul marino.

Mari Carmen adivina enseguida, por su aspecto, que es una monja, aunque no lleve hábito.

—Buenos días, hermana Encarna —la saluda el médico, atravesando el umbral de la puerta.

—Buenos días, señor.

—Le presento a mi hija Mari Carmen. —La chica hace un gesto con la cabeza, para corresponder a la mirada sin expresión de la mujer—. Ella se quedará aquí con usted, en los próximos meses, como ya le avancé por teléfono. Usted limpiará la casa, hará la comida y se cerciorará de que nadie aparezca por aquí... Yo solo haré acto de presencia algún fin de semana. Serán menos de seis meses, así que creo que mi hija podrá soportarlo.

—Entendido.

—Y, Mari Carmen...

—Dime, papá.

—Cualquier cosa que necesites se la puedes pedir a la hermana. O a mí, si quieres algo de Madrid que te sea indispensable. Me llamas por teléfono y listo. Pero no quiero que utilices más este aparato. Ya te diré cuándo puedes llamar a tu madre. No olvides que ella no sabe nada de todo esto. Y que tampoco debe saberlo. Ni ella ni nadie.

Ella asiente con la cabeza.

—Descuida, papá. Soy yo quien no quiere compartir con nadie este secreto. Ni siquiera con mamá. Por lo demás, he traído algunos discos. Y aquí tengo la radio y muchos libros. Además, si nadie se lo ha llevado, en mi habitación seguirán mi caballete y mis pinturas. No creo que me aburra. Aunque es mucho tiempo para estar completamente sola, papá.

—Con la hermana Encarna... Y con tu conciencia, hija. Me gustaría que pudieras ir a la iglesia, pero no sería conveniente, así que deberás rezar aquí.

—Me he permitido la licencia de colocar una Virgen de la Guía en el cuarto de la joven. Para que la acompañe y la ilumine. Al fin y al cabo, va a ser madre, como ella...

El doctor García-Aranda se vuelve furioso hacia la monja.

—Hermana Encarna —le advierte con el odio inyectado en los ojos—, mi hija no va a ser madre. Alumbrará un hijo, eso todo. Y nadie sabrá que lo ha hecho jamás, ¿entendido? Quiero que comprenda que no se puede hablar de esto con nadie. Tampoco mencionarlo en ninguna conversación. Ni siquiera con mi hija. ¿Le ha quedado claro? Creo que le informó de todo la hermana Adelaida. Usted trabaja habitualmente en la clínica, así que debe saber en qué consiste el trabajo, ¿no es así?

La monja asiente.

—Así es. Discúlpeme, no volverá a suceder. Me he venido sin hábito, como me indicó también la hermana Adelaida. ¿Desea que no lo lleve nunca durante estos meses?

—Exactamente, hermana Encarna —acepta el doctor, algo más calmado—. A todos los efectos, es usted una tía lejana por parte de madre de Mari Carmen; por si alguien le pregunta, que no creo que nadie tenga por qué hacerlo...

—Está bien, doctor García-Aranda.

La religiosa abandona la estancia y les deja a solas.

—No se trata de que la monja se convierta en tu amiguita, Mari Carmen, sino de que te preste servicio en estos meses que para ti han de suponer un retiro. Te he traído los libros del curso, por si quieres estudiar... Te vendría bien. Aunque, lo hagas o no, habrás de repetir porque no tendrás opción a presentarte a los exámenes finales. Así que puedes hacer lo que te parezca. Eso sí, te insisto en que seas prudente por una vez en tu vida y no llames a nadie ni cuentes nada. Tampoco puedes salir de casa. Ni siquiera ahora, que aún no se te nota... eso... Bastantes problemas has causado ya.

—Papá —titubea ella—, yo te juro que no sé cómo ha podido pasar esto, porque yo no...

—Cállate ya, por Dios —corta él—. Me enerva que encima digas eso. Ha pasado. Lo arreglaremos y lo olvidaremos. Eso es todo. Pero asume tu irresponsabilidad.

A partir de ese día, castigada y casi sola —con la única compañía de una monja que no le dirige la palabra salvo cuando es imprescindible, y algunos fines de semana la de su padre, que acude por obligación, con gesto adusto y reprobatorio, y el deseo de marcharse cuanto antes, que se le nota desde que llega hasta que se va—, Mari Carmen afronta esos meses difíciles, con sus días eternos para una chica de quince años.

Busca en la lectura, la pintura, la radio y la tele la compañía que le falta, y esa distracción que palie, aunque sea un poco, la desesperante lentitud del transcurrir del tiempo.

Las primeras semanas, lee novelas de amor que encuentra en las estanterías de la casa, bien encuadernadas y con el aspecto de no haber sido abiertas jamás, como *La Regenta*, *Madame Bovary* y *Ana Karenina*; pero en cuanto se percata de que siempre acaban mal, las abandona. No puede dejarse abrumar por los relatos de pasiones fatales y familias quebradas por engaños o deshonor, estando ella tan rota y sabiendo que oculta un hijo en su vientre, producto de una pasión que no recuerda, y que deberá entregar a una familia que no es la suya, en cuanto llegue al mundo. Tampoco debe permitir que le atrape la melancolía. Aparta esas novelas de amor y las cambia por algunos libros sobre Grecia, donde descubre a Pericles, el primer abogado de la historia, que despierta su pasión por el derecho. Revisa la biblioteca familiar en busca de historias que incluyan juicios, como *Matar a un ruiseñor*, *El proceso* o *Anatomía de un asesinato*, que lee con entusiasmo, pensando que, tal vez algún día, podrá estudiar, aprender y hasta formar parte de ese universo de justicia y tribunales que le fascina.

Algunas mañanas mata el aburrimiento pintando en su balcón, frente al mar, mientras sintoniza *Tiempos modernos* en Radio 3, donde escucha música de la Movida —Alaska y los Pegamoides, Radio Futura y Siniestro Total— e historias transgresoras de moda, literatura o de esa vida cultural efervescente, que quiere pensar que ella también vivirá algún día... Luego almuerza sola, se echa un rato y se deja vencer por el sueño que le provoca el embarazo. Al

despertar, mira con desgana el programa de tarde de la tele, camina un rato por ese jardín cuyas lindes sabe que no puede traspasar y regresa al interior de la casa para cenar, mientras escucha en Radio 3 *Flor de pasión*.

Antes de irse a la cama, como si se tratara de un rito purificador, abre un segundo la ventana para aspirar el poderoso aroma del Cantábrico y escuchar el rumor de las olas, unas veces sosegadas y otras embravecidas por el viento y la tormenta, y se permite llorar, a veces serenamente, y otras con inmensa rabia e impotencia. Después, se mete en la cama, cierra los ojos y se dispone a dormir, sabiendo que le queda un día menos hasta el señalado... Casi todas las noches son plácidas, pero, a veces, su desmemoria le envía extrañas imágenes de ella misma, en las que sueña que está muerta y alguien manosea su cuerpo sin vida, y entonces se despierta aturdida y temblorosa, y permanece en vela hasta el amanecer.

Algunas veces, aunque pocas, habla con su madre. No quiere mentirle y tampoco puede decirle la verdad. Le duele no poder consultarle si sus náuseas o sus calambres en los tobillos son normales y tener que inventarse síntomas de una enfermedad que no padece, en tanto ella le cuenta, orgullosa, que está limpia, que no ha vuelto a acercarse a la heroína en ese centro de rehabilitación para toxicómanos de Cazorla, donde la tratan tan bien, y que ya queda menos para que los males de una y otra desaparezcan y puedan reunirse de nuevo... Mari Carmen celebra sus éxitos con frases cariñosas, mientras calla su angustia y su temor, sabiendo que su mal no sanará nunca y que le dejará cicatrices para siempre. Intenta no pensar demasiado, pero según se suceden los días y siente al bebé en su interior, la pena y el miedo se apoderan de ella. Le aterra parir, el dolor, romperse...; y también saber que se llevarán a su hijo en cuanto lo haga. Cuanto más se acerca la fecha del parto, menos ganas tiene de hacer cosas y más horas dedica a llorar en silencio, frente al mar, en ese ritual previo al sueño, sola. Nadie la consuela. Ni esa monja, que no es más que una sombra en la casa

que es su cárcel, ni su padre, que cada vez la visita menos, para no ver su tripa abultada, que tanto le avergüenza.

Y un día cualquiera, el tiempo que al principio de su encierro parecía detenido por completo, echa a correr a toda velocidad y, de pronto, llega el día señalado.

Mari Carmen empieza a notar dolores. Y se sobresalta. Es lunes, así que su padre debe de estar en la consulta. Le llama, le cuenta lo que percibe y le pregunta si la acompañará.

—No, Mari Carmen. Estoy trabajando y a kilómetros. Y con esos síntomas que describes estás a punto. No llegaría ni aunque quisiera... Y ya sabes que creo que es mejor que actuemos como si esto no estuviese sucediendo. Que lo olvidemos cuanto antes. Dile a la hermana Encarna que te atienda. Yo voy avisar para que te recojan y te lleven a la clínica. Intentaré estar allí por la noche.

Ni una palabra de cariño. Nada. Mari Carmen llora, afligida, pero un dolor espantoso le aparta la tristeza y le devuelve el miedo. Está asustada. Muy asustada. Busca a la monja; pero ella tampoco la reconforta.

—Dúchate, vístete y sal tal cual —le dice, sin compasión—. Ya están viniendo a por ti. No necesitas más que una muda de ropa interior, por si acaso..., pero nada más, porque, en cuanto pase todo (evita decir qué), te traerán de nuevo aquí.

—Está bien —acepta Mari Carmen, con los ojos enrojecidos y la cara desencajada—. ¿Puedo hacer algo con estos dolores que cada vez se repiten más?

—Aguantarte —le espeta la monja—. Y rezar para llegar a la clínica y que no ocurra «todo» en el coche.

Mari Carmen sube a su cuarto, abre el grifo de la ducha, se desnuda y llora bajo el agua, en tanto se acaricia su tripa inmensa y maldice a la monja y a su padre y al mundo, y se desespera tratando de recordar quién le hizo eso y de entender por qué no lo recuerda. Luego se viste, mete una muda en una bolsa y baja a esperar que la

recojan. Muy poco después llega el coche con un conductor al que no conoce, se monta en el asiento de atrás, se repliega abrazándose a la bolsa, para soportar los dolores de las contracciones, todavía no del todo regulares, mientras el vehículo pone rumbo a ese lugar del que, aunque ahora no lo sepa, regresará siendo otra y con la inocencia en mil pedazos.

# 25

*Presente, 2018*

«El diablo solo tienta a aquel con quien ya cuenta».

Refrán

El profesor de literatura de segundo curso de periodismo, Antonio Gascón, llega a la universidad en su discreto utilitario y lo aparca en la plaza reservada para los docentes. Agarra su cartera, cierra el coche y cuando se dirige a las puertas de entrada, caminando a buen ritmo, oye pasos a su espalda, demasiado cercanos. Se vuelve para descubrir a su acosador y apenas lo ve un instante, antes de recibir un golpe seco en la cabeza, que le tumba en el suelo. Sangra, pero está consciente, y alcanza a perseguir con la mirada al chico vestido con una sudadera negra y capucha cubriéndole la cabeza, que corre con su portafolios, esa prolongación de sí mismo donde lleva exámenes corregidos, documentos de todo tipo, algunos útiles de aseo, la cartera, su portátil y su móvil... Pocos minutos después, dos chicas se acercan a socorrerle.

—¡Profesor! ¿Está usted bien? ¡Tiene sangre en la cabeza!

El hombre se levanta con cierta dificultad, nota que la sangre le chorrea por la frente. Busca un pañuelo en su bolsillo y se lo coloca para frenar la pequeña hemorragia, mientras ambas universitarias le ayudan.

—¿Qué le ha pasado, profesor? —pregunta una de las jóvenes.

—Alguien me ha robado... Pero ¿qué pueden buscar en la cartera de un pobre profesor?

—Pues... ya sabe, los aparatos tecnológicos —contesta la otra —. Los tesoros del siglo XXI.

El profesor palidece. ¡Se han llevado su móvil y su ordenador! También sus secretos... En cuanto atraviesan la puerta los tres, el bedel de la cabina de información de la entrada acude también en su ayuda.

—Pero, profesor, ¿qué ha ocurrido? ¡No sé adónde ha ido el vigilante de seguridad! Igual estaba en el baño, aunque... ya sabe que fuera no pueden salir, y claro... Ah, mire, por ahí aparece... ¡Vicente! Que le han hecho algo a un profesor...

—Nada, nada, no se preocupe. Estoy bien, de verdad.

—¿No debería acercarse a la Fundación Jiménez Díaz? Yo le puedo limpiar si quiere, pero...

—Gracias. Me voy a mi despacho. Limpiaré yo mismo la herida en el cuarto de baño y...

—¿Qué le han quitado? —le interrumpe el hombre—. ¿Va a denunciar?

—Ehhh... no sé, ya veré... Ahora necesito un poco de tranquilidad.

El profesor sube a su oficina. Solo piensa en las grabaciones de las chicas. Lo tiene todo en ese ordenador, la URL de la página de la *dark web*, la VPN que invisibiliza su IP, las grabaciones hechas en su despacho, las fotos de las alumnas... ¿Le habrán robado a propósito? ¿Sabrán lo que está haciendo...? Entra a su aseo y lava la herida con agua y jabón. Nada de gravedad. Pero ¿qué puede pasar ahora? ¿Qué ocurrirá si algo de todo eso sale a la luz? Peligra su puesto, su familia y... ¿podría ir a la cárcel? Cómo ha podido ser tan imbécil de llevarlo todo ahí... Sin embargo ¿lo iba a dejar en el ordenador de casa? ¿En el de la universidad? Se cubre el rostro con las manos y empieza a llorar. Lleva demasiado tiempo en tensión. Si no se hubiese dejado arrastrar por la codicia...

Unas horas más tarde, a media mañana, Roures, enfrascado en localizar al novio de adolescencia de Carlota, en las redes sociales, recibe una llamada.

—Roures al aparato...

—Jefe.

—Manos... ¿tenemos algo?

—No te lo vas a creer. El tipo tenía el ordenador con la sesión iniciada. Solo hemos tenido que *hackear* el teléfono. Hemos hecho copia del disco duro del portátil y del teléfono completo. Tenemos un tipo muy *crack* en estas cosas. Acabamos de soltar el portafolio del profesor en la acera, muy cerca de la puerta de entrada. Nos hemos quedado con los veinte pavos que tenía en la cartera, para que parezca un robo sencillo y la hemos tirado en la papelera. El ordenador y el móvil los hemos devuelto... Ya sé, ya sé..., parece poco creíble que un ladrón se largue solo con el dinero y deje los aparatos tecnológicos, pero... un drogata, por ejemplo, solo busca pasta. Siempre hay una justificación que puede resultar aceptable... Ahora mismo, mi primo debería estar encontrando el portafolio y llevándoselo al bedel de la entrada.

—¿Tu primo? ¿Alguien lo puede relacionar contigo? ¿Con la agencia? ¿Con nosotros?

—No, descuida.

—Espero que sea prudente.

—Lo es. Deja de dudar de él, jefe. Es un chico listo y con mucha más cabeza de la que crees. Y tiene mucha habilidad para este negocio nuestro. Empezando por la de encontrar clientes...

—Está bien. Solo que no podemos cometer errores. Tenlo en cuenta.

—Tranquilo, jefe. Que no soy nuevo, no me jodas. En un rato, el profe tendrá sus cositas... Si quieres, te acerco el material para que lo revises y le hagas la visita con toda la información vista.

—Sí, Manos, tráemelo. Habrá que pasárselo también a Prieto después de que yo vaya a ver al profesor. Quiero preguntarle antes de nada por qué el material de dos de las cinco chicas ya no sale en

la *dark web*. Justo el de las dos a las que no hemos interrogado. Quiero saber por qué ha desaparecido. Indaga entretanto el paradero de esas dos jovencitas, y busca la manera de que yo me haga el encontradizo con ellas.

—A la orden. Te acerco el material y las localizo.

Roures cuelga. A veces maldice el mundo de internet, pero otras le soluciona la vida como nunca hubiera imaginado. Acaba de encontrar a ese chico con el que se relacionaba Carlota cuando apenas era una niña. Ignacio Alfenda. Nadie pensaría que hubo un tiempo en el que fue un chico malote. Quizás no lo fue nunca y solo eran las apreciaciones del padre de la jueza. Fumar porros, escuchar *rock and roll*, hacer pellas, estudiar poco y ligar lo más posible es casi obligatorio en la primera juventud. El tal Alfenda es un tipo guapo, abogado de éxito de un renombrado bufete. Y tiene un aspecto tan convencional como cualquier abogado de ricos o alto cargo de una compañía importante. Lo ha localizado en LinkedIn. Y le ha pedido una cita a su secretaria.

—Dígale, por favor, que soy detective privado, que se trata de un asunto muy delicado, relacionado con Mari Carmen García-Aranda. Y que necesito hablar con él con urgencia.

—¿No me puede adelantar algo más? —se empeña la secretaria.

—Me temo que no. El tema requiere confidencialidad y... le aseguro que cuando digo que es urgente no exagero en absoluto.

—Está bien —acepta ella—. Se lo traslado al señor Alfenda, pero ya le anticipo que tiene una agenda muy complicada y...

—No me cabe duda —corta él—, pero, por favor, insista en el nombre y en la urgencia, si es tan amable. Es una cuestión de vida o muerte... Espero su llamada al mismo número que le aparece en pantalla.

—Vida o muerte, ¿eh? Haré lo que pueda. Buenos días.

Ahora toca esperar. También ha llamado a la consulta del doctor García-Aranda. Le extraña que la propia Carlota no haya instado ya a su padre a que se haga las pruebas para donarle la médula a su hija. Entiende que la abuela de la chica no podrá ser donante

habiendo sido drogadicta por vía intravenosa, pero ¿y su abuelo? Por muy mala que sea la relación de la jueza con él, es un familiar cercano..., el abuelo de la chica. Una esperanza inmediata... Está deseando hablar con él. Si no le dan respuesta, y no le extrañaría que ocurriera, se presentará en la puerta de la prestigiosa clínica y lo abordará. Ambas citas urgen. La vida de la chica pende de una médula y de una operación rápida... La de un familiar, el que sea, podría salvarla, casi con seguridad, o como mínimo con muchas más probabilidades que la de un extraño.

No hay tiempo que perder, y como su intuición le dice que el padre de Carlota va a tratar de retrasar la entrevista lo máximo posible, decide acercarse a la clínica sin esperar confirmación de la cita que ha solicitado. Antes, llama a la jueza.

—Buenos días, Roures —responde ella al ver su nombre en la pantalla del teléfono.

—Buenos días, señoría... Solo por tenerte informada. He localizado a tu novio de la infancia. Creo que no me resultará muy difícil hablar con él y...

—Eso está muy bien, pero... yo no creo que él sea el padre de mi hija.

—Tal vez, pero... hay accidentes, Carlota; y es la persona que más fácilmente podrá descubrirnos algo de ti en aquella época. Además de tu padre, claro. Y tu madre, a quien ya he visitado. Una mujer encantadora. He quedado con ella para leer esos diarios que creo que tú aún no has leído completos.

—¿Encantadora? Curioso. Nunca la hubiera descrito así. Más bien es una mujer sin esperanza... Pero, bueno, es igual. Si te ha convencido a ti para leer esos diarios, luego podrás contármelos tú. No me gusta perder el tiempo con la mala literatura.

—¿No eres un poco dura con tu madre? —la interrumpe Roures.

—Mucho menos que conmigo misma...

—Hay algo que no entiendo, Carlota... —corta el detective que tampoco necesita explicaciones, y aunque le caiga bien su madre, entiende los reproches de la jueza.

—Dime...

—He llamado a la consulta de tu padre, a quien debo ver, naturalmente, pero... Me extraña que no le hayas pedido tú que le done la médula a tu hija. Supongo que tu madre no podrá por las drogas, pero... mientras encontramos o no al padre de la chica, ¿su abuelo no es una opción?

Carlota suspira con hondura al otro lado del teléfono antes de responder:

—Le he llamado, Roures. Y no sabes lo mucho que me ha costado después de los años que llevaba sin hablarme con él. Casi una vida... No tenía su móvil, así que, como tú, busqué el número de su consulta.

—¿Y?

—Aún no me ha respondido. Le dije a su enfermera quién era yo y que era muy urgente... Ella se extrañó. Le asombró saber que tenía una hija. ¿Qué te parece? Tampoco se lo recrimino. Soy yo quien cortó toda comunicación con él. En fin... De momento, no tengo noticias suyas.

—Ok. No me digas más. Yo no esperaré a que me responda. Iré a su encuentro. Y veremos qué pasa. Puede que no me reciba bien, pero no creo que se niegue a donar su médula para salvar la vida de su nieta, aunque no la conozca...

—No apuestes, Roures...

—Veremos. Creo que mañana será un día movidito para mí en la zona oeste de Madrid. La Complu y la clínica de tu padre...

—¿La Complu?

—Otro caso que espero resolver pronto. Ya te contaré.

Al día siguiente, Roures, tras consultar los horarios del profesor, y después de haber mirado con atención todo el material de sus dispositivos, se acerca a la universidad y se dirige a su despacho, aprovechando la hora que el docente tiene libre. Llama a la puerta con decisión y al recibir permiso, entra.

—Buenos días, profesor Gascón.

—Dígame qué desea. No dispongo más que de una hora hasta la siguiente clase y estoy muy ocupado en este momento.

Roures, sin haber sido invitado, se sienta frente a la mesa del profesor. Es un hombre de unos cuarenta y tantos, de aspecto anodino. Uno de esos tipos delgados, con poco pelo, unas entradas que trata de ocultar cambiándose la raya del pelo y ojos pequeños, de ratón, con los que le escruta, con el ceño fruncido y una visible desconfianza. En la parte superior de su cabeza, llama la atención un esparadrapo grande.

—¿Qué le ha pasado, profesor? —pregunta el detective con sorna, sin esperar respuesta, antes de proseguir, mirándole con una deliberada fijeza intimidatoria—: Lo sé todo.

El hombre se estira sobre el respaldo de su silla en un intento de alejarse del desconocido. Quien oculta algo siempre reacciona ante el mínimo indicio de haber sido descubierto.

—¿Qué... qué quiere decir? —titubea—. No le entiendo

Roures no quiere perder tiempo, le urge resolver dos casos en los que cada minuto cuenta. Y además, nunca ha sido de irse por las ramas. Así que responde con lo que el profesor más teme: la verdad.

—Lo sé todo de las sesiones de hipnosis, de las grabaciones y fotos de la *dark web*... Todo, profesor. Y debo decirle que estoy estupefacto ante su originalidad delictiva... ¡Conseguir material sexual de unas universitarias utilizando el mesmerismo al que estaba abonado Dickens! Aplaudiría la ocurrencia, si no fuera porque me asquean los que aprovechan su poder para abusar de aquellos sobre los que lo ejercen.

El profesor traga saliva y se lleva la mano a la cabeza, donde tiene la herida. Como era de esperar, ese robo no fue fortuito... Le sorprende que le hayan devuelto el ordenador y el teléfono con todo el material. También que la hayan descubierto. ¿Cómo lo habrán hecho? ¿Quién...?

—No se haga tantas preguntas —suelta Roures, adivinándole el pensamiento—. Aquí ha habido un soplo y una investigación, que

aún no ha terminado... La policía ya anda indagando en ese material que ha dejado colgado en la *dark web*.

—Yo, yo, yo... no... en realidad, yo no... —empieza él, aturdido.

—No se moleste. Le he dicho que lo sé todo. Cómo convenció a las chicas, cómo hizo las grabaciones y después las fotos... Hasta tengo todas las claves que utilizó para crear su sitio en la *dark web* y sacarle rendimiento, amparado en la impunidad que proporciona el anonimato. Le aseguro que con todo esto tengo más que suficiente para empurarle.

—No, no podrá probar que fui yo quien...

—¿Y usted cree que estoy interesado en probarlo? Le aseguro que podría..., pero le voy a explicar la situación. O solucionamos esto por completo o habrá quien se tome la justicia por su mano. Está metido en un lío y tal vez yo pueda ayudarle... Pero necesito saber por qué desapareció el material de dos chicas de la web y quedó solo el de las otras tres... ¿Qué hace con ese material? ¿Solo lo vende o pretende acabar prostituyendo a las chicas?

—No, no, no, por favor... yo —se defiende él—. Verá, déjeme explicarle... señor... ¡Ni siquiera sé quién es usted y qué pretende...!

—Roures. Detective Roures. Y estoy aquí por las chicas. Ellas son mis clientas. Más que eso: son amigas del primo de un amigo... Así que..., le escucho atentamente.

El profesor resopla. Se recoloca en la silla y mira al detective con ojos temerosos.

—Sé que esto es... Me puede costar la vida entera... Quiero salir de aquí. Ya. Como sea. —Mira hacia el suelo y continúa—: Verá, al... principio, esto empezó como un divertimento. Nada más. Quería poner a prueba el efecto del relato del mesmerismo. Las chicas... se ponen muy nerviosas en los exámenes; cuando acabé de escribir un pequeño ensayo sobre Dickens, donde menciono su interés por el mesmerismo y sus prácticas de hipnosis, decidí comprobar si las jóvenes de hoy seguían siendo tan ingenuas como la mujer y la cuñada del escritor...

—... o Augusta, la mujer del banquero Émile de la Rue, a quien no le hizo gracia que Dickens utilizara estos métodos con su esposa —apunta el detective—. Me sé la teoría. Vio la ocasión, aprendió a hipnotizar y se lanzó a ¿cómo lo llamaría? ¿Un experimento «literario» para curar el «ardor y furor» de las chicas?

—Llámelo como quiera. Experimento, divertimento... La vida de los profesores no es exactamente un parque de atracciones, y aunque para mí la literatura siempre lo ha sido todo, nunca pensé que mis expectativas profesionales se fueran a quedar atrapadas entre un aula y un despacho y que como mucho escribiría por encargo para alguna editorial diminuta...

—¿Y entonces?

—Pues... hay algo excitante en transgredir... Y, cuando grabé a esas chicas... No sé qué me ocurrió. Nunca antes yo... Soy un hombre casado y padre de dos hijos, con una vida..., digamos que reglamentaria y una felicidad comedida. Estoy cerca de los cincuenta; pero ese demonio del mediodía que antes lo ponía todo en entredicho cuando se cumplían los treinta y se pensaba que eso era todo, ahora se ha trasladado más allá de los cuarenta. Y, no sé, cuando empecé a grabar a esas chicas, recuperé el interés por mi vida, por mis clases... Me convertí en mejor marido, mejor padre, mejor profesor... Hacía algo descabellado y diferente. Salía del estancamiento de la rutina y...

—Al grano, profesor, no me interesan sus estados de ánimo ni sus motivaciones, sino los hechos. ¿Qué les hizo a las chicas? —le apremia Roures.

—No les toqué un pelo, se lo juro. A ninguna. Pero una vez que conseguí hipnotizarlas y que ellas..., ehh..., ¡me hubiera gustado enseñárselo a todo el mundo! Presumir de mi hazaña, del poder del relato, de que a partir de una pasión compartida como es la literatura todo es posible y de cómo el neurosexo, del que tanto hablan los argentinos, es alcanzable a través de la hipnosis... Estaba tan entusiasmado con los resultados que... Mis alumnas, tras las sesiones de hipnosis, se quedaban extraordinariamente relajadas y,

bueno, eso es lo que yo les había prometido... Lo único que me callé es que las grababa. Y bueno, un día le conté a un amigo, que es ingeniero informático, que un psiquiatra —que naturalmente no era yo— había grabado escenas de neurosexo en sesiones de hipnosis y que, por lo que me había contado, eran increíbles. Le hablé del mesmerismo, claro, y de Dickens..., de lo que me interesaba todo eso y de lo que me gustaría ver una de aquellas grabaciones y..., así como de pasada, me dijo que seguro que yo no era el único, que todas esas cosas raras le entusiasmaban a un montón de gente y que había hasta quien pagaba por ellas, sobre todo en la *dark web*... Y, a partir de ahí..., pues investigué. Pensé que no me vendría mal un sobresueldo; pero más que eso deseaba volver a zambullirme en el reto, en la aventura. ¿Me entiende?

—No estoy aquí para entenderle...

—Lo sé, pero...

—Pero, nada. No me haga perder la paciencia. Quiero saber qué rendimiento le saca al material de la *dark web* y por qué retiró de esa página, de título ridículo, el de dos de las chicas.

—Está bien. Vendía el acceso al «material», como usted le llama. Pagaban por entrar y ver.

—Y se dio cuenta de que era un buen negocio, pero que si con unos cuantos vídeos de neurosexo ganaba dinero, podía aumentar la cantidad si añadía más contenido, y por eso les pidió fotos sexis a las chicas a cambio de no subir a la red convencional sus vídeos de orgasmos sin contacto, ¿es así? Las engañó dos veces, primero para grabarlas sin su consentimiento y luego prometiéndoles que no enseñaría las grabaciones si accedían a hacerse fotos y subiéndolo todo a la *dark web*.

—Bueno, es que yo sabía que solo gente muy particular pulula por la *dark web*, así que no había peligro de que personas normales... Además, si alguien normal paga por ver algo así, pues tampoco lo va a contar, claro... Y lo normal es que solo llegue a gente...

—¿Enferma?

—No sé decirle... Aficionada a cosas raras. Y lo que yo ofrezco...

—Ofrecía, eso se acabó...

—... es excepcional. Algo distinto que llamaba la atención y que mucho público estaba dispuesto a pagar por ver. Tampoco se crea que eran grandes cantidades, pero...

—Ya. Y entonces decidió que como las chicas no pasarían por ese lugar, a donde, en general, no entran más que pervertidos, podría extorsionarlas asegurándoles que nadie vería esos vídeos, si le permitían que continuara fotografiándolas... ¡y metió a Lewis Carroll en el ajo! Se ve que la «literatura» es su vida... Es usted un sinvergüenza, ¿lo sabe? Me intriga saber cuánto tiempo estaba dispuesto a continuar con este chantaje. Pero más aún por qué quitó los vídeos y fotos de dos de ellas. ¿Le pillaron? ¿Se encontraron ellas mismas en la *dark web* o alguien les informó de que estaban allí y pudieron defenderse de usted exigiéndole que borrara sus fotos si no quería que le denunciaran?

El profesor niega con la cabeza. Está confundido. Por una parte, quiere contar. Es un desconocido, pero lo sabe todo. Y él lleva meses sin compartir nada con nadie. Y necesita... hablar, liberarse y parar todo aquello que comenzó como un juego y que se ha complicado demasiado.

—Bueno, verá... Apareció un usuario que ofrecía una fortuna por conocer a esas dos chicas.

—¿Conocerlas? ¿A través de la pantalla?

El profesor vuelve a negar, agitando la cabeza.

—Me dijo que quería ofrecerles que acudieran como invitadas a las fiestas que organizaba. Y me explicó que eso no era nada ilegal y que había muchas jóvenes universitarias como ellas que se pagaban los caprichos durante la carrera con estos trabajos. Añadió que yo no tendría que preocuparme de nada, que quedaría completamente al margen, que, si le proporcionaba su contacto, él se encargaría de todo y me pagaría mucho más dinero del que imaginaba... Incluso me dijo que, en el caso de que ellas no aceptaran su proposición, yo recibiría una buena cantidad...

—En criptomonedas, supongo.

El profesor afirma con la cabeza y continúa:

—Sí, sí. Todo en criptomonedas. Nuestras comunicaciones eran invisibles, ninguno conocía la identidad del otro y el dinero tenía que ser digital también para que se pudiera ocultar. Esa es la magia de la *dark web*. Y... finalmente acepté, con la condición de que, aunque se quedara con el material de las chicas, no les revelaría que había estado colgado en un sitio de la *dark web*, así que ellas nunca sabrían que yo... que yo...

—... Que usted las había engañado —termina la frase Roures.

—Eso es. Y..., bueno..., dudé un poco, pero... Me pudo no tanto el dinero como el peso del reto del relato. ¿Sería yo capaz de tramar algo tan atractivo e interesante como para que las chicas quisieran entablar relación con mi hombre invisible?

—¿Lo logró?

—Nunca hubiera supuesto que me resultaría tan sencillo... Les hablé de una eminencia en emociones. Un catedrático de psicología de renombre internacional al que le había hablado de mis experimentos mesmeristas con ellas. Al principio se pusieron a la defensiva. Me preguntaron si pensaba chantajearles con más cosas a cambio de no publicar sus imágenes, pero... las fui apaciguando y convenciendo de que, para este hombre, al que, por supuesto, no le había enseñado sus imágenes, pero con el que había conversado acerca de los experimentos, quería conocerlas para que le explicaran lo que les había provocado aquella sesión de hipnosis y comprobar si tenía alguna efectividad en su conducta posterior y no solo en la sexual... Les aseguré que su interés era puramente académico, y que estaba dispuesto a retribuir su colaboración si escribían un artículo donde contaran su experiencia en primera o tercera persona en la *Revista de Psiquiatría y Salud Mental*; sería su primera firma en una publicación y encima en una revista de tanto prestigio como esa...

—¿Y tragaron? —pregunta Roures con incredulidad.

—Para mi sorpresa, sí. Y una vez aceptaron, antes de mandarle el contacto al hombre, pacté el dinero y, al instante, recibí una suma exorbitante en mi *ledger*, mi billetera anónima de bitcoin.

—... Que le garantiza la privacidad. Ya. Y mantener sus beneficios ocultos. Pero, al darles el contacto, aparte de convertirse en cómplice, se ponía a tiro del tipo, que acabaría por saber quién era usted a través de las chicas. ¿No lo pensó?

—Yo... no lo pensé mucho...., pero es cierto que tras recibir el dinero empecé a preocuparme, no por eso, sino más bien por si a ellas les podía pasar algo... Quise devolverlo, retirarme del negocio y no proporcionarle los contactos de las chicas, ni darle los vídeos y las fotos, como había pactado... Pero entonces me encontré con que él sí era un experto en la *dark web* y en este tipo de asuntos turbios; y no sé cómo, pero acabó por localizarme a mí. Le di cuanto me pedía, porque me amenazó con descubrirles a ellas la página en la que estaban en la web oscura e incluso con filtrar información sobre la dirección y su creador —o sea yo—, en la internet abierta a todos.

—El chantajeador chantajeado...

El hombre se levanta y camina por la habitación, de un lado a otro, como un animal enjaulado.

—Estoy muy preocupado. Necesito ayuda, pero no sé a quién pedírsela. Pensaba hablar con las otras tres chicas, para entregarles su material después de retirarlo de la *dark web* y acabar con todo esto, pero... en estos días no han aparecido por la universidad. Y en cuanto a las otras dos. Desde que le proporcioné su contacto a aquel hombre, no he vuelto a verlas. Solo espero que estén bien. Le aseguro que lamentaría muchísimo que...

—¿Y no se le ha ocurrido ir cerrando ese maldito sitio de la web oscura? ¿O es que se ha acostumbrado a ir engordando su billetera de bitcoins y no puede parar...?

—Yo... —titubea—... Verá... Todo ha pasado muy rápido, señor Roures. En cosa de una semana.

—Está bien. Le diré lo que vamos a hacer. Para empezar, cierre esa mierda. Para seguir, saque el material de las chicas de todos los

dispositivos donde lo tenga. Se lo entregaremos a ellas. Después de eso, ellas verán si quieren denunciarle. Yo lo haría. Y le metería en la cárcel si pudiera, pero ellas... tal vez no prefieran que esto trascienda. Y están en su derecho.

—Y... ¿cómo sé yo que no quiere el material para sacarle partido usted mismo? Yo... no le conozco y...

Roures lo mira con desprecio.

—No sé si lo que le preocupa es que no se lo devuelva a las chicas o que sea yo quien se beneficie en vez de usted... —El tipo intenta hablar, pero Roures se lo impide continuando con su discurso —: Quédese tranquilo. Sepa que, sin preguntarles a ellas ya hemos puesto su mierda de sitio de la web oscura en conocimiento de la policía. Y ya hemos llegado hasta usted con nuestro *hacker*. Así que, de momento, está usted en un lío muy gordo, porque mostrar, difundir o colgar en webs vídeos íntimos puede suponer un delito de revelación de secretos y conllevar penas de prisión de hasta cinco años de cárcel. Supongo que venderlos amplía la condena. Y eso en cuanto a las tres que están a salvo. Por lo que respecta a las otras dos, rece para que no les haya ocurrido nada. Podría acabar convertido en cómplice de cualquier cosa...

Por una vez el tipo cambia su cara de susto y en sus ojos aparece un brillo inquietante.

—¿Y por qué iban a saber que yo puse en contacto a las chicas con alguien?

—¿Cree usted que es el único que sabe grabar cositas? —dice Roures, sacando el teléfono del bolsillo donde ha registrado toda la conversación y dándole a finalizar; y volviéndolo a guardar después en el mismo lugar.

—No diré nada más.

—No lo haga. Ya ha dicho suficiente. Pero..., además, creo que voy a hacer una llamada que le interesa.

El detective saca el teléfono y marca el número de su amigo el comisario Prieto, sin quitarle el ojo de encima al profesor.

—Dime, Roures...

—Prieto, estoy en la universidad con el profesor juguetón. Le he preguntado unas cositas y me lo ha soltado todo y de golpe.

—¿No te habrás pasado?

—Descuida, lo he hecho todo bien. Tengo en mi poder una grabación muy sustanciosa.

Mientras el detective habla, de pronto el profesor se levanta con los puños apretados y se abalanza contra él. El teléfono de Roures cae al suelo en tanto el docente le enchufa un derechazo en la boca. El detective, que no se esperaba la reacción del hombre, tarda unos segundos en reaccionar, el tiempo suficiente para esquivar el siguiente puñetazo, al tiempo que escucha los gritos de Prieto, al otro lado de la línea.

—¿Qué ocurre ahí? ¡Dime qué pasa ahora mismo, Roures! ¡Roures...!

El detective golpea al profesor en el ojo y logra quitárselo de encima, pero al segundo, el hombre vuelve a la carga.

—Dame la grabadora, maldito cabrón —grita el docente antes de embestir al detective, que consigue zafarse del empujón, colocarle otro puñetazo en la nariz a su adverisario y derribarlo.

—Eres un imbécil, además de un sinvergüenza. Tenemos el material que ofrecías en la *dark web*, todas tus herramientas de navegación clandestina, el navegador, la URL, la VPN, tu IP real, las IP enmascaradas que utilizabas para despistar y todas esas mierdas que ni sabía que existían y en las que me he tenido que poner al día por esta mierda de caso..., y tenemos a las chicas dispuestas a declarar. La confesión que te acabo de grabar no servirá como prueba, pero hará que se pueda argumentar más fácilmente todo lo que hay contra ti. —Recoge el teléfono y se dirige al comisario—: Aquí tengo al pájaro, Prieto, te enchufo directamente la grabación de todo lo que me ha contado. —Aprieta el botón correspondiente del dispositivo y se la manda al policía.

—¿Estás bien, Roures? —pregunta Prieto.

—Me parece que este hijo de su madre me ha partido el labio —responde, tocándose la sangre de la boca—. Pero creo que a cambio

tiene la nariz rota. Eso es lo de menos. Lo más importante es que os ocupéis vosotros de él. También que el Manos, que ya debe de haberte pasado los vídeos que este cabrón les hizo a las chicas y todos los detalles tecnológicos que demuestran que fue él quien creó ese sitio de la *dark web* para rentabilizarlo, os diga si ha averiguado algo más de las dos de las que ha desaparecido el material, de quienes este tipejo proporcionó el contacto a un depravado. Le encargué que las localizara. Y, no sé..., me da mala espina.

—Mando a gente para allá. Ahora mismo.

Cuelgan. El detective mira al profesor, que continúa tirado en el suelo. Un mequetrefe que se ha venido arriba con el miedo a que le pillen... Ya está con un pie en la trena. O eso espera. También que le inhabiliten para trabajar como docente de por vida.

# 26

*Pasado, 1985*

«Le hablo a Dios, pero el cielo está vacío».

SYLVIA PLATH

Mari Carmen abandona la clínica desvalida y temblorosa. Vuelve a arrellanarse en el asiento trasero del mismo coche en el que viajó pocas horas antes, dolorida. Intenta echar una ojeada por la ventana para reconocer el paisaje y saber dónde se encuentra, pero la oscuridad se lo impide y desiste. Después el cansancio la derrumba y se duerme. La despierta el conductor cuando llegan a la casa de Llanes. Ahí la espera la monja silenciosa que ha sido su sombra durante meses, que la ayuda con corrección, pero sin cariño ni palabras de consuelo, a subir a su habitación.

—Tengo que hacerme unas curas... —se atreve a compartir con ella.

—Lo que te hayan dicho —dice la monja, cortante—. Al pie de la letra. No creo que tenga mucha ciencia y supongo que querrás hacértelas tú misma y no estar con «eso» al aire en presencia de otras personas...

—Bueno... sí, por supuesto. Supongo que será sencillo. Estoy tan cansada...

—No exageres, que no es para tanto...

Mari Carmen no replica. Sabe que no serviría de nada, que esa mujer no tiene intención de aliviar su pesar. No lo ha hecho durante tantos meses compartidos en los que solo han mantenido conversaciones funcionales y miradas recelosas. Ninguna de las dos está a gusto en presencia de la otra. Ni una vez la ha visto sonreír ni cambiar su gesto adusto. No le gustan las monjas. Ni las de su colegio ni estas que ejercen de cuidadoras. Todas guardan sus mugrientos secretos tras los hábitos o las ropas comunes, que tantas veces les obligaron a vestir. Y todas juzgan. Inclementes y sin generosidad. Carecen de ella. Solo contemplan la caridad para los pobres del Congo. Los «negritos» de las huchas amarillas y azules del Domund, con las que apremian a las niñas privilegiadas a pedir por ellos «el Día Mundial de la Propagación de la Fe», después de que el párroco de la elegante iglesia vecina, acompañado por varias señoras catequistas impecablemente vestidas, las visite para proyectarles una colección de diapositivas de bebés desnutridos y cubiertos de moscas. Les gusta ver a las chicas de buena familia pidiendo limosna para los pobres. Y poner en funcionamiento su caridad de poderosos. Esa patética «caridad», que viaja de arriba abajo, con desdén del superior al inferior, tan distinta a la solidaridad que exige colocarse en el lugar del otro.

Mari Carmen es consciente del desprecio de su carcelera, desde el primer día. Es tan evidente como el de la monja de la clínica que se ha llevado a su hija. Inútil demandar su compasión, ahogada en reglas, hipocresía e intereses. Esas dos monjas le borran el recuerdo de las monjas buenas, si hubo alguna en su infancia, y lo transforman en rabia contenida por haberlas llamado «madres» durante sus años en el colegio. ¿Madres? Ella ha sido madre y ellas no. Ellas solo pretenden que lo olvide.

—¿Cuándo llegará mi padre? —pregunta finalmente.

—En unas horas. Solo se quedará hasta mañana, porque, aunque estemos en agosto, tu padre es muy responsable y tiene

partos que atender durante todo el mes. Él, que merecería un descanso, no tiene vacaciones, en cambio, tú...

Esa mirada recriminatoria. Otra vez.

—No te caigo muy bien, ¿verdad?

La hermana Encarna no retira su vista cargada de reproches del rostro de Mari Carmen.

—No soporto a las personas a las que se lo solucionan todo en un chasquear de dedos... Otro gallo habría cantado si en vez de traerte aquí te hubieran llevado a Peñagrande a... redimirte. Ahí sí que habrías aprendido, y no en una casita frente a la playa...

—¿Peñagrande? ¿Eso qué es?

—El lugar donde trabajé hasta que lo cerraron hace dos años. Un establecimiento donde iban muchas chicas como tú... —responde la religiosa.

—¿Cómo yo? ¿Embarazadas? —pregunta Mari Carmen con curiosidad.

La monja no contesta. Solo la fulmina con su mirada repleta no ya solo de desprecio, sino también de un odio que casi se puede tocar. Tiene prohibido mencionar siquiera el asunto, pero ¡le hubiera gustado tanto poder decirle lo que piensa de ella y de todas esas chicas que como ella no saben controlar sus bajas pasiones! Le provocan arcadas. Conoció a muchas, centenares, en Peñagrande. Y no eran niñas mimadas como aquella, sino jóvenes sin recursos, sin más opción que la de pagar por sus pecados. A ellas sí les soltó a la cara la verdad. Recordaba bien los rostros asustados de las adolescentes internadas en ese centro pilotado por las monjas de las Cruzadas Evangélicas, la congregación a la que ella pertenecía, desde su apertura en 1955, hasta su cierre en 1983. La hermana Encarna había pasado cinco lustros, la mitad de su vida, en Peñagrande, enseñando a esas chicas díscolas y viciosas que dejarse tentar por el demonio tenía consecuencias y que fornicar no salía gratis. Allí ninguna gozó de privilegios, como Mari Carmen. Comían lo justo, ni una miga de pan más, mientras veían cómo crecían sus vientres, en tanto que trabajaban sin descanso cosiendo etiquetas o

edredones para los grandes almacenes, o montando cajas de perfumes y arreglando flores de plástico para otros comercios. ¡Qué menos! Entre sus labores y lo que recibían las religiosas por los bebés que nacían sanos y se llevaban padres como Dios manda (algunos de esos hijos de satanás llegaban enfermos o con malformaciones y había que enterrarlos en el jardín), al menos saldaban parte de su deuda moral y pagaban su manutención.

Le hubiera gustado que ese fuera el destino de Mari Carmen. Y también haber podido colocarla en fila, en la pared frente a los hombres que iban a buscarlas para llevárselas a sus casas a limpiar o a lo que fuera, y sentir su vergüenza al no poder escapar de sus miradas lascivas, después de días completos cosiendo o rezando a cambio de un mísero currusco de pan... En vez de eso, había tenido que atenderla ella, que era una mujer pura, sin poder escupirle a la cara lo puta que era, como se lo había dicho una y mil veces a todas esas pobres diablas a las que sus padres arrojaron de su casa y abandonaron en Peñagrande. Mari Carmen, en cambio, regresaría a la sociedad, sin mácula, como una princesa, como si nada hubiera sucedido...

—Como tú —dice por fin con la mirada henchida de rencor—, aunque con padres menos comprensivos y adinerados... Da lo mismo. En tu premio llevarás la penitencia, no me cabe duda.

—¿Mi premio es que mi hija no esté conmigo? ¿Crees que ese es mi premio? —le espeta ella con dolor.

—¿De qué hija hablas? —dice la monja, casi deleitándose en el mensaje y dibujando en su rostro, por primera vez, una media sonrisa maligna—. Tú no tienes ninguna hija. Parece que no eres capaz de entenderlo... Y ahora, discúlpame, tengo cosas que hacer, no como tú...

Mari Carmen sigue con la mirada a la monja. Jamás volverá a confiar en una, lleve o no hábito. Siente una tristeza profunda, tal vez por el posparto, la culpa, o puede que más aún por la certeza de que nunca volverá a ver los ojos azules de su pequeña. Piensa en ella con una ternura que le rompe el alma. En ese mismo momento,

en la misma clínica donde acaba de parir, una mujer que ha permanecido oculta casi el mismo tiempo que ella, fingiendo un embarazo que jamás existió, sostiene a la niña en sus brazos. Y que, en los papeles, es ya su hija de sangre.

Tras la firma del ginecólogo de la clínica certificando su parto y el nacimiento de la pequeña, ya solo queda que el «padre» se acerque al registro para que, oficialmente, sea la hija de ambos. Suya. No adoptiva. Biológica. El médico, no obstante, ha registrado también el parto de Mari Carmen García-Aranda Aguado. El documento que «prueba» la maternidad de la mujer del abogado será el que los orgullosos padres presentarán en el registro. En la clínica quedarán, además, el certificado de nacimiento de la hija de Mari Carmen García-Aranda Aguado y el parte de defunción de la niña, que no se llevarán a ningún sitio. Solo se incluirán en los archivos de la propia clínica, por si acaso. Para tener constancia de todo. Y por si de pronto la chica decide buscar a su hija. Nunca se sabe. Ni siquiera en esa circunstancia, en la que el bebé ha sido separado de la madre con su consentimiento. Entre otras cosas, porque es el padre de la parturienta quien lo ha decidido todo y ella ha aceptado sin rechistar, pero no ha firmado nada.

El matrimonio Miralles abandona el centro con la felicidad pintada en el rostro y la preciosa niña en brazos de la mujer. Todo ha salido a la perfección. Tal y como le aseguró García-Aranda al marido. Si antes eran cómplices, ahora lo serán de por vida. Pese a sus múltiples discusiones a cuenta del empeño del ginecólogo en llevarse más beneficios de los que le corresponden más de una vez y a que en esta ocasión le haya cobrado cinco millones de pesetas por su nieta. Una venta en toda regla. Y la cifra más alta abonada en esa clínica. Bien lo sabe él, que se ha ocupado de la contabilidad de los pagos. Da igual. Él tiene el dinero y la niña lo vale. Pero... ¿cómo es posible que un tipo haga una cosa así? Entiende otros casos, pero este... no. Tampoco tiene química con el ginecólogo. Hay algo en él

que le repele. No sabría determinar qué. Quizás sea lo poco que le importan todos esos bebés. Incluido el de su propia hija.

Enrique García-Aranda, entretanto, va de camino a la clínica. No quiere encontrarse con Miralles y menos ver a la recién nacida; eso pertenece ya al pasado y al olvido. Sí quiere cerciorarse, en cambio, de que todo se haya hecho según lo previsto. Siempre es cuidadoso. En esa ocasión, con mayor motivo. Le ha pedido a Miralles que le deje el dinero allí, en un maletín. No es el único dinero que ha de recoger en esa clínica, que ha resultado ser el negocio más rentable de cuantos ha puesto en marcha a lo largo de su vida. Jóvenes descarriadas de la alta sociedad a las que sus padres «liberan» del «error» de sus embarazos. Quieran ellas o no. Y pagando lo que se les pida. Se dejan el bolsillo en ese procedimiento. También lo hacen los padres que desean un recién nacido a toda costa. Que incluso son capaces de simular que el bebé es suyo y no adoptado... Otros solo demandan la adopción en los papeles, aunque descarten igualmente revelarles algún día la verdad a los niños. Es otro escenario que requiere varios trámites complejos, que también ha ido solucionando el doctor García-Aranda gracias a sus contactos. Muchos, del régimen anterior, con más influencia de la que nadie sospecharía tantos años después de la muerte de Franco.

Por desgracia, parece que a tan lucrativo negocio le queda ya poco tiempo. España está cambiando a pasos agigantados y se avecina una nueva ley que lo dificultará todo. Por eso ha decidido echar el cierre en septiembre, antes de que se produzcan complicaciones. No quiere correr riesgos. Tampoco lo necesita. Ha comprado recientemente un solar en Aravaca. Quiere construir una clínica privada que incluya todas las áreas ginecológicas. Lo ha pagado casi íntegramente todo con dinero B, que así ha quedado blanqueado. Apenas ha transcurrido un año del nacimiento de la primera niña probeta en el hospital de La Paz, y ya se empieza a apostar que el futuro de la maternidad irá muy ligado a la

reproducción asistida. Investigará si se puede sacar provecho por ahí. Seguro que será otra buena vía de negocio, como cualquiera relacionada con la obsesión de ser padre o madre de tantos hombres y mujeres. Ya lo pensará cuando toque. Ahora es mejor que se centre en poner a salvo la última remesa de dinero de esa clínica que está a punto de cerrar.

Dormirá esa noche en la casa de Llanes. Y a la mañana siguiente le recogerá su chófer. Viajará con él hasta Zúrich en dos días. Ya tiene organizada la ruta y los lugares donde se detendrán a descansar. Llevará dos maletas grandes con veinticinco millones de pesetas repartidos en ellas. Una fortuna, a añadir a la que ya ha depositado en el banco, en tantos viajes anteriores. Cuanto más dinero oculte en Suiza menos le tocará repartir con Magdalena. Sabe que el abogado de su mujer anda haciendo pesquisas, tratando de averiguar todos sus activos... Hay demasiadas cosas que no puede camuflar; pero se esforzará para sacar fuera del circuito cuantas le sea posible... Menos mal que todo el lío de Mari Carmen no le ha supuesto un problema. Al contrario. Le ha proporcionado tiempo respecto al divorcio. Y un dinero extra con el que no contaba... Lo empleará, precisamente, para que la chica acabe el colegio en un internado suizo. Ahora no puede tenerla cerca, no caben riesgos. Además, el asunto del embarazo le ha dejado la libido a cero respecto a su hija. Él siempre cuenta con otras vías de escape, así que, si eso ha de ser pasado, pasado será.

Dos días después, Mari Carmen, que apenas ha compartido unas horas junto a su padre tras el parto, en su fugaz visita a la casa familiar de vacaciones, y que, como esperaba, no ha recibido de él ni una sola palabra de aliento o el amor que tanto necesita, deja un recado a su madre en el centro de desintoxicación donde se encuentra ingresada. Necesita su calor, aunque desconozca su estado. Sin saber por qué, piensa en esos cuadernos repletos de una vida llena de secretos y miserias, que ella tanto desea que lea. No

puede imaginar qué le ocurrió a su madre y menos que su padre fuera el causante de nada, como pareció insinuarle tiempo atrás, pero..., ahora que se encuentra tan desamparada, querría echarles un vistazo. Descubrir por qué el matrimonio de sus padres fue tan desgraciado y qué sucedió realmente entre ellos para que su madre acabara fuera de casa.

Mari Carmen la recuerda en el domicilio familiar hablando poco, siempre en voz baja y cumpliendo las estrictas órdenes de su marido y a veces de su suegra, que lo revolucionaba todo. No conoció a su abuelo, pero es muy consciente de que su abuela mandaba en su casa. Incluso en su madre. O quizás, más que en nadie. Su madre, tan frágil y delicada, tan incapaz de enfrentarse al mundo y haciendo un esfuerzo descomunal para escapar de la droga, en la que halló cobijo tras demasiados episodios aciagos, solo para acercarse a ella. Se lo agradece. Valora mucho su interés y que quiera estar a su lado ahora que su padre la ignora por completo. Suena el teléfono.

—¿Sí?

—¿Mari Carmen?

—¡Mamá! ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo?

—No, hija, cuéntame tú. Me has llamado y quiero escucharte y saber si ya estás recuperada... Te tengo presente cada minuto.

Mari Carmen se muerde el labio ligeramente. Algún día le contará la verdad..., pero no ahora; ahora solo quiere sentirse arropada por su voz, aunque le mienta.

—Sí, mamá. Ya pasó todo. Estoy prácticamente recuperada. Regresaré a Madrid cuando acabe el verano, poco antes de marcharme a Suiza. Voy a acabar allí el cole.

—¿En Suiza? —se sorprende su madre—. ¿Por qué tan lejos?

—Eso ha dicho papá. Él suele viajar a Suiza y... yo no quiero ser una repetidora en los Sagrados Corazones. Es como ser una proscrita. Y, además, en ese colegio nunca encontré mi sitio.

—Ya, hija. Lo eligió tu abuela. Es un colegio muy convencional..., y tú eres más alternativa...

—Algo así —responde Mari Carmen, pensando en el adjetivo que le dedicarían las monjas y sus compañeras si supieran lo que ha pasado.

—Pero Suiza es más convencional si cabe, ¿eh? ¿O habría que decir más pijo? —bromea su madre.

—Ja, ja, ja —ríe Mari Carmen—. Es cierto, mamá. Muy pijo, pero en otro idioma.

Ríen las dos. Hablar de nada y sentir a su madre cerca. No desea otra cosa. Mari Carmen, que acaba de alumbrar a la niña que durante nueve meses habitó en su vientre, advierte en ese instante, como si fuera un milagro, que el vínculo entre una madre y su hijo es indestructible. Y eso le emociona y la acerca a Magdalena, al tiempo que la parte en dos por la ausencia de su bebé. Su madre no ha sido la mejor. No ha estado muy pendiente de sus hijos. Pero su hermana la recordó y añoró antes de suicidarse, para su hermano era una cómplice, y ella se niega a atribuirle las maldades que su padre le adjudica. No va a juzgarla. ¿Acaso no lo harían con ella, si descubrieran que ha entregado a su hija y que la concibió sin siquiera saber cuándo ni cómo? La necesita. La quiere y... algún día, cuando transcurra algún tiempo y se sienta capaz, leerá esos cuadernos donde guarda su memoria, para entenderla. Quizás para entenderse a sí misma también.

—Me vendrá bien ir a Suiza, mamá. He reflexionado mucho estos meses y sé que tengo que encontrar mi camino. Alejarme de todos esos fantasmas que me persiguen..., esquivarlos. O aprender a vivir con ellos.

—Ya somos dos, hija. Así que te entiendo —acepta su madre—. Solo me apena saber que nos veremos poco, pero... hablaremos. Y tendremos oportunidad de estar juntas a tu vuelta. Estoy segura.

—Son solo dos cursos, con sus vacaciones. Vendré en Navidad. Y aunque odiemos esas fiestas...

—... Celebraremos que estamos vivas —la interrumpe Magdalena—. Y el tiempo pasa tan deprisa que...

—¿Y tú, mamá?

—He progresado mucho. Me quedaré el resto del verano y regresaré a Madrid. Hay cosas que he de poner en marcha pronto.

—¿Te refieres al divorcio?

—No quiero involucrarte, pero sí...

—¿Por qué quieres divorciarte, mamá? ¿Por qué es tan importante?

Magdalena tarda unos segundos en responder. No puede pedirle a su hija que comprenda lo que desconoce.

—No quiero ser la mujer de tu padre. —Hace una pausa—. Ojala no lo hubiera sido nunca... No me malinterpretes, me siento feliz de ser tu madre, pero...

—¿Es dinero lo que quieres? —corta ella—. ¿Lo necesitas? Papá dice que es lo único que buscas...

—El que me corresponda por ley, hija. Nada más. Tampoco menos. Tengo un abogado que parece más psiquiatra que mi psiquiatra y me ayuda a no subestimarme. No debería hacerlo ninguna mujer... Verás, hija, quiero poder vivir tranquila. Me hago mayor y tengo el alma enferma, Mari Carmen. Apartarme de la droga no me liberará de la depresión. Y la depresión no me permite construir un futuro. Solo vivir a duras penas el presente, hija. Y solo si me amparan. Yo sola...

—Yo también estoy triste, mamá... —confiesa Mari Carmen, que necesitaría sacar su desazón de dentro y sabe que debe mantenerla oculta—, muy triste.

—La tristeza es normal, hija Es un sentimiento que se produce ante la adversidad o en momentos que te rompen el corazón... Es lógico que estés triste tras tantos meses sola, luchando contra una enfermedad y tan poco tiempo después de haber perdido a tu hermano...

Mari Carmen nota que sus ojos se humedecen. Al poco, sus lágrimas empiezan a fluir sin control. Acaba de dar a luz. Nota sus pechos llenos de una leche con la que no amamantará a ningún bebé. Tiene un poco de fiebre. Necesita un analgésico. Le gustaría

preguntarle a su madre, contarle, pedirle consejo, consuelo, pero... calla.

—¿Qué te pasa, Mari Carmen? ¿Por qué lloras? ¿Qué ocurre? ¡Dímelo!

—No sé, mamá, han sido muchos meses sola, sí, muchos... —responde ella sin poder evitar los hipidos—, pero ya está. Esto se terminó. En nada estaré en Madrid, luego en Suiza y después espero poder estudiar Derecho en la Complutense. He tenido tanto tiempo para pensar que...

—... ¿Has encontrado tu camino? Te envidio, hija. Y no dudo de que, si te lo propones, serás una abogada estupenda.

—Jueza, mamá. Quiero ser jueza.

Cuando cuelgan, Mari Carmen piensa en por qué le ha dicho eso a su madre. ¿Quiere ser jueza? Se acaricia los pechos para tratar de mitigar el dolor de la subida de la leche, en tanto busca a la hermana Encarna, le pide un analgésico y se lo traga. Luego sube a su cuarto, toma lo necesario para hacerse la cura de los puntos de la episiotomía y, tras lavarlos y extender la pomada antibiótica sobre ellos, deja los útiles en la mesilla y cierra los ojos. Vuelve a llorar con ellos cerrados. No sabe qué le pasa, pero no es capaz de contener las lágrimas. No se le va de la cabeza la mirada de esa bebé a la que no verá nunca más.

Se pregunta dónde estará su hija. Esa niña que jamás sabrá quién es su madre. ¿Tendrá ya otros padres? ¿Quién y cómo habrá organizado la adopción? Su padre lo ha hecho posible, pero ¿cómo? No debe de ser fácil. Habrá unos cauces, una legalidad... ¿Conocerá su padre la identidad de sus padres adoptivos? Supone que no, que se garantizará que nadie sepa nada de nada, para impedir que un día esa pequeña pueda buscar a... Pero ¿acaso no tiene la niña derecho a saber quién es? ¿Qué hará ella si un día su hija la encuentra o ella encuentra a su hija? ¿Qué le contará? ¿Cómo justificará su abandono y su ausencia? Descarta ese pensamiento.

Le hace daño. Solo tiene dieciséis años. Han decidido por ella, sin darle opción. Tampoco podía ser de otro modo cuando ni siquiera sabe quién es el padre de la criatura. Quizás algún día recupere la memoria y entonces, ¿qué le dirá a ese hombre que no recuerda?

Nota la fiebre. El analgésico aún no le ha hecho efecto y siguen doliéndole los pechos, duros como piedras. Vuelve a llorar. Está muy triste. Piensa en su hermana, Mariana, en su hermano, Enrique... Le gustaría que su padre estuviera allí, con ella, atento a sus dolores y a sus miedos, como lo estuvo tras la muerte de su hermano... Apenas ha estado presente en todos esos meses en los que su tripa iba creciendo; y ahora que le atribulan la congoja y la amargura, tampoco está. ¿Por qué se fue tan rápido? Alegó que tenía negocios en Suiza y que aprovecharía para pagar la matrícula del colegio al que ella irá interna, pero... ¿acaso su padre no entiende cómo se siente? ¿Ni siquiera puede intuirlo después de haber atendido a cientos de mujeres en sus partos? ¿Es incapaz de comprender su espantosa soledad, ahora que su hija recién nacida ya no forma parte de ella? Llora y llora. Y entre las lágrimas, la fiebre y el efecto del analgésico que le va mitigando el dolor, se queda dormida. En sueños, como tantas noches, vuelve a ver a ese hombre que no recuerda sobre ella. Pero no distingue su cara mientras la penetra sin que ella pueda moverse. ¿Quién es?

# 27

*Presente, 2018*

«Ama a tus padres si son justos; si no lo son, sopórtalos».

PUBLILIO SIRO

Roures, ya en casa tras el incidente en la universidad y haber dejado en manos del comisario Prieto y de sus colegas de la poli al profesor, sigue dándole vueltas a la situación de las dos chicas a las que el docente puso en contacto con ese usuario de la *dark web*. Le preocupan. Como también que el padre de Carlota aún no haya contactado con él. Por suerte, sí ha recibido un mensaje de Alfenda, el amor adolescente de Carlota, si es que a un par de polvos entre el humo de los porros se le puede llamar amor... Se ha puesto hielo en el labio inferior, partido tras el puñetazo imprevisto del hipnotizador de pacotilla. Está hinchado y feo. Debería ir a que se lo curen, pero el tiempo apremia en ambos casos y se siente atrapado en esa responsabilidad de siempre.

Golpea la pared con la mano que le queda libre, abierta. ¿Acaso no podría resolver los asuntos de la agencia con mayor distancia? Obviamente, el de Carlota, no, pero el otro..., le afecta como si fuera de la familia. Nunca aprenderá a mirar para otro lado. Y ya es demasiado viejo. Tendría que permitirse hacerlo alguna vez. Pero es

como es. Cambiar a su edad sería un milagro. En realidad, a cualquiera. Nadie cambia. Quizás hay quien se transforma en mariposa, pero siempre que en el capullo ya soñara con tener alas y volar. Se siente herido por fuera y por dentro. Por esa historia de Carlota que le quema las entrañas. También por el engaño de un profesor a quien más confía en él, sus alumnas, que le resulta doloroso por el símbolo que se cae... Apenas tiene tiempo para la música, pero busca en su móvil la canción de Johnny Cash «Hurt», y se permite regodearse en su herida, en ese caso provocada por otros, pero... Tiene tantas heridas que se autoinfligió en tiempos pasados... Se deja envolver por la voz peculiar y única de Cash. Tiene ganas de fumar, pero no se atreve a llevarse un cigarrillo a la boca maltrecha, así que se mira en el espejo para comprobar si su aspecto es medianamente presentable y, aunque se encuentra hecho un desastre, decide ponerse en camino. Todo urge. Y un cortecito en el labio no puede detenerlo.

Baja a la calle y le intercepta la portera.

—¡Don Antonio! ¿Qué le ha pasado? Está hecho un cristo —dice con cara de espanto.

—Gajes del oficio, Teresa, ya sabe... Pero hay que resistir y continuar...

—Eso, don Antonio... —le anima ella—. Cómo le admiro. Pues, hale, le dejo irse, que tendrá que devolverles los puñetazos a los malos.

—En cuanto se me pongan a tiro, descuide —responde él, haciendo el gesto de dar un puñetazo con las manos—. Y gracias por los ánimos.

Sale a la glorieta de Bilbao y para un taxi. El despacho de Alfenda está en la calle Velázquez. «Zona nacional», que dirían muchos. El lujo de siempre. El dinero de toda la vida. Antes de entrar ya sabe que el bufete contará con asistentes perfectamente arregladas, maquilladas con discreción, melenas bien peinadas, pañuelos de

seda... y que las paredes serán lisas y adornadas con buenos cuadros, los suelos de tarima con el brillo justo y los muebles de otro siglo. No se equivoca. Ignacio Alfenda le espera en un escenario casi idéntico al que ha imaginado. Parece mentira que ese tipo elegante con impecable traje azul de dos botones, el primero abrochado y el segundo no, camisa blanca, pantalón de largo preciso y zapatos de hebilla negros, perfectamente abrillantados, fuera en su día un chaval de aspecto «peligroso», chupa de cuero y batería de canutos en el bolsillo. El tiempo obra milagros. Sobre todo, en los niños mal de familia bien que, aun saliéndose del camino, lo tienen tan marcado con baldosas amarillas como Dorothy Gale en *El mago de Oz*.

—Buenos días, señor Roures... —le recibe, tendiéndole la mano y estrechándosela con firmeza—. Veo que ha tenido usted algún altercado inesperado, ¿no? —pregunta, señalando su labio roto e inflamado, sin esperar respuesta—. Dijo que la reunión era urgente. Y el tema, Mari Carmen García-Aranda. Casi le atiendo por nostalgia. Ella, como tantos asuntos olvidados, pertenece a esa primera juventud que se fue..., pero de la que solo guardo buenos recuerdos.

—Le agradezco que me haya recibido tan pronto —dice Roures con premura, dispuesto a ir directo a lo que le interesa, como acostumbra—. Verá, señor Alfenda, Mari Carmen García-Aranda ahora es Carlota Aguado. Y es jueza.

El hombre frunce el ceño sorprendido.

—No me la he encontrado en ningún juzgado. ¡Y ella era tan espectacular entonces que me resulta imposible pensar que se ha deteriorado tanto en estos años como para que no la reconozca...!

—Creo que no han coincidido. Eso me ha dicho ella. Puede ser que lo hagan algún día. Y la reconocerá, se lo aseguro... Pero no, esa no es la cuestión. Voy a contarle algo. Tengo el permiso de la jueza porque es un asunto de vida o muerte. Le ruego absoluta discreción...

—Descuide, la discreción es la norma de cualquier abogado decente. Y yo me precio de serlo.

—Verá. Sé que ustedes mantuvieron una relación sin compromiso en aquellos años de adolescencia, que incluyó sexo...

—No lo voy a negar... —acepta el abogado esbozando una sonrisa de complacencia.

—Carlota..., es decir, Mari Carmen, se quedó embarazada por entonces.

El hombre borra la sonrisa y abre los ojos, sorprendido.

—¿Cómo dice?

—Lo que oye.

—Pero... ¡es imposible!

—Explíquese.

—Mari Carmen y yo tuvimos sexo, lo reconozco. Y es cierto que éramos unos niños. Ella más que yo; le saco un par de años... Pero le puedo asegurar que, aun siendo unos niños, no éramos tontos. Y menos inconscientes. Eran los primeros tiempos del sida y, aunque entonces se pensaba que era cosa de drogadictos y gais, había demasiadas drogas a nuestro alrededor y de todo tipo... Y encima estaba lo otro. ¿Dejar embarazada a una chica de buena familia y echar a correr? No era una opción. Y del aborto apenas se hablaba, así que...

—Así que ¿qué?

—Pues que tirábamos del condón a todo trapo, señor Roures. Yo no me acosté con ninguna chica de aquel tiempo sin preservativo. Se lo puedo asegurar... Y menos con Mari Carmen... Pero además...

—Continúe. ¿Tuvo ella otras relaciones?

—Eso es lo que le quería decir. Pondría mi mano en el fuego por Mari Carmen. Ella era lista, divertida, valiente y muy madura para su edad..., pero juraría que en absoluto promiscua. No éramos novios, sin embargo... jamás la vi ni siquiera besarse con otro chico. Tontear, reír gracias, bailar..., absolutamente nada más.

—¿Cree que alguien pudo violarla? —pregunta sin ambages el detective.

—¿En nuestro grupo? ¡Por Dios, señor Roures! ¡De ninguna manera! Y menos delante de mí... Y... desde la muerte de su hermano, Mari Carmen solo se relacionaba con nosotros. No creo que saliera con nadie más.

—Con alguien más tuvo que salir si usted no fue quien...

—Le aseguro que yo no...

—Hay una chica que... —empieza Roures. Y luego dispara—: ¿Estaría dispuesto a hacerse unas pruebas de paternidad?

—¿Qué quiere decir? ¿Se refiere a una hija de Mari Carmen? ¡Pero... tenía quince años cuando salíamos...!

—Su hija nació cuando ella tenía dieciséis...

—Yo... no sé qué decir. Desde luego que estaría dispuesto. No me cabe ninguna duda respecto a lo que le estoy contando. Es imposible que yo sea el padre de esa joven. Si lo cree necesario, me la haré... Mi mujer también era de nuestro grupo. Sabe lo que pasó entre nosotros y... No creo que... En todo caso, prefiero que se haga con discreción, claro. Tampoco tiene que enterarse nadie y alarmase innecesariamente, ¿no le parece?

—Con la discreción que usted quiera, desde luego. La chica está enferma...

—Vaya. Lo siento muchísimo... Pero ¿está seguro de todo eso que me está contando? Yo tuve relaciones con Mari Carmen tres o cuatro veces. No más. Y siempre con preservativo. Y nunca hubo ningún problema extraño de esos que cuentan. Ni se rompieron, ni... nada raro. Créame. Luego, de pronto, ella desapareció, como si se la hubiera tragado la tierra; pero en el tiempo en el que salía conmigo y compartíamos grupo, ella, que yo sepa, no tuvo relaciones con nadie más de nuestro entorno; me habría enterado y, de verdad, no creo que...

—No sé, señor Alfenda. La señora Aguado es una mujer extraordinaria, pero no creo que sea la Virgen María. Algo se nos escapa y no sé qué es, aunque...

—Aunque ¿qué?

—Empiezo a tener ciertas sospechas que me perdonará que no comparta con usted. Le aviso si necesitamos esa prueba de paternidad suya. De momento, le ahorro el espectáculo.

—Dígale a Mari Carmen que estoy aquí para lo que necesite. Que cuente conmigo. Me encantaría verla de nuevo. Guardo muy buen recuerdo de ella. Era una chica diferente a las demás.

—Aún lo es. Le traslado sus palabras —dice el detective, levantándose y tendiendo la mano, que inmediatamente le estrecha Ignacio Alfenda.

—Suerte, señor Roures. Mari Carmen no merecía pasar por todo eso...

—Carlota —le interrumpe Roures—. Ahora se llama Carlota, y tampoco con este nombre merece encontrarse en esta situación.

Roures sale del bufete. Le duele la cabeza. Amenaza migraña y necesita su dosis de Actrón si no quiere que le suba el dolor y luego sea imposible de cortar con ese medicamento y tenga que recurrir a otros más fuertes... Se mete en el primer bar que encuentra, pide una botella de agua y diluye en ella dos comprimidos. Espera que sea suficiente. Mientras aguarda a que se disuelvan para beberse el mejunje, de pronto, siente como si se le iluminara el cerebro. Se bebe el líquido y al hacerlo ve claro lo que hasta ahora solo era un atisbo de sospecha en sus pensamientos. «A veces no hace falta estar soñando para encontrar la fórmula del benceno y que el círculo se cierre», se dice. Abandona el lugar a toda prisa. No puede perder tiempo. Revisa su móvil. Como era de esperar, no hay nada del padre de Carlota. Irá a verle de todos modos. En ese mismo momento. Para un taxi y le pide que ponga rumbo a Aravaca. A Valdemarín. Se va a dejar veinte euros en el trayecto, pero..., es lo que hay. Abre la ventanilla. Necesita aire. Nota la cabeza embotada. Y tiene que estar bien lúcido en el cara a cara con el ginecólogo. Abre y cierra los ojos varias veces, ansiando notar la mejoría. Saca su móvil de nuevo y marca el número del Manos.

—Jefe —responde enseguida al ver el número de Roures.

—Manos.

—¿Qué tal te fue con el profesor?

—Ya te contaré... Ahora es cosa de Prieto, pero...

—¿Qué?

—Me inquietan las dos chavalas a las que no tenemos controladas...

—¿Las que ya no están en la *dark web*?

—Bueno, espero que en la *dark web*, a estas horas no haya nada de ninguna... Pero, en efecto, me refiero a las dos de las que el propio profesor retiró el material.

—Mi primo y yo las seguimos cuando las vimos tonteando con un tío mayor... Entraron en un chalé en El Viso, con muchas risas... Y nos fuimos. Esas relaciones son bastante asquerosas, pero no son delito. Tampoco pensamos que tuviera que ver con lo del profesor... Y hay muchas chicas jóvenes que andan con abuelos...

—Pregúntale a Gabriel si sabe dónde viven. Si no, tratad de averiguarlo a través de las otras tres. E intentad comprobar que están bien y que está todo en orden. ¿Hace cuánto las visteis entrar en ese chalé?

—Tres o cuatro días. Antes de ocuparnos del ordenador del profe. Estamos trabajando a destajo.

—Más nos vale. Ocúpate de eso, Manos. Yo tengo otro asunto al que atender. Si te ves en un apuro, llama a Prieto. No me extrañaría que ese tipo fuera el que le pidió el contacto de las chicas a Gascón. Y si es así, dudo que sea una hermanita de la caridad...

Roures cuelga. Está llegando al Instituto de Medicina Enrique García-Aranda. Un edificio entero. El País de las Maravillas de cualquier demanda relacionada con la mujer y la maternidad. Un universo en el que conseguir ser padre o madre naturalmente o ayudados por todas las técnicas de reproducción asistida. A golpe de talonario, por supuesto. «Parece que el doctor García-Aranda abandonó el robo y la venta de niños nacidos y se pasó a cobrar por fabricar embriones en probetas con material de los padres o ajeno a

ellos, para hacerlos casi a la medida. Otra manera de sacar rendimiento a los bebés, aunque, en este caso, bendecida por la sociedad», piensa el detective. No puede evitar recordar a Lucía Peña, la chica desaparecida en uno de sus casos, a la que su padrino, además de dueño de la primera clínica de reproducción asistida de España, y verdadero padre, aunque la chica no lo supiera, quiso inseminar con su propio esperma...

Entra por unas puertas giratorias de cristal, como las de los hoteles de lujo. La recepción es más grande que la de muchos de ellos. En el mostrador, cuatro señoritas uniformadas en azul y blanco, los colores corporativos de los carteles, atienden a los pacientes, que parecen más clientes de una multinacional. Roures mira el panel donde figuran los médicos y ve el nombre del padre de Carlota. Evita el mostrador y a las chicas y se dirige al ascensor. Piso sexto. Cerca del cielo. Estos tipos que traen niños al mundo de uno u otro modo siempre se creen Dios. Cuando llega al piso correspondiente, sigue las indicaciones hasta el mostrador que antecede a la consulta de García-Aranda. Otras dos señoritas, esta vez vestidas de enfermeras, le dedican una amabilísima sonrisa.

—¿Qué desea, señor? —le pregunta una de ellas.

—Necesito ver al doctor García-Aranda.

—¿Ha venido con su mujer? ¿Tienen cita con él?

—No, me temo que no tengo mujer y tampoco cita. Sin embargo, le he llamado y me urge verle. Soy el detective Roures. Es un asunto de un caso que le concierne.

—Ya —responde ella sin dejar de sonreír—, pero es que tiene que entender que todos los datos de esta clínica, como los de cualquiera, por otra parte, están absolutamente protegidos por la ley. Vamos, que el doctor García-Aranda no le dirá nada de ningún paciente.

—Vera, señorita —sonríe ahora Roures también—, me he explicado mal. No se trata de un caso relacionado con alguno de los pacientes de esta clínica, sino con el propio doctor. Yo creo que le

conviene recibirme. Dígale que vengo por su hija Mari Carmen. Y que me ha proporcionado su teléfono la jueza Carlota Aguado.

—¿Hija del doctor? Yo no... Creo que el doctor no tiene hijos vivos, señor Roures... Y...

—Mire —corta él, bajando la voz y acercándose a la señorita—, esto es muy urgente y no me quiero poner nervioso. Pregúntele al doctor, si no quiere que me salte las normas y atraviese la maldita puerta por la fuerza.

—¿Me está amenazando? ¿Quiere que llame a seguridad?

—Hágalo, verá cómo al doctor le encanta que alguien venga a detenerme mientras yo suelto a voz en grito por qué quiero verlo...

La chica titubea. Sabe que si algo detesta el doctor es el escándalo. Las personas que hay en la sala ya han mirado varias veces al mostrador y... Se levanta como impulsada por un resorte después de pensarlo.

—Está bien, le digo que está usted aquí, señor ¿Roures?

—Eso es. Buena chica —responde el detective.

La joven camina hasta la consulta de García-Aranda y al poco sale.

—Venga conmigo. No dispondrá de mucho tiempo. El doctor tiene muy llena la agenda.

—No se preocupe. Le entretendré lo justo —promete mientras la sigue.

La enfermera le abre la puerta y le indica que pase. Sentado frente a una mesa inmensa, en una consulta descomunal con grandes ventanales y lo que podría ser un Miró auténtico en una de las paredes, aunque se falsifiquen a cientos, se encuentra el doctor García-Aranda. Sin levantarse y sin sonreír, le indica con la mano que se siente. Roures lo mira sorprendido. Tiene los mismos ojos de Carlota, pero sin el alma que emerge de los de la jueza. La misma forma, el mismo color, pero sin encanto, vacíos. Es un hombre alto, delgado y con un aspecto formidable. Nadie diría que tiene ochenta y tres años. Si le dijeran que se alimentaba de placentas vivas o de bebés a los que les roba la juventud se lo creería. Una impecable

genética, está claro. A ver si le sirve para salvarle la vida a su ¿nieta?

—¿Y bien? ¿De qué se trata? Según mi enfermera, le ha amenazado usted con organizar un follón si no lo recibía.

—¿No le dijeron que había llamado? —pregunta—. Lo hice. Dije que era detective, que llamaba de parte de la jueza Carlota Aguado y que era un asunto muy urgente.

—¿Cree usted que alguna de las personas que se sientan donde usted opinan alguna vez que lo suyo no es «urgente»?

—Maldita sea, doctor. Le hablo de su hija...

—A la que no veo desde hace muuuchos años...

—¿Desde que se cambió el nombre? ¿Por qué lo hizo? ¿Me lo podría explicar?

—Supongo —dice él muy despacio, sin inmutarse— que e habrá contado cualquier historia espantosa..., pero... yo solo he hecho el bien a mi hija durante toda su vida. Sin embargo..., ¿tiene hijos? —pregunta sin esperar respuesta—. Son muy desagradecidos. Y mucho más cuando alguno de sus progenitores los manipula. Casi siempre, sus madres. Yo disfruto trayendo al mundo a los hijos de otros; incluso consiguiendo el milagro de que nadie se quede sin ser padre o madre..., pero no tuve mucha suerte con los míos. Así de injusta es la vida.

—No me cuente cuentos de los que ya me sé el final, doctor. No estoy aquí para hablar de su pasado ni de los abandonos que se ha ganado a pulso... Tampoco quiero saber nada de su presente. Estoy aquí para que la proporcione un futuro a una chica que lleva su sangre.

Por un segundo, esa mirada azul congelada del médico parece mostrar algo de asombro, que al momento contiene su propietario y desaparece de su retina.

—¿Le ocurre algo a mi hija?

Roures niega con la cabeza.

—No. —El detective clava sus ojos en los suyos y aprieta la mandíbula antes de continuar—: Le ocurre algo a su nieta.

—¿A mi nieta? Se equivoca. Yo no tengo nietas, detective. Le han engañado.

—Empiezo a impacientarme, doctor —responde Roures—. A ver si soy capaz de explicarle con claridad que lo sé todo. ¿Me entiende? ¡Todo! Y no tengo ganas de jugar al ratón y al gato... Sé lo de la clínica en Asturias, los bebés robados a sus madres, las adopciones ilegales... Y, por supuesto, sé lo de la hija de Carlota. Es más, tengo una documentación muy bonita que saldría preciosa en cualquier artículo. Ya estoy viendo los titulares: «El prestigioso ginecólogo García-Aranda...».

—Déjese de idioteces. Y procure no intimidarme —advierte el hombre con su gélida mirada azul fija en la del detective—. Si lo sabe todo de mí, como dice, entonces seguro que también será consciente de que puedo ser peligroso. No le gustarían las consecuencias. Se lo aseguro.

—¿Me está amenazando usted a mí? Detesto tener que insultarle, pero es usted un imbécil, doctor. Yo no soy ninguna chavalita pobre o rica, a la que sus padres o los cómplices de sus padres pueden obligarle a casi cualquier cosa... —Hace una pausa, mira al suelo y luego de nuevo a los ojos del padre de Carlota—. No quiero perder el tiempo, así que le contaré una bonita historia. Carlota descubrió quién era la hija que le arrebataron. Se lo confesó el padre adoptivo de la chica. Su socio, doctor... Pero es que yo, además, he encontrado los documentos que lo acreditan todo. Y aun así, créame, no he venido para amenazarle, sino para informarle de que esa joven, de su sangre, está enferma. Leucemia, ¿sabe? No un catarrito. Está entre la vida y la muerte y necesita una médula. Su madre ha resultado no ser compatible, así que... Sé que ella le ha llamado y usted no ha respondido, pero entiendo que si le queda algo de corazón en el hueco del pecho o aunque no lo tenga, si no desea que sus asuntos turbios salgan a la luz, me hará caso e irá a la Jiménez Díaz, se hará la prueba de compatibilidad y, en caso de que sea positiva, donará la médula a su nieta...

El tipo sonríe con maldad. Se le nota que está regodeándose en su pensamiento, que le gusta lo que tiene que decir. Espera unos segundos antes de soltar la bomba.

—¿Usted sabe los años que tengo?

—Lo sé. Y también sé que no hay edad mala para hacer el bien... Aunque no se esté acostumbrado.

—Ja, ja, ja... Es usted muy ingenioso, señor Roures... Pero verá, no hay edad para hacer el bien, pero sí para donar médula ósea. Y me temo que yo la rebaso con creces. No se puede donar con más de cuarenta. Me sorprende que un investigador de tanta altura como usted se haya saltado el primer paso de todos y no haya averiguado lo esencial.

—¿Sabe? —dice Roures, dibujando una falsa sonrisa en su rostro—. Me sorprende que me subestime. He hablado con la Organización Nacional de Trasplantes. En un caso como este, de un abuelo y una nieta, sí se podría estudiar la compatibilidad entre su médula ósea y la de ella. Es verdad que la edad máxima para donantes voluntarios suele ser de sesenta años (no de cuarenta, que esa es la edad pautada para inscribirse en el registro de donantes), pero en estas circunstancias los médicos evaluarían si es viable, aunque la médula ósea de personas mayores tenga menor capacidad regenerativa, lo que podría reducir su eficacia en el trasplante. Eso tendrían que determinarlo los hematólogos, y si la suya no fuese alternativa, puesto que no hay más familiares, buscar un donante anónimo en el REDMO (Registro de Donantes de Médula Ósea). ¿Cree que he hecho bien los deberes?

—Ya, ¿y usted cree que con tan bajas probabilidades yo voy a arriesgarme a una anestesia? ¿Por una chica que ni conozco? ¿Por mi hija que me ha negado como Judas, solo por hacerle caso a su madre que, naturalmente, no vale tampoco para esto, por la cantidad de droga que se ha metido en su pequeño cuerpo?

—Pues..., fíjese que creo que lo va a intentar... Sus delitos de robo y venta de bebés han prescrito, pero sé que no le gustaría en absoluto acabar su vida viéndose en los papeles, ¿a qué no?

—Pero ¿qué puede usted probar, Roures? Es imposible que...

—Le sorprendería —le corta el detective—. Solo le avanzo que encontré dos archivadores de una clínica en Asturias. Ahí descubrí que la jueza Carlota Aguado se llamaba Mari Carmen... Tengo muchos documentos curiosos, se lo aseguro. Más de los que podría imaginar.

—Mi nombre no figura en ninguno. Lo sé perfectamente. Me encargué de eso desde el primer día.

—Ya. Pero el padre adoptivo de la chica, que es más decente que usted, y, por supuesto, su hija, harían cualquier cosa por ella, por Paula, que así se llama, y declararían cuanto hiciera falta.

—¡No me interesa saber su nombre! —dice el doctor, elevando la voz y perdiendo la paciencia.

—¡Ya lo creo que le interesa! Es más, tiene el día de hoy para llamar a su hija y concretar todo lo que hay que hacer por el bien de Pau-la —silabea con lentitud.

El hombre comienza a toser. Antes parecía un águila. Ahora es un conejillo amedrentado y se le va la fuerza por los pulmones. La vejez. Seguro que no ha fumado jamás, pero su tos, provocada por los años y tal vez por la angustia y el nerviosismo, le ahoga... Roures está a punto de llamar a la enfermera para pedirle agua, pero ve un dispensador al lado de la cabina de reconocimiento, donde García-Aranda examina a las pacientes. Coge un vasito de plástico, vierte el agua y se lo acerca con rapidez. El médico bebe todo el líquido y, finalmente, su tos parece calmarse. Roures, que se ha quedado a su lado, retira el vasito y hace como si fuera a tirarlo, pero se lo guarda en el bolsillo, con cuidado de no tocarlo por la parte superior. El médico ni se da cuenta. Está intentando recuperar la respiración normal y la compostura. Antes de que pueda volver a ponerse en guardia, el detective ataca de nuevo.

—¿Se encuentra mejor? —El hombre afirma con la cabeza—. Bien. Pues al lío. Verá, doctor, yo fui cocinero antes que fraile; o lo que es lo mismo, periodista antes que detective. Tengo buenos amigos en la prensa. O al menos conocidos. Y sé de su avidez por

una buena historia. Esta lo es. Tiene todos los ingredientes... Así que..., hágame caso. Llame a Carlota en cuanto salga por la puerta y vaya a hacerse la dichosa prueba de la compatibilidad... Tengo entendido que el HLA solo son unas proteínas en las células que deben coincidir entre el donante y el receptor para que el trasplante tenga éxito. Nada más. Puede hacerse la prueba sin necesidad de que la chica sepa que es su abuelo. No es obligatorio decírselo, si es que eso le inquieta... Pero usted todo esto ya lo sabe. Estoy seguro. Tiene un día. Ni uno más. Le guste o no. Su nieta está en tiempo de descuento.

# 28

*Pasado, 1996*

«Nunca pensé que un nombre pudiera ser tan poderoso».

LLOYD ALEXANDER

Once años después de aquellos días azules, de tragedias concatenadas e insoportables, Mari Carmen García-Aranda Aguado es una mujer con las cicatrices ocultas, una presencia impactante y una cabeza privilegiada. En poco más de una década, aun habiendo repetido un curso de BUP, ha terminado el bachillerato, la carrera de Derecho y ha aprobado las oposiciones a juez. Le habían augurado como mínimo tres años para alcanzar su propósito, pero acaba de comprobar, tras ver las listas de aprobados publicada en el BOE, que en mucho menos tiempo del que pensaba, su vida será enjuiciar delitos y dirimir los conflictos entre las partes. Se siente satisfecha, pero no sorprendida. Después de la última prueba oral que superó con soltura, estaba convencida de que, contra todos los pronósticos de los agoreros, sacaría la oposición a la primera. Sabía bien cuánto había estudiado. También de lo que era capaz. Y en esa publicación del BOE ha quedado constancia de ello; porque ha aprobado a la primera... Un año y medio de oposición. Un tiempo récord, que solo corresponde a unos pocos privilegiados. Dioses del Olimpo. Como

ella. Desde que decidió que ese sería su destino, no se desvió ni un milímetro de su objetivo, así que no es tan raro que lo haya alcanzado. Eso piensa, aunque otros muchos tarden un lustro o incluso dos y algunos ni siquiera lo logren. Las ganas de independencia, de alejarse por completo de su padre, le han servido de motor para llegar a la meta.

Durante esos años en los que él marcó una distancia mucho mayor que la física entre ellos, a Mari Carmen se le fueron acumulando los reproches. Ahora que ha pasado el tiempo, que se siente una mujer con voluntad y criterio, no olvida ese bebé de mirada idéntica a la suya, ni que fue él quien lo apartó de su lado. ¿Acaso esa era la única solución? ¿Acaso su padre, su familia y ella misma, todos elegidos de la fortuna, no podían permitirse criar a un niño sin padre? ¿No debía haber rechazado ella que su padre la separase de su hija por mucho que él se lo impusiera? Ni su elitista educación en Suiza, concluida con éxito, ni las brillantes notas de la carrera de Derecho, ni la rapidez en sacar las oposiciones le permiten sentirse orgullosa de sí misma. Navega entre la culpa y el remordimiento. Y sabe que ambos sentimientos le acompañarán toda su vida; que ni siquiera el paso del tiempo conseguirá desvanecerlos, por más que trate de arrinconarlos en el lugar más recóndito de sí misma.

En el internado aprendió muchas cosas. Entre ellas, a no necesitar el amor que su padre le retiró desde su error fatal. También a perdonar a su madre, pese a sus equivocaciones, su debilidad y a su lucha encarnizada por ese divorcio, que, por suerte, ella vivió en buena parte en la distancia. Su padre se encargó de informarle de los más nimios pormenores y también de utilizarlos para arremeter contra su madre, a quien tachaba de aprovechaba y desagradecida, y echaba en cara que sin haberse ocupado ni de sus hijos ni de su familia, pretendiera sacarle aún más partido al matrimonio que ella misma se empeñó en extinguir. Su madre, en cambio, jamás le mencionó nada de esa particular guerra de los Rose. A su regreso de Suiza aún no habían concluido los trámites de

ese divorcio, que tardó en concretarse un penoso año más, así que fue testigo de las amenazas permanentes de su padre y del estricto silencio de su madre, que prefirió ahorrarle los detalles a su hija y cortar la comunicación con su casi ya exmarido, a menos que fuera a través o en presencia de su abogado.

Mari Carmen se negó a tomar partido, pese al empecinamiento de su padre en reclamárselo, y se centró en la burbuja del estudio, mientras trataba de aprender a divertirse otra vez, apartando los temores. Sabía que no avanzaría solo entre libros y que necesitaba ponerse a prueba en relaciones y hasta en fiestas con alcohol y drogas de mayor o menor intensidad, pero nunca inocuas, presentes en todas partes. Y lo hizo, pero siempre sumando la píldora anticonceptiva a los preservativos y midiendo estrictamente los consumos para pasarlo bien sin acercarse ni remotamente al abismo de perder la consciencia. A ojos de todos era una mujer apasionada y libre. Nadie sabía que continuaba atrapada en sus recuerdos y que, tras esa conducta alegre y decidida, ocultaba unas heridas imposibles de cerrar.

Esa distancia con su padre, ya no física como en sus años de internado, pero cada vez mayor, que fue propiciando que se acercara a su madre, acabó por separarla por completo de él y la unió a ella de manera inesperada. La visitaba todas las semanas. Escuchaban música, se intercambiaban libros, alguna vez iban juntas al cine... Magdalena escuchaba a su hija con atención, y eso hacía que ella se sintiera tan importante, única y querida... como nunca le había hecho sentir su padre. Hasta llegó a pensar en hablarle de su embarazo, su parto, su hija... Al final, callaba porque necesitaba cerrar ese capítulo de su vida. No era la desconfianza, sino la tortura que le suponía no hallar en su memoria siquiera un indicio de cómo pudo producirse ese embarazo, lo que se lo impedía. Tampoco consintió que su padre, que jamás nombraba ese episodio de su vida, volviera a intimidarla con la insistencia de ese presunto violador entre sus amigos. Y aun sin confesiones y sin premeditación, quizás

solo porque tenía que ser de ese modo, acabó estableciendo lazos impensables con su madre y casi los rompió con su padre.

Ese día, tras encontrarse en las listas de aprobados del BOE, Mari Carmen telefonea a su padre antes que a nadie, casi por obligación, y se lo comunica, de manera automática. Él, con su acostumbrada frialdad, le felicita sin efusividad. «Estupendo, hija —es su máximo reconocimiento—. Ya lo celebraremos cuando te digan tu nota, que esperemos que sea buena, porque si no...». Ella sonríe al escuchar sus palabras. Si ni las brillantes notas del internado o de la carrera sirvieron para que su padre recuperase el interés por ella, está claro que tampoco lo harán las de la oposición, sean las que sean. Le da igual. Ella está contenta. Y eso es lo que importa. Sabe que su madre sí se alegrará, así que decide ir paseando desde su casa hasta la de ella para darle la noticia. Al llegar, llama a la puerta con impaciencia, pero no obtiene respuesta. Vuelve a intentarlo, pero tampoco hay contestación. Se extraña. Ella apenas sale por las tardes, así que insiste y pulsa el timbre una y otra vez y luego golpea la puerta. Nada. Preocupada, le pregunta al portero si la ha visto salir. No la ha visto. «¿Está seguro?», insiste. El hombre niega con la cabeza y ella le pide la llave de repuesto. Mari Carmen irrumpe en el apartamento, llamándola. «¡Mamáááá!». Silencio. Escamada, pasa cautelosa a su dormitorio. Y allí la encuentra, tendida en el suelo junto a un par de cuadernos de cuadrícula. A su lado yacen, cómplices, los viales de dos cajas completas de Valium, vacíos.

—¡Mamá! —grita Mari Carmen, antes de correr al teléfono y llamar a una ambulancia. Desde emergencias la instan a que la coloque en posición lateral para evitar que se asfixie en caso de vómito. Le preguntan si está inconsciente, si respira... Lo está, sí, pero respira... Le comunican que salen para allí, que le hable mientras llegan. Y ella lo hace. Le habla. Le regaña con cariño. Le

pregunta por qué lo ha hecho. Le pide que no le deje sola ahora que por fin están juntas. Le promete que...

Al poco, aparecen los enfermeros del SAMUR, que, de manera eficientísima, trasladan a la paciente a la ambulancia. Mari Carmen, que ha recogido los cuadernos y los ha guardado en el bolso, sabiendo lo importantes que son para su madre, la acompaña en el interior del vehículo. Nada más llegar al hospital, le ordenan que aguarde en la sala, mientras ellos se la llevan a quién sabe dónde. Ella se queda allí, sola, esperando como aquel día en el que su hermano desapareció en una camilla para no volver jamás. Las lágrimas, silenciosas, le recorren las mejillas. No tiene pañuelo, así que se las seca con el dorso de la mano. Una señora le tiende unos pañuelos de papel, que ella agradece con una sonrisa empapada en lloros. Saca un par y le devuelve el paquete. Se seca las lágrimas y, sin saber qué hacer, busca los cuadernos de su madre y comienza a leer...

Una hora después, un médico sale a explicarle que le han hecho un lavado gástrico, le han puesto carbón activado, le han administrado un antídoto para las benzodiacepinas y le han colocado un suero intravenoso... Parece que se le va equilibrando la tensión, pero van a trasladarla a la UVI, para continuar vigilándola. Le preguntan si este es el primer intento de suicidio de su madre. Ella contesta que cree que no, que no lo sabe con certeza, pero que padece depresión desde hace años y que esas son las pastillas que toma regularmente. También que es una exdrogadicta y...

—Está bien —la corta el médico—, habrá que realizar un control psiquiátrico cuando se encuentre mejor. Creemos que está fuera de peligro, pero... la hemos monitorizado hasta que se estabilice por completo. Pasará la noche en la UVI, así que será mejor que se marche.

—No, gracias —responde Mari Carmen—, prefiero quedarme en la sala de espera, si no hay inconveniente...

—Como quiera. Pero no hace nada aquí. No va a poder verla ni...

—Ya. Lo sé. Pero... quiero quedarme, gracias.

Mari Carmen miente a su padre diciéndole que dormirá en casa de una compañera de oposición que ha aprobado como ella. Se inventa que vive en La Moraleja, que van a hacer una pequeña celebración y que no quiere regresar conduciendo a casa. Su padre le replica, pero sin insistencia. Ella sabe que ya ha desistido de imponerle sus normas; también que se volvería loco si le contara lo ocurrido y más aún que ella quiere aguardar la mejoría de su madre en el hospital; así que prefiere no decirle la verdad. Va a la cafetería a por un café y una botella de agua. «Menuda manera de celebrar», se dice. Se sienta en la sala de espera, saca de nuevo uno de los cuadernos y sigue leyendo. Durante toda la noche se empapa de esa historia triste y miserable que tanto le concierne. Línea a línea, va descubriendo el matrimonio que le impusieron a su madre, su amor ilícito, el nombre de su amante, su embarazo, su huida, el aborto que le provocaron bajo la batuta de su padre, que también habría participado en los asesinatos de las dos personas que la ayudaron...

Cierra un momento el segundo cuaderno. Y también los ojos. Vuelve a abrirlos, asustada. ¿Qué es todo eso que está leyendo? Por un momento piensa en destruir los cuadernos y tirarlos a la basura, pero le puede la curiosidad. Continúa leyendo: el primer intento de suicidio de su madre, cómo comenzó a pincharse heroína, la investigación que se realizó tras la muerte de su hermana y cómo presionaron a su hermano respecto a si había podido tener relaciones con su hermana... «Mi pobre hermano acusado de..., ¿mi hermana tuvo relaciones con alguien antes de morir? ¿Se relacionaba con chicos?», se pregunta ella, intentando escarbar en sus recuerdos; la pena infinita tras la muerte de su hermano, su determinación de abandonar las drogas... Son páginas y páginas de desesperación, escritas sin filtro, con el ansia de servir de liberación a quien las escribe y tal vez de guía para aquel a quien van destinadas; probablemente, ella. Su madre ya le había hablado de

esos cuadernos. No quiso leer nada de ellos cuando lo hizo. Menos mal... Su inconsciencia le sirvió, al menos, para aceptar el consuelo que le ofrecía su padre tras la muerte de su hermano, y para estudiar y seguir viviendo a su costa después, sin remordimiento alguno, pese a haberle perdido el respeto tras ese embarazo y parto clandestinos a los que ella, como su madre en tantas cosas, fue incapaz de negarse.

En esos cuadernos también aparece la enfermedad de Magdalena, esa depresión severa que le quita las ganas de vivir y que combate con enorme dificultad. El de ese día parece ser su segundo intento de suicido. Pero ¿cuál habrá sido esta vez el detonante? En el primero, según se describe en su diario, la empujó a intentar quitarse la vida la noticia de la muerte de su amante y descubrir al tiempo que su marido estaba detrás de la de su bebé no nacido y de las de sus amigos... Pero ¿y ese día? «Dios santo —intenta convencerse Mari Carmen, para liberarse del espanto—, ¿cómo puedo creer esto? Mi madre está muy perturbada, es posible que lo haya inventado todo, que nada de lo que cuenta...».

Cierra los ojos y suspira con hondura. ¿A quién quiere engañar? ¿A sí misma? Lo que ha escrito su madre está perfectamente argumentado y se corresponde con sus propios recuerdos. Es más que probable que todo sea cierto. Y entonces, ¿qué es lo que le ha vuelto a abocar al suicidio? ¿Tal vez hay otro cuaderno que no ha encontrado? Esos dos que se ha llevado al hospital acaban con la muerte de su hermano y poco más, pero... tiene que haber más. ¿Qué pasa con lo que vivió en esa clínica de desintoxicación? Y sobre todo, ¿qué habrá escrito respecto a ese divorcio furioso, que tardó tanto tiempo en conseguir? Está segura de que debe de haber un tercer cuaderno. De cuadrícula. Inocente. Como debía de ser su madre cuando la casaron siendo una niña con un hombre al que no quería.

Mari Carmen quiere ser justa y averiguar si realmente no hay distorsión en la mirada de su madre enferma... Pero la respuesta es sencilla: nadie se miente a sí mismo sobre sus propias ruindades, a

menos que sea para empequeñecerlas u ocultarlas. Esos cuadernos no están solo repletos de reproches comprensivos hacia sus padres y acusaciones al que fuera su marido; también están henchidos de la culpa que su madre se adjudica, desde el primer instante, por haber accedido a casarse a cambio de dinero para su familia, por no haberse impuesto a su marido y a su suegra y no haber atendido a sus hijos, por haber tratado de escapar, por no haberlo logrado, por no haber podido defender al hijo que no llegó a nacer, a la hija que se mató, al que murió de una sobredosis... Y, sobre todo, por no haber tenido el valor de denunciar a su marido por sus crímenes. No, eso no son mentiras. Es la verdad de una vida saturada de dolor.

Mari Carmen cierra los cuadernos, los mete en el bolso y atraviesa la puerta de cristal del hospital. Necesita fumar. Hace mucho que abandonó los porros. Prefiere una raya de coca en una fiesta de fin de semana, que no le roba la lucidez; pero sigue fumando tabaco. Le gusta el ritual de encenderse el cigarrillo, aspirar el humo, soltarlo... Sentirlo en la escena, como si la vida fuera una película de género. Está amaneciendo. El cielo empieza a clarear y Madrid recupera lentamente, con cierta pereza, esa luz que, en unas horas, volverá a iluminarlo todo. Da una última calada a su pitillo y lo lanza al aire, después de enviar el humo a lo más profundo de sus pulmones, y cierra los ojos. Por un momento se queda en blanco, como si su mente no pudiera procesar más información; pero, al instante, una sola idea ocupa su cerebro. ¿Su padre es un asesino? ¿Y ella juez? ¿Qué debería hacer ahora? «Nada —se dice—. Han pasado más de veinte años de aquello, así que ha prescrito». «¿Y si no lo hubiera hecho?». No se responde. Regresa a la sala de espera. Justo en ese momento aparece buscándola un médico, para darle información.

—Su madre está fuera de peligro.

—¡Gracias a Dios! —responde Mari Carmen—. ¿Puedo verla?

—Sí. Van a subirla a planta, porque ya está estabilizada y consciente, pero...

—Pero ¿qué?

—No debe fatigarla. Aún está muy débil. En cuanto se encuentre un poco mejor, nuestro psiquiatra acudirá a verla y decidirá si se requiere su ingreso en una unidad de salud mental o vale con seguimiento ambulatorio...

—Mi madre acude a la consulta de un psiquiatra desde hace años...

—Estaría bien que nos facilitara el teléfono para que pudiéramos hablar con él.

—Desde luego. ¿Puedo ir a verla ahora?

—Sí, sí, vaya. A la primera planta. Estará en una habitación compartida. Espero que eso no les incomode.

—En absoluto, doctor, descuide.

Mari Carmen recorre el hospital en busca de la habitación de su madre. Mientras lo hace, piensa en qué preguntas debe plantearle y cuáles no. Y también en si le interesa saber más de lo que ha «aprendido» en esos cuadernos cuadriculados. Si puede soportar más renglones torcidos de su historia familiar. Y piensa una vez más en su padre. No, probablemente no lo metería en la cárcel si aún estuviera en disposición de poder hacerlo. No escarbaría en toda esa historia macabra y repugnante que su madre recoge en sus diarios y que los señala a todos, de un modo o de otro, pero más que a ninguno, a ese hombre en el que ella tanto confió... hasta que la apartó de su propia hija.

¿Echándole la culpa a su padre se redimirá de la suya? La culpa es la responsable del estado de su madre. Ella no puede seguir su estela. Sabe que su parte de culpa es toda suya, pero también que solo con que él la hubiera ayudado un poco, nada más que un poco, todo habría sido diferente. Solo le importó que su única hija viva no apareciera ante los ojos de la sociedad como una mujer deshonrada. Valiente estupidez. Tan antigua como ese pasado en el que, por lo que se ve, la familia de su padre y también él tuvieron mucho poder. ¿Tanto como para entregar a niños nacidos en condiciones como la

suya a familias pudientes? ¿Cómo pudo ser tan rápida y sencilla esa adopción de su hija, si ni tan siquiera le hicieron firmar un papel aprobando la operación? Prefiere no buscar por ahí. Su padre dio a su hija en adopción y seguramente le ayudó a hacerlo alguien que sacaba algún beneficio de ese repugnante negocio clandestino, por hacerles un favor a «clientes» tan selectos como el propio Enrique García-Aranda.

No perdona a su padre, pero tampoco a su madre por no haber insistido en estar más cerca de ella en su infancia. Ni a su hermana, por suicidarse. Ni a su hermano por haberla dejado sola, aunque ¿no es su padre el primero de la lista a fusilar, en esa familia suya en la que todos, incluida ella, por una cosa u otra, merecerían el paredón?

Entra en la habitación de su madre. Allí está ella. Empequeñecida. Con la desazón pintada en el rostro, mirándola como un cervatillo asustado frente a la mirilla del rifle de un cazador.

—Lo siento, hija... No sé qué me pasó.

—Te... ¿te hicieron daño los recuerdos de estos cuadernos? —pregunta Mari Carmen, mostrándole los dos que acaba de leer ella.

Magdalena los mira y niega con la cabeza.

—No, no fue lo que aparece en esos dos cuadernos... O puede que también... Lo que me noqueó fue terminar de escribir el último. Atreverme a hacerlo y releer después lo escrito... —Hace una pausa, se cubre la cara con las manos unos minutos y luego se las retira y sigue hablando con dificultad—. Por suerte, no lo tienes contigo.

—¿Qué puede haber en él, mamá? —pregunta Mari Carmen con el ceño fruncido—. ¿Algo más que todo esto que cuentas aquí? —Su madre asiente y esconde la cabeza en la almohada. Mari Carmen se vuelve hacia la ventana, respira hondamente y se gira de nuevo—: Está bien, mamá —concluye—. No quiero saberlo. O no ahora. Con esto es suficiente. Desde aquí vamos a empezar una nueva vida. En cuanto te lo permitan los médicos, te llevaré a casa; pero luego buscaremos un lugar en el que puedan cuidarte... No puedes estar sola. ¿Lo entiendes?

Magdalena asiente.

—Déjame que te dé dos buenas noticias, que a lo mejor te ayudan a sentirte algo mejor y a pensar que no todo lo que tiene que ver con nuestra familia es malo; que a ti y a mí también nos pueden ocurrir cosas buenas... —Mari Carmen detiene su discurso un momento, sonríe, se muerde el labio inferior y luego prosigue con la alegría de una niña con su primera medalla de natación—: Mamá, he aprobado las oposiciones. Así que..., aunque aún me queda la formación en la Escuela Judicial, ya tienes una hija jueza.

Magdalena sonríe también y nota que se le humedecen los ojos.

—¡Oh! ¡Hija! ¡No sabes lo orgullosa que me siento de ti! ¡Me hace enormemente feliz y espero que a ti también! Eres una mujer valiosa, capaz de afrontar lo que venga. Te admiro y te envidio amorosamente. Ojalá yo hubiera sido como tú. No creo que pueda haber mejor noticia que esa, pero ¿cuál es la otra?

Mari Carmen la mira un instante, sin dejar de sonreír y tratando de protegerla con su mirada y su sonrisa. Al fin y al cabo, ella es lo único que le queda. Su padre hace tiempo que se encuentra a kilómetros de distancia. Y hoy lo agradece sabiendo quién es.

—Verás, mamá —dice finalmente—, mientras recorría ese pasillo que me ha traído hasta aquí, justo después de leer tus cuadernos, he tomado una decisión. Y creo que es la mejor.

—¿Qué decisión? —inquiere Magdalena con extrañeza.

—Que prefiero tu apellido al de papá... Y no solo eso. Como tengo varios para elegir entre los de mi bautizo, también me cambiaré de nombre. De hecho, en estas horas de insomnio en la sala de espera, mientras leía y esperaba noticias sobre tu estado, he elegido cómo quiero llamarme ahora que voy a ser jueza, y también, te lo aseguro, mamá, otra; una persona distinta, con lo mejor de la anterior.

—Sorpréndeme, hija.

—Carlota, mamá. A partir de hoy me llamo Carlota Aguado.

# 29

*Presente, 2018*

«Si espero, perderé la audacia de la juventud».

ALEJANDRO MAGNO

El Manos tiene mucho trabajo. Hay varios asuntos de bragueta en la agencia que requieren seguimiento previo, antes de que Roures los atienda. Y le tocan a él. Demasiada tarea, porque el asunto de las chicas de la universidad no va a acabar de cerrarse hasta que aparezcan las dos a las que el profesor puso en contacto con el usuario de la *dark web*. Podía habérselo figurado, al verlas entrando con ese hombre mayor en la casa de El Viso; pero hay tanto *sugar daddy* que... Está claro que toca ir al chalé donde las vieron y preguntar por ellas; pero no puede clonarse, así que esperará a concluir la vigilancia de ese día y luego se ocupará de las chicas. Tampoco tiene por qué haberles pasado nada malo; seguro que las contrataron para alguna fiestecita o algo de eso... Anda que no hay universitarias que se sacan unos buenos cuartos acudiendo a reuniones de tipos asquerosos. Igual ese con el que las vieron era un político de los que se mueren por estar con chicas de catálogo a cargo del erario público... Y si no parecen de pago y son universitarias les dan más morbo a los muy cerdos. ¿Y si el que les

ha liado es algún proxeneta profesional? Hay muchos espontáneos en el negocio de la carne, pero luego están los malos de verdad. Su primo está deseando ocuparse de todo, que para eso es él quien llevó el caso a la agencia.

—Déjame ir a mí, tío. Yo me encargo. Seguro que un chaval de su edad despierta menos sospechas que tú... Voy al chalé y le pregunto a ese hombre por mis compañeras, y listo. Si me cuentan algún cuento chino, les digo que las vi entrar allí el otro día, y que como sus padres me han dicho que no saben dónde están, he pensado en ir a buscarlas por si estaban de fiesta con amigos, para que no les echen la bronca... Y así nos enteramos de qué pasa y de si ellas siguen allí. ¿Qué te parece?

—No sé, Gabriel, no sé... —duda el Manos—. Me da miedo. No sé si es un pirado vicioso que les ha ofrecido cualquier cosa «irrechazable» por tocarles el culo o lo que sea, o si hay algún rollo más gordo... No hemos podido localizar su rastro en la *dark web*. Contactó con el profesor bien encriptado y luego desapareció; así que no es un angelito y sabe de qué va el asunto de la página de los horrores... Tal vez sería mejor idea que se lo dijéramos a Prieto y que ellos se hicieran cargo de la investigación, Gabriel.

—¿Tú crees, primo? ¿Y si tardan? Porque tampoco tenemos nada que sea tan concluyente como para que vaya la policía. Creo. Además, si ven a un poli o a alguien que lo parezca, seguro que dicen que no saben nada y si ellas están allí... La verdad, tío, estoy preocupado por las chicas. Son tontas del culo por haberse dejado engañar por el profe y por este tío, pero...

—Está bien. Tampoco tiene por qué pasar nada en un barrio de ricos de Madrid... Aunque es verdad que la calle es solitaria...

—Vale ya, hombre... Que me muevo por sitios mucho más chungos. A ver si te crees que salgo por el barrio de Salamanca normalmente. Déjame que vaya. A ver qué me dicen. Y luego ya vas tú con Roures o con Prieto, o con la policía al completo, si se tercia.

—Ok. Te dejo. Pero no hagas tonterías ni te expongas, ¿de acuerdo? Si ves algo raro, te das el piro. Y me mantienes informado.

Si no sé nada de ti, mando a la Guardia Civil. O a tu madre, que es peor.

—Ja, ja, ja. Ya ves. Prefiero a la Guardia Civil...

Gabriel se sube en su pequeño Peugeot gris plata de cuarta mano y se encamina hacia El Viso. No hay demasiado tráfico, así que no tarda mucho en llegar. Sabe que en las calles adyacentes a las del chalé suele haber sitio para aparcar, así que se dirige a ellas y estaciona el utilitario. Luego pone rumbo a la casa. Está un poco nervioso. Va a ser su primer trabajo solo, y tiene que hacerlo bien. Al llegar a la puerta, traga saliva y llama con decisión. Después de tres timbrazos, le abre la puerta un tipo malencarado, que no es el mismo con el que vieron a las chicas.

—¿Qué quieres? —le pregunta, poco hospitalario, con un inconfundible acento del Este.

—Verá, el otro día, paseando por aquí, vi entrar a dos de mis compañeras de la universidad. La madre de una de ellas me ha telefoneado esta mañana para preguntarme si sabía dónde estaban y le he dicho que no tenía ni idea... He supuesto que tal vez se habrán venido aquí a alguna juerga y no he querido delatarlas, pero... ¿podría hablar con ellas? ¿Siguen por aquí?

El tipo mira de reojo a ambos lados de la calle y, al comprobar que está desierta, le hace un gesto para que pase al interior. Gabriel se muerde el labio. No esperaba la invitación y se asusta; pero sabe que no le queda otra, así que entra en la casa. Una vez dentro, el hombre, sin mediar palabra le agarra del cuello, le empuja contra la pared con rudeza y le pide el móvil, que el chico le entrega sin dudar.

—¿Quién sabe que estás aquí? —le pregunta sin soltarle el cuello.

—Na... nadie —acierta a responder con un hilo de voz el primo del Manos. Y luego añade para que el hombre no piense que está

completamente desprotegido—: El otro día mi primo y yo vimos que mis compañeras entraban aquí y...

—Entonces... ¿él sí sabe que estás aquí?

—Creo, creo, creo... —se atasca— que sí...

—Eres un imbécil —le dice al tiempo que le suelta—. No te muevas de ahí. ¡Vuk! ¡Dushan! —llama—. *Luati-I pe idiotul asta la fete*.

Gabriel no entiende nada, pero le parece que son rumanos. En un par de minutos, dos hombres fornidos con aspecto de matones acuden al reclamo del «portero» y conducen a Gabriel a un sótano de la vivienda. En él, encerradas, casi a oscuras y solo iluminadas por una bombilla de muy poca potencia en el techo, se encuentran sus dos compañeras de la universidad, tan muertas de miedo como él.

—¡Gabriel! ¿Qué haces aquí?

El chico espera a que cierren la puerta para hablar.

—Detuvieron al profesor Gascón, después de encontrarle las fotos y vídeos de las otras chicas en la *dark web* y en sus dispositivos; pero los vuestros no estaban... Le sonsacaron hasta que confesó que le había dado vuestros contactos a alguien que los había visto. Mi primo y yo os seguimos antes de que hablara, porque nos extrañó que, de pronto, hubieran quitado vuestro material de la web oscura y os vimos entrar aquí con un hombre mayor... pensamos que...

—Nos engañó —le interrumpe una de ellas, compungida—. Nos dijo que estaba buscando actrices para una serie internacional y que al vernos había pensado que dábamos muy bien el perfil, que le encantaría que hiciéramos la prueba de selección. Nos dejó su número y nos citó en una cafetería normal y corriente para explicarnos todo antes de hacer el *casting*. Nos aseguró que él sería nuestro representante, nos enseñó un dosier de la serie... Nos pareció todo tan profesional que...

—Joder, está claro que sois carne de cañón. ¿No estabais escamadas después de lo del profesor? ¡Mira en la que nos habéis

metido! Y estoy aquí, gracias a que Diana fue valiente y se lo contó a su padre, que si no...

—¿Y de qué nos vale que estés aquí, si puede saberse? —se queja una de ellas—. Ahora somos tres los que estamos encerrados.

—Les he dicho que mi primo sabe que he venido. Y es verdad... No creo que se arriesguen a hacernos daño. ¿A vosotras que os han dicho?

—¡Nada! Nos obligaron a desnudarnos... Intentamos negarnos, pero ¡nos amenazaron con una pistola, tío...! Nos sacaron fotos, nos dijeron que nos volviéramos a vestir y nos encerraron aquí...

—¡Hostias!

Una de las chicas empieza a llorar.

—¿Qué van a hacer con nosotras, Gabriel?

El chico intenta consolarla diciéndole que seguro que su primo lo arreglará, pero... empieza a no estar seguro.

Al poco rato oyen la llave de la puerta y aparece el tipo que recibió a Gabriel.

—Vosotras, salid. Ya.

Las chicas miran a su compañero llorosas y abandonan el sótano. Él se queda solo. Apagan la luz y le dejan a oscuras, antes de volver a cerrar la puerta con llave. El miedo se apodera del chaval.

Unas horas después, el Manos, al acabar el seguimiento de un presunto marido infiel, se encamina a la agencia para hacer el informe. Decide telefonear a su primo en el trayecto, para ver cómo le está yendo en su primera misión solo. Espera que no haya hecho más que preguntar y que no haya habido ningún problema. Le sale que el dispositivo está apagado o fuera de cobertura. Se escama. «¿Cómo es posible si este chaval no suelta el móvil ni para mear?», piensa. Vuelve a llamar, pero el mensaje es el mismo. Se inquieta, cambia el rumbo y se dirige a la casa de El Viso. Le pilla un atasco por una obra y se pone nervioso. Marca de nuevo el número de

Gabriel. Fuera de cobertura. Hace sonar el claxon varias veces y se escapa por un lateral en dirección prohibida. Le insultan desde los otros coches. Teclea al número de Prieto y le solicita ayuda.

—Prieto, estoy en un lío. Gabriel ha ido a la casa de El Viso donde vimos a las chicas que ya no estaban en la *dark web*. Solo. Y ahora no me contesta. A lo mejor no ha pasado nada, pero esto me extraña. ¿Puedes mandar a alguien para allá?

—Pero, Manos, coño, ¿cómo mandas a tu primo a una cosa de estas? ¡Si es un crío, joder! ¿Y si es un tema de los míos? No me sorprendería. Esto no es una cosa casual, han elegido a esas chicas después de verlas en la *dark web* y se han preocupado de encontrarlas y... Sois muy gilipollas, de verdad. Os creéis Batman y Robin.

—No me abronques, joder, que acabo de montar un pollo de locos en plena Castellana y no tengo el nabo para ruidos —dice el Manos nervioso—. Voy para el chalé de El Viso. Está en la calle Nervión. Es el de la esquina...

—Mando a alguien para allá...

El Manos no tarda mucho en llegar. Aparca tan rápido como puede. Va pensando en su tía, en cómo le va a explicar que ha metido al chico en este lío. Igual le han dado una paliza y... Mientras camina apresuradamente ve que salen del chalé dos tipos con dos chicas. Las reconoce. Son ellas. Ve que hay una furgoneta aparcada en la puerta. El hombre que las acompañaba el otro día está al volante. Le da mala espina. Corre hacia ellos. Uno se vuelve hacia él, saca una navaja y le asesta dos puñaladas en el bajo vientre, sin pensárselo. El Manos se desploma en el acto, con la ropa llena de sangre. Los tipos empujan a las chicas al interior del vehículo a toda prisa y salen huyendo. Un hombre que mira la escena desde la casa de enfrente, sospecha que algo raro ocurre y graba la escena en un vídeo. En el momento en el que se produce el apuñalamiento, el móvil se le cae al suelo... Lo recoge, comprueba que la furgoneta se

ha ido y llama a una ambulancia. Muy poco después, llega un coche con una sirena portátil colocada en el techo y tres agentes de la UCRIF dentro, vestidos de paisano. El primero se baja del coche y corre hacia el agredido. Está inconsciente y sangrando mucho. Sin dudarlo, se quita la chaqueta, la dobla, la pone sobre la herida y tapona con fuerza con ambas manos. El segundo, después de salir y ver la situación, vuelve al coche y coge la radio.

—Tenemos un hombre herido de arma blanca. Le acabamos de taponar la herida. Parece seria. Solicito ambulancia —dice.

Entretanto, su compañero llama a la puerta de la casa. No responde nadie y vuelve al coche a preguntar al compañero.

—Aquí no parece haber nadie... ¿Qué hacemos? Se supone que hay un chaval en peligro, eso nos ha dicho el jefe, pero ¿tiramos la puerta? Que luego se nos puede caer el pelo si no...

—No me jodas, tío, ¿quieres esperar a que te den la orden? Igual te llega la semana que viene...

Mientras discuten, aparece la ambulancia y el tipo que la ha reclamado antes que ellos, baja a contarles lo que ha visto.

—He hecho un vídeo, porque todo me parecía muy raro, pero... no sé qué habrá salido.

—Déjeme verlo —dice uno de los agentes, cogiendo el dispositivo y dándole al *play*. Al observar lo sucedido y en tanto suben a la ambulancia al apuñalado («¿Cómo está?», «Muy grave. Nos lo llevamos a La Paz. Si corremos, igual podemos salvarle la vida...»), le hace un gesto a su compañero para que le acompañe a la puerta. Vuelve a llamar. No hay respuesta.

—Tráeme la palanca. Hay que echar la puerta abajo y no sé si podré hacerlo a patadas. El chaval joven que nos dijeron que podría estar en peligro no se ha ido en la furgoneta, es posible que siga dentro... No sabemos si hay alguien más.

El policía trata de derribar la puerta con empujones y patadas, pero no lo consigue. El otro policía introduce la herramienta en el marco de la puerta y entonces sí logra hacer palanca y arrancar la cerradura. La puerta es antigua y no parece estar bien encajada, así

que con una última patada consiguen echarla abajo. Del interior de la vivienda emana un tremendo olor a gas.

—Cuidado —dice el agente, sacando un pañuelo del bolsillo con el que se tapa la nariz y la boca—, huele a gas. Voy a la cocina a mojar este pañuelo para colocármelo y buscar el escape. Moja un pañuelo tú también y tápate la nariz y la boca mientras vas abriendo las ventanas y buscas al chaval. Y... ¡Matías! —le dice al otro compañero que antes taponaba la herida del herido y que se ha quedado fuera haciendo guardia—. Que no se acerque nadie y menos con un cigarrillo... Aquí hay gas...

El policía encuentra en la cocina la bombona que han dejado abierta y la cierra al instante, en tanto su otro compañero deambula por la casa. Hay muchos objetos que luego tendrán que revisar: ropa de mujer, restos de cocaína en la mesa del salón, documentos, vasos usados, platos con comida sin terminar... Han salido a toda prisa. Aparte de eso, no parece haber nadie ni en la primera planta ni en la baja. A punto de marcharse, descubren la puerta del sótano, casi escondida en el hueco de la escalera e intentan abrirla.

—¿Está cerrada?

—Eso parece. Con llave. Y no la han dejado por aquí, no vamos a tener más remedio que derribarla.

Es una puerta endeble, así que se cae a las dos patadas. Encienden la luz, pero es tan tenue que apenas ilumina; bajan las escaleras, alumbrados por la linterna del móvil; cada uno sujeta un pañuelo húmedo sobre su nariz con una mano y una pistola con la otra. Cuando llegan abajo, encuentran a Gabriel tirado en el suelo.

—Este debe de ser el chico... —dice uno de ellos, guardándose la pistola, pero sin soltar el pañuelo con el que se protege la nariz acercándose a Gabriel para tomarle el pulso—. Está inconsciente, pero vivo..., aunque su pulso es muy débil. Debe de haber inhalado mucho gas. Vamos, saquémoslo de aquí cuanto antes.

El otro guarda su arma también y entre los dos cargan con Gabriel y lo sacan a la calle, intentando respirar lo menos posible, porque aún se nota el gas en el ambiente. El policía que les ha

esperado fuera corre a por una manta isotérmica al coche y la extiende sobre el suelo.

—Ponedlo mejor sobre la manta. El suelo está demasiado frío. A ver si encima de estar intoxicado le va a dar una hipotermia. ¿Respira?

Los agentes asienten. El mismo policía regresa al coche y desde su radio solicita una nueva ambulancia. Le dicen que hay una en camino. La que pidieron antes, la que se llevó al Manos, fue la que llamó el vecino.

—Joder, pues avisa que corre prisa, que si no llega a venir la otra antes, no sé...

Cuelga, se dirige al hombre que antes les ha enseñado el vídeo y le pide que se lo reenvíe a su número.

—Claro, agente. ¿El chico está bien?

—Vivo, de momento. Tal y como ha venido la mano, no es poco...

En ese mismo momento, Roures llega al hospital donde la jueza Aguado espera a su padre, que poco antes le ha avisado de que iría a la Fundación Jiménez Díaz a realizarse los análisis de compatibilidad para el trasplante de médula.

Antes, a primera hora de la mañana, el detective se ha acercado a un famoso laboratorio donde realizan pruebas de ADN, para depositar el vaso que le robó al doctor García-Aranda, con sus restos de saliva correspondientes, además de un bastoncillo impregnado en la saliva de la chica, que le pidió a la jueza que le consiguiera, a través de Miralles, argumentando que era necesario para poder realizar las pruebas comparadas de ADN con su exnovio de adolescencia. Ha dejado el material y solicitado el servicio *premium*, que le garantiza tener los resultados en veinticuatro horas, aunque cueste casi el doble que los que podrían proporcionarle en dos o tres días. Si su intuición no le falla, ahí aparecerá la respuesta que cierre el círculo. Cuando ve a Carlota, ella nota algo extraño en la mirada

del detective y le pregunta; pero él elude decirle la verdad y responde con una frase críptica.

—Espero que esa serpiente que se mordía la cola e inspiró a Kekulé para concebir la estructura molecular del benceno nos proporcione las respuestas que necesitamos...

—Vamos, Roures, no me jodas, que no estoy para adivinanzas... ¿Qué quieres decir?

—Digo que, aunque en mi caso no ha sido soñando, tuve una inspiración repentina que me hizo suponer algo y reaccionar. Pero no me mires como si estuviéramos en un juzgado, porque no tienes poder sobre mí y no te diré nada hasta estar completamente seguro. Necesito tener los resultados de algo. Me los darán en veinticuatro horas, así que, ármate de paciencia y concéntrate en recibir a tu «amado padre».

—Eres idiota, Roures —dice ella sonriendo—. Pero confío en ti... Solo que... ¿Has estado con Alfenda?

El detective asiente.

—Con él y con tu padre, que está a punto de llegar, gracias a mi tratamiento exprés de... cariño. Así he logrado convencerle.

—Ya, ahórrate los detalles, que me los imagino, pero... Alfenda ¿no te habrá dicho él que nosotros...?

—Me dijo lo mismo que tú, tranquila. No creo que sea el padre de tu hija, aunque nunca se sabe. Además, dejó claro que era imposible olvidarte...

—Buf, Roures, hoy no hay quien te aguante.

El doctor García-Aranda atraviesa el vestíbulo correspondiente, hasta llegar hasta ellos, como si fuera un astro de Hollywood. Se le ve desde lejos. Su planta impone y su indumentaria cuidadísima también. Cuando sus ojos y los de su hija, de la misma forma y color, pero con una expresión totalmente diferente, se cruzan, saltan chispas.

—¿Una vez más no podías recurrir a alguien que no fuera yo, hija? —Es su pregunta a modo de saludo.

—Sabes que si hubiera podido evitarlo, no estarías aquí... Tampoco si yo no hubiera descubierto que le vendiste mi hija a Miralles, «amado» padre...

Enrique García-Aranda improvisa una sonrisa cínica.

—Salimos todos ganando, Mari Carmen. Tú la primera. Con ese dinero pagué tu educación en Suiza, así que agradéceselo a Miralles y a la chiquilla... por cierto, ¿dónde está?

—Me llamo Carlota, papá —le advierte la jueza—. No lo olvides. Y... a «la chiquilla», que es una mujer hecha y derecha, no la verás jamás. Ni siquiera sabe que yo...

García-Aranda ahoga una especie de carcajada en una sonrisa falsa.

—¿Ni siquiera te has atrevido a decirle que eras su mamá? ¡No me extraña! Tanto pegarte a tu madre te ha robado el valor, aunque seas jueza y se te suponga, como a los quintos.

—Basta —interviene Roures—. El pimpón está muy bien como deporte, pero cuando hay mesa, raquetas y pelotas... Y aquí no hay nada de eso. Sobre todo, faltan pelotas, y me refiero a las suyas, doctor... Por lo demás, se le ve en plena forma. ¿Dispuesto a sacarse un poquito de sangre? Pues, hale, pase para dentro, que le están esperando.

El médico le mira de reojo. Si una mirada pudiera fulminar, Roures desaparecería, pero, afortunadamente, eso no puede suceder, y lo único que ocurre es que le invitan a acceder al gabinete donde le extraerán la sangre.

—¿Cuándo estarán los resultados? —pregunta Roures a la enfermera de la entrada.

—Cuando hay urgencia, como es el caso, suelen estar en cuarenta y ocho horas. Setenta y dos, todo lo más. Luego, si se comprueba que existe compatibilidad, hay que realizar otras pruebas.

Unos minutos más tarde, el doctor García-Aranda sale apretándose el apósito que le han colocado sobre el pinchazo para evitar el cardenal, los mira con desprecio y, sin despedirse, abandona el hospital. Carlota cierra los ojos, traga saliva y suspira con hondura.

—Gracias, Roures. No podría haber llegado hasta aquí sin ti.

El detective se acerca y la abraza. Nunca había sentido a la jueza tan indefensa como ese día. ¿Quién decía que todo estaba en la infancia? ¿Cesare Pavese? Seguramente, lo está. Pero, por desgracia, no todo es tan bonito en la niñez como pretendía el poeta. Espera que el cabrón del padre de Carlota sea compatible con la chica... Antes tendrá los resultados del ADN. Y se teme lo peor. No le da tiempo a plantearse qué hará si sus sospechas son ciertas; cómo le dirá a Carlota que...

El timbre del teléfono interrumpe sus pensamientos. Saca el aparato del bolsillo con cierto cansancio... «Después de todo esto voy a necesitar unas vacaciones», piensa.

—Prieto —dice al ver el nombre de su amigo en el móvil.

—Roures, joder, ¿por qué no me hacéis caso y os dejáis de jugar con fuego?

—¿De qué me hablas?

—No sé dónde estás, pero tienes que salir pitando para La Paz. El Manos está muy grave. Le han apuñalado con ganas... Y el chico se ha salvado de milagro. Está en reanimación.

—¿De qué coño hablas? —pregunta de nuevo Roures, aturdido —. Espera un momento —dice mientras se dirige a la salida—. Carlota, tengo que irme, el Manos y su primo están en el hospital.

—Pero ¿qué ha pasado? —pregunta ella.

—Luego te cuento —promete, angustiado, mientras corre hacia el aparcamiento del centro sanitario sin dejar de hablar con el policía —. ¿Me puedes explicar qué ha ocurrido, Prieto?

—Parece que el Manos y su primo localizaron a las chicas... Y... el caso es que se las han llevado. Las tenían en una casa en El Viso. Creo que es el mismo chalé donde hace años había un puticlub. Un

hombre grabó un vídeo desde la ventana. No se ve bien a los tipos, pero... estamos tratando de localizar la furgoneta. Si no se filtra nada a la prensa, igual tenemos suerte. Ellos no saben que les han grabado.

—Joder, joder... Voy corriendo a La Paz. Solo me faltaba esto...

—Yo no puedo ir todavía, Roures. Tenemos que evitar que las saquen de España, si es que esa es su intención. Con la información que tengo del caso, no me extrañaría. He puesto controles por todas partes y estamos tratando de mejorar la imagen del vídeo, a ver si conseguimos ver la matrícula de la furgoneta... En el hospital se quedará uno de mis agentes, por si acaso se enteran de que están allí y quieren rematarlos...

—Ese profesor hijo de la gran puta...

Cuelgan. Roures saca su coche del aparcamiento y conduce a toda prisa, de un hospital a otro. «¿Qué haría allí Gabriel? —se pregunta —. Maldita sea. Es un chaval, ¿cómo le pudo dejar el Manos que...? Espero que esté bien... Y... joder, Manos, no te me mueras, tío, no me hagas esta putada...». Corre cuanto puede hasta llegar a La Paz. E intenta que le den información en el mostrador de la entrada.

—¿Es usted un familiar?

—No, pero trabajamos juntos... Es como si fuera de la familia.

—Entonces, discúlpeme. No puedo proporcionarle información, más allá de confirmarle que se encuentran en este hospital y en la UCI.

—Tiene razón, disculpe...

El detective se encamina a la zona de la UCI, donde supone que Prieto habrá colocado a su gente. Al llegar, ve a dos agentes de la UCRIF, vestidos de paisano. Reconoce a uno de ellos.

—Hola, Martínez —saluda—. ¿Cómo están? ¿Sabemos algo?

—Yo no sé por qué cuando os encontráis con un caso de estos no lo dejáis en nuestras manos y se acabó —le reprende el agente

—. Esto no era competencia vuestra... Y encima metéis en el ajo a un chaval.

—Vale, tío, perfecto. Pero evita regañarme ahora, que no es el momento, ya te lo digo. Y a ver si te recuerdo yo la cantidad de veces que no llegáis a todo o que os sueltan a los malos antes de que les tomen declaración. Nadie había denunciado la desaparición de las chicas, ni pedido la actuación policial..., así que...

—Mira, Roures... —le interrumpe.

—No me jodas ahora, Martínez, en serio. Dime cómo están y deja de tocarme los cojones.

El policía resopla.

—El chaval parece que ha salido de peligro. Está recuperando la consciencia, pero aún está muy desorientado y con muchas náuseas. No es capaz de hablar con claridad, así que el médico nos ha dicho que esperemos antes de interrogarle. Que nos avisará, pero que cree que no podremos hablar con él hasta dentro de un par de horas, como poco. No parece que el gas le haya producido daño cerebral... Algo es algo. Pero, tendrá padre y madre, ¿no? Deberías avisarlos...

—Su padre murió hace años. Voy a llamar a la tía del Manos. Pero antes dime cómo está él... Algo tengo que decirle tambien a su mujer... Dame buenas noticias.

El policía mueve la cabeza hacia ambos lados.

—Creo que le perforaron el hígado y el intestino... Algo así. Le han tenido que operar de urgencia. Debió de llegar chorreando sangre. Ahora... depende de los médicos. Hay que confiar en que saldrá de esta...

—Gracias, Martínez —dice Roures, girándose para que el policía no vea sus ojos enrojecidos y sacando el teléfono para llamar a la tía de su ayudante.

—Hola, Roures —contesta una voz femenina en cuanto marca el número correspondiente—. ¿Me vas a decir algo de mis hombres? Tenéis a Gabriel entusiasmado con esto de ser detective... Cuando acabe periodismo no sé si...

—Maite —le interrumpe Roures con firmeza, pero intentando no ser brusco—. Gabriel está en el hospital. Pero está bien. No te inquietes, por favor. Estoy aquí con él y ya ha salido de peligro...

—¿Qué... qué le ha pasado? —acierta a preguntar ella.

—Una intoxicación de gas. Ya te explicaré. Está en reanimación, pero en unas horas estará bien...

—¡Gracias a Dios! Pero ¿cómo es posible que...? —Hace una pausa—. ¿Y mi sobrino?

A Roures casi no le llega la voz a la garganta. Le ahoga su propia emoción y tener que darle la noticia a su tía.

—Tenemos que llamar a Maribel para que venga a La Paz, Maite... El Ma... Miguel está muy grave... Creo que sería mejor que la llamaras tú, que eres de la familia. Supongo que tendrás más palabras de consuelo que ofrecerle.

Se hace un silencio pesado al otro lado de la línea. No se oyen ni gritos ni gimoteos. Solo un silencio que a Roures le resulta eterno. Finalmente, la tía del Manos responde.

—La llamo. Y vamos para allá —dice la mujer.

Roures cuelga. El tiempo transcurre lento en el pasillo de ese hospital, como en todos los centros sanitarios, lleno de esperanza, pero también de miedo y de muerte. Su ayudante y su primo están en el peor lugar. Esa UCI aterradora de donde pueden llegar buenas o pésimas noticias. Por suerte, Gabriel se está recuperando. El médico acaba de salir para confirmarlo. En cuanto al Manos, sigue en el quirófano. La operación no está resultando sencilla... Así se lo transmite a su tía cuando llega. La abraza primero a ella y luego a Maribel, la mujer del Manos, que no puede controlar las lágrimas. Roures le acaricia la cabeza.

—Tranquila, Maribel. Ya verás cómo sale de esta... Bicho malo nunca muere.

La broma le desata aún más el llanto.

—¿Qué estaba haciendo? Como nunca me cuenta nada... No sabía que...

—Es nuestro trabajo. Ya lo sabes. Impredecible. Muy aburrido a veces y muy jodido otras.

Esperan. Todos. Sin hablar. Solo se ha quedado uno de los agentes. El otro se ha marchado. Todavía no hay novedades sobre la furgoneta... Pero ahora urgen más las de ese escenario diferente, ese hospital donde el Manos anda atrapado entre la vida y la muerte. Llevan más de cinco horas ingresados y su ayudante continúa en el quirófano... Uno de los médicos informa de que Gabriel está en condiciones de ver a su familia.

—¿Y de responder a mis preguntas? —pregunta el policía.

—Inténtelo. Pero no le canse. Aún se encuentra confuso y desorientado y con un enorme dolor de cabeza. Le vamos a llevar a planta. Allí podrán verle. De uno en uno, por favor. Está muy fatigado...

—Yo me quedo aquí con Maribel, Maite. Ve tú con Martínez. Seguro que Gabriel está como una rosa ya y, conociéndole, con ganas de dar detalles de todo lo que sepa...

La tía del Manos le besa en la mejilla, mientras él mantiene su brazo sobre los hombros de Maribel, y acompaña al policía a la habitación de su hijo. Al llegar, el agente es testigo del reencuentro de la madre y el hijo entre lloros y abrazos. Sabe lo que se cuece en esa escena. Él también ha vivido situaciones así. Les deja unos momentos de intimidad y luego pregunta al chico:

—Gabriel, ¿recuerdas lo que pasó antes del gas?

—¿Y mi primo? —pregunta él antes de contestar—. Dijo que iría al chalé. ¿No está aquí?

El Manos es su primo y su padre. El hombre de la familia sin padre que encabeza su madre, y que, desde la muerte del progenitor, solo tiene dos miembros, aparte de él. Su referente y su amigo. Para su madre no es fácil contarle la verdad.

—Aún no ha salido del quirófano. Le apuñalaron, pero...

—¿Qué dices, mamá? ¡Malditos cabrones...!

—Gabriel —interviene el policía—. Cuéntame lo que sepas, lo que recuerdes. Es importante. Los tipos que intentaron mataros están en la calle, con tus compañeras.

Gabriel frunce el ceño. Le duele la cabeza, pero quiere esforzarse y decirle al policía todo lo que sabe. Por su primo. Por las chicas. Y por él.

—Había tres tipos en esa casa. Creo que rumanos..., o tal vez búlgaros o rusos, no sabría precisarte. Tenían a las chicas encerradas en un sótano al que me llevaron a mí. No estaba el tío que vimos con ellas. Ese era más mayor. Ellas me dijeron que las abordó el más viejo y las convenció para que hicieran un *casting* para una serie... Pero todo era mentira, claro. En cuanto llegaron a la casa, las obligaron a desnudarse y las fotografiaron.

—Ya veo —dice el agente—. Un *modus operandi* muy utilizado. ¿Recuerdas algo de ellos? ¿De la casa? ¿Podrías describirlos o reconocerlos si te enseñamos fotos?

Gabriel se lleva las dos manos a la cabeza. Le duele mucho. Como si le fuera a estallar. Intenta pensar. Recordar. La cara del portero es inolvidable.

—Creo que al menos recuerdo la cara de uno. De los otros dos..., tal vez. No estoy seguro.

—Está bien. Intenta descansar.

El policía sale de la habitación y hace unas llamadas, pero se queda allí de guardia. Entretanto, Roures, la mujer del Manos y otro agente de la UCRIF aguardan a las puertas de la UCI. Han pasado casi seis horas desde que el ayudante del detective entró en el quirófano... Unos minutos más tarde, sale un médico. Su rostro delata preocupación.

—¿Cómo está mi marido? —pregunta Maribel, llorosa.

—Ha sido una operación difícil... Ha perdido mucha sangre; ahora está intubado y con un respirador artificial y..., en principio, todo ha salido bien. Pero no quiero engañarle: su estado es crítico, está en coma inducido, para favorecer su recuperación. Habrá que esperar...

—¿Esperar? —vuelve a preguntar ella.

—Sí. Si todo va bien, en dos o tres días, como mucho en una semana, despertará, pero...

—¿Por qué está en coma inducido, doctor? —pregunta ahora Roures.

—Para proteger su cerebro mientras él se recupera... El hígado estaba muy dañado. Dependiendo de cómo metabolice los sedantes, tardará más o menos en despertarse. Pero repito, las próximas horas son decisivas...

El doctor les deja. Los tres se quedan en el mismo sitio, sin hablar, sentados, esperando... Comprobando, una vez más, que no hay nada que amedrente tanto como la incertidumbre. Ahora son presos de ella.

# 30

*Encuentro del pasado y el presente*

«La luna deja un cuchillo abandonado en el aire, que siendo acecho de plomo, quiere ser dolor de sangre».

FEDERICO GARCÍA LORCA

Cuando el pasado y el presente convergen, no siempre pintan escenarios felices. Menos si se trata de un pasado que se ha intentado eliminar, por su colección de episodios oscuros, sin siquiera barruntar la magnitud del dolor que esconde en otros, desconocidos por algunos de sus protagonistas, que afectan al presente.

Carlota cambió de nombre y quiso ser otra. Dejar atrás a la niña, la adolescente y la joven que fue, antes de descubrir quién era su padre al leer los diarios de su madre; pero desconoce que su desmemoria alberga un recuerdo tan perverso que podría desbaratar su equilibrio. Roures tiene los resultados de las pruebas de ADN del padre de la jueza y de su hija, y es consciente de que lo que determinen cambiará las vidas de ambas y de cuantos forman parte de ellas.

Ha abandonado hace ya un buen rato el hospital de La Paz, después de permanecer en él, en vela, junto a la mujer del Manos,

durante toda la noche. Ambos sabían que las primeras horas siempre son cruciales y quería estar acompañándola hasta que llegara el médico y les diera el parte matutino Y así han permanecido, sin separarse de la entrada de la UCI ni despegar los labios, bajo la luz mortecina de un desapacible pasillo. Tras la información de la mañana y comprobar que el Manos continúa estable, Roures ha convencido a Maribel de que tenía que descansar un poco, y la ha llevado a casa. Antes, los dos se han acercado a la habitación de Gabriel, donde Maite, con una palidez espectral en su rostro, que contrasta con unas ojeras profundas y oscuras, que denotan que tampoco ha dormido nada y ha llorado mucho, les ha explicado que el chico ha pasado buena noche y que le van a hacer ciertas pruebas, tras las que, si todo está en orden, le darán el alta. Allí se han quedado Gabriel y su madre, en tanto que Maribel y Roures han recorrido el trayecto hasta la casa de la primera, sin hablar. Allí sigue ella ahora que el detective la ha dejado para ir a recoger los resultados de las pruebas de ADN del laboratorio donde las encargó hace poco más de veinticuatro horas.

—En tiempo y forma —le ha dicho la recepcionista al entregarle el sobre.

—Lo contrario hubiera sido un atraco, después de pagar ese carísimo «servicio *premium*», señorita.

—La impaciencia se paga, caballero —le ha respondido ella sonriendo.

A Roures le hubiera gustado poder devolverle la sonrisa, pero no tiene motivos. Sabe lo que va a certificar lo que hay dentro de ese sobre, sin haberlo visto; y encima su colaborador, su colega, su cómplice, su amigo está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte... Rasga el sobre y lee.

> Personas analizadas:
> Presunto padre. Muestra identificada como «padre».
> Hijo: muestra identificada como «hijo».
> Probabilidad de paternidad: 99,9999 %.

Conclusión: los resultados indican que el presunto padre es el padre biológico del hijo/a.

Además, incluye una tabla con el resultado del análisis genético. Todas las coincidencias son positivas.

El detective saca un cigarrillo y se lo enciende. La primera calada le mata, como de costumbre. Solo que esta vez le gustaría estar muerto de verdad y no tener que darle la noticia a Carlota. Morir en lugar del Manos, al que sabe bien cuánto le necesita su familia, si es que le toca morir... No lo descarta. Tose sin control hasta que llega al coche y sigue tosiendo dentro de él. «Y encima tengo un dolor de cabeza de cojones», piensa. Pone rumbo a su casa. Necesita una buena que ducha que le ayude a maquinar cómo le revelará el contenido de ese informe a Carlota, mientras llegan los resultados de las pruebas de compatibilidad para el trasplante de médula. «Siendo el padre y el abuelo de la chica, la compatibilidad debería ser mayor», se dice Roures.

Suena el teléfono. Es Prieto.

—Hola, Paco —contesta Roures con la voz cansada.

—Buenas noticias, amigo...

—¿Buenas noticias?

—Los hemos cogido.

—¿De verdad? Pero... ¿cómo habéis podido localizarlos con tanta rapidez? Es... es un milagro, Prieto. Y no creo en los milagros.

—No seas capullo, Roures, que a veces hasta somos capaces de hacerlo bien... —el detective no está para bromas. No es capaz ni de reírle el chiste a su amigo, como hubiera hecho en cualquier otra ocasión. Prieto es consciente de ello, así que continúa sin esperar la puya habitual del detective—: Ya sabes que estas cosas pueden resolverse en cuestión de horas, en años o nunca jamás. Y no es solo cosa de pericia: lograrlo o no, muchas veces es pura carambola. No sé si este caso se hubiera resuelto o no sin la intervención de ese

vecino que lo grabó todo, porque la clave estuvo en mejorar la calidad de su vídeo. Los chicos utilizaron no sé qué programas y aplicaciones y pudieron aumentar la resolución y la nitidez. Eso nos permitió ver bien hasta la matrícula de la furgoneta. La ingresamos en el sistema y ¡bingo! Encontramos a su propietario. Es un viejo conocido. Un rumano habitual en el negocio de los puticlubs, con antecedentes de todo tipo.

»Avisamos a las patrullas y activamos la alerta en la comisaría; pero al final fue un golpe de suerte, porque la localizamos gracias a la lectura automática de matrículas y a las cámaras de tráfico y seguridad, en muy pocas horas. Estaba en la casa de otro amiguito, con sus compañeros de fechoría. El dueño de la casa es un ruso que debió de ser el que se puso en contacto con el profesor a través de la *dark web* y les encargó el trabajo a los rumanos. Tenían a las chicas atadas y amordazadas, pero en buenas condiciones. Ya sabes que cuidan la mercancía. Seguimos investigando, pero... por lo que parece, las querían para un club muy privado y elitista que están montando en Marbella, para los rusos con pasta. Y los muy cabrones solo buscaban chicas españolas y universitarias... Rizando el rizo. Nos queda mucho por descubrir. Entre otras cosas, por qué se fijaron solo en estas dos chicas y no en las otras tres. Será que al pájaro que les encargó el trabajo le gustaron más que las otras y...

—¿Y con eso los meteréis en la cárcel? —corta Roures—. ¿O un abogado cabrón, con el traje bien planchado y el bolsillo a rebosar, los dejará en la calle en cuatro días, como es habitual, para que vayan a por mi amigo o a por su primo? —pregunta el detective con cierta amargura.

—Esperemos que no. Están acusados de secuestro y doble intento de asesinato. Y, en principio, contaremos con las declaraciones tanto de las chicas como con la del Manos y su primo..

—... Si sale de esta, Prieto...

El policía calla unos segundos. Sabe que su amigo lo está pasando mal. Y que no puede consolarle con frases hechas ni lugares comunes. Roures es un tipo duro con el corazón de

mantequilla. Ni las atrocidades que ha contemplado en todas sus guerras le han convertido en ese monstruo que no se tambalea ante el sufrimiento ajeno. Se conmueve como lo hacen las buenas personas, aunque haya perdido la fe en la inocencia del ser humano y sepa que hasta el mejor es capaz de convertirse en una peligrosa alimaña en una situación límite.

—Pregunté a mis hombres antes de ordenarles que abandonaran el hospital; dicen que está estable. Es buena señal, pese a la gravedad...

—Está bien, Prieto, te lo agradezco. ¿Y el profesor? Espero que esté en la cárcel, porque si lo veo por la calle es posible que el que acabe entre rejas sea yo.

—El juez ha decretado prisión provisional sin fianza. Hay pruebas sólidas del abuso sexual y de la revelación de secretos y difusión de imágenes íntimas sin consentimiento de las víctimas. La propia conversación que grabaste no sirve de prueba, ya lo sabes; pero como el Manos nos proporcionó, además, toda la información respecto a su dominio, a su IP, a su VPN y encima el tipo no debe de ser un *crack* en estas lides y olvidó borrar metadatos de sus fotos, el caso está claro... Y para rematar va a cantarlo todo, ya te lo digo. No puede soportar la presión.

—Bien, vamos cerrando casillas... Veremos si luego la condena está a la altura, que nunca se sabe. De momento, parece que puedo dedicarme por completo al otro asunto, aunque con pocas esperanzas de reparación, porque al tipo al que persigo no van a poder condenarlo jamás. Sus delitos han prescrito...

—¿Te refieres al de la jueza?

—Eso es. No puedo darte detalles, amigo. Me lo impiden el secreto profesional, la prudencia y la decencia. Sé que estás habituado a lo siniestro. Ambos lo estamos. Pero este caso cuenta con los peores ingredientes. Y lo único que puedo conseguir es que algunos afectados conozcan toda la verdad. Sin resarcimiento ninguno. El dolor sin resarcimiento es como la gangrena: se extiende con rapidez, y si no se amputa, mata... Incluso aunque se siga vivo.

Solo espero que al azar no le dé por hacer putadas y que al menos lo predecible lo sea finalmente. Está en juego la vida de una joven.

Roures llega a su casa, aparca, sube por las escaleras, por suerte sin encontrarse con la portera, ni tener que dar explicaciones. Abre la puerta, va a su habitación, tira el teléfono sobre la cama y corre al cuarto de baño para ducharse. Sin música. Sin bálsamo para sus heridas. Solo espera que el agua le purifique. Esa agua donde tantas veces encuentra la inspiración, el detalle que pasó por alto y que le revela hacia dónde dar el siguiente paso. Está perdido. Haga lo que haga y cómo lo haga dañará a Carlota. Sabe que es su deber. Que fue ella quien le pidió que investigara y desentrañara su misterio. Pero a veces los hallazgos imprevistos son tan espeluznantes que ni el cliente es capaz de reconocerlos y aceptarlos. A Carlota no le quedará más remedio. Solo espera que no le odie por ser él quien le descubra la verdad. Porque Carlota no es solo su cliente, es la mujer a la que ama.

Sale de la ducha y se mira en el espejo. Se le notan los años y la tristeza. Lleva la marca en el labio del puñetazo de ese profesor repulsivo y en la mirada el brillo de la impotencia de no poder actuar contra tipos como el doctor García-Aranda. Presume que el mundo está abarrotado de ellos. En realidad, lo sabe. Miles, millones de hombres y mujeres sin juzgar y sin condenar, pese a los incontables crímenes en sus expedientes de vida, que tantas veces no se llegan ni a conocer, o no lo hace quien los puede castigar en tiempo y forma. Le gustaría ser Clint Eastwood en cualquiera de aquellas películas cuyo título no recuerda y darle una paliza al padre de Carlota. Volverse un justiciero. Se seca, se viste y se toma dos Actrones. Le duele la cabeza, pero sabe que no es migraña. Lleva tantos años padeciendo la enfermedad que distingue una cosa y la otra. Duda de si prepararse un café antes o después de llamar a la jueza. «No procrastines, tío», se dice. Acto seguido marca el número de Carlota.

—¡Roures! —responde ella nada más ver el nombre del detective en su teléfono—. Menos mal que me llamas. Cuéntame qué ha ocurrido. Estaba preocupada. Te fuiste y...

—El Manos está en el hospital, Carlota. En la UCI. Está estable, pero en coma inducido y en situación crítica. Y su primo ha estado a punto de palmarla envenenado con gas...

—Pero, pero... —balbucea ella.

—... Pero ahora tengo que verte de inmediato —corta él—. Es preciso que te diga algo y...

—Suéltalo ya —le interrumpe Carlota—. Si con lo que te debe de estar doliendo el corazón necesitas decirme algo, tiene que ser importante.

—No quiero decírtelo por teléfono. Prefiero verte. De verdad. Deja lo que sea. Es urgente.

—Está bien. Me he pedido unos días. Hasta que encontremos la médula para Paula; sé que no estoy en condiciones de trabajar. Así que estoy libre. ¿Quieres que vaya a tu casa? ¿O prefieres venir a la mía?

El detective no puede evitar sonreír. Esa frase, en cualquier otro contexto, implicaría una cita y casi seguro un preludio de sexo... Tal y como se encuentra y lo que tiene que decirle a la jueza, está seguro de que, aunque se lanzara desnuda a sus brazos, no se le levantaría.

—Ven a casa, Carlota. Tu nueva guarida es muy reciente y en esta de viejo lobo estepario siempre nos hemos sentido a salvo tú y yo.

—Está bien. Voy para allá.

En cuanto cuelga, Roures hace una ronda de llamadas. Llama a Maite para saber cómo se encuentra Gabriel y si hay noticias de su sobrino, y a Maribel para preguntarle cómo se encuentra y si va a ir al hospital. Gabriel está en casa y Maite y Maribel en La Paz. No hay más información sobre el Manos. Sigue igual.

Va a la cocina y prepara café. En la cafetera de toda la vida. Ahora hay quien dice que son peligrosas, tanto si son de aluminio como de acero inoxidable... Da igual, parece que las cápsulas también lo son. Es peligroso andar por la calle, respirar y vivir. Deja el café preparado para cuando venga Carlota; si se enfría, lo calentará en el microondas, que también tiene sus riesgos. Para incrementarlos se enciende un cigarrillo mientras va al salón dispuesto a escuchar una de las canciones más tristes de todos los tiempos «Everybody Hurts», de REM. Todo el mundo sufre. Mal de muchos... Escucha la canción mientras fuma. Qué coño, necesita un *whisky*, aunque sea temprano. Va a la cocina y se lo sirve. El ritmo lento, los acordes de guitarra y la voz de Michael Stipe cantándole al dolor y a la desesperación, pero tratando de ofrecer esperanza para seguir adelante le agujerean el corazón. Cuando se acaba, la pone de nuevo. Regodearse en la tristeza es un arma potente contra ella. O, si no lo es, no tiene a mano otra fórmula para afrontar la suya. Todo el mundo sufre... Ahora le toca volver a hacerlo a Carlota.

La jueza tarda poco en llegar. Tiene mala cara. El encuentro con su padre. La tensión de desconocer cuándo aparecerá la médula para su hija. Y ahora esto.

—Hola, señoría —la saluda Roures con una media sonrisa con la que trata de maquillar su desazón.

—Hola, detective —responde ella, entrando y besándole en los labios como si fueran una pareja de toda la vida y caminando con él hasta el salón—. ¿Te estás bebiendo un *whisky* a estas horas? —pregunta al verle el vaso en la mano—. ¿Tan grave es lo que tienes que decirme? —El detective asiente. Carlota le inquiere con la mirada—. Venga, Roures, dale duro como solo tú sabes...

—Carlota —empieza él—... He encontrado al padre de tu hijo.

La jueza frunce el entrecejo con extrañeza y le clava los ojos azules en los suyos como si fueran dos puñales afilados.

—Dime quién es. Inmediatamente. Necesito saberlo...

Roures coge el sobre con el informe de los resultados de la prueba de ADN que está sobre la mesa y se lo tiende.

—Hace dos días llevé al laboratorio el bastoncillo con la saliva de tu hija y un vaso que le robé a tu padre impregnado con la suya. No figura la identidad de ninguno, porque quise preservar la identidad de ambos, pero...

Carlota no da crédito. No es posible que haya entendido lo que ha entendido... Abre el sobre despacio, intentando contener la angustia y lee en voz alta el final del texto:

—«Conclusión: los resultados indican que el presunto padre es el padre biológico del hijo/a» —Eleva sus ojos azules y mira de nuevo a Roures—. ¿Mi... mi padre es el padre de mi hija?

El detective asiente de nuevo. Carlota se desploma sobre la silla. Su rostro se ha quedado sin expresión. Se cubre la cara con las manos un momento y luego se la descubre y suspira.

—¿Me traes un *whisky*?

El detective va a la cocina, se lo sirve y regresa al salón.

—Cuéntamelo todo, Roures. No escatimes detalles. Por favor.

—¿Estás segura...?

—¡Segura, joder, muy segura...! Adelante.

—Verás, cuando fui a ver a tu madre, me contó algo sobre su tercer cuaderno. Ese que tú no quisiste leer. Ella no tuvo fuerzas para empeñarse en que lo hicieras... Quizás si tú le hubieras contado tu propio secreto, ella habría atado cabos, como yo. O quizás lo habrías hecho tú. Quedé en ir otro día a leer sus diarios; pero tu madre me anticipó que en el último había escrito que estaba segura de que tu padre abusaba de tu hermana y que probablemente fue él quien la violó, y por eso ella se tiró por la ventana...

Carlota cierra los ojos, tensa la mandíbula y los vuelve a abrir.

—Continúa...

—Al parecer, uno de los modos preferidos de tu padre de atormentar a tu madre era darle a conocer los hechos después de producirse y, por supuesto, adjudicarle la culpabilidad. —El detective hace una pequeña pausa y mira con angustia a la jueza.

—No te detengas, Roures, te lo pido por favor.

—Cuando fui a ver a tu exnovio y me corroboró la imposibilidad de que él te hubiera dejado embarazada e incluso la de que ninguno de sus amigos hubiese tenido relaciones sexuales contigo, empecé a sospechar... Todo ese interés de tu padre en que nadie supiera que ibas a tener un hijo parecía ir más allá del honor y del qué dirán. Y ese hablarte constantemente de un presunto violador que tú no recordabas... Todo me pareció extraño. Incluso las lagunas en tu memoria me llevaron a barruntar que él tenía algo que ver, porque ¿quién podría haberte drogado? ¿Quién habría tenido acceso a un narcótico tan potente como para que no recordaras nada de nada? Unos porros, alcohol..., podrían haberte afectado la memoria de algún modo, durante algún tiempo, pero ¿borrarte por completo los recuerdos? Hoy la burundanga está a la orden del día, pero ¿entonces? ¿Y entre chavales? ¿De dónde podrían haberla sacado? Todo eso en mi cabeza, más la información de la violación de tu hermana...

—... Basta, Roures. No... no puedo con esto. —La jueza empieza a llorar. No es un llanto sereno, sino desesperado, con hipidos. Tiembla. Se acerca a la pared y golpea su cabeza contra ella una y otra vez.

El detective se acerca, la agarra por ambos brazos e intenta tranquilizarla, abrazarla, consolarla, ofrecerle resguardo, confianza... Ella le golpea el pecho con los puños cerrados, como si fuera el culpable, hasta que se deja caer al suelo, con un llanto incontrolable, destruida. Roures intenta levantarla, pero ella lo aparta.

—¡Déjame! —grita—. Lo siento, ahora no puedo... —continúa con los ojos cargados de lágrimas—. ¿Sabes? Creo que siempre intuí algo. No sabría explicarte..., pero en mis sueños, a veces..., jamás vi una imagen nítida, pero... era como si la memoria me enviara sensaciones extrañas de mí misma, inmóvil... Y en ellas también aparecía él. Las rechacé una y otra vez. No se puede creer lo que debería ser imposible. No sé... Supongo que... —Tiene que tragar saliva, antes de proseguir—: Esto supondrá más posibilidades de compatibilidad respecto a su médula y la de Paula. —Hace una

mueca de asco—. Maldito cerdo, maldito cabrón, maldito hijo de Satanás...

—Eso es así, Carlota —corta Roures, para tratar de romper el bucle en el que se ha metido ella—. Es lo primero que busqué cuando empecé a considerar que... Al parecer, el sistema HLA se hereda en bloques de genes, la mitad del padre y la mitad de la madre. Si el padre es también el abuelo hay menos diversidad genética en el HLA; y eso hace que sea más probable que coincidan los genes... Eso sí, ya sabes que las endogamias aumentan el riesgo de enfermedades genéticas y debilitan el sistema inmunitario, así que no todo son ventajas; pero, de momento, centrémonos en lo bueno. Ese trasplante es indispensable para tu hija y ya parece tenerlo asegurado.

Carlota se levanta con esfuerzo, saca una cajetilla del bolso, temblorosa, e intenta extraer un cigarrillo, pero no acierta a sacarlo y estampa el paquete contra la pared, con rabia. Roures lo recoge, le da unos toquecitos para que salgan los pitillos y se los ofrece a la jueza, que agarra uno, se lo enciende y fuma, rota en mil pedazos, con la frente pegada al cristal de la ventana.

—Si hubiera aceptado leer el diario de mi madre... —murmura con voz tenue—. Si le hubiera contado a ella...

—Olvídate de los «y si», Carlota. Estás aquí, le has ganado la partida a la vida y vas a salvársela a tu hija. Eso sí, mantén a raya a tu padre, porque es muy capaz de desaparecer y dejarnos colgados antes de que nos den los resultados. Y eso que sabe que en las pruebas de HLA nadie descubrirá su doble parentesco...

—Vamos a llamarlo, ¿quieres? —decide Carlota como impulsada por un resorte, esbozando la sonrisa más triste del mundo—. Creo que sé cómo convencerle de que «nos ayude...». ¿Tienes el número de su móvil?

El detective niega con la cabeza.

—Solo el de la clínica.

—Bien, dámelo. Por favor.

La jueza lo marca en su propio teléfono y activa el manos libres, para que Roures pueda escuchar la conversación.

—Clínica del doctor García-Aranda, ¿en qué puedo ayudarle?

—Buenos días, señorita. Necesito hablar urgentemente con el doctor. Dígale que soy la jueza Carlota Aguado y que es un asunto oficial.

—Deme un minuto...

La musiquita del teléfono exaspera a la jueza y la espera se le hace eterna, pero solo pasan unos minutos hasta que el médico responde.

—Querida hija, ¿ha sido verme después de tantos años y ya no puedes vivir sin mí? —pregunta con una ironía, típica en él, que asquea más que nunca a Carlota.

Ella se contiene.

—Querido padre, ahora sé que eres imprescindible en mi vida... ¿Cómo no ibas a serlo si, además de ser mi padre, eres el padre de mi hija...?

El médico calla unos instantes.

—¿Quién te ha dicho semejante barbaridad? —ataca de nuevo —. ¿Ese mequetrefe de detective amigo tuyo?

—Ese mequetrefe le está escuchando, doctor... Y tiene un informe con el ADN contrastado... El tuyo y el de Paula.

—¡Eso es ilegal! —brama el doctor.

—¿Ilegal, papá? Eres un hijo de puta. ¡¡¡Un hijo de puta!!! Si le hubiera hecho caso a mamá y hubiese leído su tercer cuaderno me habría dado cuenta de todo mucho antes... Menos mal que no lo hice, porque tal vez te hubiera matado y me hubiese jodido la vida por completo..., pero, sobre todo, porque tú ahora ya no estarías y te necesito para el trasplante de médula de Paula. Pasado mañana estarán los resultados, y como seguramente serán positivos, habrá que empezar con el resto de las pruebas. Te aconsejo que estés localizable y preparado. Si no te comportas por una vez como un ser humano, me llevaré los diarios de mi madre a Planeta. Tengo amigos en la editorial, y estoy segura de que los podrían convertir en un

excelente libro... Y tú quedarías ante todos como lo que en realidad eres: un cornudo, un violador de niñas y un asesino... Creo que mi madre me cedería encantada los derechos de ese libro en el que, además, se podría incluir lo que me hiciste a mí, cabrón, y tu delirante negocio de robo y venta de bebés. ¿Crees que un libro como ese sería menos castigo que la cárcel? ¿Y crees que me desbarataría la carrera o que, tal vez, nos convertiría a mi madre y a mí en mujeres valientes a los ojos de una sociedad deseosa de desenmascarar a los hijos de puta como tú, aunque sus delitos hayan prescrito?

El teléfono enmudece. El médico, al otro lado de la línea está en estado de *shock*. No entiende nada.

—No, no... tenéis pruebas —dice al fin el médico—. Ese ADN no sé cómo lo habéis conseguido, pero... No hay... Tu maldita madre no sería capaz de... Sabe que la mataría... La mataría...

—¿Te vas a arriesgar, «papá»? —le corta la jueza—. El miércoles a las doce te quiero en la Jiménez Díaz. No te retrases... Ni un minuto. Soy capaz de hundirte. O quizás de matarte, que para eso llevo tus genes...

Carlota cuelga. Y se abraza a Roures. Continúa temblando. No puede controlar el llanto. Le duele la tripa, la cabeza, el corazón. Siente náuseas. Se encuentra tan mal...

—Creo que hoy las drogas sí podrían hacernos un gran favor —le dice Roures—. Por algún lado debo de tener una caja de Orfidal sin estrenar. Tómate uno o un par y túmbate en la cama. Prefiero que estés aquí conmigo a que te quedes sola en tu casa.

—Yo tampoco quiero estar sola, Tony. No me dejes sola, te lo ruego. Túmbate conmigo, por favor. A mi lado. Necesito saber que hay alguien en el mundo en quien puedo confiar...

Roures acompaña a la jueza a la habitación y ambos se echan sobre ese mismo lecho que tantas veces les ha visto amarse. Ahora también se aman. Quizás más. De otro modo. El detective busca en el cajón de su mesilla la caja de Orfidal, saca dos comprimidos, se los tiende a Carlota y ella se los pone bajo la lengua. Se abrazan. Él

está agotado tras una noche en vela; al poco rato, los dos están dormidos.

El doctor García-Aranda no logra entender qué ha sucedido. Cómo, en unos cuantos días, su tranquila y placentera vida se ha ido a la mierda. A sus ochenta y tres años. Desde hace unos cuantos se somete regularmente a terapias regenerativas con células madre, plasma rico en plaquetas, terapia con exosomas, infusiones de sueros personalizados, tratamientos con oxígeno... Cuida la alimentación, hace ejercicio y se siente en plena forma. Su aspecto es mejor que el del mismísimo Mick Jagger. Hace lo que quiere, gana dinero, su centro médico reproductivo es uno de los más considerados de Europa y recibe regularmente las visitas, en su domicilio y en su cama, de una de las enfermeras que le guardan el mostrador de entrada. Es tan joven como ambiciosa, y siempre dispuesta a disfrutar en sus brazos, con tal de obtener la pertinente compensación. Es la última de unas cuantas, siempre jóvenes. Y siempre bien recompensadas. No necesita nada más. Lo tiene todo. O lo tenía todo...

Hasta hace unos días era un hombre tranquilo, exitoso, respetado y feliz. Ahora camina sobre el alambre. No solo le tendrán que extraer la médula, con el consiguiente riesgo de anestesia general o epidural, sino que, aun en su formidable estado, sabe que la regeneración en personas de su edad es más lenta y le puede dejar expuesto a infecciones o provocarle fragilidad ósea, y que hasta existe un riesgo de hemorragias y de problemas de coagulación... Todo eso, encima, con la espada de Damocles de unos estúpidos cuadernos de su exmujer donde a la muy imbécil se le ha ocurrido narrar la historia de su vida, con la cantidad de motivos que tiene para estar calladita. Si ella no hubiera contado lo de Mariana, seguro que nada de esto habría sucedido. Mari Carmen habría venido a verle y el detective podría haberle amenazado con

contar la historia de los bebés robados, pero... tal vez habría salido indemne de todo eso.

Ahora todo se tambalea por culpa de esa idiota a la que odia. Sentado frente a la mesa de su consulta, reflexiona en soledad, tras haber ordenado que no le pasen a los pacientes y mira fijamente el abrecartas puntiagudo que descansa sobre ella. Su brillo parece hipnotizarlo. Lo agarra con el cuidado con el que se sostiene un objeto precioso y se lo guarda en el bolsillo. Se levanta, cuelga la bata blanca y abandona la estancia y la clínica, sin responder a las preguntas de las enfermeras. Tiene cosas más importantes que hacer.

Roures despierta al cabo de un par de horas. Mira a Carlota, a su lado, profundamente dormida... Aun así, su rostro no muestra relajo sino inquietud. Le gustaría poder acompañarla también en el viaje de sus sueños. Que no tuviera que recorrer sola sus perversos recuerdos mezclados con el pánico, la impotencia, la rabia, la angustia y la tristeza. No hay nadie que no esté solo alguna vez. Por voluntad propia o por falta de compañía. Pero ella lo ha estado toda la vida. Incluso estando con él, mientras mantenía ocultos todos esos dolorosos secretos. Los que conocía y los que no. Roures se levanta de la cama. Escribe una nota a la jueza para que la encuentre al despertar y se pone en marcha. Quiere ir al hospital. Pero también a ver a la madre de Carlota. Debe prevenirla. Su exmarido es un ser furibundo y ahora se encuentra acorralado. No le extrañaría que fuera al psicogeriátrico a pedirle cuentas. Aunque tampoco le sorprendería que fuera capaz de hacerlo con su hija/nieta. Ha de avisar a Miralles. Por si se presenta en su domicilio. No le contará el secreto de Carlota. Tampoco a su madre, pero al menos les pondrá sobre aviso. Que sepan que ese tipo, que siempre ha sido un malvado, está al acecho, quizás maquinando una nueva tropelía o solo cómo escapar.

En el coche, marca el número de Miralles. Él sabe que la jueza le contrató para desentrañar los misterios del lugar en el que alumbró a su hija. Incluso conoce algo de su relación sentimental con Carlota a través de Noah, su mujer, la que un día fuera investigada por él y saliera impoluta gracias a esas imágenes de su relación sexual con la jueza, que el abogado desconoce y que el detective tuvo que contemplar haciendo ver que no se inmutaba. Qué lejos queda todo aquello. Cómo la vida va obligando a priorizar a golpe de sorpresas inesperadas. Ahora todos están en el mismo bando. Y cada cual sabe su parte de la historia. Ninguno la conoce completa, como suele suceder en todas las relaciones entre personas. Lo que les separa da lo mismo cuando lo que les une es Paula. La hija de todos. Hasta del detective que nunca quiso tener hijos.

—Buenos días, señor Miralles —saluda Roures cuando el abogado contesta al teléfono.

—Buenos días, detective. ¿En qué puedo ayudarle?

—Solo quería informarle de que el padre de Carlota se ha hecho la primera de las pruebas de la compatibilidad —dice el detective, ocultándole las pruebas de ADN que revelan que también es el padre de Paula—; en cuarenta y ocho horas tendremos los resultados que esperamos que sean positivos, para que puedan realizarse las siguientes. Si todo va bien, en muy poco tiempo se le podrá extraer la médula y a las veinticuatro o cuarenta y ocho horas realizar el trasplante... Tenemos que estar tranquilos. Todo va a salir bien. La jueza me pidió que se lo dijera.

—Noah también va a hacerse las pruebas...

—Muy generoso por su parte, pero convendrá conmigo que las posibilidades reales están más en el lado de García-Aranda. Quiero preguntarle algo, ahora que todos los que participaron están fuera de peligro. ¿En qué grado estuvo implicado usted en los acontecimientos de esa clínica maldita?

—Yo solo participé como gestor. Llevándoles las cuentas. Maquillando la actividad para que pareciera legal. Le parecerá

extraño, pero me pareció que el negocio tenía más sentido que esas adopciones para las que se requerían tiempos infinitos. Todos salían ganando. Por un lado, para las niñas, los hijos suponían un problema; por el otro, los padres accedían con una rapidez inusitada a los bebés e incluso de cara a la galería los criaban como unos hijos que no podrían devolver —cosa que a veces ocurre en las adopciones legales—; y luego estaban los propios médicos, que ofrecían un servicio por el que les pagaban infinitamente mejor cuando lo realizaban en estos lugares. Si me apura, a las que menos entendía era a las monjas, pero... a decir verdad, nunca fui muy católico ni me gustaron los tejemanejes de la Iglesia, así que preferí no profundizar. Mucho menos cuando me decidí a ser cliente, además de contable.

»Curiosamente, el ver que García-Aranda era capaz de vender a su nieta me condujo a pensar lo que podría llegar a hacer en otros casos, y sentí un cierto arrepentimiento. Todo fue muy extraño, sobre todo que a él le importara más el dinero que dónde fuera a terminar esa niña. Discutimos el precio (no sabe lo que me avergüenza ahora); pero al final pagué lo que me pedía porque me amenazó con no darme a la niña si no lo hacía. Las cosas se estaban poniendo cada vez más difíciles legalmente y sabía que era cuestión de poco tiempo que se aprobara una ley que impidiera del todo ese negocio. Después de la transacción, dejamos de vernos. Luego..., precisamente a través de una de las monjas que trabajó en nuestra clínica, me contactaron para participar en la defensa de Vela. Pensé que debía aceptar... Y ahí coincidí con Carlota. Yo... no sabía que era la hija de García-Aranda. Fue mi cliente quien me lo dijo y desconozco cómo se había enterado él. Pero vi a Paula en sus ojos.

—¿Diría usted que García-Aranda, pese a todo, es un hombre de fiar?

—Creo que él oculta otros secretos. Y que sería capaz de cualquier cosa por dinero, poder y posición. Es una persona extraña... No parece tener sentimientos. Por eso preferí alejarme de

él. Yo no soy así. Tengo mis cosas, pero... Mi mujer, la madre adoptiva de Paula, tampoco lo era.

—Está bien. Nos quedan muy pocos días para que todo esto pase, pero debemos estar atentos. García-Aranda querría salirse de la ecuación si pudiera. Y se siente atrapado en ella. No sé cómo puede reaccionar. Quizás es mejor que ustedes no se vean. Y, desde luego, no puede permitir que de ningún modo vea a Paula.

—Descuide, me ocuparé de que no lo haga.

Cuelga y se dirige al hospital. Quiere estar cerca del Manos, aunque sea un momento. Al llegar, abraza a Maribel y a Maite, que ha dejado a Gabriel descansando en casa, aún algo confuso con todo lo ocurrido, pero deseando declarar ante la policía en cuanto se lo pidan y quejándose de que no le permitan ir a visitar a su primo. El Manos, ese hombre al que tanto necesitan su mujer, su hijo —que es aún un bebé—, su tía, su primo..., y el propio Roures. El mismo al que le interesa poco la cultura, pero que bucea en la tecnología y en la maldad de los seres humanos como nadie. El hombre fiel a su jefe, con el que mantiene una relación de extrema complicidad. Es el Manos, y las manos y los ojos y los oídos del detective. Y, sobre todo, su amigo... Aparece Prieto. También él aprecia al ayudante del detective. Y le considera. Todos juntos reciben un nuevo parte muy esperanzador, aunque de momento el paciente siga en coma inducido con ventilación mecánica, monitorización constante, sedación profunda, sonda nasogástrica y sueros. Es el proceso. Lo saben, pero les abruma. A los médicos solo les preocupa el riesgo de infección. A ellos les aterra lo imprevisible.

A las dos o tres horas, Carlota se despierta algo confundida, pero con algunas imágenes en su cabeza. Es sorprendente, pero el *shock* de la información recibida le ha hecho interpretar su desmemoria y

recuperar algún recuerdo de aquel día —¿o serían varios?— en los que ella no podía moverse mientras la tocaban. Ojalá no recuerde nada más. Tampoco lo olvidará nunca, pero... Ve la nota de Roures.

> *Me voy a ver al Manos. También a tu madre, para que esté alerta si recibe noticias del doctor. Y a Miralles, por si decide acercarse a tu hija. Es un animal impredecible y no quiero correr riesgos. Pero sigo a tu lado. Y te quiero. No te lo he dicho tantas veces como he estado seguro de ello. Ahora lo estoy más que nunca y necesito que lo sepas. Que no lo dudes. Que lo sientas. Te lo repito: te quiero*.
>
> *Tony*

A la jueza se le humedecen los ojos mientras llama al detective.

—Carlota, ¿cómo te encuentras? ¿Estás bien?

—Acabo de despertar. Tengo la cabeza pesada, pero... es por el Orfidal. No importa. Ehhh...

—Dime, ¿qué ocurre? —apremia el detective con preocupación.

—Yo también te quiero.

Se hace un silencio al otro lado de la línea.

—Lo sé. Tienes que descansar. Quédate en casa. Prefiero que no vayas a la tuya, por si tu padre se vuelve loco y... Pero no pienses en nada. Las horas pasan con infinita lentitud cuando se esperan noticias o resultados. Y los de las pruebas no estarán hasta dentro de cuarenta y ocho horas. Menos ya. Entretanto...

—Prefiero acompañarte, si vas a ver a mi madre, Roures —le corta ella—. Lo necesito.

—Está bien. Salgo de La Paz y voy a recogerte. Es mejor que nos acerquemos en vez de llamarla, para que no se asuste... Y seguro que a ti te viene bien verla.

—Yo también lo creo... ¿Y el Manos y su primo? ¿Cómo están?

—El primero estable y el segundo en casa... Si todo sigue así, en un par de días lo pasarán a planta, le retirarán la sedación y... joder, se pondrá bien... Tiene que ponerse bien.

—Por supuesto que sí, Tony. Ya lo verás. Te espero.

En el mismo momento en que el detective abandona la clínica y se encamina a su casa para ir a buscar a la jueza, el doctor García-Aranda pone rumbo al psicogeriátrico en donde se encuentra su mujer. Unas horas antes salió de la clínica, pasó por su casa y estuvo largo rato sentado en el sillón de orejas de su cuarto de estar, calibrando la situación y maquinando qué debería hacer. También reflexionando sobre la relación con sus hijas, con las dos, no solo con Mari Carmen... y autoengañándose una vez más. «Todo fue culpa de su madre —se ha dicho—. En una vida normal, ella habría estado en casa, con los niños, atendiendo mis indicaciones, obedeciendo y sin golfear... Y yo hubiera seguido mi carrera profesional y habría tenido mis cosas fuera de casa, como todos los hombres, y todo habría sido normal y adecuado a nuestra posición, pero ella...».

Luego ha intentado relajarse, dejar la mente en blanco y buscar la solución en su mente. Le ha pedido a la chica una tila, para tranquilizarse; pero tras darle unos cuantos sorbitos, la rabia le ha hecho estrellar la taza contra el suelo. «La odio», ha pensado mientras introducía las manos en el bolsillo de su chaqueta y acariciaba el abrecartas, que previamente había guardado en ella. Ahora está saliendo de su edificio, conduciendo él mismo su carísimo Bentley negro, que pilota como un autómata hasta el lujoso psicogeriatrico de Puerta de Hierro... «Que pago yo», se atormenta el médico. Entra en el recinto, aparca el coche y accede al edificio. Lo sabe todo de su exmujer. Cuál es la planta en la que reside, el número de su apartamento... Todo. Siempre ha querido mantenerse informado. Por si acaso. Tal vez por si, como ese día, llegaba el momento... Llama a la puerta de su habitación, golpeando nerviosamente con los nudillos de su mano derecha. Magdalena tarda unos minutos en abrir. Cuando lo hace, él empuja la puerta.

—Déjame pasar —le ordena con un tono cortante.

—¿Qué haces aquí? —pregunta ella desconcertada.

—¿Que qué hago aquí? He venido a informarte yo a ti, de cosas que no sabes... Lo mismo que llevas haciendo tú, desde hace tanto,

con nuestra hija. Y a que me entregues esos malditos cuadernos...

Ella lo mira con displicencia y se ríe.

—¿Mis cuadernos? ¿En serio? Ja, ja, ja... ¿Ahora te importa lo que yo escriba o cuente?

—Eres repugnante, Magdalena. Mírate. Lo eres por fuera y siempre lo fuiste por dentro. Ni eso: no fuiste nada, jamás.

—Sin embargo, aquí estás, rogando que te entregue mis cuadernos... —apunta ella con una media sonrisa—. ¿De verdad crees que así desaparecerán tus delitos? ¿Que las olvidaré? ¿Que no se los contaré a mi hija, ahora que nos contamos todo?

García-Aranda abre mucho sus ojos azules y helados y es ahora él quien suelta unas sonoras carcajadas que suenan a hueco, como el retumbar de una voz en una habitación vacía.

—¿Todo, Magdalena? ¿Todo? —Ríe de nuevo antes de proseguir —: ¿Acaso sabías que Mari Carmen no estuvo enferma, sino embarazada durante aquellos meses que pasó en Asturias? ¿Qué parió allí y dimos su bebé en adopción? ¿Te lo contó? ¿O calló, pese a vuestra «confianza» de madre e hija...?

Magdalena se lleva las manos a la boca. Siente un inmenso dolor. No le importa que su hija no le haya relatado ese episodio, solo siente no haber estado a su lado tampoco entonces, que ella no...

—Pero hay algo más —interrumpe él sus pensamientos—, ¿quieres saberlo, eh? ¿Quieres, zorra de mierda? —pregunta, clavando sus iris azules cargados de odio en los castaños y despavoridos de Magdalena—. Esa niña que engendró ¡es mía...! Ja, ja, ja..., fruto de las relaciones que tuvimos Mari Carmen y yo. ¿A que tampoco te lo dijo? ¿Eh? Ella siempre hizo como si no supiera lo que pasó entre nosotros, pero ¿cómo no iba a saberlo? ¡Lo sabía! Y seguro que en sueños lo disfrutaba... Tratamos de hacer como si ambos lo hubiéramos olvidado, pero yo aún recuerdo el cuerpo de Mari Carmen y mis manos y mi boca recorriéndolo... ¡Nunca fuiste nada en la vida de tus hijos! ¡Nada! ¡Nada! ¿Me oyes? ¡Y menos en

la de tus hijas! En la de nadie, Magdalena, nunca fuiste ni eres nada...

A Magdalena le sacude una arcada. Corre hacia su exmarido, rabiosa, con los puños en alto, dispuesta a golpearlo. No sabe cuánta verdad y mentira cabrán en lo que le acaba de vomitar, pero sí que está delante de un monstruo abyecto, que abusó de sus hijas, que asesinó a sus amigos, que... No llega a hacerlo. Antes, él saca el abrecartas del bolsillo y se lo clava en el hombro.

Entretanto, Roures y Carlota acaban de llegar a la residencia y están subiendo a la habitación de Magdalena. Justo cuando entran en el pasillo y se encuentran a pocos metros de la habitación de la madre de la jueza, oyen un aullido desgarrador.

Es Magdalena quien lo profiere, cuando Enrique saca el abrecartas de su brazo y se lo clava de nuevo en el pecho y luego en el muslo, en el vientre... Son tantas las puñaladas que la mujer, que al principio se resiste, pronto se queda sin fuerzas. Sus chillidos se van extinguiendo con cada nueva punzada, que ya apenas le provoca dolor, sino la extraña sensación de ser una caja de huevos, vacía, donde el arma entra y sale con una facilidad pasmosa.

Roures y Carlota, alarmados, corren hacia la puerta que el detective derriba de una patada. Dentro, el doctor continúa acuchillando a su exesposa con saña... La sangre lo salpica todo.

—Suelte el arma, doctor —brama Roures mientras Carlota contempla inmóvil el espectáculo de terror.

Enrique gira el rostro, desencajado, y se encuentra con el del detective. Su mano derecha, con el abrecartas en alto, chorrea sangre. El desconcierto lo paraliza un instante y es cuando Roures se abalanza sobre él e intenta arrebatarle el arma. Forcejean hasta que, finalmente, el abrecartas cae al suelo.

Carlota, entretanto, se agacha sobre su madre, empapada en sangre y acierta a susurrarle un «No te mueras, mamá», al que ella responde un casi inaudible «Lo siento, hija» antes de expirar.

—No se mueva, doctor —le ordena el detective al padre de Carlota.

El hombre lo mira como si no lo entendiera, con sus ojos azules desorbitados y, en un segundo, corre con una inusitada destreza para su edad, se cuela por la puerta entreabierta de la terraza y salta. Muere en el acto.

El detective, que le ha seguido para intentar detenerle, sin suerte, contempla su cabeza reventada contra las piedras del suelo de la entrada de la residencia. Minutos después, lo hace también Carlota, que se aleja del cuerpo muerto de su madre, corre a la terraza, se asoma y ve el cadáver de su padre estrellado contra el suelo.

—¡¡¡Noooo!!! —grita la jueza—. ¡¡¡Maldito cabrón, no te puedes morir!!!! ¡¡¡¡No te puedes morir...!!! ¡¡¡¡Te necesito, joder, tienes que salvar a mi hija...!!!!

# EPÍLOGO

«El amor alivia como la luz del sol tras la lluvia».

WILLIAM SHAKESPEARE

Un mes después del asesinato de Magdalena Aguado y del suicido de su asesino y exmarido, Enrique García-Aranda, Prieto y Roures han quedado en El Comunista, esa casa de comidas castiza de la calle Augusto Figueroa, en pleno barrio de Chueca, cuya comida casera logra que los comensales se sientan en casa. Fuera solo hay un toldo rojo con el letrero «Tienda de vinos y comidas», porque «El Comunista» fue un apodo de los madrileños del barrio en el año 1888. Se lo dedicó la gente que se reunía en el establecimiento, baratísimo e imprescindible para los vecinos de la zona, en los días de su apertura. Roures y Prieto quedan tantos martes allí, desde hace tantos años, que ya ni recuerdan la primera vez. Entre semana no hay que hacer cola y siempre les reciben como si fueran tan clásicos como el propio local. Sobre todo, a Roures. Cosas de la edad. Y de la cercanía, que para eso lo tiene a quince minutos de su casa.

—Chipirones en su tinta, berenjena rellena y una manzana al horno —recomienda el policía al detective tras revisar la carta—. Es la mejor opción.

—Yo es que hoy estoy para callos con chorizo y arroz con leche...

—¡Mira el abuelo! Come como una lima y no engorda un gramo. Y encima sigue teniendo el estómago a prueba de bombas.

—Solo me lo revuelven los hijos de puta...

—Pues entonces lo tendrás dando vueltas como una lavadora todo el día, porque anda que no hay.

—Bueno, algunos días como hoy, hasta consigo olvidarme de ellos. ¿Crees que podremos robarles el protagonismo por un rato y hablar, qué sé yo, de lo que le gustaban las croquetas de este local a Machado, Azorín o Alberti?

—Eso, pidamos croquetas. Buena idea.

—Viva la literatura...

—Y como supongo que querrás vino y la ocasión lo merece, voy a saltarme mi ramadán de alcohol y a pedirme una copa de tinto, en vez de un té matcha, de esos que bebían a litros los monjes zen contra la ansiedad.

Roures lo mira con los ojos como platos.

—No sé si me sorprende más que hagas una referencia cultural, que te hayas pasado a las infusiones o que los monjes zen bebieran té matcha para la ansiedad... Pero ¿qué ansiedad podían sufrir esos tipos tan tranquilos?

Ríen los dos. Y en cuanto llegan la comida y el vino, se dedican casi por completo a las viandas.

—Esta berenjena resucita a un muerto... —asegura Prieto—. Por cierto, ¿cómo sigue el Manos?

—Precisamente, resucitado. Está en casa. Aburrido de que su mujer no le deje ni a sol ni a sombra y de las visitas diarias de su tía... Va a engordar con tantos cuidados y tanto amor... Pero aún le quedan un par de meses de convalecencia. Como poco. Con él fuera, no sé si voy a poder encargarme de ningún caso. Se lo he dicho. Se ha sentido tan imprescindible que es capaz de recuperarse antes de tiempo.

—Qué bien nos sienta que nos pasen la mano por el lomo...

—A todos.

—¿Y el niño?

—Gabriel, bien. Eso sí, se le han quitado las ganas de ser detective para siempre. Y eso que sus compañeras le están muy agradecidas.

—Ya, tío, y es normal, porque no quiero ni pensar lo que habría podido pasar con las dos que secuestraron... Hay asuntos con los que no se puede jugar, os lo digo siempre.

—Que se lo digan al profesor hipnotizador, que por jugar con el mesmerismo y con la *dark web* está metido en un lío de cojones. ¿Crees que le caerán muchos años de cárcel?

—¿Me ves cara de adivino? Espero que a los proxenetas les caiga la del pulpo. Si con un delito de secuestro, dos intentos de asesinato y proxenetismo no les encierran y tiran la llave, me retiro. Lo del profesor cochino... ¡vete a saber! Al menos, no creo que pueda volver a dar clases. Y si la justicia actúa como debe, hasta podrían caerle veinte años, pero...

—En fin, démosle caña a la comida, que habíamos dicho que hoy no íbamos a ocuparnos de los malos y, si seguimos así, al final no nos dejarán saborear estos manjares.

Comen con gusto los platos tradicionales, y, a los postres, se suma a la reunión la jueza Carlota Aguado.

—Un placer verla, señoría —dice el policía—, pero me da que voy a tener que acabarme la manzana al horno a toda prisa, porque se va a llevar a mi amigo a alguna parte, ¿me equivoco?

—No —responde ella con una de esas sonrisas suyas que paralizan el aire—. Voy a pedir tres aguardientes de orujo, en vez de los cafés, para celebrar que estamos vivos, que no es poco, y en cuanto brindemos, lo rapto...

—Con fines sexuales, espero —interviene Roures.

—Le tengo dicho que no cuente nuestros secretos delante de extraños, detective..., pero por eso he dicho «rapto» y no «secuestro».

—Uy... Dios, esto parece una serie turca —se burla el policía.

El camarero les sirve el orujo. La jueza levanta el vaso y los dos hombres hacen lo propio.

—Por la vida que nos queda por vivir —propone.

Chocan los vasos, y en cuanto llega la cuenta, la jueza la coge para hacerse cargo de ella.

—Invito yo a la parejita —anuncia riéndose.

—Pero si la parejita sois vosotros —comenta el policía.

—A la parejita de amigos, Prieto. Nosotros somos la parejita de novios.

—Buff, lo que yo decía... tufazo a serie turca, ja, ja, ja.

Salen los tres a la calle. Roures y la jueza se despiden de Prieto y se dirigen a la calle Barquillo.

—¿Quieres ir caminando hasta tu casa?

La jueza asiente.

—Pues es un paseíto...

—Ya... Pero así llegas con más ganas.

—¿Y cree, señoría, que me hacen falta «más ganas»?

Carlota sonríe con coquetería.

—¿Cómo está Paula? —pregunta el detective.

—Muy bien. Y yo también, después de habérselo contado todo... O casi todo. Lo de su abuelo/padre me lo ahorré. Ya que ni tanta carga genética sirvió de nada y la médula que resultó ser compatible con la de mi hija fue la de Noah y no la de mi padre, no creo que haga falta decirle toda la verdad.

—Ya sabes que siempre he pensado que la verdad está muy sobrevalorada...

—También en eso coincidimos, Roures. Estoy ahíta de verdad. Tanto que me he leído los cuadernos de mi madre hasta el final y los he quemado. ¿Qué te parece?

—Que hubieran servido para escribir una gran novela... Y también que a veces solo es necesario saberlo todo para poder olvidarlo.

—En eso estoy.

—¿Adiós, entonces, para siempre a aquella muchachita que se llamaba Mari Carmen y hola a mi «amada Carlota»?

Carlota vuelve sus ojos azules hacia los del detective, se detiene, sonríe y lo besa apasionadamente en medio de la calle.

—He cambiado de opinión, detective. Tengo prisa por llegar —dice, levantando la mano y parando un taxi.

Él le abre la puerta. Antes de entrar, la jueza se acerca a su oreja, le muerde con suavidad el lóbulo y susurra en su oído:

—Creo que nunca fui Mari Carmen, detective. En aquella muchachita siempre estuve yo. Y yo me llamo Carlota.

Roures sube al taxi pensando que, si algún día compusiera una canción, solo podría llevar su nombre. Busca en su móvil y le dedica a su amor la de Isma Romero y Coti: «Carlota».

# AGRADECIMIENTOS

A mi querida y admiradísima Beatriz de Vicente, abogada y criminóloga, que con su sabiduría supina me ayudó a reconstruir escenarios de investigación en los años ochenta.

A la también sapientísima Anna Bárbaro, experta en ADN entre tantos otros asuntos, a la que accedí gracias a la agenda de contactos de mi brillante amiga, la también criminóloga, Paz Velasco.

A Alonso Mateos, coordinador adjunto de la Oficina Regional de Coordinación de Trasplantes de Madrid, a quien planteé toda suerte de preguntas y consideraciones sobre el trasplante de médula ósea, que luego llevé al extremo en el relato, por las necesidades del propio argumento.

A mi amiga Bárbara Arroyo, la abogada que me asesora en todas mis novelas y en tantos asuntos de la vida cotidiana y familiar, sean sobre derecho o sobre otras cuestiones.

A mi «hermana pequeña», la doctora Sonia González, la mejor anestesista, que me ayudó a dormir a algunos de mis personajes.

A mi adorado Daniel Bustoria que guio a mi detective en sus pesquisas sobre los centros de salud del pasado en Asturias.

A José Nieto Barroso, inspector jefe de la UCRIF, *alter ego* de Paco Prieto y cuya amistad, de tantos años ya, me hace sentirme mucho más segura en esta vida.

A Manuel González, mi detective preferido y asesor particular para el personaje del Manos.

A mi amigo del alma, el juez Pedraz, a quien siempre molesto mientras escribo mis novelas negras, con cuatrocientas dudas

legales, pero en esta, donde el personaje central es una jueza brillante que aprueba las oposiciones a la primera, como él, con mayor motivo. Además, en esta ocasión aparece él mismo, convertido en personaje.

A mi indispensable Gerardo Viada, abogado, a quien también tener como amigo y asesor en la vida es un completo privilegio.

Y a Jorge Navarro, otro abogado amigo, que también me ayudó a conseguir que los datos relacionados con el caso principal fueran creíbles.

Al Departamento contra el Cibercrimen de la Unidad Central Operativa de la Guardia Civil, que despejó mis mil y una dudas sobre asuntos tecnológicos relacionados con la *dark web*.

A Néstor Sancelestino, de la Secretaría de Estado de Seguridad del Ministerio del Interior. A quien también molesté con cuestiones relacionadas con la tecnología y la seguridad, que a Roures le quedan grandes y a mí también.

A mi compañera Soledad Arroyo, autora de *Los bebés robados de sor María*, a quien tomé como modelo de la periodista Miriam del Río, que se encuentra con Roures en el café Comercial.

AÁngel de la Calle, Rafa González, José Manuel Estébanez, Bea Rato y Luis Artigue, mi familia de la Semana Negra de Gijón durante tantos años. Asesores todos en esta novela, que pasa por Asturias y también por León, y personajes en ella con más o menos papel, todos en mi corazón.

A mi amiga del alma, Magali Yus, que llevó a Carlota (entonces Mari Carmen) y a su padre a comer en el viaje a Asturias, y que llenó de pistas el viaje de Roures por esta misma comunidad.

A mi hijo Miguel, que después de haberlos interpretado en una película, me asesoró sobre todos los pormenores de los chutes de heroína, para que pudiera describirlos tanto física como anímicamente.

A Palmira, agente, amiga y hermana, siempre a mi lado.

A Yolanda Carlota Estebarán Cacabelos y Carlos García Álvarez, propietarios del primero hotel y restaurante, y ahora solo

restaurante, Amada Carlota, cuyo descubrimiento llenó de magia esta novela. Mi agradecimiento a ambos por crear un lugar tan extraordinario, por su amabilidad y su complicidad. A las dos Carlotas las hubiera amado Werther, mucho más que a la propia Charlotte.

A Ángela Luz, *in memoriam,* que era la mejor amiga de mi madre y yo he convertido en la mejor amiga de la madre de Carlota. Por suerte, no murió atropellada, sino en la cama del hospital y con muchos años. Pero como la echo tanto de menos y sus hijos, a los que quiero tanto como a ella, también, he decidido convertirla en este personaje generoso y maravilloso, la hermana (ella lo era) de Tony Luz de Los Pekenikes, a modo de homenaje.

Un recuerdo cariñoso al hotel La Casona de Indias, de Piloña, que no conozco, pero que utilicé (con otro nombre) como ubicación de la clínica clandestina de esta novela. Su estructura, su historia y su encantadora apariencia eran exactamente lo que yo necesitaba para un lugar tenebroso transformado en otro mágico. Estoy deseando visitarlo.

A los descendientes de Antonio Vallejo-Nájera, entre otros algunos amigos muy queridos por mí, como Samantha (a quien siempre he admirado especialmente por su capacidad de trabajo y su incuestionable valía como profesional y persona), Colate o Alejandra y María, colegas escritoras, cuyos padres, hijos a su vez de este señor cuyo cargo, tesis eugenésicas y purgas psiquiátricas causaron el dolor que aparece en este relato, durante la dictadura (y que se ha recogido en tantos libros y páginas de prensa, por formar parte de la historia de España). Ellos (empezando por el hijo también psiquiatra, Juan Antonio Vallejo-Nájera, de quien cabe destacar su sentido humanista y su busca de la comprensión del ser humano como finalidad vital), con sus propios comportamientos, carreras intachables y buen hacer en sus trabajos y sus vidas, han conseguido que su apellido solo se cite por sus méritos y sus bondades.

También quiero recordar a Myriam (sin apellido, por si a ella no le apetece que lo ponga), que un día de hace unos ocho años, más o menos, me desveló que su madre había sostenido una relación con el hermano de Franco y que su hermana (y amiga mía del colegio, aunque un año mayor que yo) alumbró un bebé en la clandestinidad, del que la separaron inmediatamente después. Myriam me dijo que guardaba en la memoria una preciosa historia de amor de sus abuelos, previa a la Guerra Civil, a sumar a la de toda su familia, extraordinaria en sus luces y en sus sombras. Seguro que si la escribe algún día será una estupenda novela o tal vez una película.

Yo, con ese par de datos, que desconozco si son reales o ficticios, he construido una historia que no tiene que ver ni con su familia ni con la de nadie (o tal vez con la de muchas personas, porque es curioso cómo la ficción converge con la realidad), pero sí con mi propio recuerdo de una joven asombrosa, a la que quise mucho, cuyo espíritu y personalidad me recuerdan a la jueza Carlota Aguado, mi personaje de ficción.

Una historia que le he dedicado a ella, a mi amiga Sonia, *in memoriam*, porque hace un par de años, al buscar documentación para escribir un reportaje sobre violencia de género, descubrí por azar que había sido asesinada a los treinta y tres años, en su propia casa, por su exnovio. El tipo, que luego se quitó la vida consumiendo barbitúricos, en un hotel, a doscientos cincuenta kilómetros de Madrid, al que viajó en el coche de la víctima y donde se encontró el cuchillo con el que la mató, dejó una carta en la que explicaba que sentía una «locura» inexplicable. En la propia noticia, publicada tanto en *El País* como en *El Mundo*, se añadía que su padre y su hermano fueron quienes la encontraron muerta.

*Amada Carlota*
Marta Robles

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este *ebook* estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En Grupo Planeta agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial. © del diseño de la cubierta, Planeta Arte & Diseño © de la ilustración de cubierta, Agustín Escudero

© Marta Robles, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Espasa, sello editorial
de Editorial Planeta, S.A
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico:
sugerencias@espasa.es

Primera edición en libro electrónico (epub): septiembre de 2025

ISBN: 978-84-670-7844-2 (epub)

Conversión a libro electrónico: Acatia
www.acatia.es